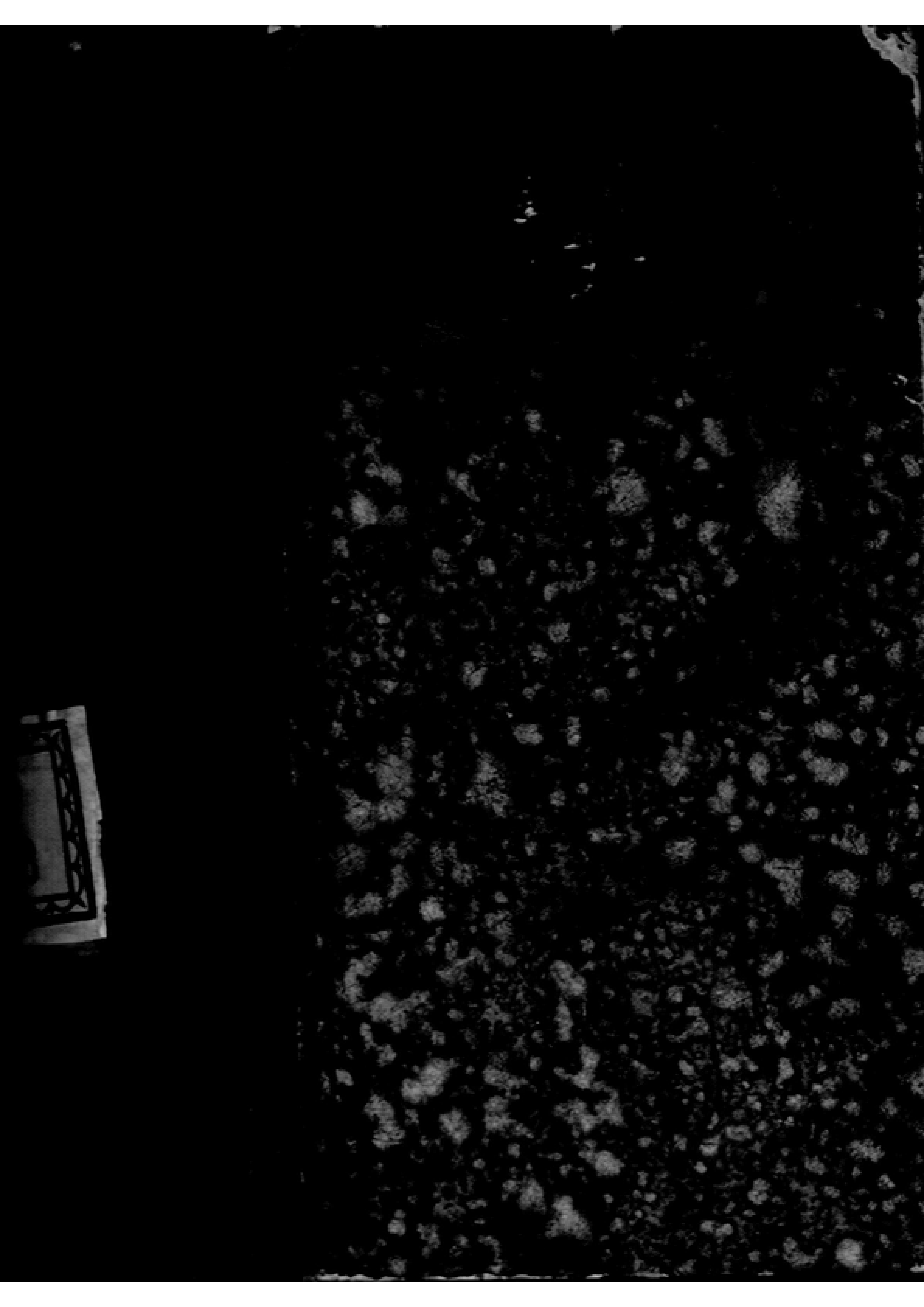
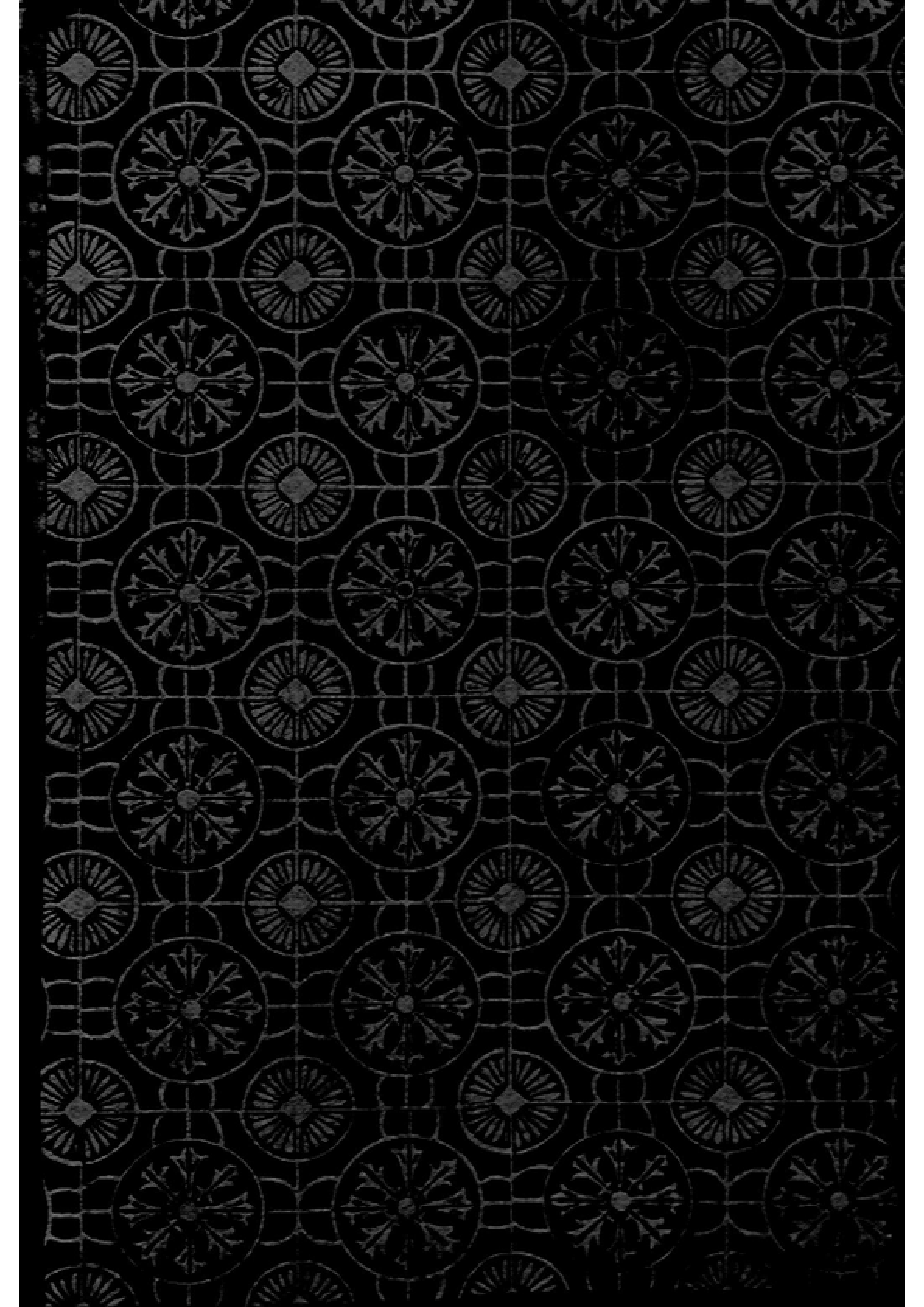
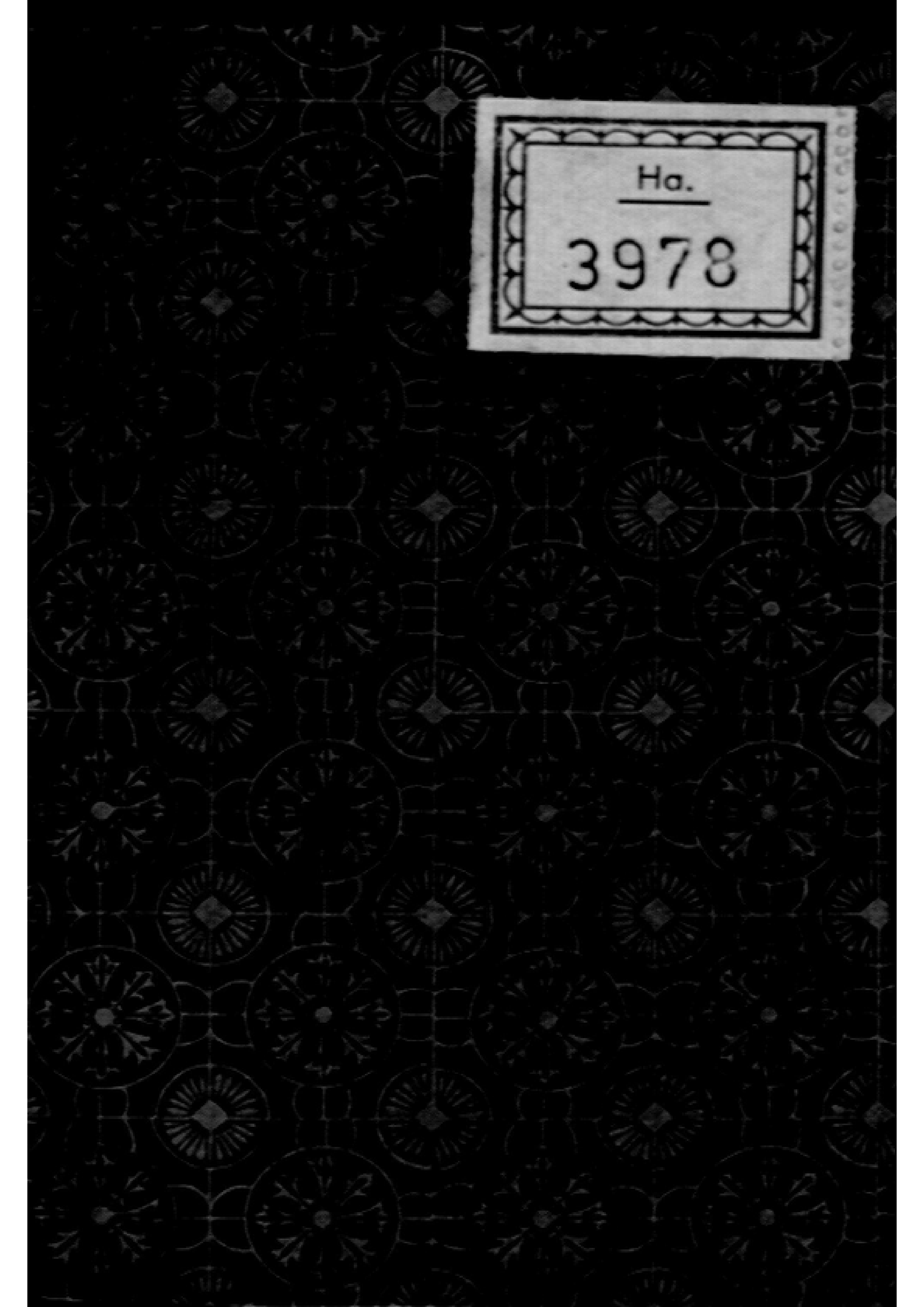
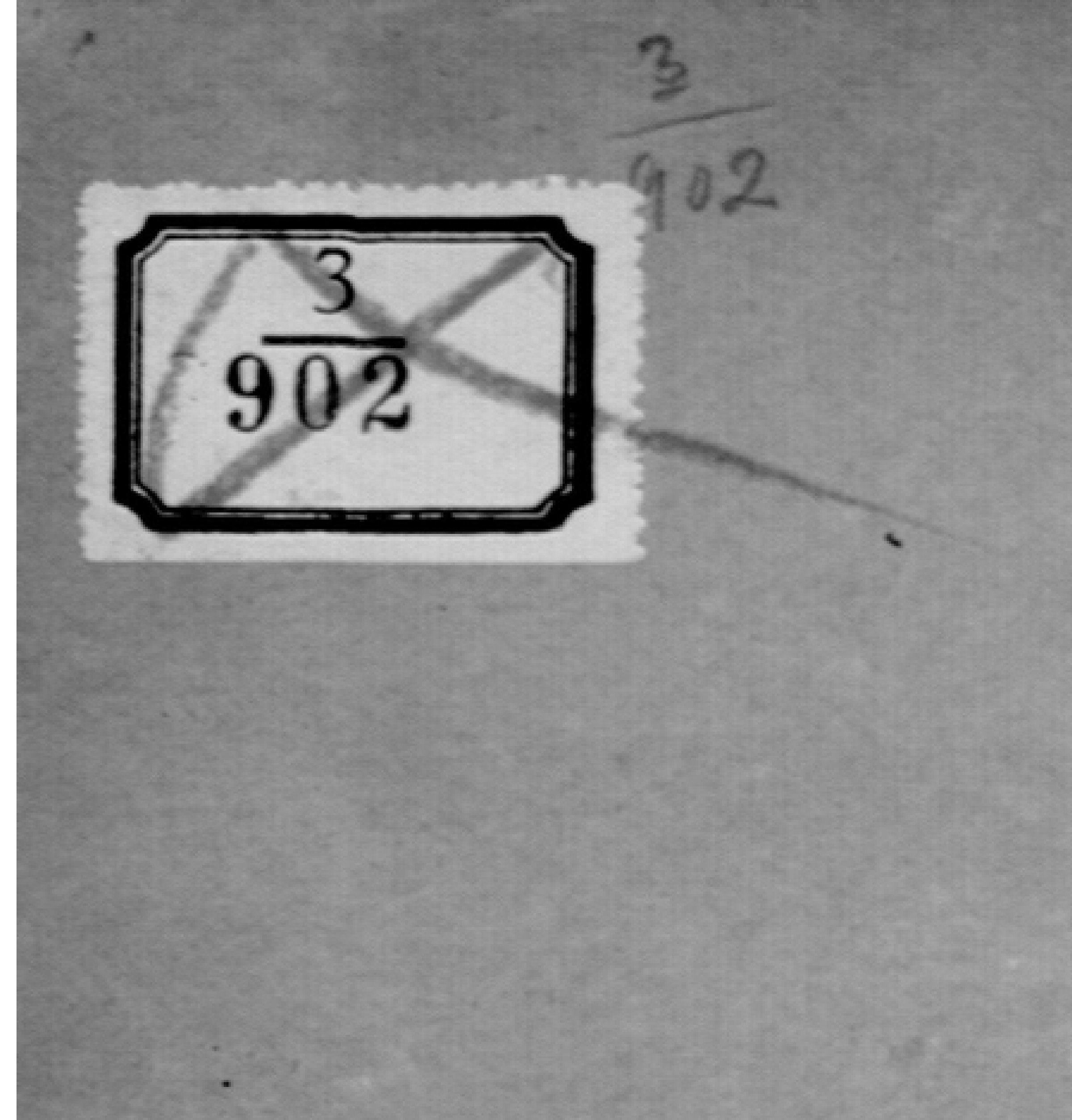
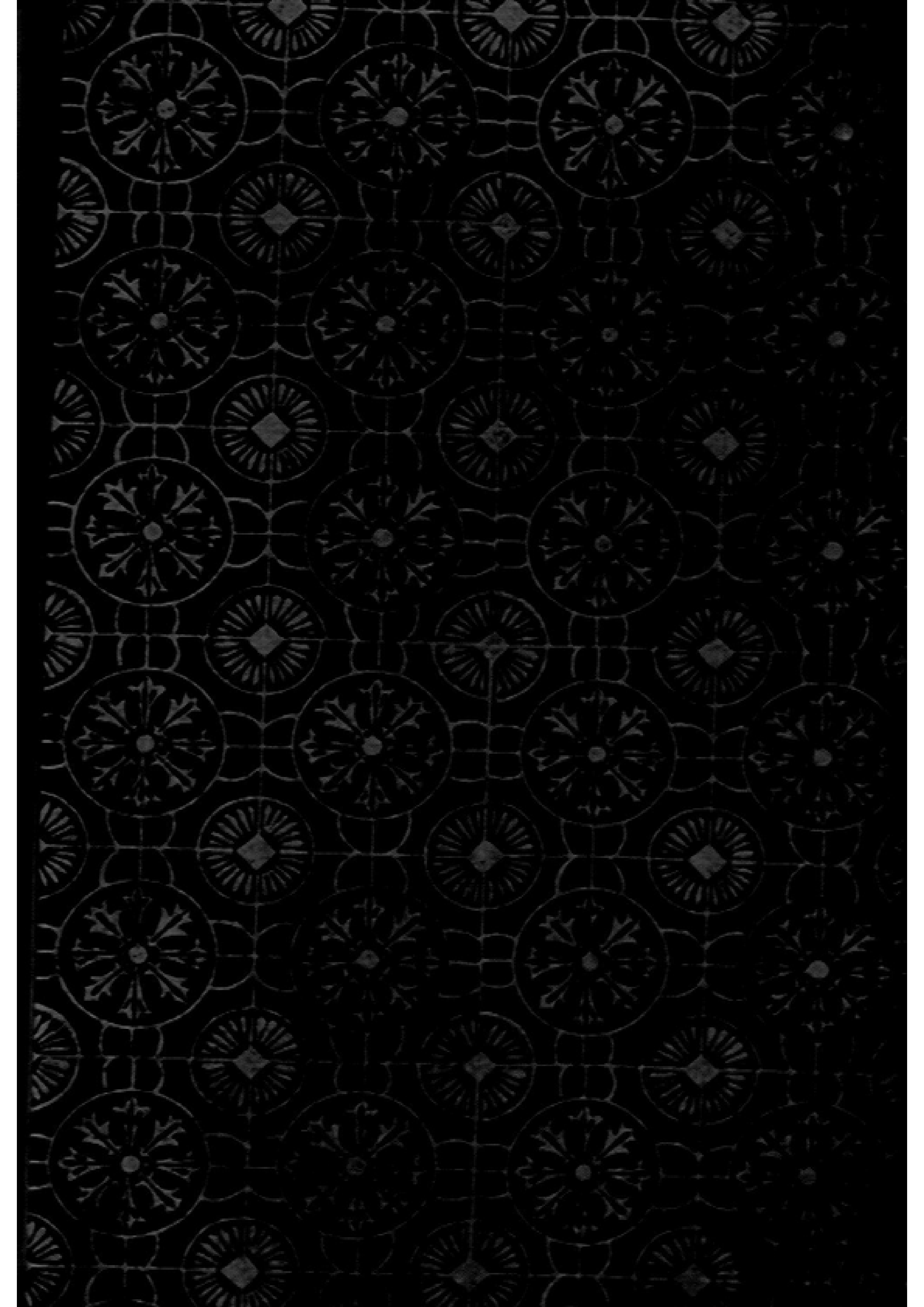







3
902







# PREFACIO.

---

El cuarto año del No me Olvides se presenta a sus lectores, como una planta, que aprovecha por el cultivo, y manifiesta los efectos del esmero con que ha sido cuidada. El favor que le ha dispensado el publico Americano ha empeñado en efecto el celo del librero, y del autor, y uno y otro han hecho cuanto han alcanzado sus facultades, para acreditar su gratitud a sus numerosos lectores.

No dejarán de ver estos que la parte artistica ha llegado a una perfeccion que

raras veces se manifiesta en obras de tan pequeño volumen; y no lo estrañará el que conozca los nombres de los dibujantes y grabadores que han trabajado en las estampas, obras maestras de correccion, de gusto, y de elegancia, y que egecutadas ademas en planchas de acero, por un procedimiento conocido tan solo en Inglaterra, aseguran al buril la conservacion y la firmeza que no pueden conseguirse en el cobre.

La parte literaria no es acreedora sin duda a tanto elogio, pero a lo menos el que la egecuta tiene algun derecho a la indulgencia del publico, si este se digna considerar que el No me Olvides es obra de una sola pluma, y que las demas colecciones por el mismo estilo que se publican en Europa, son fruto de los trabajos reu-

nidos de muchos literatos, entre los cuales suelen contarse nombres ilustres.

Con el fin de mezclar la instruccion con el recreo, se ha insertado en cada uno de de los precedentes volumenes la vida de algun personage célebre en la historia. En el de este año parece la de uno de los hombres mas estraordinarios que han ocupado la escena de la publicidad, procurando tocar de paso las grandes circunstancias que caracterizaron su siglo, y la situacion moral del mundo civilizado en una de sus epocas mas críticas, y fecundas en resultados importantes.

Las Parabolas que terminan el volumen forman parte de una obra que quizas se publicará mui en breve en toda su integridad. La sencillez de su estilo, la originalidad de sus pensamientos, y la solidez

de su moral la recomiendan a los literatos de buen gusto, y a todos los aficionados a la lectura provechosa.

Quizas el quinto año del No me Olvides se escribira en las regiones felices del Nuevo Mundo: pero las medidas que se han tomado para no retardar su publicacion, nos hacen esperar que los lectores no echarán de ver esta mudanza. ¡ Ojalá consiga el autor sostener el credito de su obrita, como sin duda lo conseguira el que la publíca, con el esmero y los gastos que consagrará a los volumenes siguientes!

# INDICE.

Pagina

ESTAMPAS

# NO ME OLVIDES:

COLECCION

DE

PRODUCCIONES EN PROSA Y VERSO,

ORIGINALES Y TRADUCIDAS

POR

JOSE JOAQUIN DE MORA.

---

LONDRES:
LO PUBLICA R. ACKERMANN, 101, STRAND;
Y EN SU ESTABLECIMIENTO EN MEGICO;
ASIMISMO
EN COLOMBIA, EN BUENOS AYRES, CHILE, PERU,
Y GUATEMALA.
1827.

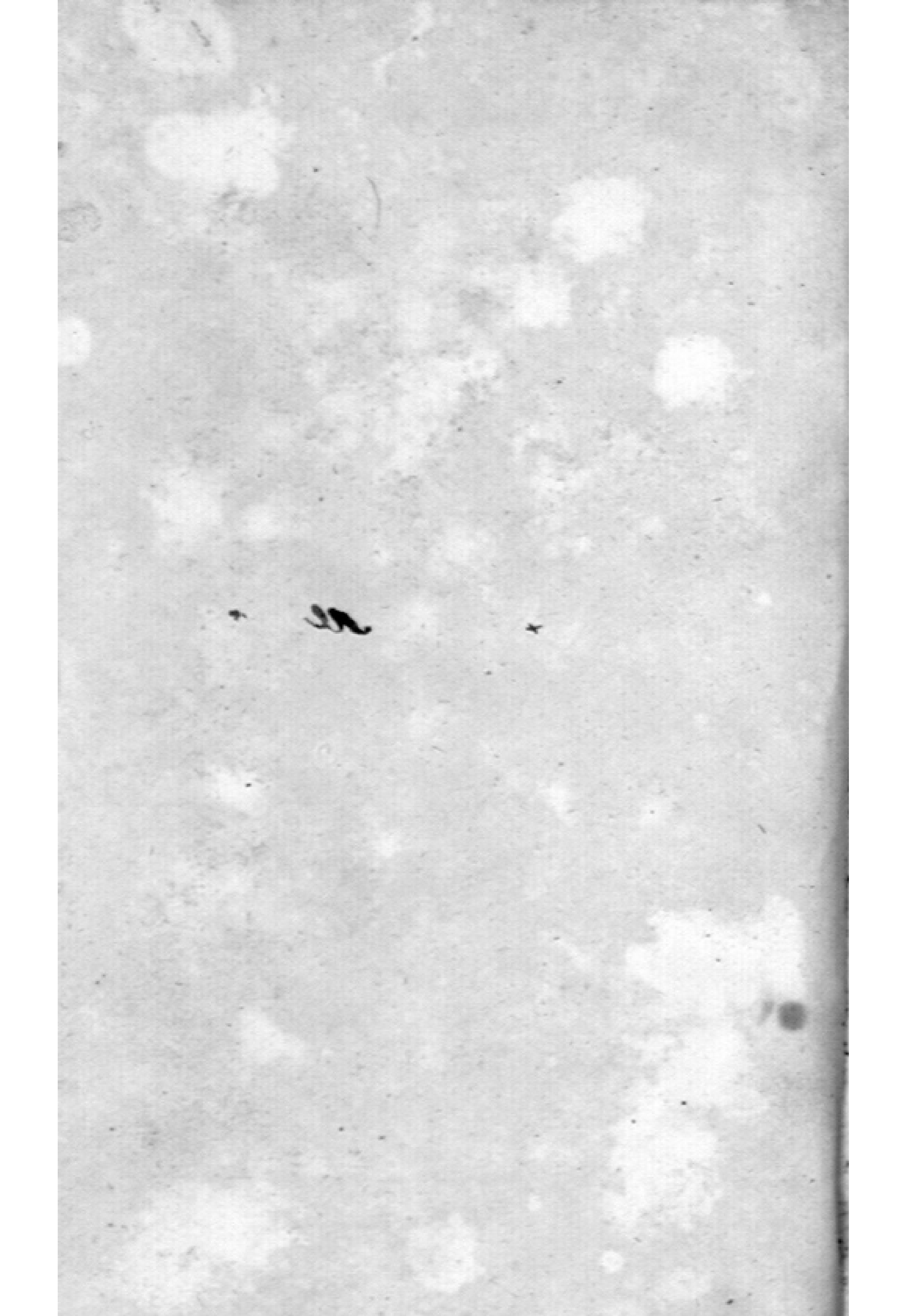


# INDICE

DE

# LAS ESTAMPAS.

---



1827

Amparo

Amparo Alvarez

NO ME OLVIDES



R. Westall. R.A. delᵗ — E. Finden. sculpᵗ

EL SEPULCRO DE UNA MADRE.

Pub. by R. Ackermann. London 1827.




R. Westall, R.A. del.t E. Finden, sculp.t

INSCRIPCION DE AMOR.

Pub. by R. Ackermann. London. 1827.

# NO ME OLVIDES.

---

## LA INSCRIPCION DE AMOR.

A eternizar recuerdos venturosos
Nos lleva aquel secreto blando impulso
Que en la memoria su esperanza libra.
Cede a su voz el que en atroz contienda
Los vinculos olvida que apretára
Ferviente amor, y a la acerada punta
Ciego, anelante, intrepido se arroja.
Cedele el navegante, que del polo
Los colosales hielos investiga,
Dejando inmenso abismo entre su barca
Y la patria, y familia ; y el que sube
Del eter puro a la region exelsa,
Y solo en el espacio, a las miradas
Del atonito vulgo desparece.
Y mui mas el amante, que del tiempo
La rapidez acusa, cuando al lado
De la que adora, ve sumirse el dia
Tras el pardo orizonte. En vano estrecha

Con fuerte brazo el seno en que se abrigan
Timido anelo, y pudorosa llama.
Es forzoso partir; de a Dios postrero
Sonó el eco terrible, y cual se esparcen
En vapor invisible las oscuras
Nieblas de Otoño, si Aquilon resuena,
Tal huyeron las dichas que endulzaron
Meses de ausencia, y siglos de congoja.
A las calladas peñas, y a la amiga
Placida oscuridad, que protegiera
La venturosa platica, el cuitado
Sus plegarias dirige, el caro nombre
De Celmira a los aires repitiendo,
Y con ardientes lagrimas regando
La blanda yerba que pisó Celmira.
Potente echizo al sitio lo encadena
Donde la vio, donde juró afanoso
Cariño eterno; y cuando al cielo anubla
Rauda la noche, al olmo que testigo
Fue de sus glorias, el ferviente ruego
De su afecto confia, *no me olvides*
Grabando en su corteza, y silencioso,
Con lento paso el mudo confidente
Y el misterioso *no me olvides* deja.

## A D. JOSE DEL VALLE.

¿ Ves rota la barrera
Que aparta los dos senos de Anfitrite,
Abrirse amplia carrera
Que al navegante admite
Para que el cabo nebuloso evite?

¿ Ves los dos hemisferios
Por nuevos lazos de amistad unidos,
Y de ricos imperios
Los bageles temidos,
Atravesar raudales no sabidos?

¿ Ves la escuadra espumosa
Surcar el suelo que labró el arado,
Donde la belicosa
Falange de Alvarado
Fijó de Iberia el pavellon odiado?

De libertad divina
Tal prodigio sera ; benigna dea
Que si al hombre ilumina
Con brilladora tea,
De ricos frutos colma su tarea.

Y aun mas veras; sumido
De esclavitud en el abismo infando,
Y al yugo sometido
De sanguinoso mando,
Sus tesoros funestos execrando;

Y sin patria, y sin nombre,
Tal el pueblo Central; cuantas abriga
Dignas prendas el hombre,
Con penosa fatiga
De su frente borró mano enemiga.

De libertad el grito
Sonó triunfante, que los aires hiende;
Y el concurso infinito
Libres los brazos tiende,
Y en la turba, sagrada llama prende.

Y erguido enseñorea
La cerviz el esclavo; en la dulzura
De existir se recrea;
Virtud celeste y pura
El galardon vedado le asegura.

Ya tiene patria y leyes,
Y un pacto que sus dichas afianza;
Ya de lejanos reyes

Sacrilega alianza
Sereno arrostra en noble confianza

Y ya entre las naciones
Nacion ilustre y brava resplandece ;
Que nuevos eslabones
De amor y paz le ofrece
Remoto clima dó el saber florece.

Y tú, que el gobernalle
Regir supiste en huracan incierto ;
Tú, generoso Valle,
Que tras el rumbo cierto
La cara nave condugiste al puerto ;

¡ O hijo esclarecido
De Guatemala ! que en guiar te empleas
De tu pueblo querido
Las utiles tareas,
Largas edades su decoro seas.

No con brillo nefando
De fama injusta, y arma prepotente ;
Mas con influjo blando
Que da al varon prudente
Grave doctrina, y elevada mente.

# HIMNO NACIONAL.

Hijos valientes del Cid,
Nobles, intrepidas huestes,
Contra liberales pestes,
Sus, al arma, combatid :
Los aceros esgrimid,
Caiga en polvo Lusitaña :
*Santiago, cierra España.*

Sabed, forzudos varones
Cubiertos de jarambeles,
Que para coger laureles
No hacen falta pantalones ;
Pelead a coscorrones
Si no hai polvora en campaña :
*Santiago, cierra España.*

Si el pan que os dan es escoria
Y si es aguachirle el rancho,
¿Quien piensa en llenar el pancho,
Cuando se trata de gloria?

Mas preciada es la victoria
Si la gula no la empaña:
*Santiago, cierra España.*

De las Cortes Portuguesas
Reprimireis los insultos,
Y la libertad de cultos
Convertireis en pavesas.
Al oir vuestras empresas
Temblará la Gran Bretaña.
*Santiago, cierra España.*

Por que el duque de Angulema
Os arrolló como a niños,
Quieren los Portuguesiños
Seguir el mismo sistema.
Si entonces tubisteis flema,
Ahora rebentais de saña:
*Santiago, cierra España.*

Destrozad los liberales,
A centenares, a miles;
Puede que falten fusiles,
Mas sobrarán generales.
Estos iran a raudales
Si la Guia no me engaña:
*Santiago, cierra España.*

La incesante letania
Del conclave reverendo,
Está a los santos pidiendo
Que os den su asistencia pia.
Con tan fuerte garantia
Id, consumad vuestra hazaña:
*Santiago, cierra España.*

## AMBA, CUENTO AFRICANO.

---

Estando sentada Coomba a la puerta de su choza, respirando el fresco de la tarde, y deleitandose en contemplar los inocentes juegos de su hijo, vio salir del bosque inmediato, y dirigirse acia ella, una pobre muger oprimida con el peso del hambre, del cansancio, y de una niña de dos años, que llevaba atada a la espalda, y que apenas podia sostener. La desventurada no tenia otro ropage que un pedazo de grosero tegido de algodon, que le rodeaba la cintura, y apenas le cubria las rodillas. Los abrojos y las piedras del bosque habian ensangrentado sus pies, y el sudor, y el polvo no permitian discernir sus facciones. Sus labios secos y convulsos, el abatimiento de sus miradas, la dificultad de su respiracion indicaban el padecimiento estremo de sus facultades fisicas y morales. Coomba le lanzó una mirada compasiva, y su hijo Tarbara, asustado al ver aquella repentina aparicion,

corrio a guarecerse al seno de su madre. La pobre muger se apoyó sobre una peña situada enfrente de la choza, y quedó inmovil y sin aliento, como si aguardára resignada el ultimo instante que debia poner un término a sus miserias. Sin embargo miró en torno de si, fijó la vista en las robustas formas de Tarbara, y volviendola despues a las de su niña, suspiró, y sostubo con las manos la dolorida frente. Coomba corrio a darle ausilio ; desató el nudo que sostenia a la niña, la colocó en una estera, y con gran dificultad pudo llevar a la desconocida a lo interior de la choza. Lo primero en que pensó fue en darle algun alimento : mas ya era tarde. La infeliz no pudo abrir la boca, ni hacer otro movimiento que indicar por señas le tragesen a su hija. Cuando la tubo en sus desfallecientes brazos, se desató con gran dificultad de la rodilla * un pedazo de tafetan en que estaba envuelta una rica pulsera, y entregando la niña y la alhaja a su protectora, pronunció con voz moribunda "Akimpon," y exaló el ultimo suspiro.

A la sazon las esclavas de Coomba volvian de sus trabajos campestres. Coomba mandó a una

* Los naturales de la costa occidental de Africa llevan siempre atadas a las rodillas todas las alajas que poseen.

de ellas que cuidase de la niña, y a otra que lavase el cadaver, y lo envolviese en un lienzo limpio: mas las esclavas se miraban unas a otras, y no parecian dispuestas a obedecer las ordenes de su ama. Esta reiteró su mandato aunque tan en vano como la primera vez; al fin habiendo exigido una esplicacion de tan estraña conducta, las esclavas le digeron que habian visto a la muger y a su hija vágar por los bosques algunos dias antes; que sabian que era una hechicera, y por lo tanto, lejos de darle la limosna que les pedia, habian huido con horror de su presencia* Coomba, sabiendo que no habia fuerza humana capaz de domellar el temor supersticioso de aquellas gentes, envió por un fetiche o sacerdote, y habiendole presentado una copa de vino de palma, y un puñado de oro en polvo, logró que conjurase al espiritu maligno, y que con sus ensalmos y contorsiones disipase

* Los Africanos miran con horror la hechiceria, y castigan con los mas duros tormentos a los que la practican. Comunmente atribuyen este delito a las personas de constitucion debil, suponiendo que el espiritu maligno consume la sustancia de sus favoritos. Aun reinan en algunos pueblos de Europa preocupaciones no menos absurdas y barbaras que las de aquellos salvages.

el terror de lás esclavas. Estas lavaron y cubrieron el cadaver, y lo enterraron debajo de una acacia. No hubo ceremonias ni oraciones en este funeral, ni lo acompañó otro ruido que los lamentos de la huerfanita, a quien su protectora dio el nombre de Amba, por haber venido a su choza en Sabado. Pasó una semana y ya no se habló mas de la hechicera: sin embargo, ninguna de las esclavas osaba descansar bajo la sombra del arbol que cubria sus cenizas. Ni podian acostumbrarse a mirar a Amba sin secreta repugnancia: por lo cual fue preciso enviarla a una parienta de Coomba, que vivia en Assema, pagandole un situado mensual, y encargandole que cuidase de aquella infeliz criatura, y la enseñase a trabajar, y a ser virtuosa y compasiva.

Diez años habian ya transcurrido desde aquel suceso, y entre tanto Tarbara crecia en gallardia. en viveza, y en inteligencia. Era hijo unico, y debia heredar los ricos plantios de su madre, circunstancia que unida a su bella presencia, le atraia las miradas de todas las doncellas de las cercanias. El solia divertirse con los artificios de que echaban mano para someterlo, pero lo que llamaba toda su atencion era el cultivo de las haciendas de su madre, la caza, la lucha y la

natacion. Era un modelo de agilidad y firmeza, y no menos apreciado por su cortesania, por su elocuencia, y por el respeto con que trataba a sus superiores. Aun no tenia la edad necesaria para tomar parte en el consejo de los ancianos de su tribu: pero solia reunirse con los jovenes de su edad bajo un palmero, y se complacia en discurrir sobre los negocios de su nacion con frases cadenciosas, y lenguage sonoro y fluido. Tarbara sin embargo no era perfecto. Su valor rayaba en temeridad, y amaba el peligro solo por tener el gusto de arrostrarlo. Mil veces se vio proximo a ser destrozado por los bufalos y las panteras, y no por esto dejaba de perseguirlas en las soledades mas asperas, y en los pasos mas dificiles. Era ademas notable su esmero en el adorno de la persona. Sus cinturones eran de esquisita seda, y los bordados de sus sandalias de plata y perlas. Perfumabase con aguas y esencias de Europa, y en las grandes solemnidades, llevaba el pecho y los brazos salpicados con polvo de oro.

Cuando Tarbara llegó a los diez y ocho años, murio la muger que cuidaba de la huerfana, y Coomba se vio precisada a recogerla en su casa, por que creia que la Providencia se la habia encomendado por un designio particular, y que

si la abandonaba, quedaba espuesta a los mas severos castigos. Dispuso pues una canoa, con cinco remeros, y una esclava; les dio las instrucciones convenientes, y algun oro para pagar los ritos funebres de su parienta. Al cabo de dos semanas estubo de regreso esta espedicion, y la huerfana saltó en la arena, y siguio los pasos de la esclava que llevaba un pequeño canasto con su ropa. Habianse juntado en la orilla las jovenes del pueblo para observar a la recienvenida; mas quedó frustrada su curiosidad, pues Amba iba envuelta en un ancho manto de algodon, que le cubria la cabeza, y toda la persona. Al llegar a la presencia de Coomba se arrodilló, y prorrumpio en amargo llanto. Sabia que era su bienhechora, pero esta bienhechora le era desconocida. Hasta entonces todos sus afectos se habian concentrado en la buena muger que habia cuidado de su infancia, y con ella habia perdido todo lo que amaba en la tierra. Era naturalmente reservada y pensativa, y como en Assema, donde habia pasado la niñez, habia cundido la voz de su afrentoso origen, siempre habia procurado huir de las otras muchachas del pueblo, empleando el tiempo en hacer preciosas canastas de mimbre, gargantillas de cuentas de diversos colores, vistosos tegidos de seda y algodon, y

otras labores analogas a las costumbres de aquellos pueblos. Adoraba al gran Yancunpun, mas no podia tomar parte en las ceremonias públicas de su culto, por estorvarselo el crimen de su madre, asi que su religion no era mas que una reverencia filial, semejante a la del hijo, separado de los autores de su existencia, y esclavizado por gentes fieras y enemigas. En medio de esta timidez, propia de su situacion, conocia el precio de los sentimientos que en su corazon se abrigaban, y no hubiera cambiado su suerte por la del rico insensible, por la del perseguidor implacable, ni por la de la doncella envanecida con las lisonjas de los que buscan su perdicion.

Cuando Coomba le ofrecio su mano, y le dijo con benignidad que se levantase, Amba se puso en pie, y despojandose del manto que la envolvia, descubrió uno de los mas perfectos modelos de la belleza Africana, en terminos que todos los presentes espresaron su admiracion, y convinieron en que la hermosa huerfana manifestaba en sus formas provenir de alguna nacion lejana. Era en efecto de estatura magestuosa, esvelta, y simetrica; el color de su piel no cedia en brillo al del mas esplendente azabache; sus cabellos largos y flexibles caian airosamente sobre los hombros; sus ojos eran grandes, y vivisimos;

sus labios habitualmente risueños; su talante lleno de dignidad, y soltura. Coomba permanecio algunos instantes observandola en silencio, mas echando de ver que esta atencion embarazaba su modestia, le presentó algunas frutas, y otros manjares, y le hizo muchas preguntas relativas a su defunta amiga, y a la educacion que le habia dado. Era cerca de anochecer, y Coomba llevó a su protegida a la pieza que habia destinado para su habitacion. Amba quedó sola, y aunque su situacion abandonada debia inspirarle algunos recelos, llena de confianza en el Ser que ampara a los inocentes, se entregó sin inquietud a un placido reposo.

Tarbara estaba en una espedicion lejana cuando uno de sus esclavos le notició la llegada de Amba a casa de su madre. "¿Qué me importa, dijo, la hija de una hechicera? Lo que me importa es destruir a ese leopardo que ha llenado de terror estas cercanias, y que por espacio de dos semanas se ha burlado de mis esfuerzos. Pero juro por los huesos de mi padre que no saldre de este monte sin haberle atravesado el corazon." En efecto al dia siguiente, despues de haber perseguido a la fiera desde el amanecer hasta la proximidad de la noche, logró alcanzarla en la entrada de una caverna, y lanzandole con intre-

pidez un dardo agudo, la dejó exanime a sus plantas. El infatigable cazador no quiso diferir por mas tiempo el regreso a sus hogares, y a los cuatro dias los gritos de sus esclavos, y las ramas que cubrian a la victima anunciaron a Coomba la llegada de su hijo.

Entre tanto Amba se habia grangeado el cariño de la anciana, a quien prodigaba las atenciones, y el esmero de una hija tierra, y agradecida. Tarbara entró en su habitacion, se echó sobre un cogin de seda, pidio una copa de vino de palma, y quedó tan sorprendido como arrebatado al ver la esclava desconocida que se lo presentó. Amba se retiró inmediatamente despues de haber desempeñado este servicio, dejando en el corazon del ardiente Africano una profunda herida que enfrenó sus brios, y convirtio en mansedumbre su altivez. Coomba entró en aquel instante a saludar a su hijo, y este no supo hablarle si no de la hermosa huerfana. "Madre, le dijo, esa doncella no es tu esclava: no permitas que vuelva a presentarme el vino de palma; antes bien hazla venir como una amiga, para que reciba el testimonio de mi afecto." Amba parecio de nuevo ante Tarbara, sin que lo intimidase la arrogancia de su aspecto. El joven le dio a entender en palabras confusas que

la miraria como una hermana, y ella en bien sentidas razones le manifestó su respeto y gratitud.

Al dia siguiente, antes que el sol despuntase por el orizonte, Amba estaba en el prado inmediato, cogiendo flores, para ofrecerselas a Coomba, segun su costumbre, al tiempo de servirle el almuerzo; y Tarbara seguia sus pasos, y la ayudaba en su piadosa tarea. Desde entonces no hubo mas que un pensamiento en el alma del joven; no mas que un deseo en su corazon; no mas que una esperanza en su porvenir. Los placeres de la caza le parecian insipidos, y crueles; el arco y la flecha quedaron cubiertos de polvo en un rincon de la choza, y los tigres vagaban orgullosos, viendose libres de su incansable enemigo. Sus labios sin embargo no osaron espresar el afecto que lo devoraba; contentabase con vivir al lado de la huerfana, con gozar de sus platicas suaves, con seguirla en los senderos del bosque inmediato, y apartaba la vista de las consecuencias que probablemente le habia de acarrear su pasion. A veces se despertaba su amor propio, y comparaba la oscuridad de su vida presente con la fama adquirida, con las hazañas aplaudidas por cien tribus diferentes, y con la agitacion de sus antiguas empresas, y

correrias. Avergonzabase al ver tan notable diferencia, y resolvia borrar la mancha que oscurecia su credito. Entonces empuñaba el dardo, y mandaba a sus esclavos que se apercibiesen: mas oia la voz de Amba, y dejaba caer el arma al suelo.

No pudiendo sin embargo resistir a los encontrados impulsos que luchaban en su corazon, tomó el partido de consultar a uno de los ancianos de su pueblo, en cuya sabiduria tenia la mayor confianza, y a quien miraba como un oraculo de verdad y justicia. "Padre de los sanos consejos, le dijo, mi alma se aniquila en deseos, mi salud se marchita como la mimosa cuando la tuestan los rayos del sol. Amo a una doncella que no puede ser mia." "¿Quien lo estorva?" preguntó el anciano. "Su condicion, repuso el joven: yo soi el heredero de los sembrados de Coomba, y mi amada es hija de una hechicera." "Es hija de tu padre, respondio el filosofo; hija del que te formó del barro. Si solo te aventajas a ella en las haciendas que vas a heredar, el elefante es un ser superior a ti, que careces del albo marfil de sus dientes. Quien libra su ventura a la opinion agena, no merece ser venturoso."

Tarbara se retiró pensativo; pasó la noche

sin dormir, y al rayar el dia envió a su madre, como a madre de Amba, una sarta de perlas, y una canasta de fruta. Habiendo sido bien aceptado este don, envió otro a la doncella, en señal de pedirla por esposa. La respuesta de esta segunda embajada fue un recado de Coomba, rogando a su hijo señalase el dia de la boda. "Hoi mismo," respondio el joven. A esta señal, empezó a reinar la agitacion en la choza. Las esclavas preparaban las galas de la novia, y los esclavos la tienda en que debia celebrarse el banquete. Los unos recorrian la comarca avisando a los parientes y amigos de la familia; los otros buscaban por do quiera los manjares mas esquisitos. Reunido en pocas horas el concurso, con el fetiche a la cabeza, Amba acompañada por su madre, se presentó a la concurrencia, ceñida de un ropage de brocado, y cubierta de cadenas y collares de oro macizo. En el brazo derecho lucia la pulsera que su verdadera madre habia entregado al morir a la que debia reemplazarla en sus funciones. El fetiche tomó por las manos a los dos amantes, y pronunciando las palabras misteriosas unió para siempre sus destinos. Al instante resonaron las esclamaciones estrepitosas de los convidados, y los himnos de las doncellas. Los esclavos sir-

vieron en hojas de bananero la comida, y las sombras de la noche pusieron fin al tumulto del banquete.

Quien ha conocido la ventura de amar, y ser amado sabe cuan acerba es la inquietud inspirada por las mudanzas que encierra el porvenir en su seno tenebroso. La dicha es como la rama que nada sobre las aguas de un manso arroyo. El que la observa desde la orilla la ve alejarse con mas o menos prontitud, y sabe que al fin ha de desaparecer enteramente de sus ojos. O bien como la nube que dora el sol, cuando se sepulta en un horizonte apacible, pues se brillo se va convirtiendo en niebla oscura, hasta que se confunde con la sombra de la noche. No hai goces, por intensos que sean, que no traigan consigo a lo menos el temor de su rapida duracion; ni hai esperanza que sobre-viva a la satisfaccion completa del deseo que domina el alma.

Tales eran las reflexiones a que se entregaba la dichosa Amba, mientras sentada al lado de su esposo en la puerta de la choza, contemplaba el crepusculo de la tarde que sucedia a la pompa esplendorosa del cielo de Africa. De pronto se ofrece a sus miradas un hombre desconocido con una caña alta en la mano derecha. "Guerra,

guerra, esclamó el mensagero; el leon busca su presa, y el ciervo indefenso va a caer entre sus garras." Tarbara se levantó, y saludó al estrangero con el respeto debido a su caracter. "Hermano, le dijo; ¿quien implora el ausilio del valiente?" Entonces el enviado refirio que el egercito de los perfidos Ashantees marchaba precipitadamente, con designio de destruir la nacion de Inkran; que los habitantes de este pais se apercibian a la defensa, y reclamaban el ausilio de todos los que tenian posesiones en su territorio. Coomba habia nacido en Inkran, y aun conservaba alli cuantiosos arrozales. Tarbara conocio que se presencia era necesaria en aquel conflicto, y dando un grito agudo, vio reunirse en breve, al rededor de su choza cien jovenes esforzados. Distribuyó las ordenes oportunas, y unos se dirigieron a los establecimientos Ingleses a comprar armas, y otros a convocar a los guerreros de los pueblos vecinos. Dos dias despues, cien canoas ligeras vogaban acia Accra, capital de Inkran, cargadas de hombres robustos, y sedientos de venganza. Tarbara iba en la ultima, como gefe de la hueste. Amba habia querido acompañarlo, pero sus ruegos y lagrimas no pudieron obtener el permiso de su esposo. Las orillas del rio estaban cubiertas de

madres y esposas, que lloraban la ausencia de las prendas de su corazon. Amba, delante de todas, estendia sus brazos tremulos, y desgarraba sus vestidos. Alli se mantubo inmovil hasta que el pañuelo amarillo de Tarbara desaparecio en los ultimos recodos de la corriente.

Durante las tres primeras semanas, vinieron mensages continuos del egercito, con noticias de Tarbara, y de sus compañeros: mas despues pasó un mes entero, sin saber cual era su suerte. Entre tanto el gobernador Europeo, que se habia prendado de la hermosa huerfana, solicitó su amor, pretestando la muerte de su esposo. Sus indignas proposiciones fueron recibidas con el desprecio que debia aguardarse de una muger inocente, y enamorada: pero sus visitas llamaron la atencion de los negros, y la envidia lanzó su mortifera ponzoña contra la que le habia dado armas tan poderosas. Destituida de la proteccion de un guerrero formidable, Amba no era a los ojos de sus vecinas mas que la hija de una infanda hechicera. Al fin llegó uno de los valientes que habian seguido las banderas del hijo de Coomba. Sus miradas abatidas, sus armas destrozadas, la sangre que cubria sus ropas, anunciaban infortunios y llantos. En efecto, los Ashantees habian dado una embestida furiosa a

los de Inkran, y a sus aliados. El destacamento mandado por Tarbara, siguiendo los pasos de su arrojado caudillo, se habia dirigido al punto mas peligroso. Casi todos los que lo componian habian muerto peleando. De Tarbara no se sabia nada con certeza, pero el canto triunfal de los enemigos indicaba que su mas temible contrario no existia. Despues de la accion habian ostentado, en la punta de una lanza, la cabeza de un guerrero. Grande fue la consternacion que esparcieron estas nuevas infaustas; pero ¿quien podra describir la amargura en que quedaron sumergidas la madre, y la esposa del heroe? La pobre anciana no cesaba de repetir, con el acento del mas acerbo dolor: *Ma woo! ma woo!* (¡o mi querido! ¡o mi querido!) mientras Amba, sentada sobre una estera de palma, y enteramente cubierta con un manto de algodon, permanecia inmovil, silenciosa, y sepultada en aquella fria insensibilidad que producen en las almas ardientes los grandes infortunios.

Pasado el primer desahogo del dolor general, la malicia volvio a dirigir sus perfidas arterías contra la inocente y desventurada huerfana. Semejante al insecto venenoso que solo habita entre las ruinas, la supersticion se place en agitarse, y en sucitar sus fantasmas, en medio

de las calamidades y miserias de la vida. Los gritos del placer suelen adormecerla; pero el llanto, y el gemido la dispiertan, y exitan. Terminadas las ceremonias del luto, que duraron seis semanas, y que dieron fin con un baile general de mugeres, empezaron a susurrrar voces de descontento, y enemistad contra la hija de la hechicera. ¿A qué podian atribuirse la muerte de Tarbara, y de sus compañeros, la ruina de tantas familias, la destruccion del reino de Inkran, sino al influjo malefico, de una persona contaminada con las artes diabolicas, proscrita desde su nacimiento, y que deberia haber pasado una existencia infame y aislada, lejos del comercio de los hombres? Tarbara, con su imprudente enlace, habia atraido a la tribu entera, la maldicion de los numenes que habitan en las regiones invisibles del aire. Era necesario esterminar la causa unica, y primitiva de tantas desgracias. Coomba tubo noticia de estas perversas tramas, y creyó que solo el gobernador podia libertarla de los nuevos pesares que se le apercibian. Pasó a verlo, y recibio la acogida mas favorable. El gobernador se ofrecio a hospedarla con su hija en la fortaleza, y para que Amba no dudase de su proteccion, le envió por medio de su madre unas sartas de

vistosas cuentas de vidrio. Amba reprobó la medida que Coomba habia tomado sin consultarla. "Ni admito su don, respondio con altivez, ni el asilo que me ofrece. Lo que ese hombre quiere es que yo ultrage la memoria de tu hijo. No; matenme si quieren tus feroces compatriotas. A todo estoi dispuesta, exepto a violar mis juramentos."

Algunos dias despues llegaron dos compañeros de Tarbara, de quienes se dijo al principio que habian perecido a manos de los Ashantees, y pasada una semana, llamó a la puerta de Coomba un mensagero, tan estenuado por el hambre y la fatiga, que antes de permitirle hablar, fue preciso darle algun alimento. Cuando se hubo recobrado algun tanto, refirio que se habia hallado al lado de Tarbara durante toda la accion; que lo habia visto caer bajo el golpe de un enemigo, pero que no habia parecido despues su cadaver, por mas diligencias que se habian hecho para tributarle los ultimos honores. Amba oyó con el mayor anelo esta relacion, y pasadas algunas horas, habló a su madre en estos terminos: "mi esposo vive, y yo voi a buscarlo. No quieras disuadirme: ire en despecho del mundo entero. Si permanesco en tu choza, quedo espuesta a la venganza del gober-

nador, y al odio de todos los habitantes. Voi a Accra; buscaré al obgeto de todo mi cariño Si no lo encuentro, haré tu voluntad: pero si mi Tarbara existe, si logro estrecharlo de nuevo en mis brazos ¿no seras tu la primera que bendiga mi designio?" Coomba respetó el piadoso intento de la desgraciada; le dio una canoa y una esclava fiel, y con ella envió un mensage a sus parientes que residian en Accra. Estos acogieron a Amba con toda la consideracion que su situacion exigia; pero trataron de quimerico su proyecto. "Tu esposo, le decian, ha perecido entre las garras de las fieras, o se halla cautivo de esos malvados, en paises remotos, de donde jamas volvera. ¿Y a donde podras dirigir tus pasos, que no encuentres a los Ashantees, siempre sedientos de muerte, y robos?" Amba no cedio a ninguna de estas razones. Halló un mancebo que se ofrecio a servirle de guia, y llevarle el saco de su ropa, y provisiones, y confiada en la Providencia que no desampara al inocente, se puso en camino, antes que despuntase el dia siguiente al de su llegada.

Amba atravesó desde luego la vasta llanura que rodea la capital de Inkran, y se internó en un bosque, donde pasó la noche en unas chozas humildes. Alli dejó a su conductor, y tomó otro

de la misma edad, continuando en esta precaucion, durante muchos dias, y dirigiendose siempre acia el sitio en que se habia dado la batalla; pero, cuando descansaba un dia, bajo la sombra de unos bambues, el mancebo que la acompañaba, le gritó que oia de cerca el *gong-gong* * de los Ashantees, y lleno de terror, echó a correr precipitadamente, dejandola sola en un pais que le era enteramente desconocido. Amba oyó en efecto aquel rumor melancolico, y creyó poder evitar el peligro que la amenazaba, retirandose a la espesura que por todas partes circundaba el camino. Mas el miedo la obligó a penetrar tanto en su laberinto, que mui en breve se vio perdida entre grupos espesos de arbustos, sin poder divisar la menor señal de habitacion humana. Vino la noche, y entonces echó de ver que se habia dejado, en el sitio donde oyó el ruido de los Ashantees, el saco de su ropa y provisiones. Las imagenes horrorosas que se presentaron a su fantasia alejaron el sueño de sus ojos. Aguardó con ansiosa inquietud los primeros vislumbres del alba, y vagó algunas horas por el bosque, hasta que encontró un bananero, y un manso arroyo, que por entonces calmaron su hambre, y su sed. Siguiendo el curso de su

* Instrumento belico de los Ashantees.

raudal, descubrio a lo lejos unas cabañas, a las que dirigio sus pasos temerosos, deteniendose de cuando en cuando, para observar si se acercaban los enemigos. Llegó por fin a la aldea que desde lejos habia divisado, pero solo habia en ella ruinas y soledad. El suelo estaba cubierto de armas destrozadas, de huesos, y cenizas. Alli sin embargo pudo condimentar al uso de su pais, las puntas de los tallos de los bambues, y descansar algunas horas en una de las chozas que menos habian padecido del incendio. La escena que la rodeaba solo podia inspirar las ideas mas terribles; un silencio semejante al de los sepulcros reinaba por dó quier. Amba huyó asombrada de aquel melancolico espectaculo, y continuó marchando sin direccion, y sin ver el termino de las malezas, y de las selvas sombrias. A veces se refugiaba en lo copa de un boaab, para dejar pasar al leon, que con giros magestuosos recorria sus dominios, buscando victimas qué devorar, o enemigos con quienes combatir; a veces silvaba a lo lejos el huracan, encorvando las copas de los arboles mas robustos, y anunciando muerte y destruccion. De pronto llegó a sus oidos el eco prolongado del cuerno de un gefe Ashantee, que congregaba sus guerreros dispersos, y les daba la orden de marchar. A

esta señal siguio por todas partes el rumor de los salvages que acudian al llamamiento. Amba huia del sitio por donde mas se acercaba el peligro, y nuevos peligros la amenazaban en el sitio a que se dirigia. Descubierta al fin por algunos gefes contrarios, y confiada en su ligereza, corrio como la corza perseguida, prefiriendo los pasos mas dificiles, y escabrosos, y desapareciendo a veces, por largo rato, de la vista de los perversos. Ya empezaban a abandonarla sus fuerzas, cuando se vio a orillas de un tajo profundo, a cuyos pies agitaba sus turbulentas espumas un crecido torrente. Los Ashantees lanzaron un grito de feroz alegria, viendo que ya no podia escaparseles la presa. Mas Amba no vaciló un momento. Consagrando su ultimo pensamiento al hombre que adoraba, estendio los brazos, lanzó un suspiro, miró al cielo, y se arrojó del borde del precipicio.

En el pais ocupado por la nacion Brafoo, que linda por una parte con Fanta, y por otra con Mankasin, hai una profundidad inmensa, que por todas partes rodean rocas perpendiculares y alturas escarpadisimas. La magnifica vegetacion que guarnece este limite natural, y que se estiende por un giro circular, en un espacio de muchas millas, es en la opinion de los habi-

tantes, un muro alzado por los espiritus del aire, para estorvar que los profanos pisen aquel recinto misterioso. Nadie habla sin horror del *valle prohibido*; nadie conoce exactamente su estension; y pocos son los que osan acercarse a las faldas de las elevaciones que lo circundan. Alli residen algunos fetiches, que el vulgo cree inmortales, y cuyas funciones se reducen a custodiar e interpretar el gran oraculo. Mas este solo puede ser consultado en ocasiones gravisimas, y cuando alguna de las naciones vecinas se halla proxima a sufrir una calamidad. Entonces los fetiches del pueblo se aproximan a las montañas, y tocan unos tambores que solo se emplean en aquella ocasion solemne. Los inmortales responden, y acuden al sitio donde los mensageros los aguardan; les vendan los ojos, y por largos rodeos los conducen a un sitio donde les descubren reunidos en pequeño espacio cuantas maravillas producen el arte y la naturaleza. En medio de una barrera circular formada con los arboles mas preciosos por el esplendor de sus flores, y por la suavidad de sus perfumes, se elevan cuatro palmeros gigantescos, por cuyos derechos troncos, se enmarañan y serpentean las enredaderas mas vistosas de cuantas producen las tierras ecuatoriales. Bajo

las anchas y elegantes copas de estos cuatro palmeros, está un templo labrado de preciosas cañas, doradas en unas partes, y en otras pintadas de los mas vivos colores. Nadie puede penetrar en su interior, sino el gefe de los inmortales, el cual, informado por los mensageros del obgeto de su embajada, abre el santuario, y permanece en él, con la puerta cerrada, durante algunos minutos. Entre tanto se oyen espantosos mugidos, y gritos plañideros. El gran fetiche sale del templo, esplica el oraculo que ha recibido a los mensageros arrodillados, y estos, despues de haber presentado una dispendiosa ofrenda, se retiran, con una venda en los ojos como antes, pero por un camino diferente del primero. Los fetiches que los guian no les permiten ver la luz del dia, hasta haberlos conducido a una milla de distancia del valle.

En torno del santuario estan esparcidas las habitaciones de los fetiches, sombreadas por frondosos grupos de arboles del coral, y rodeadas de jardines cultivados con el mayor esmero, en que se crian las plantas de que se alimentan. El bambú, que con tanta abundancia crece en aquellos paises, es lo que principalmente compone su estructura; sus cañas, dispuestas con singular artificio, ostentan los mas delicados dibujos.

Los techos terminan en punta, y sobre esta se divisa un enorme globo de cobre dorado. Lo interior de estas moradas respira el mas esmerado aseo. El suelo está cubierto de alfombras de palma, de colores alegres, y cuyos dibujos imitan pajaros y flores. De la puerta pende una gran cortina de seda, bordada de oro, y los almohadones que guarnecen los muros son de esquisito algodon, y plumas raras. En un retrete contiguo a la pieza principal está la imagen del numen, coronada de flores, y continuamente perfumada con las gomas é inciensos que la naturaleza ha prodigado al suelo de Africa.

Amba se halló en una de estas desconocidas mansiones, cuando recobró el uso de la razon de que su caida la habia privado. Recorrio con sus miradas atonitas los obgetos que veia en torno, y las fijó en el rostro venerable de un anciano, que la observaba cuidadosamente, y que apoyaba el codo en el almohadon en que ella yacia. " Vuelve en si," dijo el fetiche, a otra persona colocada al lado opuesto. Amba dirigio la vista acia donde el anciano habia enderezado sus palabras, y no pudo desconocer las facciones de su esposo. Creyose entonces fuera de los limites de su carrera mortal, y tansportada a la mansion de los espiritus. El sobrecogimiento,

y la debilidad no le permitieron abrir los labios. El anciano, aprovechandose de aquella circunstancia, le dijo: "Estás segura; tu esposo vive, pero si hablas te pierdes. Toma estos refrescos, y calla. Con esta condicion, permito a Tarbara que permanezca junto a ti. Yo voi a descansar a la pieza inmediata, y al menor ruido que oiga, os separo." Amba hizo una señal de sumision, y quedó sola con su esposo, a quien espresaba con el lenguage de los ojos la vehemencia de los sentimientos de que estaba poseida.

Dos dias despues de este singular encuentro, Amba tubo permiso de entrar en conversacion con Tarbara, y este satisfizo, ante todo, la justa curiosidad que inspiraba a su esposa un suceso tan estraordinario. El campo de batalla estaba a pocas millas del valle prohibido. Tarbara cayó gravemente herido, y los enemigos lo dejaron por muerto, con otros muchos de su nacion. Al anochecer, y cuando los Ashantees se habian retirado, los fetiches del valle, salieron a examinar la escena de tantas desventuras, y a dar ausilios a quien los necesitase. Habiendo reconocido que Tarbara vivia, se lo llevaron consigo, le aplicaron balsamos, y lograron que en poco tiempo se restableciese. La severidad con que aquellos solitarios cuidan de que no

haya la menor comunicacion entre el valle, y el pais inmediato, le habia estorvado enviar un mensagero a su familia.

En seguida fue preciso referir a Amba su propia historia, pues ignoraba las circunstancias que la habian conducido al sitio en que se hallaba. Tarbara le contó que uno de los fetiches, hallandose en oracion a la orilla del torrente que atraviesa el valle, vio caer desde lo mas elevado de su margen, un obgeto que no pudo descubrir al principio, y que sin duda se hubiera despedazado al caer, si no lo hubieran detenido las ramas de unos arboles, situados en la falda de la elevacion. El fetiche llamó a otros compañeros, y aunque no sin gran trabajo, pudieron sacarla de aquel peligro, y conducirla a una de las chozas.

“ Pero ¿quien eres tú, dijo entonces el anciano, tú en cuyas formas no se descubre ninguno de los rasgos propios de los que habitan las orillas de las grandes aguas* ?”

“ Me llaman, respondio Amba, la hija de la hechicera: pero mi corazon me dice que no es sangre maldita la que lo vivifica. Èsta pulsera, y el nombre de Akimpon.”......

* Nombre que dan los negros al rio Niger.

"Akimpon?" clamó el anciano, tomando la pulsera que Amba le entregó, y examinando los caracteres grabados en ella. "¡Eterno Yancoompun! loadas sean tus disposiciones. Akimpon era mi hermano, y tu eres mi sobrina. El hombre que te dio el ser habia ganado fama inmortal entre los guerreros Ashantees, a quienes muchas veces habia conducido a la victoria. En una guerra lejana, hizo prisionera a tu madre, de quien se prendó, y a quien entregó el corazon, y la mano. Algunos años despues, viajando con ella y contigo, y escoltado por un pequeño destacamento de sus tropas, fue sorprendido por fuerzas superiores de los Fantees, con quienes su nacion estaba en guerra. Tu padre, y cuantos estaban a sus ordenes hicieron frente a los contrarios, para dar tiempo a que tu madre se salvase contigo, huyendo a los bosques. Pudieron conseguirlo, pero fue a costa de su vida, pues todos ellos murieron peleando. Nada mas se supo de tu madre: los Ashantees la creyeron devorada por las fieras."

Con este descubrimiento quedaron satisfechas todas las esperanzas de la huerfana: mas el viagero que nos ha transmitido esta relacion no pudo averiguar el resto de la historia. Proba-

blemente volveria con su esposo a los brazos de Coomba, y quizas esta venturosa familia lograria preservarse de las calamidades horrendas que los hombres civilizados, y Cristianos de Europa suelen esparcir en la costa Occidental del Africa, para convertir en obgetos de un trafico execrable los que nacieron tan libres como ellos, aunque algo menos codiciosos y crueles.

## EL SEPULCRO DE UNA MADRE.

---

Tumba sagrada y pia,
Que de una madre tierna
Los restos venerados,
En tu regazo funeral conservas;

Marmol, que el dulce nombre
De una madre recuerdas,
Para que sus virtudes
Norma segura de virtudes sean;

Cesped que ya revistes
Su mansion postrimera,
Vital jugo sacando
De los despojos de la muerte horrenda;

Proteged apacibles,
Nuestro amor os lo ruega,
Las lloradas cenizas
Que antes asilo de ternura fueran;

Y de afectos sublimes,
Y de blanda indulgencia,
Y de inocente goce,
Y de sencilla y candida modestia.

Huerfanos desvalidos
Quedamos en la tierra,
Cual vagel impulsado
Por fiero Noto entre desnudas peñas

Fueron nuestras venturas
Exalacion ligera,
Que en pos tiniebla fria
Senda escabrosa, y hondo abismo deja.

La suave fragancia
De la risa materna
No calmará benigna
De nuestros infortunios la crudeza.

Ni ya dulces miradas
Nuestros pasos alientan,
Ni en regazo amistoso
Grato sueño hallará nuestra inocencia

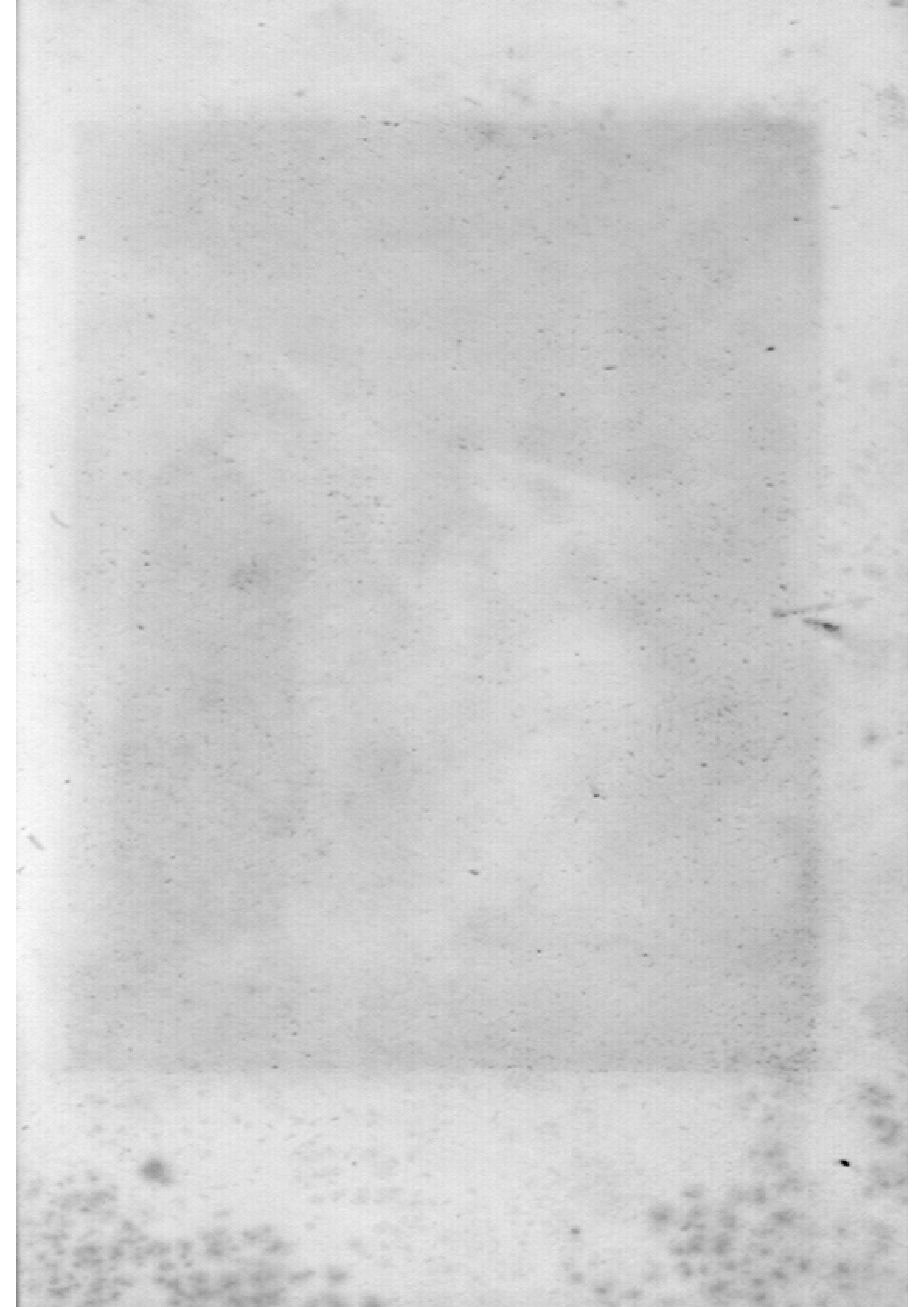
Soledad espantosa,
Abandono y miseria

En agitada vida,
El destino inflexible nos reserva.

Mas no: la muerte impia
Respetó la cadena
Que invisible nos une,
Y nuestras almas con la suya estrecha.

Desde el zenit radiante
Dó vencedora reina,
De sus hijos amados
Los pasos guia cual segura estrella;

Y en las dichas que al justo
Gloriosas recompensan,
Junto al trono divino
Con amor incansable nos espera.





J. Porter pinx.t A.W. Warren sculp.t

El Primer Amor.

Pub. by R. Ackermann, London, 1827.

# EL PRIMER AMOR.

## ESCENA IMITADA DEL INGLES.

---

*La Duquesa, Julia, Octavio.*

LA DUQUESA.

¡ Cual brama el huracan ! ¡ Cuan fragorosos
Rugiendo inundan las calladas vegas
De destruccion preñados los torrentes !
De monte en monte vaga la tormenta
Y sobre el mundo atonito, orgullosa
Cual gigante infernal se enseñorea.

JULIA.

¡ Qué horror ! La cima del Moncayo altivo
Se agita formidable. Mole inmensa
De nubes tenebrosas la reviste
Y de su falda la estension rodea.
¡ Ai del que solo, y misero los campos
Por sendas ignoradas atraviesa,
Sin norte, sin hogar !

DUQUESA.

¡ Ai del culpado
Que en cada rayo aguarda la sentencia
De eterna destruccion ! ¡ Ai del perjuro,
Que en el mugir de la borrasca horrenda
La acusacion insoportable escucha
Del pecho que ultrajó ! Cuando resuena
Por el espacio con feroz bramido
La colera de Dios, y las esferas
Con fulgor instantaneo se iluminan
¡ Ai del que provocó su rabia fiera !

JULIA.

Calló un momento......

DUQUESA.

¿ Es ilusion ? ¿ No oiste
Lejana melodia, dulce y tierna
Cual arrullo del ave enamorada ?

JULIA.

Al castillo la blanda voz se acerca.
¡ Misero !

DUQUESA.

¿ Lo conoces ?

JULIA.

Si Señora.
Es un anciano trobador que lleva
Grabado el infortunio en la mirada.
En sus calamidades aun conserva
Viva imaginacion, y voz sonora,
Y a veces en las chozas de la aldea,
En galardon del canto peregrino,
Grata acogida, y tosco pan encuentra.
Quizas el infeliz aguarda ansioso
Que algun techo amigable lo proteja
De tan horrible noche. ¿Ois? Me parten
El corazon sus voces lastimeras

*(Voz adentro.)*

¿No hai quien se duela
Del trobador?
¿No hai quien lo abrigue
Por compasion?
Solo, abatido,
Cede al dolor,
Si no conmueve
Tu corazon.

Oid los cantos
Del trobador;

Lejana tierra
Fama le dio,
Y en Palestina
Siguio el pendon
Ganando ansioso
Premio, y honor.

Pero en el alma
Del trobador
Amor labrára
Cruda mansion
Mas que borrasca
Fiero es amor...
Dadme un asilo
Por compasion.

DUQUESA.

¡ O suave recuerdo ! ¡ O patria mia !
¡ O perfumados valles de Provenza !
Corre, Julia, al cuitado, y esta noche
Los muros del castillo lo guarescan,
(*Vase Julia.*)
Aun mas que el huracan esos sonidos
Mi destrozado corazon penetran.
De mi inocente infancia las venturas,
Que como flor del campo pasagera

Marchitó la desgracia; los delirios
De una pasion fogosa que se hospeda
Todavia en mi seno atormentado;
Las platicas de amor que tan serenas
Cual tranquilo raudal se deslizaban,...
Memoria impia que esa voz recuerda,
¿Por qué al alma infeliz, cual sombra adusta
Que vomitó el averno te presentas?
¿No habrá descanso para mi?

JULIA.

El anciano
Lleno de gratitud, pide licencia
De besarte los pies.

DUQUESA.

Ausente el Duque,
Quizas a sus enojos me espusiera.

JULIA.

Sus canas, su miseria os justifican.

DUQUESA.

Dichosa yo si puede mi presencia
Dulcificar los males que lo agovian.

*(Vase Julia.)*

OCTAVIO.

Prodigue el cielo dicha verdadera,
Y calma, y paz al alma generosa
Que alivia de su hermano la dolencia.
Cual en la eterea boveda reluce
Magestuosa y candida la estrella,
Tal en la hermosa la virtud. Los años
Podran ajar la flor de la belleza,
Pero no la piedad, balsamo dulce
Que las heridas de infortunio cierra.
Dejad, noble Señora, que a tus plantas
Estos bosquejos rusticos ofresca
Trazados en mis años juveniles.
De gratitud como sencilla ofrenda,
Tu bondad los admita.

DUQUESA.

Buen anciano,
No es menos que tu voz, tu mano diestra.
Vida hai en tus dibujos. Aqui miro
Del Durance las margenes serenas,
De adelfas y de olivos coronadas,
Cual las vi en mi niñez; mansion risueña
De inocencia y holgura ... si me engaña
La fantasia ... ¿qué pintura es esta?
¡Mi retrato! ¿Quien pudo? ...

OCTAVIO.

No señora.
Esa es la imagen, en verdad grosera
De una muger, mal dige, de una harpia
En quien supo juntar naturaleza
Con sus mas esquisitas perfecciones
La maldad mas atroz, y mas perversa;
De un angel en el rostro, de una furia
En falsia y crueldad; de una doncella
De Provenza esplendor, y a quien maldicen
Hoi con execracion las almas tiernas.

DUQUESA.

Esa voz, ese gesto ... por ventura
¿Oculta ese disfraz ...

OCTAVIO.

Calla o revelas
Con el horrible arcano de mis males,
Tu perdicion y tu deshonra eterna.
En este trage humilde, en estas canas
Que mi faz desfiguran, si, contempla,
Tu victima infeliz; saciate impia,
Y gozate en tu triunfo. Satisfecha
Quedó ya mi venganza. Solo quise
Que en mis facciones lividas leyeras
Los estragos que hicistes. Esta imagen

En tu mente infeliz grabada queda.
Ni borrarla podran tus nuevos lazos,
Ni el brillo seductor de la opulencia.
Do quier vayas, cual genio que el sepulcro
Lanza amenazador de sus tinieblas,
Perseguira tus pasos vacilantes,
Y en el falso esplendor que te rodea
Mil veces suspirando acongojada
La muerte invocarás, sorda a tus penas.
Ese es tu galardon.

DUQUESA.

Misera! ¿Acaso
Cabe en el alma angustia mas acerba
Que la que el seno a esta infeliz destroza?
¡Y tu me acusas! ¿Y atrevido intentas
Esponerme a la furia de un tirano
Cuya mirada es destruccion?

OCTAVIO.

¡Y piensas
Inducirme a piedad, tu que en el alma
De ponzoña letal la copa llena
Con perfidia inaudita has derramado!
¡Tu que tantas caricias, y promesas,
Y juramentos, y sagrados votos
Hollando insana, a mi rival entregas

Un corazon, cruel, que no era tuyo !
¡ Y quieres compasion ! Venganza eterna
No compasion tendras.

DUQUESA.

Cesa, inhumano,
No mas me oprimas con tu furia ; cesa
¡ Tú vengarte ! Tu ! Octavio ! el cariñoso
Guia de mi niñez, que de terneza,
Y de amistad, y de indulgencia grata
Tantas lecciones placidas me diera !

OCTAVIO.

¡ Qué bien las aprendistes ! Pero es tarde
Pasó el instante horrible, y no hai quien pueda
Restituir al corazon viciado
El prestigio feliz de su inocencia,
Ni a mi la paz que me robo tu crimen.
Mas ya mi corazon no tiene fuerzas,
Ni quiero sufrir solo ; no, el impio
Que el vinculo rompio tambien padezca.
Oye pues el designio que he formado.
En la falda del monte nos esperan
Dos troteros veloces, que en instantes
Te alejarán de esta mansion horrenda.
Sigue mis pasos : en remotos climas,
Sepultarás tu misera existencia,

Y yo la mia ; juntos, inocentes,
Deplorando la barbara cadena,
Que a un torpe usurpador tu suerte liga,
Mas sin osar sacrilegos romperla.
O si el peligro de tu honor te asusta,
Del sagrado recinto de las Huelgas
Te acoja la mansion, y ante las aras
Del señor, entre virgenes modestas
Con gemidos, y ruegos fervorosos,
Desarma humilde la venganza eterna.
Resuelvete ... no tardes.

DUQUESA.

Nunca, nunca.

OCTAVIO.

¡ Nunca ! pues bien, escucha la sentencia
Que en mi implacable colera pronuncio.

DUQUESA.

Deten el labio impio.

OCTAVIO.

Escucha, y tiembla
Con las falanges de Aragon, el Duque
Sigue de Jaime en Murcia las banderas.
Yo seguire las de Almanzor. Rabioso,

Cuando el choque feroz de la refriega,
Las dos huestes confunda encarnizadas,
Y entre nubes de polvo vague incierta
Muerte esterminadora, y de las filas
Los bravos a millares desparezcan,
Yo buscaré anelante a mi enemigo;
Yo mediré con su valor mis fuerzas.
El odio nuevo empuge dará al brazo;
Lo postraré a mis pies, y en la perversa
Sangre cruel que el corazon le anima,
Lleno de gozo bañaré la diestra.

# UNA SOLA FALTA.

## ANECDOTA HISTORICA.

---

Si las esposas que faltan a sus deberes previesen los males y bochornos que se preparan, no renunciarian tan facilmente a la tranquilidad interior de que no vuelven a gozar jamas, a la buena opinion sin la cual no hai existencia social, y que pierden para siempre. ¡ Cuan cruel es consigo misma una muger sin freno ! Ella envilece un sexo que se venga despreciandola ; ella compromete el reposo, el honor y la vida de todos cuantos la aman. Imaginase al esponer su reputacion, que una amistad ilicita la indemnizará de aquellas perdidas ¡ Vana esperanza ! Aquel mismo hombre que la indujo a engañar a su marido, la engañará tambien a ella. La indiferencia, el desprecio, el abandono son la recompensa de todos sus sacrificios ; solo el llanto puede apagar el fuego en que se consume. Condenada a una justa reprobacion, obligada a

retirarse de la escena del mundo en que tanto brilló y fue obsequiada, va a sepultar sus remordimientos en una soledad. Un nombre supuesto la preserva del oprobrio que la persigue. Vive en el aislamiento, no tiene vinculo alguno que la ligue, ni puede tener un confidente de sus males, porque no se pueden revelar sin aumentarlos. Cuanto la rodea la fastidia: el porvenir la espanta; ve aproximarse una vegez desventurada, y conoce, aunque tarde, que el mayor mal que puede esperimentarse es el desprecio de sí mismo.

Camila, hija del gobernador de una plaza del territorio frances, proxima al de los Paises Bajos, habia inspirado una pasion vivísima a Lamberto, heredero unico del mas acreditado fabricante de Valencienes. En vano la familia de este procuraba disuadirlo de un enlace que creia perjudicial. El no vivia sino para Camila, y no podia resistir a la impresion que le hacia su belleza, ni a la voluptuosa espresion de su mirada. Camila, cuyo padre vivia solo de su sueldo, no podia esperar verse unida a un joven cuya alianza solicitaban todas las familias ricas del pais, y Lamberto no obtuvo sin mucha dificultad el consentimiento de sus padres. Estos vieron que Camila era hermosa, amable y bien criada, pero

observaron en ella un deseo de agradar que suele ser funesto a los derechos del Himeneo. Lamberto en el hecho mismo de preferir su querida a los partidos mas ventajosos, creia poseer todo su cariño y ademas su reconocimiento. Reinaba en efecto entre los dos novios ũna perfecta simpatia, y una gran semejanza en inclinaciones, y en caracter: parecian formados uno para otro.

Este tan deseado casamiento se celebró con la mayor satisfaccion del padre de Camila. Dieronse grandes funciones cuyo principal adorno era ella, y en todas se notó su empeño en atraer todas las miradas, y en cautivar todos los corazones.

Lamberto cada dia mas enamorado, no veia en la conducta de su muger sino el imperio que egercen por lo comun la gracia y la belleza. Mientras mas lucia ella, mas inflamaba el alma de su marido, y mas lisonjeaba su vanidad. En breve fue madre, y dió a luz una niña, cuyo nacimiento parecia un nuevo nudo que apretaba mas y mas el vinculo que los ligaba.

Con motivo de algunas mudanzas que hubo en los gobiernos de las plazas, el padre de Camila pasó al de la de Valencienes, lo que le proporcionaba la satisfaccion de estar cerca de

su hija, y de ver crecer y formarse a su querida Adela, cuya lindeza y sagacidad daban la esperanza de que seria con el tiempo tan seductora como su madre. Esta, por el esmero con que educaba a su hija, se hizo mas apreciable a los ojos de Lamberto. Camila se veia en el seno de la opulencia, generalmente estimada, adorada por su esposo, y estrechada cada dia en los brazos de un padre a quien amaba, y de quien era el unico consuelo en su vegez. ¿Qué podia faltarle para ser dichosa?

De toda esta ventura gozó tranquilamente durante los primeros años de Adela, cuyos órganos se desarrollaban con prodigiosa facilidad, y que ya formaba las delicias de sus padres. Esta niña era el idolo de su abuelo paterno, que cuando la tenia en sus brazos desafiaba al hombre mas feliz, y viendose revivir en ella no temia los estragos del tiempo.

La suerte vino a turbar la felicidad de que gozaba esta honrada familia. Lamberto perdió a sus padres en el espacio de pocos meses, y se halló unico heredero del gran caudal que habian adquirido en cuarenta años de trabajos, y en las fabricas de encages que habian establecido. Cuando pasó el tiempo consagrado al sentimiento por el amor filial,

Camila que habia formado anteriormente el proyecto de salir de la provincia, donde todos viven espuestos a la malignidad de los envidiosos, suplicó a su marido que la llevase a pasar el invierno a Paris, de que apenas tenia ella una ligera idea, para gozar de los teatros y del brillo de las artes, y para echar los cimientos de la educacion de Adela. Lamberto, que era algo inclinado a la ostentacion, y que ya formaba grandes planes para el establecimiento de su hija, cedió sin dificultad a las instancias de su muger. Confió la direccion de sus ricas manufacturas a un amigo seguro a quien ofreció un interes en las ganancias; tomó un cuarto de antemano en uno de los mejores barrios de la capital, y llegó a ella a fines de Octubre con su muger, su hija y su suegro.

Camila estaba encantada en Paris. Veiase libre del insoportable espionage, de los chismes de los pueblos pequeños, que muchas veces envenenan las mas puras intenciones, y dan importancia a las cosas mas pequeñas. Fue perfectamente recibida en las casas de los primeros comerciantes, y obsequiada con los mas lisongeros homenages. ¿Como era posible que no hiciesen caso de ella siendo joven, rica y hermosa, en la mansion de la corrupcion, del lujo

y de la intriga? Mui en breve tuvo un tren brillante, lacayos descarados, y una doncella astuta; tertulia una vez a la semana, y un monton de amigos serviciales, y adoradores entusiastas que acudian al olor de una mesa delicada y esplendida. Buscose para Adela un aya que no se separaba nunca de ella, lo cual aligeraba en gran manera las ocupaciones de Camila. Lamberto que se aprovechaba de su mansion en Paris para emplear en grandes operaciones de banco los fondos que le producian sus manufacturas, parecia poco en casa. El suegro tuvo que volverse mui pronto a su destino, de modo que Camila pudo entregarse libremente a todos los impulsos de su alma, y de su imaginacion. Continuamente se la veia en las diversiones públicas, y en las numerosas reuniones compuestas de todas las personas que siguen el carro de la moda. Vivia en una especie de embriaguez producida por la novedad de los objetos que la rodeaban; pero los aplausos que obtenia lisongeaban su vanidad sin llegar al corazon. La gratitud habia estrechado el vinculo que la ligaba a su esposo.

Entre las personas que la visitaban con mas frecuencia, y que entablaron con Lamberto relaciones mercantiles se hallaba un cierto vizconde,

cargado de cruces, que habia servido muchos años en la carrera diplomatica, y que a la sazon se empleaba en hacer grandes especulaciones en la bolsa de Paris. A veces se le veia dueño de grandes capitales, a veces reducido a la simple comision. Era un hombre amable y generalmente querido por las habilidades que poseia. Tenia cuarenta años sin haber perdido las ventajas de la juventud. Su prurito era el deseo de agradar á las mugeres de merito, hacerse temible en los lances de honor, célebre en toda circunstancia ruidosa, y famoso en aventuras de amor. Ora para cautivar amigos echaba mano de la generosidad y de un celo sin limites; ora para reparar sus perdidas ó para seducir alguna desventurada, aparecia perfido, interesado y ambicioso. En fin podia llamarse el Proteo de la moda, el heroe de las intrigas, azote al mismo tiempo, y encanto de la sociedad.

Con una sola ojeada descubrió en Camila una imaginacion exaltada a la que el himeneo no ofrecia un campo bastante espacioso. Se le figuró que aquella joven habia creido que era amor el sentimiento que le inspiraba su marido, no siendo otra cosa que agradecimiento, y adivinó que este solo no le era suficiente. Camila llena de hermosura, de franqueza, pura todavia

y susceptible de una gran pasion, era una gloriosa conquista. El ascendiente que egercia en su marido podia poner grandes fondos a disposicion del conquistador. El vizconde no omitió ningun medio de agradar a Camila, y lo logró en efecto. No salia del escritorio del marido sino para ir al gabinete de la muger; y de tal modo supo manejarse, que llegó a ser indispensable a él y a ella. Las primeras especulaciones que Lamberto habia hecho por su mano habian sido tan ventajosas que le atrageron toda su confianza. Las diversiones que proporcionaba a Camila, los homenages delicados que le tributaba, y las tiernas lisonjas con que atacaba su corazon, lo hacian cada vez mas apreciable a sus ojos: en fin se entronizó de tal manera en la casa, que nada se hacia en ella sin su orden y consentimiento.

Quedó resuelto que Camila fijaria de una vez su residencia en Paris, y que su marido iria cada tres meses a ver el estado de sus fabricas. Este compró una magnifica casa en una de las mejores calles de Paris, y la puso con el lujo que correspondia a sus rentas continuamente aumentadas por las operaciones de banco en que entraba siempre su amigo de mitad. Los proyectos que este habia formado acerca de Camila estaban tan

bien combinados, y su conducta era tan arreglada en presencia del marido, que no pudo tener la menor sospecha de un hombre tan amable, y de quien cada dia recibia nuevos testimonios de celo y amistad. Lamberto no era tan astuto como el vizconde, pero no carecia de tino y firmeza; sabia conservar una sangre fria imperturbable en las ocasiones mas criticas, y unia a todas estas cualidades una dignidad que infundia respeto.

Llegó la epoca del primer viage de Lamberto a sus fabricas: Camila y el vizconde, libres de toda vigilancia importuna, se vieron con mas frecuencia que nunca. El vizconde no dudando ya del ascendiente que habia adquirido en el corazon de aquella joven, la deslumbró con la gracia que daba a todo lo que decia, y la descarrió con las mas seductoras promesas de amor y de constancia. Siempre se les veia juntos en Paris, y en sus alrededores; el público murmuró; sus amigos no dejaron de criticar esta conducta; los mismos criados de Camila, a pesar de las precauciones que ella tomaba, se quejaban del servicio que tenian que hacer para contentar al vizconde, el cual mandaba ya como amo. Llegó su arrojo hasta el estremo de despedir al buen German, antiguo y fiel criado de

Lamberto a quien habia visto nacer: hombre honrado que no podia sufrir que un intrigante comprometiese a su señora en ausencia de su marido. Vuelto este de su viage, supo las imprudencias de su muger, y aunque estaba lejos de creerla culpable, se vió obligado a indicarle los peligros a que la esponia su inexperiencia. Queriendo sin embargo evitar una esplicacion enfadosa, y no permitiendole su caracter dar a entender que tenia celos, imaginó el arbitrio de manifestar a Camila sus errores por medio de un emisario que debia hacerle una viva impresion. Encargó pues a Adela que entregase a su madre un billete diciéndole que era de la mejor amiga que tenia en Valencienes. Adela va corriendo a desempeñar su comision. Camila reconoce la letra de su esposo y lee estas palabras: *¡ Camila te pierdes!* "Todo se ha descubierto," esclama involuntariamente y se arroja en el sofa respirando apenas. "¿Qué tienes mamá? le dice su hija asustada.—Nada, hija mia, nada. Dejame. Necesito estar sola." Adela se retira volviendo muchas veces la vista atras para observar a su madre. Vuelve al cuarto de Lamberto y le dice muy agitada. "¿Qué le has enviado a mamá? ¡Si vieras que amarilla se ha puesto! Y despues dijo: *todo se*

*ha descubierto.*—¿Como dijo?—¡Todo se ha descubierto: asi, clarito: y despues se echó en el sofa, con un temblor!... y despues me miró con unos ojos que me daban miedo, y despues fui yo a hacerle un cariño y se quiso quedar sola. Anda a verla papá, porque apuesto a que está llorando; y si recibes otra vez esas picaras cartas, anda á llevarselas tu mismo, o no se las lleves tu tampoco, porque le hacen mucho daño.—Basta hija mia: vuelve con tu madre y no la dejes a menos que ella misma te lo mande."

Esta escena imprevista no permitió a Lamberto dudar que Camila habia violado la fe conyugal. En el impetu de su indignacion, su primera idea fue romper los vinculos que Camila habia profanado; pero la madre de Adela imploraba el perdon de la esposa culpable. Trató desde luego de terminar todos los negocios que tenia pendientes con el vizconde: y para ello pasó por grandes sacrificios a fin de hallarse en estado de prohibir a aquel hombre malvado la entrada en su casa. Despues tuvo con Camila una esplicacion en qué, disimulando con dignidad la profunda herida de su corazon, le dijo: "Tú has roto los lazos sagrados que nos unian; a lo menos me queda el consuelo de

haber hecho cuanto dependia de mi para que te fuesen gratos. No aguardes de mi quejas ni reconvenciones. Me seria mui duro humillar a la madre de mi hija. Este es el unico titulo que conservas a mis ojos; todos los otros han desaparecido para siempre. Camila, si todavia tu alma oye la voz de la naturaleza, imitame. Soportemos mutuamente, en favor de nuestra hija, el suplicio de vernos cada dia, y de habitar bajo el mismo techo. En mi no veras sino una indiferencia silenciosa, y no exigiré de ti ni enmienda ni remordimientos. Viviremos como dos personas que se ven por primera vez: estaremos unidos y separados. Nuestra Adela será el eslabon en que se unan los dos pedazos de una cadena rota. Por ella solo conservaremos a los ojos de los estraños el aparato de una union necesaria a su suerte y a su establecimiento; pero todo esto es con la condicion de que no vuelvas a ver al peligroso seductor que nos separa. Su presencia me costaria la vida o él perderia la suya, y creo que si me determino a hacer en favor de Adela el mayor sacrificio a que puede someterse un hombre honrado, su madre no comprometerá los dias del padre y de la hija contentandose con haberle arrebatado el reposo y la felicidad." Lamberto concluyó con

estas palabras su arenga para no dar a conocer la agitacion que lo atormentaba; salió del cuarto y dejó a Camila en una situacion que no es facil describir.

Por una parte el cariño maternal, y la generosidad de Lamberto herian su corazon, y acusaban su traicion y su ingratitud: por otra el vizconde habia encendido en aquella alma ardiente un fuego que no le era dado apagar. Por los derechos de la naturaleza y del honor, Camila pertenecia a su esposo y a su hija, pero el amor la ligaba al vizconde. ¿Tendria ella fuerzas suficientes para renunciar a esta pasion? ¿Merecia su amante tan enorme sacrificio? Tales eran las reflexiones, tales eran los combates a los que vivia entregada Camila, cuando una mañana su doncella, que el vizconde habia ganado, le presentó un billete de este último. En él pintaba con la destreza y energia de un habil seductor, la cruel imposibilidad en que se hallaba de verla. Deciale que si continuaba en esta privacion, y sin el consuelo de mantener con ella una correspondencia, iria a sepultar en un rincon del mundo su desventurado amor, y la imagen de la unica muger a quien habiá amado de veras; concluia su carta declarando, que si dentro de tres dias no recibia respuesta, egecu-

taria él mismo la sentencia que este silencio le imponia. Camila sobresaltada, y creyendo que iba a perder de vista para siempre al hombre por quien tanto habia sufrido, vacila algunos instantes entre su obligacion y la pasion fatal que la dominaba; pero lanzandose de repente a la mesa, escribe con mano tremula:—"No partais."

Por esta respuesta de Camila conoció el vizconde todo el imperio que egercia en su corazon. No solo mantuvo con ella una activa correspondencia, sino que se vieron muchas veces, y ¡ cuanta prevision y esmero no fueron necesarios para estas culpables entrevistas! El menor indicio que hubiera llegado a oidos de Lamberto hubiera producido un escandalo y un rompimiento. La doncella era la que recibia todas las cartas del vizconde por medio de un emisario a quien ella misma confiaba las de su señora; por consiguiente, fue necesario desde luego poner a estas dos personas en el secreto. El portero de la casa viendo venir con tanta frecuencia aquel hombre desconocido, tuvo algunas sospechas y dió parte de ellas a muchos criados de la casa.

¡ Cuanto no padecia con todas estas sospechas el corazon de Camila! Tuvo que prodigar el dinero, y sufrió mil bochornos. ¡ Ponerse en

manos de los criados! ¡Soportar sus familiaridades! ¡Esponerse a sus chismes, a su desprecio! "¡O! esclamaba ella algunas veces; ¡adonde nos conduce una sola falta!"

Todo esto no era mas que el preludio de la suerte funesta que la aguardaba. Una de las cartas del vizconde vino estando ausente la criada: German, que estaba en el cuarto del portero, se apodera de ella, y se la entrega a su amo. Como no traia sobrescrito, y ni el mismo German habia podido saber de donde venia, Lamberto la abrió, y conoció la letra del vizconde. Los terminos en que este se esplicaba, daban a entender la mas estrecha intimidad. El vizconde exigia el cumplimiento de la promesa que le habia hecho Camila de separarse de su marido, del cual solo podria aguardar desprecio y resentimiento: le ofrecia dividir con ella sus riquezas que eran considerables; concluía indicandole el dia y la hora en que la aguardaba en compañia de su hija de la que no queria separarse; todo estaba ya preparado en los terminos convenidos de antemano entre los dos, y pocos dias bastaban para salir del territorio Frances.

Esta carta produjo en Lamberto toda la indignacion de un marido generoso, y de un padre ierno. Disimuló sin embargo cuanto le fue

posible, y pensando tan solo en conservar su joya mas preciosa, dice en presencia de Camila que un amigo lo ha convidado a comer al campo y que habia hecho animo de llevar en su compañia a Adela para distraerlo en su viage. La niña acepta gustosisima, y su madre al separarse de ella siente una opresion interior cuya causa no puede adivinar. Era cerca de medio dia y Camila se disponia a escribir al vizconde, aprovechandose de la ausencia de su marido; apenas empieza, cuando German le entrega una carta de Lamberto y sale inmediatamente diciendole: "El amo me ha encargado entregarsela a V. en mano propia." Camila abre el papel con mano tremula; cubrela un frio mortal, y ve realizados todos sus presentimientos cuando lee estas palabras: "He evitado el golpe funesto que me preparabais: mi hija está en mi poder y no volvera a caer en el vuestro: si hasta ahora lo he sacrificado todo a la madre de Adela, por mi y por mi hija debo manifestar en esta ocasion la dignidad de un hombre, y la autoridad de un padre. No volveré a entrar en casa sino cuando hayais salido de ella. Os ruego que no degeis en ella nada que os haya pertenecido. Basta y sobra vuestra memoria; sobre todo que no haya

escandalo ni ruido. Puedo confundiros cuando quiera; no me pongais en el caso de deshonrar delante de los tribunales a la madre de mi hija.

Lamberto.

"P.D. Se os pagará exactisimamente la viudedad de 6,000 francos, estipulada en la escritura total. Es un derecho que habeis adquirido puesto que para vos no existo ya."

Se hallaban adjuntos a la carta seis billetes de banco. Camila en su primer movimiento quiso restituirlos a su marido, pero despues de un momento de reflexion comprendió que era un rasgo de su delicadeza, pues no teniendo que devolverle nada, no habiendo traido ella dote, queria evitar al separarse de la esposa culpable, que la madre de Adela tuviese que depender de su seductor. Camila, despues de pensar en la humillacion que sufria viendose arrojada de su casa, se sintió dolorosamente conmovida. Sus ojos no se apartaban de la carta de su esposo, y dejaban salir lagrimas amargas al leer las ultimas palabras: "Para vos no existo ya." Inmediatamente da orden a su doncella para que junte toda su ropa y algunos pequeños muebles de su uso particular: manda venir un coche de alquiler, y sale de aquella habitacion magnifica donde

fue tan festejada, tan querida. "¡A donde nos conduce una sola falta!" esclama entonces sobrecogida y tremula.

Supo sin embargo conservar su decoro, y lejos de dirigirse a la habitacion del vizconde, tomó una casa de posadas en un barrio oscuro adonde resistió a todas las instancias que aquel le hizo para vivir en su compañia. No solamente lo movia a dar este paso el verdadero amor que profesaba a Camila, sino es el deseo de hacer ruido en el mundo, y ganar cierta celebridad. Lamberto y su hija volvieron algunos dias despues, y se dijo a la niña que su madre estaba haciendo un largo viage que su mala salud exigia; ella lo creyó facilmente puesto que no habia alteracion ninguna en su cuarto, y Lamberto, a quien German entregó la llave de la papelera de su muger, quedó estrañamente sorprendido al encontrar en ella sus alhajas y todas las cartas que él le habia escrito. Lleno de pesar al ver estos objetos que tanta ventura traian a su memoria, sale precipitadamente de aquel cuarto en que Camila habia jurado tantas veces un amor eterno, y pasa a la sala donde echa de menos el retrato de Camila. Pregunta a German si la señora se lo habia llevado, y este responde que no, sino es que la señora lo ha man-

dado poner en el cuarto de la niña despues de haber escrito en el unas palabras que regó con su lianto. En efecto hallan en la pieza indicada el retrato de Camila que estaba representada con un libro en la mano, y en él habia ella escrito con lapiz: "una sola falta nos separa."

Lamberto, que no queria encontrar a Camila con su seductor y que por otra parte estaba haciendo falta en sus manufacturas, salió para Valencienes con Adela y algunos fieles criados. Esperaba hallar en el lugar de su nacimiento algun alivio a sus pesares, alguna distraccion a sus memorias; mas en vano. Todo cuanto veia le recordaba a Camila, y lo que avivó mas este recuerdo fue la presencia del comandante a quien era preciso revelar cuanto habia ocurrido. Este hombre austero quiso en su primer movimiento de indignacion ir en busca del vizconde y pedirle satisfaccion de los males que habia ocasionado en aquella familia; pero Lamberto tranquilizó este ardor propio de un militar, y no permitió que un hombre de honor, casi sexagegenario, espusiese su vida con un intrigante que quizas no respetaria al padre de Camila.

El vizconde empezaba a perder la ilusion. Sea que Camila despojada de todo el prestigio de la opulencia y retirada a una habitacion os-

cura le pareciese menos seductora; sea que suspicaz y desconfiado como son todos los engañadores, se imaginase que Camila le era infiel; sea en fin que aquella amistad debiese acabar como acaban todas las que no se fundan en un un solido aprecio, lo cierto es que ya empezaba a cansarse de Camila y a verla con menos frecuencia. A su lado esperimentaba aquella hartura, aquel empacho, aquella indiferencia que no podian ocultarse a la perspicacia de su desgraciada víctima. El orgullo le impedia quejarse, y al mismo tiempo era justo que padeciese y fuese castigada. Supo en fin que el vizconde tenia otros amores, y que la habia sacrificado a una de esas mugeres atrevidas y emprendedoras, liebres muy corridas en el campo de la intriga, y que salen de la porteria de un ministro para dirigirse a la casa de juego. ¡ Qué terrible golpe fue para su corazon el considerarse vencida por semejante rival! ¡ Cuantas amargas pesadumbres, cuantas lagrimas de espiacion le costó su pasion desventurada! Habia pasado de la existencia mas brillante a la mas solitaria oscuridad, de la estimacion general al miedo de presentarse en público; habia engañado, llenado de desesperacion al hombre mas generoso, al esposo mas confiado, al amigo mas sincero... ¿ y por quien

habia hecho tantos sacrificios?... Pero lo mas doloroso era que todavia no habian terminado sus desventuras. El vizconde, no menos ambicioso que inconstante, habia empleado todo su caudal en los fondos publicos, los cuales en aquella época esperimentaron las mas estrañas variaciones, y arruinaron a un gran numero de capitalistas. Engañado como otros muchos en aquellas especulaciones, perdió casi todo lo que poseia y se vió en la precision de ir a egercer en paises estrangeros su industria. Por fortuna tenia algun dinero en Holanda, y este era su unico recurso. Salió pues de Paris donde lo perseguian los acreedores: se llevó consigo a la aventurera que debia ayudarlo en sus nuevos proyectos, y dejó a Camila entregada a los remordimientos y a la desesperacion. Ella sabia mui de antemano que el vizconde le hacia algunas infidelidades, pero nunca creyó que fuese capaz de abandonar con tanta barbarie a la muger que por él habia dejado a su marido y a su hija, habia perdido su reposo, y renunciado a una solida felicidad. Muchos dias estuvo sepultada en el mas profundo dolor. Al principio las personas que la rodeaban creyeron que iba a perder la vida; despues de restablecida algun tanto, parecia privada enteramente de

juicio; y en semejante estado, tan digno de compasion, manos mercenarias eran las que la socorrian, gentes estrañas que no podian menos de creerla culpable, cuando la oian decir sin cesar, desencajados los ojos, y con voz alterada. "A esto me ha conducido una falta sola."

Pasaron algunos dias, y Camila empezaba a llevar con mas animo el peso de sus males, cuando le presentan una carta en cuyo sobrescrito conoce la letra de su padre. Desde su separacion con Lamberto esta era la primera vez que le escribia el autor de sus dias. Besa con respeto aquellos sagrados caracteres antes de leerlos y los estrecha sobre el corazon. "En fin, esclama, mi padre me perdona; mis males han desarmado su colera. ¡Ah¡ ¡cuanta necesidad tenia de este balsamo consolador!" Dase prisa a leer aquellos renglones a pesar del llanto que continuamente sale de sus ojos...mas ¡qué nuevo golpe recibe aquella alma tan llena de padecimientos! ¡Como podrá resistir a tan estraña fatalidad! Aquella carta tan deseada estaba concebida en estos terminos:—

"Muero a manos de tu seductor. He buscado la muerte para sustraerme al oprobrio con que has manchado mis cabellos blancos. Es-

piro perdonandote. A Dios Camila. ¡ Ojalá te perdones tú a ti misma !"

Camila no pudo acabar de leer esta terrible carta sin prorumpir en los gritos mas penetrantes, y sin hallarse oprimida por la mas mortal angustia. En medio de su delirio no cesaba de repetir que ella era quien habia asesinado a su padre, y que nunca ratificaria la justicia divina el perdon que este le habia concedido al tiempo de morir. En breve supo los pormenores de tan funesta aventura.

El comandante, hallandose en un pueblo de la frontera, ve entrar en la secretaria del gobernador a un sugeto que venia a refrendar su pasaporte. Oye pronunciar su nombre e inmediatamente le pregunta si conoce en Paris a la muger de Lamberto. Habiendo respondido que sí, el honrado anciano, sin darse a conocer sino por pariente de Lamberto insulta con tanta violencia al vizconde, que este despues de haberse negado repetidas veces a entrar en combate con un hombre sobre el cual le daba tanta ventaja la desigualdad de la edad, se ve precisado a seguirlo. Llegan al sitio señalado, y al segundo tiro cae el desgraciado, dandose a conocer por padre de Camila.

Este suceso que hizo mucho ruido en el pais causó una profunda afliccion a Lamberto y a su hija.

Los papeles publicos lo refirieron, y como la verdad sufre siempre alguna alteracion en estos casos, se dijo que el vizconde de tal, amante de Camila, habia quitado la vida al padre de esta, en un desafio que mas bien merecia el nombre de asesinato. En breve Camila fue conocida por una hija malvada que habia hecho asesinar a su padre por el hombre que la habia seducido. En vano hizo los mayores esfuerzos por destruir esta atroz imputacion: es dificil borrar de la imaginacion del público las impresiones que la conmueven fuertemente. Nadie pronunciaba sin horror el nombre de Camila. Victima de la calumnia tuvo que abandonar a Paris, y que retirarse, con un nombre supuesto, a un pueblo de las cercanias, donde su presencia no podia causar la indignacion general que aumentaba el peso de sus infortunios. Escogió un sitio inmediato a los bosques, para vivir ignorada del mundo entero y devorada por sus recuerdos dolorosos. Alli practicó una vida frugalisima, a fin de poder socorrer a los pobres de que estaba rodeada, y suavizar sus propios males por medio de la beneficencia.

Hacia muchos años que habitaba aquella mansion oscura, con el nombre de Madama Haller. Para pasar agradablemente sus horas solitarias y aligerar el peso de sus tormentos, se habia dedicado al estudio de la botanica, convirtiendo este estudio en bien de los pobres enfermos del pais, a cuyas dolencias aplicaba cuantos remedios estaban a su alcance. Su habitacion parecia una especie de botica, y no cesaba de recorrer los campos circunvecinos, tomando en ellos las plantas necesarias para su nueva ocupacion. No gastaba para sí mas que la tercera parte de la pension que le habia señalado Lamberto, y empleaba todo lo demas en socorrer a los desgraciados que la respetaban y bendecian. No se hablaba de otra cosa en los pueblos inmediatos que de la buena y generosa Madama Haller, y de todos ellos acudian a su habitacion por remedios para los enfermos, y por limosnas para los indigentes. Camila en fin se veia rodeada de gentes agradecidas, no oia mas que el lenguage del reconocimiento, y empezaba a traslucir un rayo de felicidad. Su hija tenia entonces diez y seis años. Enterada del verdadero motivo de la ausencia de su madre, y figurandose todo lo que esta debia padecer, habia conseguido de su padre el permiso de escribirle,

y esta correspondencia era el mayor consuelo que Camila esperimentaba en su soledad. En todas sus cartas daba a su hija saludables consejos sobre los peligros a que se esponen las mugeres que solo aspiran a recibir homenages y a brillar. Adela enseñaba todas estas cartas a su padre, esperando suavizar gradualmente su justo resentimiento, y quizas proporcionar una reconciliacion entre los dos esposos. El amor filial alucinaba aquella alma pura, ocultandole la imposibilidad de semejante reunion. Hacia dos años que residia en Paris, y su belleza, su amabilidad, y la riqueza de su padre, le acarreaban un sin numero de ofertas, y proposiciones matrimoniales. Lamberto habia contraido muchas relaciones con un banquero de Paris que tenia una hija, intima amiga de Adela y un hijo de veinte y cinco años de edad a quien no era indiferente el merito de esta joven. Ella no recibia tampoco con indiferencia sus homenages. La hermana adivinó mui en breve estos sentimientos, y abrazó con tanto calor la causa de su hermano, que ambas familias se prestaron gustosas a su union. Era en efecto ventajosa por todos estilos, y se trató de celebrar en un pueblecito proximo a la habitacion de Camila donde tenia el padre del novio una casa de campo.

Adela formó entonces el proyecto de noticiar personalmente su enlace a su madre, de quien la separaba una legua de distancia, y a quien hacia siete años que no habia visto. Los dias eran mui largos y la serenidad del cielo estaba en armonia con la que reinaba en el corazon de Adela. Confia el secreto al buen German que se mantenia sirviendo en su casa; le dice que aquella Madama Haller de quien tanto se hablaba era su madre, y que ella cuenta con el auxilio de tan fiel criado para conducirla al sitio que aquella habita, no proponiendose otro fin en este viage que darle parte de su himeneo y recibir su bendicion. German, que no distingue en todo esto mas que un efecto del respeto filial y un paso mui legitimo, se prestó a cuanto deseaba su señorita. Salen los dos del pueblo al rayar el dia, y en breve llegan a la aldea. Preguntan por la casa de Madama Haller, llaman a una especie de ermita que les señalan, y dicen a la aldeana que viene a abrir, que una señora deseaba hablar con su ama. La criada la despierta, y Camila presumiendo que venian a pedirle algun socorro, se levanta precipitadamente y baja al jardin. Reconoce a German, y al instante se halla en los brazos de su hija, a quien el enternecimiento priva de la palabra y

que solo puede decir, "¡O madre!...¡madre mia!" ¿Quien podrá describir la situacion de Camila? Mirar a Adela, contemplarla, abrazarla una y mil veces, he aqui lo unico que le permite hacer la agitacion en que la pone aquella inesperada venida. "¡Hija mia! esclama, cuando le fue posible hablar; Adela, mi unico consuelo...Ven a reanimar el seno que te dió la vida. Tú sola puedes darme un instante de felicidad."

Entonces la lleva a su habitacion donde no hai otros muebles que los precisos para las necesidades de la vida. En la alcoba de Camila se veian algunos libros y un harpa; la sala era un verdadero laboratorio de Farmacia, y las demas piezas estaban ocupadas por plantas cuyo cultivo exigia particular esmero, y cuyo uso era indispensable para los socorros que prodigaba Madama Haller en todas las cercanias. Adela no cesaba de contemplar aquella oscura habitacion, y de compararla a la suntuosa morada en que su madre habia vivido en Paris. Precisada a economizar los instantes, le da cuenta del ventajoso enlace que va a contraer; le hace el elogio de la familia con quien debe unirse y sobre todo del amable esposo que se le destina. "Te confieso, le decia, que amo mucho a Alfonso; es bueno, es generoso, tiene sentimientos

nada comunes. Ademas es hermano de mi mejor amiga...Yo te lo traeré, y lo amarás tanto como yo. Su enlace va a formar la felicidad de mi vida. Asi lo confesarás cuando lo conozcas. El ignora que tú estas tan cerca, pero su corazon estará de acuerdo con el mio para arrancarte a tu triste soledad, para restituirte la existencia que te conviene, y para que vengas a vivir con nosotros.—¡Con vosotros, hija mia! ¿piensas separarte de tu padre?—¿Y por qué no hemos de esperar, dice Adela bajando los ojos, que tambien mi padre ..¿acaso podrá negarse a completar mi ventura? Pero el tiempo pasa y yo debo estar pronto de vuelta a fin de que no se eche de ver mi ausencia. A dios: volveré a verte antes de mi casamiento. Apruebalo ahora y concedeme tu bendicion.—Sí, te bendigo, preciosa criatura, a quien no puedo menos de mirar con el orgullo de ser tu madre, ¡ojalá en los lazos que van à ligarte te conserves siempre fiel y pura! Si te circundan alguna vez las seducciones, acuerdate ... Madre mia," esclama Adela, interrumpiendola con un tierno abrazo. El rubor que se esparció por sus megillas dió a entender a Camila que su hija tenia noticias de sus estravios. En esto se separaron, no sin sentimiento. Camila acompañó a Adela, y a su

conductor hasta el camino real, y alli sus miradas enternecidas la siguieron hasta perderla enteramente de vista. Volvió en seguida a su casa donde convertida de nuevo en Madama Haller, continuó en el egercicio de sus beneficas ocupaciones.

La viva impresion que habia producido en su alma la visita imprevista de Adela exaltaba su imaginacion, y la recreaba con las mas alegres esperanzas. Ya se veia nuevamente entre las gentes de que se habia separado, y en quienes el tiempo y su retiro habrian mitigado la indignacion a que dió lugar su conducta. No esperaba volver a habitar al lado de su esposo, pero viviendo con su hija podria a lo menos acostumbrar a Lamberto a soportar su presencia. Tendria en su yerno un celoso defensor y un apoyo tutelar en su familia; veria diariamente a su querida Adela, y bajo sus amables auspicios conseguiria si no el aprecio de las gentes, a lo menos la indulgencia y quizas el olvido de sus faltas. ¡Cuanto dilataba su corazon, cuanto cicatrizaba sus heridas este inesperado porvenir! ¡Con cuanto anhelo, con cuanto jubilo habia dado su consentimiento a aquel enlace que era toda su esperanza y su unico recurso!

Una tarde, al entrar en su casa, llena la ima-

ginacion de estos proyectos de ventura, ve de lejos al buen German que venia con aspecto triste y a pasos lentos. Sale apresurada a recibirlo, y el objeto de sus primeras preguntas es aquel tan deseado casamiento. "¡Ah señora! esclama German sin atreverse a mirarla, todo se acabó —¡Dios mio! ¿Y como es posible?" Entregale una esquela de Lamberto en que le noticia que al momento de firmar la escritura matrimonial, los padres del novio, enterados de que la madre de Adela era aquella ruidosa Camila a quien se imputaba generalmente el asesinato de su padre, se habian opuesto formalmente al enlace: que el mismo Alfonso, a pesar de su amor a Adela, se habia estremecido al oir el nombre de su madre, y que todas las pruebas que se habian dado para destruir tan horrible acusaciou, no podrian jamas disiparla, siendo lo mas sensible que Adela era la victima puesto que nunca podria hallar un establecimiento conveniente. En fin, Lamberto terminaba su carta diciendo, que queriendo sustraerse él mismo y sustraer a su hija al oprobrio con que los cubria, la que hubiera debido hacerlos felices, iba a salir de Francia y a buscar en paises estrangeros un asilo en que poder dedicarse a consolar a Adela en su dolor, a restituirle la razon, turbada

por el ultrage que acababa de recibir, a curar si era posible aquel corazon herido de amor, y a reparar en fin todo el daño que le hacia su madre. Camila confundida hace seña a German para que se vaya, procura encaminarse a su casa y se sienta al pie de un arbol como si un rayo del cielo la hubiera detenido. No llora, porque el movimiento convulsivo de sus ojos se lo impide: sus labios descoloridos no profieren una palabra. Largo tiempo permanece en esta horrible inmobilidad, hasta que pudiendo al fin romper el silencio, esclama. "Asi pues, yo soi quien destierro a mi esposo y a mi hija! Despues de haber profanado el altar de himeneo, lo echo por tierra en el instante en que mi hija se acerca a él!...Mi padre muere a manos del perfido que me sedujo!...Nací con un corazon generoso, tuve las ventajas de una buena educacion, y soi sin embargo esposa culpable, hija parricida, y madre cruel. ¡O mugeres que os burlais con tanta imprudencia de los juramentos sagrados que os ligan! Escuchad a la desgraciada Camila, temed los remordimientos y los dolores que padece; calculad con ella todos los males que insensiblemente nacen de una sola falta.

## EL SEPULCRO.

---

Abre, mansion postrimera
Del hombre, funesta tumba,
Los arcanos misteriosos
Que en tu lobreguez se ocultan.
Abre ese abismo de ciencia
Que en tu cavidad profunda
La mano del tiempo labra,
Entre fetidez impura.
Revela el enigma inmenso
Que en vano los sabios buscan,
En los seres que decoran
La bella faz de natura.
Con su centella volatil
Nuestras miradas ofusca
La vida, ilusion veloce
Que en la nada se sepulta.
¿Y qué deja en pos? Engaños
Remordimientos y angustias;

Que los postreros iustantes
Con parda tiniebla enlutan.
¡Feliz quien antes contempla
Sin temor, sin amargura,
La morada silenciosa
Que el ser en no ser transmuta!
¡Feliz quien sus documentos
Con pecho docil escucha!
Y en su recinto espantoso,
Solaz encuentra y holgura.
Y ¿quien se arredra al mirarla?
Quien siguio de la fortuna,
Sordo a la afliccion agena,
Las suaves imposturas.
Quien en placeres se anega,
Mientras perfida lo arrulla,
Y lo acaricia traidora
La voz de lisonja astuta.
Quien las naciones oprime,
Con dominacion injusta,
Y en la sangre de los pueblos,
Su execrable poder funda.
Quien el lenguage potente
De la alma razon usurpa,
Y superstición sangrienta,
Y falsa virtud anuncia.

I

Temblad perversos: en vano
Vuestra soberbia murmura;
Tiempo vendra en que esa piedra
Por siempre os someta y cubra.
Ved cual mezcla inexorable,
Dentro su caverna oscura,
Valor, impiedad, riqueza,
Maldad, inocencia juntas.
Al guerrero sanguinoso,
Triunfante en acerba lucha,
Y a la candida doncella,
Flor de gracia y hermosura.
La frente que el lauro adorna,
La mano que el cetro empuña,
Y el seno que palpitára,
De deliciosa ternura.
Todo paró en vil ceniza,
Todo en corrupcion inmunda,
Que en fragmentos impalpables,
Luego en las auras circulan;
Y a la atraccion poderosa
Que las esferas subyuga
Cediendo, con nuevas formas,
En otros seres se mudan.
Asi las leyes supremas
Del orden se perpetuan,

Y asi del vasto universo,
La magnifica estructura.
Empero en region mas alta
Que sobre el globo se encumbra,
Otras leyes adorables
Rigen las esencias puras.
La puerta de esas regiones
Incognitas es la tumba.
¡Dichoso quien sus secretos
Con fe y humildad estudia!

## EN LOOR DE SEVILLA.

---

Mas de sesenta conventos
De hembras y machos panzudos,
Fornidos y concienzudos,
Siempre alegres y contentos,
Recogen sus alimentos
De la devocion sencilla,
Que resplandece en Sevilla.

¿Quien no ha visto el monumento?
¿Quien no ha visto la Giralda,
Que docil vuelve la espalda,
Segun como sopla el viento?
Simbolico documento
De la constancia que brilla
En la gente de Sevilla.

El gaspacho es su jamon,
Y almuerzan naranjas chinas:
Canonigos y sobrinas
Viven en placida union.

En nocturno procesion
Unisonamente chilla
La poblacion de Sevilla.

Intrepidos y forzudos,
En valor a nadie ceden :
Cuando sin peligro pueden,
Se comen los niños crudos.
No los tachará de mudos
Quien oiga la tarabilla
De la gente de Sevilla.

Si el apostolico gana,
Con estos ojos vere,
El primer auto de fe,
En la puerta de Triana.
Que la propension humana
De Cruz verde y campanilla,
Es natural de Sevilla.

Cuando al cautivo hospedaron
En llanto se deshicieron.
¡ Cuantas onzas le ofrecieron !
¡ Cuantas dichas le anunciaron !
Y a los negros obsequiaron
Con escopeta y cuchilla
Los valientes de Sevilla.

A esta flor de los Borbones,
Tipo del mando absoluto,
Da el Sevillano en tributo
Sinceras adoraciones.
Y si le faltan Solones,
Para enchir la camarilla,
Hartos le dara Sevilla.

## IMPORTANCIA DE LAS RELACIONES.

---

Muchos escritores célebres han tratado ya de este interesante asunto que tan poderosamente influye en el destino de las jovenes. *Diderot, Thomas, J. J. Rousseau, Marmontel* y *Fenelon* han pintado con los colores que los caracterizan el influjo de las relaciones en la felicidad de la vida. Despues de estos, *Boudier de Villemert* y las célebres autoras *D'Epinai, Lambert* y *Beaumont* han trazado no tan en grande, pero con acierto y delicadeza, la intimidad reciproca de las mugeres, aquella efusion de un alma pura que se deja guiar por el instinto, y a quien se ocultan los peligros de la confianza, en fuerza de la satisfaccion que proporciona.

Yo me atrevo tambien a referir una anecdota que me ha sido confiada por la interesante muger a quien pudo costar mui caro su ciega seguridad. ¡Ojalá con este egemplo se liberten las personas de su sexô de las asechanzas que les preparan

muchas veces bajo la mascara de la amistad, la venganza y la envidia!

Calista Senange, recien casada con el general Loris, habia dejado a la edad de diez y seis años la residencia de sus padres en Marsella, para ir a vivir a Paris con la familia de su esposo. Su suavidad y su timidez daban nuevo realce a su gracia natural, al conjunto virginal que llamaba tanto la atencion en medio de las bellezas afectadas que la rodeaban continuamente. Avergonzabase de ser el objeto de todas las miradas, no entendia el lenguage de la galanteria, y se mostraba en las concurrencias mas bien por obligacion que por gusto. El sonido de su voz podria unirse a los conciertos de los angeles, y cuando proferia la menor palabra, un carmin delicado se esparcia involuntariamente por su lindo rostro: entonces parecia que sus dos grandes ojos azules, ocultandose entre largas pestañas negras, expiaban lo que habian proferido sus labios tremulos: en una palabra, sus facciones eran tan correctas y delicadas, sus miradas tan pudorosas, y todas sus modales tan modestas, que generalmente era conocida bajo el nombre de la Virgen de Rafael.

Facil es de presumir cuanto amor inspiraria al general, el cual cultivaba con el mayor

esmero aquella tierna flor, cuyo desarrollo progresivo daba a entender que los tesoros que ocultaba, no eran menos preciosos ál corazon que los que ostentaba a la vista. Calista tenia un caracter angelical, un espiritu penetrante, dignidad sin orgullo y franqueza sin familiaridad: pero todos los sentimientos que abrigaba, se confundian en uno solo: a saber, el amor que profesaba a su marido. Este era su querido conductor, el confidente de todos sus pensamientos, el depositario de todos los afectos de su alma. Se habia identificado de tal modo con él, que no existia entre los dos mas que una inclinacion y una voluntad.

La familia de Loris, una de las mas antiguas de la Provenza, se habia distinguido siempre en la carrera de la Marina. El conde, padre del general, era gefe de escuadra, y habia conservado los habitos y aficiones de un marino. Pasaba fumando una parte de la mañana, y la gota lo encadenaba la mitad del año a la poltrona. Gustaba de divertirse, y muchas veces se le escapaban ciertas expresiones a que no estaban acostumbrados los castos oidos de Calista; pero se hizo a ellas poco a poco, pues descubria en medio de los juramentos e impaciencias de un veterano, un caracter noble y generoso, una alegria que

se comunicaba a los otros, y una bondad inagotable. Calista se aficionaba cada dia mas al Conde de Loris, el cual no podia separarse de su nuera. Decia que cuando aquel angel estaba a su lado, el demonio de la gota no se atrevia a acercarse.

La condesa de Loris, muger de cierta edad, estaba continuamente achacosa, y la pesadumbre de envegecer tenia en continua irritacion sus nervios. Quejabase siempre de su falta de salud, y pasaba la mitad de las noches jugando al chaquete; no comia casi nada, pero se tomaba cada dia tres tazas de café de moka, y algunas copas de licor; gustaba de las grandes concurrencias y de las citas misteriosas; iba al sermon y a la comedia; celebraba con entusiasmo el tiempo pasado; censuraba amargamente el presente, y hablaba del porvenir como de una epoca de degeneracion continua. Ninguna muger de ahora se podia comparar çon la peor del siglo pasado, y Calista no era a sus ojos mas que una bonita muñeca a quien era menester dar juguetes y caramelos. La amaba sin embargo cuanto le era posible, y no çesaba de felicitar a su hijo por el acierto de su eleccion.

La concurrencia que asistia a casa de los Condes de Loris, era analoga a su edad y a sus

usos: mugeres talludas, viudas cubiertas de colorete, eternas declamadoras contra el tiempo que las envegece, y contra los hombres que no hacen caso de ellas; antiguos tertulianos enemigos tambien de la juventud, aunque no dejaban de dar sus piruetas en torno de las buenas mozas; censores amargos de la tactica moderna de los militares, cuyos laureles envidian; murmuradores de los grandes a quienes han estado adulando por la mañana, del ministro cuya comida estan digiriendo, y de todo hombre que debe su elevacion a su merito propio; legisladores de la Europa, de la que hablan como si fuera de un pueblo de cuatro casas; charlatanes audaces y arbitros de la politica, en cuyos laberintos se internan hasta que los saca el criado que viene a decirles que la sopa está en la mesa.

Calista en medio de estos siglos ambulantes no pudo acostumbrarse tan facilmente a una concurrencia cuya diversion se reducia al tresillo y a la treinta y una. Su marido deseoso de evitarle el fastidio que necesariamente le habia de inspirar este genero de vida, convidó a varios oficiales de diferentes armas que se hallaban a la sazon en Paris, para que disipasen la atmosfera soporifica que se respiraba en su tertulia. Insensiblemente tomó esta auge y se hizo variada e

interesante. A los militares se unieron otros hombres públicos, literatos, artistas, y muchas señoras jovenes, cuyo trato en sentir del general, podria convenir a Calista.

En el numero de los nuevos iniciados se hallaba el Coronel Arturo ; hombre lucido, generalmente estimado, lleno de habilidades, y a quien hacia mas interesante una herida peligrosa que habia recibido en el campo del honor. Fue tambien presentado el Vizconde Alcides, sobrino de un mariscal de Francia, y cuyo aspecto noble y expresivo, y cuyas modales caballerescas estaban en armonia con las proezas militares que habian ilustrado su carrera. Este ultimo acompañaba con frecuencia a la Baronesa de Montbrun, su parienta, muger instruida y de una imaginacion viva y fecunda. Habia quedado viuda a los diez y ocho años, y llegado a los treinta y seis sin haber querido formar otros vinculos a fin de conservar su independencia. Todavia se notaban en su rostro ciertos vestigios de belleza. Conservaba aquella gracia que consiste en movimientos airosos, en posturas estudiadas, frutos del arte de seducir, y de una practica consumada de la sociedad. Pero las perdidas que habia sufrido su hermosura, se hallaban suficientemente compensadas por su aspecto magestuoso y el brillo de su con-

versacion que seducia a cuantos la escuchaban. Sabia hablar a cada uno en su lengua, y asi se cautivaba los aplausos de todos. Era difusa o laconica, alegre o sentimental, satírica o tolerante segun lo juzgaba oportuno: y para esto tenia un tacto infalible. Con una ogeada comprendia el caracter, las aficiones, y las opiniones de los sugetos con quienes se hallaba. Parecia un verdadero Proteo. Acariciaba al uno, inspiraba respeto al otro: encadenaba a este con un atractivo irresistible: vencia a aquel con la expresion del reconocimiento, y de este modo habia formado un egercito de amigos y de partidarios que ponderaban su merito y amabilidad, llamandola la mejor de las mugeres.

El General Loris cayó como todos en el lazo: y aunque la condesa su madre le hizo algunas observaciones acerca de Madama de Montbrun, a quien habia oido acusar en otro tiempo de ligera e intrigante, atribuyó estos rumores a la envidia que siempre persigue a las mugeres sobresalientes. No tuvo escrupulo ninguno en hacerla amiga de su esposa. La baronesa aparentó mirar a Calista con el mayor interes, y no le costó gran trabajo hacer una fuerte impresion en su alma candida y pura, echando mano de su charla seductora y de aquella dignidad de

modales que las jovenes bien nacidas procuran siempre imitar.

"Es necessario, decia la baronesa, mirando a Calista, que haya un ser perfecto en la tierra. Nosotros debemos completar esta obra maestra de la naturaleza. Demosle todo lo que puede aumentar su poder, mas sin despojarla de su forma celestial. —Nadie mejor que V., respondia el general, puede conducir a Calista a ese grado de perfeccion. —Haré cuanto esté de mi parte; y en ello va la gloria de mi sexo, y la satisfaccion del vuestro."

Madama de Montbrun quedó desde entonces instalada en la intima amistad de la familia de Loris: a todos agradaba; con todos sabia acomodarse. Con el viejo gefe de escuadra hablaba de combates maritimos, recapitulaba todas las acciones en que él se habia hallado, y sacaba a lucir sus antiguos laureles. Cuando no podia moverse de su poltrona por causa de sus dolores habituales, le contaba las mas donosas agudezas; lo hacia reir a carcajadas, y lo reanimaba en terminos que el buen viejo le tomaba la mano y se la besaba con entusiasmo. La baronesa habia sabido tambien congraciarse a la condesa, recordandola aquella feliz epoca en que no se hablaba de otra cosa que de la bella Loris. Todavia

tenia presente el dia en que la vió abrir el baile dado por los oficiales de marina, al almirante Lamotte Piquet despues de la batalla de Fort Royal. Despues hablaba de los flatos que padecia la condesa, de sus ataques nerviosos, y a veces le hacia la partida sin regañarle por los malas jugadas; de modo que aquella señora no cesaba de admirarla, censurando las malas lenguas que se atrevian a hablar mal de una persona tan perfecta.

Calista se habia unido estrechamente con la baronesa, y esta queriendo apoderarse de toda su confianza, le dió desde luego algunos consejos saludables sobre el modo de tratar a las gentes y de evitar con maña las adulaciones de los necios, los homenages de los indiscretos, y las acechanzas de los intrigantes. Le encargó que conservase la mayor suavidad y modestia en medio de los aplausos que le prodigaban; que eligiese un cierto numero de amigos, y que fuesen mui pocas las personas que tratase con familiaridad. "Sobre todo, le decia, guardaos de las mugeres, y particularmente de las jovenes. Ellas no podran miraros sin envidia, y querran vengarse. Guardaos de las que han pasado ya los limites de la juventud. Vuestro brillo eclipsa sus adornos postizos, y esto es cosa que ellas no

perdonan jamas. Elegid por amigas aquellas a quienes no atormentan las comparaciones ni las rivalidades; aquellas que pueden amar y ser amadas sin envidia ni temor; las que os ofrezcan una garantia moral, una reciprocidad de amistad verdadera y desinteresada — Como vos, le respondia Calista, apretandole afectuosamente la mano. Poseeis el arte de inspirar el cariño y la confianza. Mi marido tiene que marchar al egercito, puesto que vuelven a romperse las hostilidades. ¡ Cuan agradable me será durante su ausencia ponerme bajo la egida de vuestra amistad!"

El general partió en efecto poco tiempo despues. Iba a combatir con los enemigos sin saber que habia introducido en su casa a uno que iba a hacer en ella los mayores estragos. La baronesa ocultaba bajo unas apariencias seductoras un alma corrompida, y unos principios sumamente inmorales. Era una de aquellas coquetas de marca mayor, capaces de todo por la misma pesadumbre que les causa el verse proximas a la vegez. Toda muger joven era objeto de su odio implacable. Procuraba adularlas para corromperlas, y protegerlas para estraviarlas, llevandose el secreto fin de alejarlas de la sociedad donde su presencia la importunaba. La baronesa

era una nueva *Leucosia:* una sirena que atraia para matar, semejante a un viento suave y fresco que acaricia las flores y se convierte de pronto en huracan que las arranca de sus tallos, esparciendolas en la tierra deshojadas y marchitas.

La baronesa llegó a aborrecer completamente a Calista cuando echó de ver que esta criatura angelica habia inspirado una pasion secreta al Vizconde Alcides a quien ella queria encadenar. Semejante conquista lisongeaba su vanidad y quizas sus inclinaciones, y no queria cederla sin combate. Trató pues de evitar el golpe que la amenazaba, haciendo creer a la condesa que el coronel Arturo estaba prendadisimo de ella. Una mañana entró en el cuarto de Calista y dejó caer la conversacion sobre Arturo, pintandolo como un seductor astuto, cogido ya en la red. "La justicia celeste, decia, ha querido por fin, que este formidable enemigo del reposo de las mugeres, se prendase de un angel de virtud a quien no podrá seducir, y que va a castigarlo por los tormentos que ha hecho padecer a sus victimas. — ¡Ola! respondió Calista. ¿Y quien es ese angel vengador de nuestro sexo? — Cierto sugeto tan recomendable por sus prendas esteriores como por la pureza de su alma. Una persona que solo se ocupa en cumplir con su

deber: en fin, la condesa joven de Loris.—¡Yo Dios mio! ¡Qué miedo me dan vuestras palabras!—Hija mia: me ha parecido conveniente revelaros este misterio que el mismo Arturo me ha confiado a fin de que podais precaveros de sus seducciones.—Al instante voi a decirlo a mi suegra que lo recibe con tanta cordialidad.—De ningun modo. ¿No veis que seria un escandalo y que no se hablaria de otra cosa en Paris? —Si, teneis razon: siempre teneis razon.—Mejor es que el coronel no sospeche nada; dejad que fige en vuestros hermosos ojos los suyos inflamados. ...—Y yo me pondria encarnada. —Mejor: atribuiria a una tierna correspondencia lo que solo seria efecto del pudor o de la indignacion. Su corazon arderá de un todo y prolongaremos su tormento hasta que haya expiado lo que sufren tantas mugeres a quienes ha deslumbrado su merito.—Yo no se lo que es fingir, y no os prometo ayudaros. Convengo en que mi suegra no sepa nada; pero el coronel será mui astuto si sus miradas se encuentran con las mias, y si consigue que yo le dirija la palabra."

Todo sucedió como la condesa habia dicho. Cuando Arturo se presentaba, ella se colocaba en un rincon donde era imposible que nadie se

le acercase. Si por fin conseguia ponerse en las inmediaciones, la condesa mudaba de puesto y se sentaba junto a su suegra donde permanecia hasta que se acababa el juego. En fin si el coronel lograba dirigirle algunas lisonjas, Calista bajaba los ojos, y no respondia. Arturo echó de ver tanta reserva, y esto era lo que la baronesa deseaba. Hizole creer que la condesa lo amaba, y le describió con mucha astucia la existencia fastidiosa de esta joven, siempre al lado de unos señores ancianos, y continuamente separada de su esposo cuya vida corria tanto riesgo. "Un alma tan sensible, decia la baronesa, necesita alimento, y quiere desahogos. Es natural que haya elegido al hombre mas amable de cuantos concurren a la casa." El coronel bebia el veneno que se le presentaba; confesaba con franqueza que jamas hubiera pensado en tener la menor esperanza; pero que la condesa se habia apoderado de su corazon, y que él no podia definir ni arrostrar su poder. "Daria, dijo, lo que me queda de vida por un instante de conversacion en que pudiera asegurarme de los sentimientos de Calista y esplicarle todos los que ella me inspira.—Estoi pensando, respondió la baronesa, en proporcionaros a ambos esta satisfaccion: pero, ¡es tan timida Calista! ¡Son tan

penetrantes los que la celan! Sabed, querido Arturo, que estais espuesto a padecer largo tiempo sin esperanza. Se necesita una gran casualidad, una de aquellas circunstancias imprevistas que los hombres astutos saben aprovechar ... Veremos, yo lo arreglaré todo.''

En seguida iba a buscar a Alcides, y fingiendo ignorar la pasion que Calista le habia inspirado, le confiaba el descubrimiento que habia hecho de la inteligencia secreta que reinaba entre esta y Arturo. Le aseguraba que esta bella Virgen de Rafael no tardaria en aumentar la reputacion de que el coronel gozaba. Veia que el vizconde se inmutaba, y entonces ella echaba el resto a la maledicencia. De este modo, y clavandole un puñal en el corazon, le curaba poco a poco las heridas que en él habia hecho su rival sin saberlo.

Despues se presentaba a Calista; tomaba otra fisionomía, y se servia de otro tono; y semejante a la culebra que se introduce rastreando entre las flores, empezaba tranquilizando sus inquietudes, y diciendole que Arturo a pesar de la violencia de su amor, estaba resuelto a reprimirlo; que intimidado por el riesgo de comprometer a la que adoraba, por el respeto debido a sus virtudes y por otros mil obstaculos insuperables,

renunciaba a sus proyectos. Despues con el tono de la amistad mas sincera y del mas tierno interes, decia que ella habia querido obligar al coronel a que consumase el sacrificio, y proporcionarle al mismo tiempo un medio de resistir a su funesta inclinacion; para lo cual habia conseguido de él, no sin una tenaz resistencia, que saliese de Paris inmediatamente, y fuese a tomar los baños, logrando asi curarse de la herida que habia recibido en el campo del honor, y de la otra mas peligrosa, y mas profunda ocasionada por un amor sin esperanza. "¡Oh exelente amiga mia!" esclamaba entonces la pobre victima, estrechando entre sus brazos a la baronesa, e imprimiendo sus castos labios en aquella boca indigna que acababa de destilar todo el veneno de la impostura y de la traicion.

Madama de Montbrun no dejó de revelar a Arturo esta falsa confianza, que al principio ofendió su delicadeza; pero semejante medio le pareció indispensable para conseguir la entrevista que deseaba. Dijo a la familia de Loris que iba a tomar unos baños minerales, a fin de acelerar su restablecimiento y marcharse al egercito. No queriendo esponerse a encontrar por las calles de Paris alguna persona de las que concurrian a casa del conde, se retiró a una quinta de las

inmediaciones, desde la cual seguia su correspondencia con la baronesa. Esta, bajo la mascara de la prudencia y del celo, no trataba mas que de arruinar a la desventurada, que sin saberlo, inflamaba cada dia mas el corazon de Alcides, y destruyendo involuntariamente la esperanza de su rival se esponia a su implacable venganza.

"Es menester confesar, decia un dia la baronesa a Calista, que vuestra existencia es bastante insipida. — ¿Por qué? respondió ella ingenuamente. Mi suegra es aprensiva, delicada, pero su fondo es bueno, y sobre todo mi marido la quiere mucho. El conde fuma sin cesar y jura cuando le da la gota; pero ¡me mira con tanto cariño! — Seguramente son dos personas mui respetables: pero, querida, necesitais un aire mas puro. En vuestra edad es preciso tener cierto desahogo, ciertas distracciones. — Es cierto que si no me acompañaseis algunas veces, confieso que no dejaria de fastidiarme. — Si a lo menos, pudiera acompañaros al teatro, al paseo, estariamos mas a nuestras anchas y nuestra amistad seria mas estrecha. — Sin duda, pero la condesa ha prometido a mi marido que no me presentaria en publico sin ella. — Promesa seguramente de una muger prudente y de la mas tierna

madre: pero cuando sus aprensiones no le permiten salir, o cuando la noche antes ha perdido al juego — Entonces es menester tener paciencia y quedarme a su lado. — Ya: pero vuestra salud ... me parece que estais algo mudada. — ¿De veras? — Esos ojos tienen menos espresion; esa tez tiene menos tersura que antes. Seria una lastima que se echase a perder tanto merito ... Es menester que consigamos de vuestros padres el derecho legitimo de presentaros mas frecuentemente al publico. Hoi mismo les voi a hablar del asunto ... esto es: si acaso me lo permitis. — Con mil amores: pero cuidando de que no crean que sale de mí ... — Eso corre por mi cuenta.

La baronesa se aprovechó de una coyuntura favorable para sondear a la condesa, y ver si podia obtener que le confiase algunas veces a Calista. La respuesta fue un *no* formal, fundado en la promesa hecha al general. Sin intimidarse por este obstaculo, la baronesa continuó en su sistema de adulacion, y aprovechandose de una ceremonia religiosa, a la que concurrian todas las señoras piadosas de la capital con el objeto de oir a un celebre orador, determinó a la suegra a que le concediese lo que solicitaba, viniendo ella misma en su compañia. La condesa y Calista quedaron edificadas de aquel ma-

gestuoso espectaculo, y sobre todo de la ferviente devocion de la baronesa. Dado este primer paso, los otros no le fueron dificiles. Insensiblemente adquirió un gran ascendiente en la suegra, y en la nuera; su aparente austeridad, su gravedad, su lenguage les inspiraron tanta confianza, que muchas veces se las veia juntas a las tres en los paseos publicos, donde solian encontrar al vizconde, el cual no podia disimular la impresion que le hacia Calista; y esta alteracion no se escapaba a los ojos perspicaces de su rival. Calista celebraba infinito parecer en público y llamar la atencion general: no cesaba de tomar por modelo a la Sirena, imitando sus modales distinguidas, usadas en la corte, las cuales le parecian admirables, no menos que a la condesa: todo lo cual contribuia a que una y otra se mantuviesen en la mas perfecta seguridad. Esta llegó a tal punto, que Calista escribió a su marido todo lo que la baronesa hacia por ella, y consiguió, aunque con algun trabajo, que el general le permitiese ir a las tertulias con su nueva amiga, cuando la suegra no estuviese en estado de acompañarla. La condesa aunque estaba seducida por Madama de Montbrun, no dejó de dar a Calista algunos consejos, hijos de la prudencia: " hija mia, le dijo, sé por expe-

riencia que la envidia persigue a toda muger que se distingue, y sobresale entre las otras. La baronesa ha sido obgeto de ciertas murmuraciones, que yo creo sumamente injustas: pero si te presentas sola con ella en el gran mundo, te comprometes, y vas a dar que decir." Calista no vió en esta advertencia, sino la mania de una señora mayor que teme perder su autoridad. Bastandole el permiso de su marido, estrechó mas que nunca con la baronesa, y solo pensó en disfrutar de su trato que le proporcionaba tantos momentos agradables.

El impaciente Arturo estaba informado de todo lo que ocurria, y arrebatado de jubilo, no hallaba expresiones para pintar a su amable protectora todo su agradecimiento. La malvada llevó a tan alto punto la perfidia y la audacia, que escribió al coronel, refiriendole que la condesa le habia hecho confianza del amor que le profesaba; que este amor, como sucede siempre en las jovenes tratadas con rigor, era tan violento que ya no podia estar comprimido, y que no tardaria la pobre muchacha en confiar al mismo coronel el secreto de su corazon.

Arturo, ebrio de gozo, aguardó con una impaciencia que lo devoraba aquel feliz momento, y el vizconde, enterado por la astuta negociadora

de esta cita, no vió en la condesa mas que una refinada hipocrita que corria a su perdida, y juró borrarla para siempre de su corazon.

Un dia del mes de Junio en que el pueblo corria en tropel a la procesion del Corpus, la baronesa que habitaba en uno de los barrios mas solitarios de Paris, un cuarto cuyas ventanas daban a unos vastos jardines, exigió que la condesa vendria a almorzar con ella prometiendole que estarian solas las dos. El imperio que habia adquirido en esta inocente muger, desvaneció todos los obstaculos que se oponian a tan deseada reunion. A las diez de la mañana, Calista, vestida con modestia y sencillez que daban mas realce a su merito, se dirige, sin que sus padres lo supieran, a casa de su amiga. Las ceremonias del dia no permiten que transiten coches por la ciudad: Calista va a pie en compañia de un criado seguro. Justamente encuentra a Alcides, a quien habia instruido la baronesa del dia y de la hora de la cita, y el cual dirige a Calista una mirada en que se pintaban la pesadumbre y la indignacion. La baronesa recibe a Calista con aquel afecto hipocrita con que se acaricia a la victima que va a ser sacrificada. Despues del almuerzo, que fue un mutuo desahogo del mas tierno afecto, las dos pasaron

a una pieza separada, cuyas ventanas caian a un terreno aislado, y de bastante extension. Era un retrete solitario cuyos adornos ofrecian el mas elegante conjunto. Las paredes estaban cubiertas de espejos que repetian los movimientos de las personas sentadas en un sofa de buen gusto. En una chimenea de marmol blanco, habia un grupo de alabastro y flores artificiales, entre las cuales se veia un reló, cuyas horas eran señaladas por el amor con su flecha, como si indicase la mas favorable y oportuna. Los cuadros y estampas representaban los asuntos mas voluptuosos de la fabula y de la historia, y las ventanas cubiertas de cortinas dobles de muselina y de seda, no dejaban entrar mas que una media luz misteriosa.

"Precioso gabinete, esclamó Calista al entrar en él, y dirigiendo sus miradas atonitas a los objetos que la rodean.—Si, responde la baronesa: es el asilo de la amistad: he querido hacerlo digno de recibiros en él.—¡O amiga mia! ¡Que gusto tan exquisito reina en todos estos adornos! ¡Cuantos agradables pensamientos deben inspirar!—Quedaos en él un rato: voi á dar ciertas disposiciones necesarias, y vuelvo al instante." Sale en efecto al pronunciar estas palabras dejando a la incauta joven en la mas

suave meditacion, y en la mas perfecta seguridad. No se cansaba de admirar el precioso gabinete cuyos adornos lisonjean la vista y comunican al alma las mas vivas impresiones. Mientras observaba los cuadros recreandose en los asuntos que representan, oye abrir una puerta, y creyendo que la baronesa venia a buscarla, sale a recibirla, cuando ve á Arturo que se acerca a ella con la expresion de la mas viva alegria, y sin que Calista lo eche de ver, cierra la puerto con llave. — ¿Sois vos, Coronel? Le dice la condesa con alguna extrañeza. ¿No estabais en los baños? — No he salido de Paris ... ¿Y como es posible salir del sitio que habitais? — Ignoro los motivos que teneis para preferir a otro cualquiera el lugar de mi residencia. — No retardeis, bella Calista, el momento feliz que tanto he deseado; y pues he tenido la ventura de hacer impresion en vuestro corazon... — ¿Qué estais diciendo? Mi corazon es de mi esposo. El solo lo ocupa—El General es sin duda mui digno de tanta ventura; pero separado continuamente de su esposa... — Deteneos: y si sois hombre de honor dejadme salir. — Calista, oidme un momento. — Si os acercais, responde Calista abriendo una ventana con precipitacion, gritaré para que venga gente a mi so-

corro.—Todo seria en vano. La baronesa ha salido con todos sus criados: este sitio es mui solitario: nadie os oirá.—Pues bien, si dais un paso, me arrojo por el balcon: yo no vacilo entre el deshonor y la muerte.—¡Y qué! Cuando tengo pruebas de vuestro amor, cuando solo he venido aqui para aceptar una cita que vos misma me habeis dado.—¡Yo, Dios mio! —Leed, le dice Arturo, arrojando un billete a sus pies y manteniendose a una distancia respetuosa. Leed Calista y juzgadme." Calista palida, tremula, coge el billete sin perder de vista al coronel, y siempre proxima a la ventana, lee con indecible agitacion estas palabras: "El sabado por la noche... Triunfad, mortal venturoso. Calista acepta la entrevista: mañana por la mañana a eso de las once, la encontrareis sola en mi gabinete. Habrá miedos y lagrimas. Es una niña: es preciso formarla, pero está en buenas manos."

"¡Y asi es, esclama Calista, como esa indigna muger se atreve a abusar de mi confianza e insultar mi amistad! Vengo a su casa por primera vez, creyendo hallar en ella una guia amable, una compañera segura, y encuentro una serpiente que me enlaza para herirme mas seguramente con su lengua emponzoñada! ¿En

qué he ofendido a esa furia para inspirarle tanto odio?—¿Qué le habeis hecho, Calista? Sois hermosa y honrada... Señora ya conozco que la baronesa se ha burlado de nosotros dos. Si el amor me cegó por un momento, ahora el honor me restituye la vista. Si, Calista, os amo, y esto no es un crimen: pero seria un crimen vil, imperdonable, abusar de la cruel posicion a que os ha traido esa malvada. Ella creyó que os iba a entregar a un hombre poseido de una pasion desenfrenada: creyó que os iba a deshonrar y a perder. Yo sabré defenderos con toda la energia que da el respeto; con todas las consideraciones que inspira la delicadeza.—¡Ah! Si teneis compasion de mi! Arrancadme de esta terrible guarida. El aire que respiro aqui me ahoga. Mis ojos se llenan de lagrimas.—Pero ¿qué haremos? La baronesa ha despedido al lacayo que os acompañaba. Todas las calles de Paris estan llenas de gentes; los coches no pueden pasar; la perversa habia sabido escoger las circunstancias.—Pues bien, yo bajaré sola, y sola iré a casa.—No puede ser: apenas podeis sosteneros. Estais palida como la muerte. Si me fuera licito ayudaros, sosteneros...—Si: dadme el brazo. lo necesito. Confio en vos. Un hombre de valor sabe amar y respetar a un

tiempo. — Es el unico bien que me queda, y con él sabré vencer mi amor.'' Dicho esto, la saca del cuarto, baja con ella la escalera, y le hace ver que si se presentára con él en público llamaria la atencion y proporcionaria un nuevo triunfo a la baronesa; que deberia sacar fuerzas de flaqueza e ir sola a su casa. — "Teneis razon, le responde Calista; este rasgo propio de vuestro caracter, me restituye todo mi vigor. Adios, amad siempre a Calista, puesto que sabeis estimarla. En medio de su familia, y al lado de su esposo, Calista os dará el titulo de su amigo."

Inmediatamente se pone en camino con pasos vacilantes. Arturo la sigue a lo lejos dudando que pudiese llegar sola hasta su casa. La ve atravesar muchas calles, y que mui en breve se encuentra en medio de las doncellas que preceden * el emblema sagrado del Dios de sus padres. La condesa, vestida de blanco como ellas se incorpora en sus filas, y parece que alli toma nuevas fuerzas viendose al abrigo de todo riesgo. Era una timida paloma que acababa de huir de las garras del ave de rapiña, y que vuelve con sus compañeras. Arturo la ve arrodillarse,

* Es costumbre en Francia que en la procesion del Corpus vayan doncellas vestidas de blanco acompañando al Sacramento.

como si cediera a la devota conmocion que experimenta, y dejar pasar todo el resto de la procesion. ¡Cuantas acciones de gracias dirige ella a Dios, cuya augusta imagen tiene a la vista en medio de una nube de incienso, y de una lluvia de flores! ¡Con qué respetuosa ternura se inclina, rogando por el esposo que adora, y quizas por el que acababa de dar pruebas de ser su digno compañero de armas! En breve el coronel, que no la pierde de vista un solo instante, la ve separarse del concurso, y entrar por fin en su morada. Tranquilo entonces, y gozando del precio de una buena accion, quiere todavia realzarla, y escribe a la baronesa estas palabras:

"El angel que habeis querido sacrificar ha sabido preservarse de vuestras infernales asechanzas. El hombre de honor cuya confianza habeis engañado ha sabido conservar su caracter. Os conoce y os desprecia."

Entretanto, todas las personas de casa de Calista le dirigen mil preguntas, a las que da lugar la alteracion de sus facciones. Su respuesta es la exacta narracion de lo que le acababa de suceder. "¡O madre mia! esclama arrojandose a los brazos de Madama de Loris. ¿Por qué no he seguido vuestros consejos?

¿Por qué he desatendido la voz de la prudencia?" La viva conmocion que habia recibido alteró por algun tiempo su salud, cuyo restablecimiento se aceleró con la venida del general. Enterado de la noble conducta de Arturo, corre a darle gracias, y lo conduce a su casa a recibir el titulo que Calista le conservó toda su vida. El coronel les dijo que la baronesa, conocida ya por sus perfidias, perseguida por sus acreedores y abandonada por Alcides, a quien el mismo Arturo habia contado lo ocurrido, habia salido de Paris para ir a ocultar en un pais extrangero la deshonra de su nombre, y la decadencia de su antigua hermosura. Calista se sintió mas aliviada del peso que la oprimia. Ella misma me confió esta anecdota que yo he trasladado al papel, a fin de probar a mis lectoras cuan importantes son las relaciones que formamos en la sociedad; a fin de hacerles ver que sus enemigas mas peligrosas son esas mugeres que empiezan a marchitarse, esas intrigantes desacreditadas, para quienes es un tormento el pudor de una muger joven y una reconvencion su fidelidad; que se estremecen al aspecto de un lindo rostro, y que cuando encuentran una amiga, solo tratan de perderla.

## LA IRRESOLUCION.

---

En la soledad umbrosa
De un bosque, al anochecer,
Pensativa y afanosa,
Batallando está una hermosa,
Entre el amor, y el deber.

Si va donde amor la llama,
Sus pasos deber reprime;
El deseo que la inflama
Con acerba voz comprime
Temor de perder la fama.

Sabe que ansioso la espera
Quien fe eterna le ha jurado;
Mas la obligacion severa,
De su pecho atormentado
La inclinacion exaspera.

Vencio amor: no hai mas temer
Lo que diga la opinion.



H. Corbould del.ᵗ C. Heath sculp.ᵗ

LA IRRESOLUCION.

Echa a andar: mas sin querer
Deja hablar a la razon,
Y cede amor al deber.

Otra vez amor insiste,
Y otra deber reconviene;
Turbada, anelosa, triste,
Se adelanta, y se detiene,
Y ora cede, ora resiste.

En pensar lo que ha de hacer
Pasa el tiempo sin sentir,
Aunque es sentir padecer:
Ya es tarde para acudir
Y tarde para volver.

Despues de amargo rigor
Entre esperar y temer,
Reflexiona con dolor,
Que está ofendido el deber,
Y descontento el amor.

## LA MUERTE DEL IMPIO.

---

¿Qué espera el que ultrajando
La lei que lleva en la razon escrita,
Con designio nefando,
Por la senda maldita,
Desbocado en su error se precipita?

¿Puede el protervo alago
De la suerte, cubrir de aleves rosas
El funeral estrago
Que hicieron sanguinosas
Sus manos contra el justo poderosas?

Y la nube de incienso
Que ante su trono quema la falsia,
¿Acallará el intenso
Dolor que noche y dia
La calma turba a la conciencia impia?

Dociles a su acento
Llegarán los placeres, y afanosos,

Suave aturdimiento,
Deleites amorosos,
Verteran en banquetes abundosos.

De sus perfidos lazos
Victima infausta la doncella pura,
Pierde en sus torpes brazos
La flor de la hermosura,
Tornando su solaz en desventura.

Mas ah! que fria y lenta
La dolencia mortifera aletarga
Su vigor, y atormenta
Con turbacion amarga,
Su recuerdo, y la voz hiela y embarga.

Y entonces el sendero
Que le ofreciera sonriendo el vicio,
Desgarrado el ligero
Velo de hado propicio,
Es a sus ojos hondo precipicio.

De donde se levanta
Grito amenazador del que oprimiera
Con orgullosa planta,
Cuando en pompa altanera,
Creyó que el mundo su dominio fuera.

M

Volver quiere los ojos
Que las visiones tetricas oprimen,
Mas dó quier los despojos
Que fueran de su crimen,
Mira que ansiosos por venganza gimen.

Y el eco de venganza
A sus oidos retumbando llega;
La dulce confianza
Su balsamo le niega,
Y en despecho sacrilego lo anega.

Feroce desvario
Su mente agita en el dolor estremo
Con porvenir sombrio,
Y del labio blasfemo
Despide execracion contra el Supremo.

En convulsion penosa
Luchan sus miembros: su mirada gira
Turbada, vagarosa;
Del pecho se retira
Calor vital, y maldiciendo espira.

## BOSQUEJO BIOGRAFICO

### DEL

## EMPERADOR JULIANO.

---

Constantino, a quien la posteridad ha conferido el titulo de Grande, que no todas las prendas de su animo merecieron, dejó por su muerte un imperio glorioso y estendido, cuyos fundamentos minaban sin embargo las raices de las discordias religiosas, que él mismo habia sembrado con un celo imprudente, fecundo en consecuencias desastrosas. En su testamento recomendaba el cuidado de sus exequias a la piedad de su hijo Constancio, el cual por la proximidad del gobierno que regia, pudo anticiparse a sus hermanos, residentes a la sazon en Italia y en Galia. Apenas hubo tomado posesion del palacio de Constantinopla, su primer cuidado fue tranquilizar los temores de sus parientes, obligandose con un juramento solemne, a respetar y proteger sus vidas. Mas no tardó en

arrepentirse de su condecendencia, ni en buscar un pretesto para violar la obligacion que acababa de contraer. El fraude sirvio de ausilio a los designios de la crueldad, y una persona de caracter sagrado sancionó una falsificacion impia, que debia autorizar el crimen mas horrendo. El obispo de Nicomedia entregó a Constancio un pergamino fatal, declarando en presencia de toda la corte ser aquel el testamento del emperador difunto, y en el cual, este indicaba sus sospechas de haber sido envenenado por sus hermanos, y recomendaba la venganza a sus hijos. La acusacion era increible, y asi lo demostraron con razones irrefragables los desventurados principes, pero todo cedio a los clamores de los soldados, y a su celo en favor del que obtenia el poder. En una matanza promiscua, que violó los principios de la justicia, y las formas legales, perecieron dos tios de Constancio, siete de sus primos, el patricio Optato, cuñado de Constantino, y el prefecto Ablavio, cuyas riquezas, y autoridad le habian dado algunas esperanzas de obtener la purpura. Si fuera necesario agravar los horrores de esta sangrienta escena, podriamos añadir que Constancio se habia casado con una hija de Julio, y habia dado una hermana suya en casamiento a Hannibaliano, los cuales

entraban en el numero de las victimas. De aquella numerosa familia solo quedaron Galo, y Juliano, hijos de Julio Constancio. Su preservacion se debio a su tierna edad. El emperador, empezó a manifestar, poco tiempo despues, algunos sintomas de arrepentimiento, y quiso manifestar al mundo que se interesaba en la suerte de sus sobrinos. Señaloles algunas ciudades en Jonia y en Bitinia para su residencia y educacion, y en ellas vivieron hasta que se despertaron las sospechas del tirano. Entonces fueron removidos a una fortaleza de Cesarea, donde vivieron seis años, con todos los rigores de una prision severa y merecida. Sin embargo, tenian exelentes maestros, y una servidumbre digna de su condicion, mas bien conocian lo precario de su suerte. Cuando Galo llegó a la edad de veinte y cinco años, las turbulencias del estado obligaron a Constancio, o mas bien a sus eunucos, a conferirle el titulo, y las funciones de Cesar, cimentando esta elevacion con la mano de la princesa Constantina. Al mismo tiempo Juliano obtuvo una sombra de libertad, y un amplio patrimonio.

Los escritores, que con mas indulgencia han tratado la memoria de Galo, confiesan que era indigno de reinar. En su transito repentino de

la prision al trono, el ingenio, la aplicacion, y la docilidad hubieran podido suplir la falta de conocimientos, y de esperiencia: mas el Cesar carecia de aquellas favorables disposiciones. La soledad, y el infortunio habian exasperado un caracter tan indolente como arrebatado. El recuerdo de sus males no hacia mas que aguijonear su sed de venganza y de esterminio. La historia pinta a la compañera de su suerte, no como a una muger, sino como a una furia, insaciable de sangre humana. Habia perdido enteramente la dulzura de su sexo, pero no su vanidad, y no vaciló en mandar asesinar a un personage, por apoderarse de un collar de perlas que poseia. Los sitios publicos, las casas particulares de Antioquia estaban siempre llenas de espias de aquella princesa: su esposo, por darle gusto, desempeñó algunas veces aquellas viles funciones. Todas las piezas de palacio estaban revestidas de instrumentos de muerte, y tortura; la Siria entera estaba cubierta de consternacion; el principe de Oriente, convencido de lo mucho que debia temer, procuraba apagar sus inquietudes en sangre inocente.

Envuelto en todos los embarazos de la guerra civil, con un rival poderoso, Constancio disimuló cautelosamente el justo enojo, que le inspiraba

la conducta de su primo: mas estas consideraciones cesaron cuando la victoria se pronunció en su favor. Entonces se examinaron cuidadosamente todas sus operaciones, se espiaron todos sus movimientos, y se resolvio en el consejo secreto del emperador privar a Galo de la purpura, o a lo menos alejarlo de la tranquilidad, y del lujo del Oriente, y esponerlo a los peligros, y trabajos de la guerra de Germania. La muerte de Teofilo, personage consular de la provincia de Siria, sacrificado en una conmocion popular, a influjo del Cesar, se consideró no solo como un acto de crueldad imperdonable, sino como un insulto a la magestad del gefe del imperio. Dos ministros de alta gerarquia, Domiciano, prefecto de Oriente, y Moncio, cuestor de palacio, pasaron por orden de Constancio a la ciudad de Antioquia, con la especial comision de visitar y reformar el gobierno de aquellas importantes provincias. Llevaban instrucciones de manifestar una consideracion respetuosa a Galo, y de inducirlo suavemente a conducirse de un modo digno de su alta gerarquia, y de la amistad de su augusto compañero. La temeridad del prefecto frustró estas intenciones pacificas, y apresuró su propia ruina, y la de su enemigo. Al llegar a Antioquia, Domiciano pasó desdeño-

samente por las puertas de palacio, y alegando una grave indisposicion, estubo muchos dias sin presentarse en la corte. Cediendo al fin a las instancias de Galo, se resolvio a tomar parte en las deliberaciones de su consejo: pero su primer paso fue mandarle imperiosa y altivamente que pasase sin perdida de tiempo a Italia, amenazandolo con la suspension de la asignacion mensual que como principe disfrutaba, si no le prestaba obediencia. La disputa se encendio por la imprudencia de los agentes imperiales, y por la sangrienta condicion de Constantina. El resultado fue que aquellos dos personages cayeron en manos de un populacho feroz, y sufrieron una muerte espantosa.

Despues de este desacato, cualquiera que fuera el designio de Galo, solo con las armas en la mano podia probar su inocencia, y conservar su alta situacion: pero habia en su animo una rara combinacion de temeridad y flaqueza. En lugar de tomar el titulo de Augusto, y de emplear en su defensa los tesoros, y las tropas de las opulentas regiones sometidas a su mando, se dejó seducir por la corte astuta de Constantinopla, la cual, dejandole un vano aparato de poder, retiró poco a poco de Oriente las legiones que guarnecian sus plazas, y fronteras. La muerte de Constantina

aceleró su perdida. Resuelto a pasar a la corte de su primo, que lo habia convidado en los terminos mas afectuosos, se puso en marcha, y no tardó en conocer su imprudencia. Al llegar a Adrianopolis, se vio despojado, por una orden insultante del emperador, de su guardia y comitiva. En Petovia fue entregado a una escolta, y despojado de sus insignias. De alli pasó a Pola, en Istria, y fue encerrado en un calabozo, donde sufrio la muerte de los mas viles criminales, despues de haber confesado sus crimenes, y proyectos.

No quedaba otro pariente del emperador que Juliano, a quien tocó alguna parte de la persecucion que su hermano habia sufrido. De su retiro de Jonia, fue llevado como un facineroso a Milan, donde vivio siete meses, aguardando por instantes el suplicio, el puñal o el veneno. Sus gestos, sus miradas, sus acciones mas indiferentes eran escrupulosamente observadas por la maligna curiosidad de sus enemigos: pero en la escuela de la adversidad habia aprendido las virtudes que hacen al hombre, superior a la malevolencia mas encarnizada. Supo defender su honor y su vida, de las acechanzas de los eunucos, pero sin humillarse ni prostituirse al tirano. Debio en gran parte su conversacion, como él mismo lo confiesa

en sus obras, a la firme y generosa amistad de la Emperatriz Eusebia, muger hermosa, y de un merito sobresaliente, que por el influjo que egercia en el corazon de Constancio, equilibraba el que tenian los corrompidos cortesanos de su gabinete. Juliano fue introducido a la presencia del emperador, bajo los auspicios de su protectora; defendio su causa con firmeza y libertad; fue oido con agrado, y logró suspender el golpe destructor que lo amenazaba. Sin embargo, los que se interesaban en su bien le aconsejaron que se retirase por algun tiempo a los alrededores de Milan, hasta que el emperador le señalase como un destierro honroso la ciudad de Atenas. Como desde su mas temprana juventud habia descubierto una pasion violenta al idioma, a los usos, a la religion, y a la filosofia de los Griegos, cedio sin vacilar a un consejo tan analogo a sus miras. Realizaronse estas, y Juliano, lejos del tumulto de los egercitos, y de las falsias de palacio, pasó seis meses en los bosques de la Academia, frecuentando el trato de los mas distinguidos filosofos de aquella epoca, los cuales procuraron cultivar el genio, lisongear la vanidad, e inflamar la devocion de su ilustre dicipulo. No fueron inutiles sus esfuerzos. Atenas fue siempre la ciudad favorita de Juliano; el estudio de la filo-

sofia su aficion dominante; la Mitologia, el obgeto de sus estudios, y de su fanatismo. Entre tanto la suavidad de sus costumbres le adquirio el afecto de los habitantes de Atenas, y de los estrangeros que la visitaban. La opinion de su merito y de sus virtudes cundio en Grecia, y se propagó por todo el imperio. Las naciones sometidas al yugo Romano empezaron a concebir algunas esperanzas de ver renacer los tiempos venturosos de Tito.

Mientras Juliano gozaba con deleite los placeres del retiro, y del estudio, la emperatriz, resuelta a llevar a cabo sus nobles designios, procuraba asegurarles un exito completo. La muerte del ultimo Cesar, habia dejado a Constancio oprimido con el mando de un imperio poderoso. Antes que se cerrasen las heridas de la guerra civil, las provincias de las Galias estaban inundadas de barbaros. Los Sarmatas no respetaban las barreras del Danubio. Los Isaurianos, tan audaces como veloces, bajaban de sus inaccesibles montañas, invadian los distritos mas florecientes, y habian osado, aunque en vano, sitiar la importante ciudad de Seleucia, defendida por una guarnicion veterana. Sobre todo, los Persas ensobervecidos por la victoria, amenazaban la paz del Asia, y el oriente, y el occidente recla-

maban con igual urgencia la presencia del emperador. Constancio conocio por primera vez que sus fuerzas no bastaban a tantas, y tan vastas atenciones. Sordo a la voz de la lisonja, que le exageraba su propio merito, y la omnipotente virtud de la dignidad imperial, oyó docilmente los consejos de Eusebia, que adulaban su indolencia, sin ofender su suspicaz orgullo. Despues de una lucha tenaz entre los intrigantes de palacio, y el influjo de la emperatriz, se resolvio a dar a Juliano la mano de su hermana Elena, el titulo de Cesar, y el gobierno de los paises situados al norte de los Alpes.

Juliano recibio esta noticia con un dolor profundo, y el pueblo de Atenas fue testigo de sus lagrimas. Temia perder la vida, la fama, y la virtud, y solo se consolaba con la esperanza de que Minerva inspiraria todas sus acciones, y que lo protegeria con una escolta invisible de los genios habitantes del sol, y de la luna. Acercose con horror al palacio de Milan, y no pudo disimularlo, al recibir las enhorabuenas de los enemigos de su familia. Eusebia, llena de sincera alegria al ver realizados sus planes conciliadores, lo abrazó tiernamente, y procuró calmar sus inquietudes, y reconciliarlo con su elevacion. La etiqueta de la corte exigia que se despojase de

la barba, y del trage sencillo de la escuela de Atenas. Sometiose con repugnancia a este sacrificio, y su poca destreza en el manejo del atavio militar Romano sirvio por algunos dias de diversion a los pisaverdes de las ante-camaras imperiales.

Los emperadores no se dignaban ya consultar al senado sobre la eleccion de los personages que se asociaban en el gobierno del mundo: pero miraban con sumo interes la aprobacion del egercito. Las guardias, y las otras tropas acantonadas en las inmediaciones de Milan, se formaron con sus insignias, y con todo el lujo que inficionaba ya las huestes del imperio. Constancio, colocado en un alto tribunal, y dando la mano a su primo, que en aquel mismo dia cumplia veinte y cinco años, pronunció una alocucion estudiada, en qué manifestó los peligros que amenazaban la prosperidad de la republica, la necesidad de nombrar un Cesar, para el gobierno del occidente, y la intencion que tenia, si las tropas consentian en ello, de recompensar con los honores de la purpura las tiernas virtudes del sobrino de Constantino. Un murmullo respetuoso de los soldados fue la espresion de su consentimiento. Admiraban el continente varonil del nuevo Cesar, y observaron con satisfaccion que el fuego que

centelleaba en sus ojos estaba modificado por un rubor modesto, y por una actitud comedida. Terminada la ceremonia de la instalacion, Constancio le dirigio la palabra, con el tono de autoridad conveniente a su edad, y a su elevacion; lo exortó a emprender una carrera ilustre y gloriosa, y le prometio una amistad perpetua, y sincera.

Los dos principes volvieron a palacio en el mismo carro. Los veinticuatro dias que Juliano pasó en Milan, despues de su investidura, y los primeros meses de su gobierno en las Galias, pasaron en un esplendido, aunque rigoroso cautiverio. Observabanse sus pasos, interceptabase su correspondencia, y la prudencia lo obligó a reusar las visitas de sus mas intimos amigos. De sus antiguos criados solo pudo conservar cuatro; dos pages, un medico, y un bibliotecario. Este cuidaba especialmente de una magnifica coleccion de libros, don de la emperatriz, que no perdonaba medio de fomentar las loables inclinaciones de su amigo. Formosele una servidumbre, cual correspondia en su numero y magnificencia a la segunda persona del estado: pero compuesta de esclavos, incapaces de afecto, y de fidelidad. Su falta de esperiencia exigia los ausilios de un consegero seguro; pero las menudas instrucciones que arreglaban el servicio de su mesa, y la dis-

tribucion de sus horas eran mas propias de un pupilo, que del gefe de un egercito, y del supremo magistrado de pueblos numerosos. Si aspiraba a merecer la estimacion de sus subditos, lo detenia el temor de desagradar a su soberano, y aun los frutos de su matrimonio le fueron arrancados por orden de la misma Eusebia, que en esta sola ocasion olvidó la suavidad de su sexo, y la generosidad de su caracter. La memoria de su padre, y de su hermano le advertia de su propio peligro, y aumentaba mas sus temores el reciente egemplo de Silvano. Este general habia recibido orden de tomar el mando del egercito, para libertar a las Galias de las naciones barbaras que las invadian. Un delator habil, sostenido por algunos de los principales ministros, obtubo de aquel gefe una carta de recomendacion, y habiendo borrado su contenido, llenó el pergamino con el plan de una conspiracion ramificada. La firma de Silvano, que el perverso dejó al pie del fatal instrumento, no dejaba duda sobre su crimen. Sin embargo los amigos del acusado descubrieron el infame artificio, y su conducta quedó plenamente justificada en un consejo celebrado bajo la presidencia del emperador. Pero este descubrimiento era tardio. Por via de precaucion se habian mandado confiscar los bienes

de Silvano, y este, exasperado por tanta injusticia, realizó el plan que se le atribuia, tomó la púrpura en su cuartel general de Colonia, y sus huestes amenazaron a Italia con una invasion, y a Milan con un asedio. Ursicino, su confidente, vendio sus secretos, y entregó su persona, y despues de un reinado de veintiocho dias, Silvano fue asesinado, y sus tropas se reunieron de nuevo a las banderas de Constancio. Los parasitos de la corte celebraron la sabiduria y fidelidad de un monarca, que habia puesto fin a la guerra civil, sin comprometer la suerte de una batalla.

Entretanto crecian los males de las Galias, y quien debia ponerles termino, era un joven, destituido de los conocimientos necesarios para mandar, entregado a los estudios, y opuesto por caracter, y por inclinacion a la vida agitada y belicosa. Cuando se egercitaba en las evoluciones militares, esclamaba lanzando un profundo suspiro: ¡O Platon, Platon, qué tarea para un filosofo! Sin embargo, la filosofia especulativa, que con tanto desden suelen mirar los hombres de negocios, habia comunicado al alma de Juliano el amor de la virtud, el deseo de la fama, y el desprecio de la muerte. Los habitos de templanza y moderacion, recomendados en

las escuelas, no eran menos necesarios en la severa disciplina de los campos. Su comida, y su sueño no tenian mas regla que las exigencias indispensables de la naturaleza. Desechaba con disgusto los manjares delicados que cubrian su mesa, y preferia sin afectacion la simple racion del soldado. Durante un invierno rigoroso, no permitio que se encendiese fuego en su camara; dormia sobre una alfombra, y acostumbraba levantarse a media noche, para despachar algun negocio urgente, para visitar los cuerpos de guardia, o para leer algunas paginas de las obras de sus amados filosofos. Los preceptos de elocuencia, de que hasta entonces se habia servido en asuntos imaginarios, o en inutiles declamaciones, fueron mas provechosamente empleados en exitar el ardor, y mantener la disciplina de sus tropas. Sus conocimientos en la jurisprudencia Romana, y en la ciencia de las instituciones no eran profundos: pero en estos ramos lo dirigian la sabiduria y esperiencia de Salustio, oficial de alta graduacion, que no tardó en aficionarse a un principe tan digno de su amistad; y que sabía reunir a una integridad incorruptible, el talento nada comun de insinuar las verdades mas amargas, sin humillar el amor propio de los poderosos a quienes la dirigia.

En su primer viage a las Galias, solo tubo a sus ordenes inmediatas un cuerpo de trescientos sesenta soldados. En Viena, donde pasó un invierno penoso, en manos de los confidentes y espias de Constancio, tubo noticia del sitio de Autun. Esta grande, y antigua ciudad, defendida por una guarnicion pusilanime, y por un muro destruido, debio su seguridad a la resolucion de algunos pocos veteranos, que habian tomado las armas en defensa de su pais. Visitó aquel pueblo, y de alli pasó a Reims, donde debian reunirse las tropas Romanas. El aspecto del principe reanimó el abatido valor de las tropas, los cuales, al verlo a su cabeza, marcharon en busca del enemigo, con una confianza que pudo serles funesta. Los Alemanes, familiarizados con el conocimiento del pais, congregaron secretamente sus fuerzas esparcidas, y aprovechandose diestramente de una noche oscura, y lluviosa, se arrojaron con inesperado furor a la retaguardia de los Romanos. Dos legiones fueron completamente destruidas, antes de haberse reparado el primer desorden de un ataque repentino, y este descalabro hizo ver a Juliano que la precaucion, y la vigilancia son los principales documentos del arte de la guerra. En otro ataque, ocurrido pocos dias despues, restablecio su

opinion militar: pero como la agilidad de los barbaros los ponia al abrigo del alcance, en las retiradas, la victoria del Cesar no fue sangrienta ni decisiva. Sin embargo se adelantó hasta las orillas del Rin, examinó las ruinas de Colonia, se convencio de las dificultades de la guerra, y a principios del invierno se retiró a sus cuarteles, descontento de la corte, de sus tropas, y de sí mismo. El enemigo conservaba su poder, y apenas Juliano habia separado y distribuido sus huestes, y fijado sus reales en Sens, esta ciudad se vio cercada por un gran numero de Germanos. En este aprieto, Juliano no podia contar con otros recursos que con los de su propio ingenio, e intrepidez. Sus medidas sin embargo fueron tan acertadas, que los barbaros, al cabo de treinta dias, tubieron que abandonar su empresa, y retroceder furiosos a sus guaridas.

La satisfaccion que produjo en Juliano un resultado tan honorifico a sus talentos, estaba amargada por la desconfianza con que miraba a todos aquellos que debian servirlo con fidelidad, y afecto. Marcelo, maestre general de la caballeria, interpretando con demasiada exactitud las ordenes cautelosas de la corte, vio con indiferencia el peligro del Cesar, y no quiso acudir con sus escuadrones al socorro de Sens. Disi-

mular este agravio, hubiera sido en Juliano esponerse al desprecio del mundo, y en Constancio, autorizar las sospechas a que daba lugar su anterior conducta. Marcelo fue llamado a la capital, suavemente reprendido, y privado de aquel mando importante. Ocupó su puesto Severo, oficial esperimentado, de fidelidad conocida, que sabia aconsejar con respeto, y obedecer sin replicar, y que reconocio en Juliano el mando supremo del egercito de las Galias, a que este acababa de ser promovido, por mediacion de Eusebia. Trazose un plan juicioso de operaciones para la proxima campaña. Juliano, a la cabeza de los veteranos, y de algunas tropas nuevas, penetró arrojadamente en el centro de los acantonamientos enemigos, y establecio algunos puestos en situaciones ventajosas. Al mismo tiempo Barbacio, general de la infanteria, salio de Milan con un cuerpo de treinta mil hombres, y pasando las montañas, dispuso echar un puente en el Rin en las inmediaciones de Basilea. Debia esperarse que los Alemanes, amenazados por dos egercitos, evacuarian prontamente las Galias, y acudirian a la defensa de su pais. Pero todas las esperanzas que prometian estos anuncios se frustraron por la incapacidad de Barbacio, y quizas por las secretas instruc-

ciones que tenia de obrar mas bien como enemigo que como ausiliar de Cesar. Los Germanos despreciaron un enemigo que parecia destituido del poder o de la voluntad de hacerles daño, y la retirada de Barbacio dejó a Juliano en una situacion peligrosa, en la que no podia permanecer con seguridad, y de la que no le era licito retirarse con honor.

Libres de los temores de una invasion, los Alemanes se dispusieron a castigar al joven temerario que pretendia arrebatarles un terreno de que se creian dueños por derecho de conquista, y por la fe de los tratados. Tres dias y tres noches emplearon en transportar a las orillas del Rin sus pertrechos. El feroz Chnodomar los mandaba, moderando con su esperiencia el frenetico valor de las indiciplinadas turbas. Seguianlo otros seis reyes, diez principes de sangre real, un gran numero de nobles, y treinta y cinco mil hombres de las tribus mas aguerridas de Alemania. Al orgullo que les inspiraba su fuerza, y su valor, se agregó la noticia de que Juliano, con un pequeño cuerpo de trece mil hombres, ocupaba un puesto, mui distante de sus cuarteles de Estrasburgo. Con esta fuerza desproporcionada, el Cesar decidio salir al encuentro de sus enemigos, prefiriendo aventurar

una accion general, a la enfadosa maniobra de retirarse, y de atacar en encuentros parciales. Los Romanos marcharon en orden cerrado, y en dos columnas; la caballeria a la derecha, y la infanteria a la izquierda; pero el dia estaba tan adelantado, cuando se divisaron las masas contrarias, que Juliano manifestó el deseo de diferir la accion, y de dar descanso a su gente. Cediendo sin embargo al grito universal de sus guerreros, dio la orden de ataque, exortandolos a acreditar su valor, y a evitar una perdida que solo podria atribuirse a temeridad. Sonaron las trompetas; oyeronse las aclamaciones acostumbradas, y los dos egercitos chocaron con igual furia y encarnizamiento. El conflicto fue terrible; los Romanos desmayaron, y empezaron a desordenarse; Juliano los reunio, les inspiró nuevo brio con su egemplo, y ganó una batalla decisiva Seis mil barbaros quedaron sin vida; otros muchos se ahogaron en el Rin; Chnodomar fue hecho prisionero, y las Galias se vieron libres de aquel formidable azote.

A esta hazaña siguieron otras no menos importantes que ilustres. Juliano sometio a los Francos, obligandolos a pedir una paz ignominiosa; hizo tres espediciones mas alla del Rin, trayendo en triunfo veinte mil cautivos, y ha-

biendo asegurado de este modo el reposo de las provincias sometidas a su mando, solo pensó en reparar los estragos que habia hecho en ellas una guerra tan larga, y tan destructora. Las ciudades destruidas fueron prontamente reedificadas por las manos de los prisioneros. Estableciéronse siete puntos fortificados entre Maguncia, y las bocas del Rin. Seiscientas barcas cargadas de trigo, vinieron de las islas Britanicas, y reemplazaron los frutos de una cosecha perdída. La navegacion del Rin quedó libre de las trabas que la humillaban, y los pueblos empezaron a gustar los bienes de la seguridad y del reposo.

Entonces fue cuando Juliano empezó a descubrir la nobleza de sus principios politicos, y la filantropia de sus intenciones. Consagrose a los deberes del gobierno civil, y dio a entender que las funciones de magistrado le eran mas gratas que las de general. Quiso examinar por si mismo las principales causas pendientes en los tribunales ; mitigó el rigor de las sentencias ; residenció a los jueces ; alivió considerablemente el peso de las contribuciones, y sin remediar los males constitucionales del gobierno, cuyas raices estaban en el mismo trono imperial, hizo cuanto estaba a sus alcances para que las naciones que gobernaba tubiesen proteccion contra sus opre-

sores, organos de sus quejas, consuelo en sus infortunios, y reparacion de sus agravios.

Entre tanto las disputas eclesiasticas, y las maquinaciones de los eunucos, agitaban la corte, dividian los animos, y exasperaban y empobrecian las provincias que dependian inmediatamente de la autoridad de Constancio. Este principe debil, vano, y supersticioso no pudo mirar sin envidia los triunfos del vencedor de los Germanos. No satisfecho con atribuirse en sus despachos y proclamas las victorias de su primo, pensó en despojarlo de todos los medios de conservar su alta, y merecida reputacion. La aparente tranquilidad de las Galias, y los peligros que amenazaban al imperio en sus fronteras de Oriente, daban un pretesto plausible de remover las tropas que tan gloriosamente habian seguido las banderas del Cesar. Mientras este pasaba el invierno en Paris, ocupado en el egercicio del poder, que era para él la practica de la virtud, se halló sorprendido con la llegada de un tribuno, y de un notario. Llevaban ordenes del emperador para que cuatro legiones enteras, y trescientos hombres escogidos de cada una de las otras que componian el egercito de las Galias, marchasen inmediatamente a los confines de Persia. Juliano previó las consecuencias de

aquel fatal mandato. La mayor parte de los ausiliares se habian obligado a servir, bajo la condicion espresa de no pasar los Alpes. La fe publica de Roma, y el honor personal de Juliano estaban comprometidos en la egecucion de este contrato. Semejante acto de perfidia y traicion destruiria la confianza, y exitaria el resentimiento de los guerreros independientes de Germania, que consideraban la verdad como la mas noble de las virtudes, y la libertad como el mas precioso de los bienes. Los legionarios, que gozaban de los titulos y de los privilegios de Romanos, debian defender indistintamente todo el territorio de la republica: pero los mercenarios no podian menos de oir con indiferencia los anticuados nombres de republica, y de Roma. Admiraban a Juliano, y despreciaban al gefe del imperio; temian los efectos del clima, las penalidades de la marcha, y los caballos, y las flechas de los Persas. Juliano conocia el temple del espiritu de sus tropas, pero declaró que la obediencia era la virtud principal del mas condecorado de los subditos. Tomó pues todas las medidas necesarias para poner en egecucion los preceptos de su soberano, y sus primeras exortaciones produgeron una consternacion general en las tropas. Al dolor siguio la violencia,

Tramose una conjuracion entre los gefes, en tanto que los soldados daban fuertes indicios de rebeldia, e insubordinacion. A media noche la soldadesca armada, y con teas encendidas en las manos, se esparcio en los arrabales de Paris, y circundó el palacio, pronunciando el grito fatal e irrevocable: JULIANO AUGUSTO. El principe se encerró en su camara, y se mantubo, cuanto tiempo le fue posible, fuera del alcance de los rebeldes. Al rayar el dia, los soldados, irritados mas y mas por la oposicion, se apoderaron con respetuosa violencia del obgeto de su entusiasmo, lo escoltaron, con las espadas desnudas, por las calles de la capital, lo colocaron sobre el tribunal, y lo aclamaron emperador. Juliano se dirigio a la muchedumbre, imploró su favor, los amenazó con su colera, y les hizo ver con admirable elocuencia, el peligro a que lo esponian: mas todo fue en vano. A pesar de su resistencia, de sus lagrimas, de sus amenazas, fue levantado en un escudo, y reconocido gefe del imperio con universales aclamaciones.

Desde aquel momento resolvio conservarse en el puesto a qué su merito lo habia elevado, sin comprometer la paz pública, y sin parecer a los ojos del mundo como un ingrato. Envió una embajada a Constancio, proponiendole un sistema

de division, que no ajaba su decoro, ni disminuia la fuerza que dan a los pueblos sus vinculos politicos. Mientras pendia esta negociacion, que necesariamente habia de ser larga y escabrosa, hizo dos espediciones al Rin, cuyos resultados no fueron menos gloriosos que los de las primeras. Los barbaros sufrieron una perdida inmensa; Vadomair, rei de los Alemanes, fue prisionero, y enviado a España, y las fortificaciones de la linea quedaron dispuestas a refrenar las incursiones de aquellos incomodos vecinos.

Terminada esta campaña, adquirio Juliano la triste conviccion de la imposibilidad de ser amigo de Constancio. Las condiciones que este le impuso, en contestacion a sus propuestas, eran las mas humillantes. El emperador marchaba a la guerra de Persia, y esta circunstancia le impedia acudir a vengar el ultrage que su dignidad habia recibido. Muchos meses pasaron en inutiles contestaciones; la distancia que separaba los dos emperadores no era menos de mil leguas, y uno y otro se mantenian tenaces en sus designios. Al fin Juliano viendo que no podia prolongar la decision de su suerte, sin comprometer su decoro, resolvio confiar la vida y la corona al exito de una guerra civil. Dio una audiencia pública y solemne a Leonas, men-

sagero de su enemigo; leyó en voz alta los despachos insultantes de que habia sido portador, y declaró que estaba dispuesto a dejar el titulo de Augusto, si consentian en ello los que se lo habian conferido. A este artificioso discurso respondieron los soldados con aclamaciones y vivas. "Juliano Augusto, decian, continúa reinando por la autoridad del egercito, del pueblo, y de la republica, que te deben su seguridad." Juliano leyó despues una carta del emperador en que este le echaba en cara su ingratitud. "Mi ingratitud! esclamó...para con el asesino de mi familia. Esto es decirme que ya es tiempo de vengar las ofensas que he olvidado hasta ahora." Disolviose en seguida la asamblea, y Leonas, que con gran dificultad habia escapado de la furia de las tropas, fue enviado a su soberano con una carta en que Juliano espresaba del modo mas vehemente, y agrio su odio, su resentimiento, y su desprecio, comprimidos por espacio de veinte años de disimulo. Despues de este mensage, que debia considerarse como una declaracion de guerra irreconciliable, Juliano, que pocos dias antes habia celebrado con los Cristianos la fiesta de la Epifania, hizo una declaracion solemne en que se ponia bajo la proteccion de los dioses

inmortales: primer acto autentico de su odio a la religion de Constantino.

La situacion del nuevo emperador exigia una resolucion pronta y vigorosa. Un correo interceptado le descubrio que su enemigo, sacrificando los intereses publicos a los suyos propios, exitaba los barbaros a invadir las fronteras de Occidente. Inmediatamente formó el proyecto de ocupar las provincias Iliricas, cuyas minas le ofrecian suficientes recursos para los gastos de la guerra, y cuya belicosa poblacion no tardaria en alistarse bajo sus aguilas. Este designio fue acogido con entusiasmo por las tropas. Pusose en marcha el egercito, y despues de un movimiento rapidisimo, que causó tanta sorpresa a los barbaros, como a las fuerzas del Emperador de Oriente, se embarcó en el Danubio, y llegó a su destino antes que se tubiese en el partido contrario, noticia de su salida del Rin. Las provincias Iliricas, y las legiones que las guarnecian recibieron con las mas espresivas demostraciones de afecto y admiracion al valiente guerrero que en tan poco tiempo habia vencido tantos obstaculos, y adquirido tantos derechos a la inmortalidad. Juliano publicó inmediatamente un manifiesto en qué justificaba su conducta, y acriminaba la de su

opresor. El senado de Roma, que conservaba una leve sombra de su antiguo poder, y los habitantes de Atenas, que veian con satisfaccion el engrandecimiento de su compatriota adoptivo, reconocieron sin tardanza la autoridad del nuevo monarca.

Constancio habia suspendido las operaciones de la campaña, de resultas de la retirada del egercito Persa: pero cuando tubo noticia de la atrevida espedicion de su competidor, no perdio tiempo en apercibirse a empeñar una lucha encarnizada. Aunque debil y enfermo, salio de Antioquia, a la cabeza de sus legiones escogidas, y habiendose agravado su dolencia, a los pocos dias de marcha, murio en un pueblecillo inmediato a las orillas del Tarso.

Informado de este importante suceso, Juliano se dirigio apresuradamente a Constantinopla, cuyos habitantes tenian la mas alta opinion de sus prendas, y de su sabiduria. Su entrada en la capital del imperio de Oriente, fue un triunfo magnifico, solemnizado por las aclamaciones unanimes del pueblo, del senado, y de las tropas. El cadaver de Constancio llegó pocos dias despues, y Juliano, no satisfecho con asistir a las exequias de su predecesor, acreditó con sus sinceras lagrimas que habia olvidado sus ofensas,

y que solo tenia presente la deuda del parentesco, y de la gratitud.

La filosofia habia enseñado a Juliano las ventajas del retiro, y los inconvenientes de la vida pública: pero la elevacion de su nacimiento, y las funciones de que se hallaba revestido no le permitian abandonarse a las inclinaciones de su animo. Habiase formado una idea sublime del arte de gobernar a los hombres, y creia que para egercerlo dignamente no bastaban las prendas mas eminentes del ingenio, si no las acompañaban la rectitud de los principios, y la nobleza del corazon. Desde los primeros dias de su reinado, adoptó un plan de conducta analogo a estas altas doctrinas, despreció los honores, renunció a toda clase de placeres, y se aplicó, con infatigable esmero, al desempeño de sus deberes. Ninguno de sus vasallos hubiera querido ceñir la diadema a costa de la fatiga, de los desvelos, y de las inquietudes que llenaban la vida del emperador. Su comida era frugalisima, y compuesta solo de vegetales. En el mismo dia daba audiencia a varios embajadores, y escribia o dictaba un gran numero de cartas a los generales, a los magistrados civiles, a sus amigos intimos, y a diferentes ciudades de sus dominios. Enterabase menudamente de todos



los asuntos que se referian a su decision, y anotaba los decretos, que despues estendian sus secretarios. Tal era la flexibilidad de su entendimiento, y tal la firmeza de su atencion, que al mismo tiempo empleaba la mano en escribir, los oidos en escuchar, y la voz en dictar a dos o tres personas. Mientras sus ministros reposaban, él pasaba sucesivamente de un trabajo a otro, y consagraba al estudio los pocos ratos que le dejaban libres sus obligaciones públicas.

La reforma del palacio fue uno de los primeros obgetos de su atencion. La servidumbre imperial se componia de inmensas legiones de empleados, que se distinguian de las otras clases de subditos por la insolencia de sus modales, y por el lujo de sus trages, de sus mesas, y de sus habitaciones, y que se habian hecho tan onerosos al estado por las sumas que absorbian, como por el desmedido influjo que egercian en los emperadores. Juliano miró con horror tan escandaloso abuso, y no solo lo suprimio de un golpe, sino que castigó con severo rigor a los que lo habian fomentado.

Ni creyó que bastaban estas medidas a producir un eficaz escarmiento: quiso ademas que espiasen sus crimenes los que a la sombra del poder de Constancio, habian devorado la sustancia de los pueblos, vendido la justicia, y

sacrificado la patria a su ambicion. Confió este gran proceso a seis jueces escogidos entre los personages mas respetables de la corte, y del egercito, y para alejar de sus operaciones el influjo del poder, y del soborno, fijó la residencia de aquel estraordinario tribunal en Calcedonia. Por desgracia algunos de sus miembros eran hombres de pasiones violentas, y que no sabian obrar con aquella pausa, y madurez que exigian negocios de tanto peso. De aqui resultaron algunos castigos injustos, que exitaron una bien fundada indignacion, pero este sentimiento fue equilibrado por la satisfaccion general que produjo la supresion de los espias, y delatores, instituidos por Constancio, para asegurar su tranquilidad a espensas del reposo del mundo entero. Juliano era lento en las sospechas, y suave en los castigos, y el desprecio con que miraba la traicion era el producto de su valor, de su juicio, y de su vanidad. Un ciudadano de Ancyra habia mandado hacer un manto de purpura. Juliano, informado de su condicion, y de sus recursos, le envió un par de chinelas de purpura, para completar su atavio imperial. En otra circunstancia, algo mas urgente, se contentó con desterrar a los gefes de una conspiracion tramada contra su vida, y contra su corona. En una

sola ocasion mudó el sistema de su acostumbrada benignidad, y fue cuando condenó a muerte a un joven arrojado, que aspiró abiertamente al poder supremo. Pero este joven era hijo de Marcelo, general de la caballeria, que en la primera campaña de la guerra de las Galias, habia desertado de la fidelidad al Cesar, y del servicio de la republica: mas las cuantiosas indemnizaciones que confirio a su padre, hicieron ver que en la severidad de la sentencia, solo habia dado oidos a la justicia, y no al resentimiento personal.

Juliano no era insensible a las ventajas de la libertad. En sus estudios se habia impregnado en el espiritu de los antiguos heroes, y sabios; los sucesos de su juventud le habian enseñado a temer, y odiar la tirania, y despues de su elevacion al trono, censuró publicamente el sistema de despotismo oriental introducido en el imperio por Diocleciano, y Constantino, y sancionado por ochenta años de humillacion, y paciencia. Estas opiniones lo indugeron a restablecer una parte de la organizacion de la republica, y a restituir al senado la consideracion que habia perdido en los reinados anteriores.

Pero el rasgo mas importante de la vida de Juliano era su religion. La historia le ha con-

ferido el dictado de apostata, y el odio que inspira este crimen a los Cristianos, es la verdadera causa del odioso colorido con que aquel principe ha sido representado por muchos escritores eclesiasticos. Si queremos averiguar los verdaderos motivos que tubo Juliano para abandonar el Cristianismo, debemos fijar la atencion en la historia de su juventud.

Su educacion habia sido edificante. Dirigianla doctores eminentes, y prelados virtuosos, y no solo se acostumbró desde mui temprano al estudio de las Escrituras, si no al ayuno, a la oracion, a la penitencia, y a los egercicios publicos de religion, en los templos, y en medio de los fieles mas humildes. Consultaba a los obispos, mas acreditados por su sabiduria, y piedad, y solicitaba la bendicion de los monges, y de los hermitaños. Mas cuando echó de ver que los ministros de la religion querian imponerle su creencia como un yugo que no le era posible sacudir, prohibiendole el egercicio de la razon en las materias de fe, y amenzandolo con penas eternas, si aplicaba la mas noble de las facultades a la mas importante de las cuestiones, entonces su espiritu indocil se sublevó contra aquella autoridad invisible, y su convencimiento degeneró en sospechas, y en dudas. A la sazon el mundo

Cristiano estaba dividido por la famosa controversia de los Arrianos, en la cual los obispos de Oriente no solo disputaron con un encarnizamiento, ageno de las instituciones Evangelicas, no solo alteraron frecuentemente los articulos de su creencia, si no que descubrieron en toda su conducta las pasiones y los intereses que los animaban. Este espectaculo acabó de pervertir el entendimiento de Juliano. Pareciale imposible que fuese verdadera una religion cuyos principios fundamentales vacilaban segun el antojo de sus ministros, y en cuyas doctrinas se encontraban armas tan innobles como la injuria, la calumnia, la delacion, y la perfidia.

Al mismo tiempo su aficion a las letras, y a la filosofia de los Griegos le atrajo la admiracion, y el aprecio de un sin numero de literatos y sofistas de aquella nacion, que miraban con aversion al Cristianismo, como enemigo de aquella Mitologia seductora y poetica, cuyas ficciones habian sido hermoseadas por tantos poetas eminentes. En esta sociedad aprendio Juliano a considerar las obras de Homero, como frutos de una inspiracion sobre-natural; a reverenciar aquellos numenes misteriosos a cuyo culto se habian consagrado tantas obras maestras de escultura, y arquitectura; a mirar con profunda devocion la

pompa de los sacrificios; a dar asenso a los oraculos y a la adivinacion; en fin a figurarse que la nueva secta favorecida por su tio, incomprensible en sus misterios, severa en sus practicas, e intolerante en sus principios, era tan incompatible con el uso de la razon, como con la ventura del genero humano.

Pero como las fabulas del Politeismo encerraban tantos acaecimientos absurdos, tantas ideas repugnantes al sentido comun, Juliano procuró conciliar este inconveniente con sus inclinaciones, y trabajó en descubrir en la historia de los dioses un sistema de filosofia sublime, racional, y de acuerdo con el estudio de la naturaleza. En muchos puntos siguio los grandiosos delirios de Platon; en otros se separó de aquel filosofo, y solo hallaba ingeniosas alegorias, en lo que el vulgo de idolatras consideraba como misterios incomprensibles. Durante su mansion en Atenas fue iniciado en los arcanos de Eleusis, y esta ceremonia lo confirmó en sus errores, y lo decidio a consagrar su vida al servicio, y al culto de los numenes del Olimpo.

Pero como el Cristianismo era la religion de los emperadores, y como el sistema de intolerancia y persecucion instituido por Constantino, se iba propagando rapidamente, a medida que

los eclesiasticos aumentaban y consolidaban su influjo, y sus riquezas, Juliano tubo por conveniente disimular las opiniones que profesaba, interin se hallase espuesto al castigo del emperador, y su suerte dependiese de los caprichos de una corte fanatica, y corrompida. Cuando la exasperacion de sus tropas lo puso a la cabeza del imperio, se quitó la mascara, y se declaró con orgullo protector de la religion que por espacio de dos mil años habia dominado en las naciones mas ilustres del globo.

Los Cristianos miraron con horror la apostasia del sucesor de Constancio, y temieron pagar mui caro la persecucion que habian sucitado contra la idolatria: mas Juliano preferia la paz pública, y los derechos de la humanidad, al espiritu de secta, y a las reclamaciones de la venganza. Sabía que el Cristianismo habia debido en parte sus asombrosos progresos a las tiranias de Diocleciano, y estaba mui lejos de darle nuevas fuerzas, siguiendo el egemplo de aquel principe. Impulsado por estos motivos, y temeroso de suscitar nuevos disturbios, publicó un edicto, que causó una sorpresa general, y que era digno, en todas sus clausulas, del hombre de estado, y del filosofo. En este acto de humanidad, y de filantropia, los paganos queda-

ban autorizados a abrir sus templos, y libres de la opresion que les habian impuesto Constantino, y sus sucesores; los Cristianos conservaron todos sus privilegios, exepto el de atormentar a los que no creian como ellos; los obispos desterrados por el influjo de los Arrianos, fueron restituidos a sus sillas, y la autoridad suprema convidaba a los sectarios de diferentes denominaciones, a terminar sus disturbios, y a uniformar sus doctrinas.

Pero, aunque dispuesto a permitir que cada hombre adorase al Criador en el modo que mas le conviniese, Juliano se decidio con la mayor energia en favor del Politeismo, y todas sus acciones indicaban sus vivos deseos de que este culto triunfase de su rival. Tomó el titulo y el caracter de sumo pontifice, como habian hecho los mas ilustres de sus predecesores; prodigó las riquezas a los templos, y a sus ministros; edificó al mundo pagano por su egemplar asistencia a las ceremonias, y vio con satisfaccion que las ciudades y las familias volvian a los ritos y supersticiones que tanto habian empezado a decaer desde la introduccion del Evangelio.

Para consolidar su obra, creyó necesario introducir algunas reformas importantes en la organizacion del sacerdocio, y en las practicas

religiosas del Paganismo. Mandó que el orden sacerdotal se compusiese de hombres acreditados en la opinion pública por su piedad, y por sus virtudes; que los delitos cometidos por los ministros del altar fuesen castigados con el mas severo rigor; que su conducta fuese un modelo de prudencia, de moderacion, y de justicia; que no concurriesen a teatros ni tavernas; que no asistiesen al foro ni a la plaza publica, si no es para defender al inocente, y al oprimido, y que consagrasen los ratos que el culto de los dioses les dejaba libres, a la enseñanza de las doctrinas de Pitagoras y Platon. Envidioso del favor que el Cristianismo habia adquirido por medio de las instituciones beneficas, dispuso que se erigiesen hospitales y escuelas, a costa de las rentas de los templos, y encargó mui particularmente a los sacerdotes que aliviasen los males de sus semejantes, y dividiesen con los necesitados sus riquezas.

No tardó en conocerse en toda la estension del imperio el influjo de esta predileccion del monarca, en favor de la creencia antigua. Muchos funcionarios publicos, que habian abrazado el Cristianismo bajo el reinado de Constancio, lo abandonaron con entusiasmo a egemplo de su sucesor, y el egercito se distinguio por la pron-

titud, y unanimidad con que adoptó las opiniones de su gefe. En las revistas y otras reuniones militares, cada soldado quemaba algunos granos de incienso en el altar de los dioses ; el nombre de Cristo desaparecio del Labaro ; las gratificaciones y los asensos recompensaban a los guerreros mas distinguidos por su devocion a las divinidades del Olimpo, y Juliano, que creia por estos medios atraer a sus banderas la proteccion de los inmortales, logró a lo menos despertar el antiguo valor de las legiones, y grangearse su afecto y fidelidad.

En medio de estas grandes innovaciones, Juliano concibio el estraordinario proyecto de restablecer el templo de Jerusalen, y para realizarlo, pasó una circular a todos los Judios esparcidos en los diferentes pueblos de la tierra, mostrandose mui compadecido de sus males, admirando su constancia en tantos sufrimientos, censurando amargamente a sus opresores, y manifestandoles su deseo de adorar al Ser Supremo, en el templo erigido por Salomon. El odio irreconciliable que los Judios profesaban a los Cristianos fue sin duda el unico motivo que lo exitó a una medida tan estraordinaria ; aunque sus panegiristas la atribuyen al espiritu de tolerancia universal que dirigia todas sus acciones

públicas. Como los Cristianos creian que la lei Mosaica estaba condenada a un total esterminio, el sofista imperial quiso probar de un modo irrecusable la falsedad de las profecias, y de la revelacion. Por otra parte, aunque desaprobaba el culto de la sinagoga, miraba con indulgencia las instituciones de un pueblo cuyo legislador habia adoptado muchos ritos, y ceremonias de los Egipcios. Dio pues sus ordenes para que, sin perdida de tiempo, se erigiese en la colina de Moriah, un templo cuyo esplendor eclipsase el que los Cristianos habian construido en la altura inmediata del Calvario, con el titulo de la Resurreccion, y confió tan vasta empresa al virtuoso y sabio Alipio, que sabia conducir las tropas a la la victoria, y imitar en sus composiciones poeticas la dulzura, y la armonia de Safo. Los Judios acudieron de todos los puntos del imperio a consagrar sus esfuerzos en una obra, que era el principal obgeto de sus deseos, y de sus esperanzas. Los hombres olvidaron su avaricia, y las mugeres su delicadeza. Todos querian tomar parte en el cumplimiento de las profecias; todos trabajaban con ardor en las escavaciones que debian recibir los cimientos de la casa de Jehovah. Distribuyeronse profusamente picas y azadones de plata maciza, y los

mantos de purpura y seda servian para sacar la arena, y los escombros. Los Cristianos vieron consternados el anuncio del triunfo de la nacion proscrita, y el pueblo de Israel se creyó otra vez dueño de la tierra de sus padres.

Sin embargo, los esfuerzos del poder, y del entusiasmo cedieron a la combinacion de las circunstancias, segun los autores profanos, o a los arcanos incompreensibles de la Providencia, segun los apologistas del Cristianismo. Quizas la ausencia del emperador durante la obra, y su muerte, ocurrida pocos meses despues de empezada, bastarian a esplicar la interrupcion de una empresa tan costosa como dificil. El celo piadoso de los escritores la atribuye a causas sobrenaturales, y algunos de ellos describen los pormenores de una erupcion espantosa que sirvio de castigo a los que pretendian alterar el orden, y anular la sentencia de la colera Divina.

Juliano procuraba al mismo tiempo desacreditar las doctrinas, y las prácticas Cristianas, con todos los recursos de su genio epigramatico, y con el peso que daban a sus opiniones su ciencia, y su elevacion. En sus conversaciones, y aun en algunos de sus actos publicos atribuia los males de que el imperio habia sido teatro, en la ultima epoca, al fanatismo, a las intrigas,

y a la ambicion de los Galileos. Ninguno de ellos pudo obtener de sus ministros empleos ni distinciones; las inmunidades del sacerdocio fueron anuladas; se prohibieron las donaciones testamentarias a las iglesias, y las rentas que les habia prodigado Constantino, pasaron a los templos de Jupiter, y Minerva. Juliano llevó mas adelante su aborrecimiento. Con el pretesto de que la fe ciega recomendada por el Cristianismo se oponia al progreso de las luces, y a la cultura del entendimiento, cerró las escuelas Cristianas de gramatica, y retorica, y en algunas provincias, cuyos gefes creian atraerse la voluntad del emperador lisongeando sus inclinaciones, los Cristianos fueron obligados a reedificar los templos de los idolos. El de Dafne, situado en las inmediaciones de Antioquia, fue devorado por las llamas. Juliano atribuyó aquel accidente a la malicia del clero, y mandó cerrar la catedral de aquella ciudad opulenta en que tanto habian progresado las doctrinas Evangelicas. El prefecto de la provincia mandó dar muerte a un presbitero, y otros muchos fieles fueron atormentados y perseguidos, en espiacion de aquel agravio, y aunque Juliano se quejó en un documento público del demasiado celo de los empleados, y habitantes de Siria,

alabó su devocion, y los reconocio como verdaderos servidores de los dioses. Estas escenas se repitieron en algunos otros puntos, y fueron despues exageradas por el celo de los obispos, y de los escritores eclesiasticos. La imparcialidad historica confiesa que los Cristianos, que por espacio de cuarenta años habian poseido los empleos civiles y eclesiasticos del imperio, empezaban a contraer los vicios de la prosperidad, y no es estraño que la imaginacion preste sus colores a la justicia, cuando se bosqueja el retrato de un enemigo.

Nos ha parecido conveniente entrar en estas particularidades, por tratarse de un hombre a quien la opinion religiosa ha señalado un puesto distinguido en la historia del mundo. Pero sus sucesos politicos y militares no son menos dignos de atencion.

Los triunfos que Juliano habia obtenido en la guerra de Germania, impulsaron su ambicion, y lo movieron a señalar su reinado con una empresa mas digna de las prendas que poseia, y del imperio que gobernaba. Los embajadores del Oriente reconocian su autoridad; las naciones Occidentales lo servian con afecto; los Godos, a quienes despreciaba, no le inspiraban inquietud; las lineas fortificadas de Tracia y de Iliria ser-

vian de barrera a los barbaros del Danubio, y no viendo otro rival digno de sus armas que el sucesor de Ciro, y Artagerges, resolvio invadir la Persia, y castigar aquella nacion altiva, que tan largo tiempo habia resistido e insultado a la magestad de Roma. El rei, a quien amedrentó la fama de Juliano, hizo proposiciones amistosas: mas Juliano respondio que era inutil emplear el ministerio de los embajadores, estando él mismo resuelto a visitarlo. Los preparativos militares de aquella grande espedicion se hicieron con estraordinaria prontitud; destinose un egercito formidable al escarmiento de un enemigo poderoso, y Juliano, marchando desde Constantinopla por las provincias del Asia Menor, llegó a Antioquia ocho meses despues de la muerte de su predecesor. En aquel pueblo, donde pasó el invierno para dar a sus tropas el descanso necesario, esperimientó algunos sinsabores, que sin embargo no tubieron consecuencias importantes. A los ojos de su severidad filosofica, Antioquia presentaba un espectaculo escandoloso. Sus habitantes vivian consagrados al placer, y a las diversiones mas frivolas; su trage, sus muebles, sus convites ostentaban un lujo, y una delicadeza dignas de los Sibaritas mas refinados. Juliano quiso reprimir estos exesos, y solo consiguio

atraerse el odio, y el desprecio de aquella turba desordenada. Lcs epigramas, los sobre-nombres, la burla y los insultos fueron los obsequios que recibio en aquellos muros el dueño del universo. Juliano castigó aquellos insensatos, de un modo digno de un hombre superior. Tomó la pluma y escribio una satira contra ellos.

Llegado el tiempo de empezar las operaciones de la guerra, el emperador se puso en marcha, dirigiendose desde luego al Tigris, y cambiando de pronto su giro acia el Eufrates. Acompañabanlo sesenta y cinco mil soldados, escogidos en todas las legiones del imperio; un cuerpo numeroso de Galos aguerridos y fieles; otro de Scitas feroces, y muchas tribus de Arabes vagabundos, incitados por la esperanza de un cuantioso botin. Una escuadra de mil y cien buques navegaba a las ordenes del emperador por aquel caudaloso rio, destinada a transportar los viveres, y ayudar los movimientos de tan formidable hueste.

Al entrar en el territorio Persa, todo cedio al valor, al numero, y a la disciplina de los Romanos. En Asiria los habitantes creyeron librar su defensa a las aguas, y rompieron los diques de las innumerables corrientes que fertilizaban aquella opulenta provincia: mas las tropas, in-

citadas por el valor de su gefe, sobrepujaron este obstaculo con tanta destreza como valor. Dos ciudades fuertes e importantes se rindieron despues de una sangrienta defensa, y en todas estas ocasiones, Juliano ofrecio un modelo constante de sobriedad, de moderacion, de intrepidez, y de constancia. Resuelto a tomar posesion de la capital de aquel vasto imperio, volvio a encaminarse al Tigris, cuyas orillas estaban defendidas por estupendas fortificaciones, y por innumerables masas de coraceros, flecheros, y elefantes. Los generales mas animosos y esperimentados declararon que era imposible pasar el rio sin esponer el egercito entero a una perdida segura. Juliano fue de distinta opinion. Dio las disposiciones convenientes, y a su voz, las legiones se arrojaron a la corriente, y lucharon con tenacidad en la orilla opuesta. Dueñas de las orillas, que la guarnecian, hicieron alto, y Juliano, que a la cabeza de la caballeria ligera habia dirigido todo el movimiento, examinó las fuerzas contrarias, y trazó el plan de una accion decisiva. Sus mejores soldados fueron distribuidos, segun el precepto de Homero, entre el frente, y la retaguardia. Los Romanos, despues de haber hecho la acostumbrada aclamacion militar, se adelantaron al son de los instrumentos belicos; arro-

jaron desde luego sus dardos formidables, y se lanzaron a paso acelerado a los enemigos, con espada en mano, para impedirles el uso de las flechas. El conflicto duró mas de doce horas. Los Persas empezaron a perder terreno, y poco a poco su retirada degeneró en una fuga vergonzosa, de que dieron egemplo los caudillos. Los vencedores los persiguieron hasta las puertas de la capital. El botin fue como correspondia al lujo, y a la profusion de un campamento oriental, y Juliano, adicto a los usos de la idolatra Roma, solemnizó su triunfo con un esplendido sacrificio al dios de la guerra.

Sin embargo, la desercion de algunas tropas ausiliares, y las rencillas de dos generales acreditados, obligaron al emperador a convocar un consejo de guerra, cuyos miembros desaprobaron la idea de poner sitio a Ctesifon, capital de Persia. Mas para manifestar al mundo que estaba mui lejos de desmayar en sus designios, Juliano se decidio a buscar el cuerpo principal enemigo, que, mandado por el rei en persona, se habia internado en las provincias mas lejanas; y como para realizar este plan era necesario alejarse del Eufrates y del Tigris, en cuyo caso era inutil la escuadra, mandó pegar fuego a sus

buques, y a los almacenes de tierra, disponiendo que cada soldado tomase raciones para veinte dias. Esta medida, censurada como un acto de locura por los escritores eclesiasticos, se miraria como un acto heroico, si las mas invencibles contrariedades no se hubieran opuesto al exito de los altos pensamientos de Juliano.

Pero tubo la desgracia de ser victima de la traicion, inconveniente a que estan espuestos los hombres en razon de la elevacion de sus miras, y de la grandeza de su alma, y de que se precaven mas comunmente los timidos, los irresolutos, y los egoistas, que los heroes, y los filosofos. Un personage Persa, que se ofrecio a seguir de guia al egercito Romano, solo pensaba en estraviarlo, y acarrearle las mayores penalidades, y el exito correspondio a tan bajas intenciones. El pais que atravesaron las tropas victoriosas, aunque fertil, y cubierto de ciudades, y villas, solo les ofrecio la imagen de una espantosa soledad. Todos los habitantes habian huido, llevandose consigo sus ganados, sus muebles, y sus provisiones. Las de los Romanos se agotaron mui en breve; empezó a sentirse en las legiones todo el rigor del hambre, del cansancio, y de la desesperacion, y despues de setenta dias

de una marcha penosisima, se dio la orden de la retirada, que en aquellas circunstancias debia considerarse como la señal de la destruccion.

Mientras los Romanos se adelantaban en el pais, los Persas los observaban desde lejos, y limitaban sus hostilidades a ligeros insultos, y escaramuzas insignificantes. Pero cuando empezó el movimiento retrogrado, se vieron de pronto rodeados por todas partes de huestes numerosas. Cuando hacian alto de noche, y plantaban sus tiendas, y fortificaban su campo, se veían obligados a estar con las armas en la mano, para rechazar los continuos ataques de sus enemigos. Mui en breve se presentó a su vista el cuerpo principal de los Persas, en que servian los hijos del rei, y que este mandaba en persona. Como las dificultades del terreno exigian que las legiones Romanas se dividiesen, y separasen del numeroso tren de bagages que las seguia, los perseguidores no desperdiciaban estas ocasiones de cortarlos, y aburrirlos. A veces las masas enteras venian a las manos, y entonces los soldados de Juliano lucian su intrepidez, y la superioridad de su diciplina. En la accion de Maronga, que casi merecio el nombre de batalla, la perdida fue terrible en una y otra parte. Los Romanos tenian ademas contra si el peso de las

armas, el calor del clima, y la escasez de provisiones. Esta llegó a tal estremo que el emperador distribuyó entre los soldados los repuestos de su servidumbre: mas este mezquino socorro no pudo disipar los negros presentimientos de aquellos hombres oprimidos por tantas calamidades, los cuales llegaron a creer que jamas pisarian un territorio amigo.

Mientras Juliano luchaba con las insuperables dificultades de su situacion, su animo estaba agitado por la mas penosa ansiedad. Una noche, salio a respirar fuera de su tienda, y vio de pronto un horrible meteoro, que atravesó el firmamento, y se disipó en las tinieblas. Convocados al punto los aruspices Toscanos, para interpretar esta aparicion, declararon unanimemente que el emperador debia abstenerse de medir las fuerzas con los enemigos: pero las circunstancias eran mas imperiosas que los oraculos de la supersticion. Los Persas habian ocupado secretamente unas espesuras que debia atravesar el egercito. Juliano dirigia la vanguardia con toda la destreza de un militar consumado, cuando llegó a sus oidos un rumor del ataque improviso de su retaguardia. El calor lo habia incitado a despojarse de su armadura, pero arrancando un escudo a un soldado de su escolta, corrió con suficientes refuerzos

adonde lo llamaba el peligro. Dado aquel ausilio oportuno, tubo que acudir al frente de sus columnas, que habia hecho alto en presencia de un cuerpo enemigo, y cuando recorria las filas, el centro de la izquierda fue repentinamente acometido, y casi rechazado por una carga de caballeria, y de elefantes. Su infanteria ligera reparó este desorden con destreza, y buen exito, lanzando sus armas a los pies de aquellos enormes cuadrupedos. Los barbaros huian, y Juliano, que siempre se hallaba donde era mas inminente el peligro, se puso a la cabeza de los que les iban al alcance. Sus guardias le advirtieron que estaba sin coraza, y que en aquel conflicto, su vida estaba en el mayor riesgo. En efecto los escuadrones fugitivos descargaron una nube de dardos y flechas. Juliano fue herido mortalmente por un dardo, que despues de rasparle el brazo, le traspasó las costillas, y se clavó en la estremidad inferior del higado. Quiso arrancarse el arma, pero el acero le penetró la mano, y el emperador cayó desmayado al suelo. Sus guardias lo transportaron, en medio del tumulto de la pelea a una tienda inmediata. La funesta noticia corrio de legion en legion, y la consternacion de los soldados, les inspiró nuevos brios, y los inflamó en ardientes deseos de venganza. La accion fue

sostenida con igual ahinco por los dos egercitos hasta que las sombras de la noche los separaron. Sin embargo los Persas manifestaron en su desordenada fuga, que su perdida habia sido considerable, y que cedian la victoria a sus enemigos.

Las primeras palabras de Juliano, despues que recobró el sentido, espresaban su ardor marcial, y la grandeza de su alma. Pidio sus armas y caballo, y quiso volver a la pelea. Este esfuerzo aumentó su debilidad, y los cirujanos que examinaron la herida descubrieron los sintomas inequivocos de la destruccion. Conocio su peligro, y empleó los ultimos momentos de su existencia como convenia a un heroe y a un sabio. Los filosofos que lo habian acompañado en aquella funesta espedicion compararon la tienda de Juliano a la prision de Socrates, y los espectadores que el deber y la amistad congregaron en torno de su lecho, oyeron con respetuoso dolor la oracion funebre del emperador moribundo, pronunciada por él mismo. "Amigos, y compañeros, esclamó con voz firme, ha llegado el momento de nuestra separacion, y ya voi a pagar, con la fidelidad de un buen deudor, lo que exige la naturaleza. La filosofia me ha enseñado cuan superior es el alma al cuerpo, y que la emancipacion de la parte mas noble debe ser motivo de

alegria mas bien que de dolor. La religion me ha demostrado que una muerte temprana suele ser la recompensa de la piedad, y acepto, como un favor de los dioses, este golpe que me liberta del peligro de abandonar, en una vida larga, los pasos de la fortaleza, y de la virtud. Muero sin remordimiento, porque he vivido sin crimen. Reconozco lleno de satisfaccion que mi vida privada ha sido inocente, y puedo afirmar sin temor de ser desmentido, que la autoridad suprema, emanacion del poder divino, ha sido conservada pura en mis manos. He detestado las maximas destructoras del despotismo, y he considerado la felicidad del pueblo como el legitimo fin del gobierno. Sometiendo mis acciones a las leyes de la prudencia, de la justicia, y de la moderacion, he confiado el exito de todas mis medidas al cuidado de la Providencia. La paz ha sido el obgeto de mis desvelos, y de mis disposiciones, cuando ha sido compatible con la seguridad pública, pero cuando la voz de mi patria me ha llamado al campo de batalla, he espuesto mi persona a los peligros de la guerra, sabiendo positivamente por los indicios de la divinacion que en ella debia perder la vida. Ofresco mi tributo de gratitud al Ser Supremo, que me ha preservado de la espada de la tirania,

del puñal de la conspiracion, y de los tormentos agudos de una larga y penosa dolencia. En medio de una carrera gloriosa, me ha ofrecido un glorioso termino, y a mis ojos tan infame es esquivar como solicitar el ultimo golpe de la suerte. No puedo decir mas: las fuerzas me abandonan. Me abstengo de pronunciar una sola palabra que pueda influir en la eleccion del que ha de ocupar el trono que dejo vacante. Mi indicacion podria ser imprudente o desacordada, y si no la confirmára la aprobacion del egercito acarrearia quizas la perdida de la persona que yo designase. Como buen ciudadano, me limitaré a desear que los Romanos vivan bajo el dominio de un soberano virtuoso."

Despues de este discurso, Juliano hizo un testamento militar, y en él distribuyó los restos de su caudal privado; preguntó por uno de sus amigos, y sabiendo que habia perecido en la ultima accion deploró con ternura su muerte. Observando que los espectadores se abandonaban a un intenso dolor, los reprendio suavemente, y les pidio que no deshonrasen los ultimos momentos de quien pronto se hallaria reunido con las estrellas. Sintiendose un poco mas animado habló largamente con los filosofos Prisco y Maximo sobre la naturaleza del alma, hasta que la herida

empezó a echar sangre con abundancia. Entonces se le hincharon las venas, y sintió suma dificultad en respirar. Pidio agua, bebio algunas gotas, y espiró sin dolor en los brazos de sus amigos.

Asi terminó su carrera, a los treinta y dos años de su edad, y despues de un reinado de un año y ocho meses, un principe que ilustró la dignidad real con el amor al saber, la aficion al estudio, la moderacion mas edificante, y el desprendimiento mas noble de todo apetito grosero, de toda mira personal. Si la exasperacion y el fanatismo no hubieran oscurecido a veces su entendimiento, Juliano hubiera ofrecido al mundo el modelo de un principe perfecto.

## LOS TONTOS.

---

Los tontos me asedian,
Me abruman, me ahogan.
¿No hai quien los espante?
¿No hai quien me socorra?

A mi puerta llama
Camacho el de Soria;
Saluda, se sienta,
Despliega la bolsa;
Fuma diez cigarros,
Mi paciencia agota,
Y toma el sombrero,
Despues de tres horas.
Mas tate, que vuelve...
¿No hai quien me socorra?

Un oficinista
De grave pachorra,

Ha escrito un proyecto,
De mas de cien hojas.
Ai! que ya lo saca!
Ai! que lo desdobla!
Ai! que me lo esplica,
Y le pone notas,
Y a estas comentarios...
¿No hai quien me socorra?

Convidame Lesmes
A tomar la sopa,
Y cubre la mesa
De inmunda bazofia.
Asados de leña,
Cocidos de estopa,
Vino bautizado,
Cafe de chicorias,
Y él charla que charla...
¿No hai quien me socorra?

Montañes ilustre
De acendencia Goda,
¿Por qué me asesinas
Con tu egecutoria?
Poeta maldito,
¿Posible es me escojas

Para recitarme
Tus frases pomposas,
Tus odas eternas?
¿No hai quien me socorra?

Por aqui me embisten
Mugeres doctoras,
Por alli eruditos,
Que no saben jota;
Público que aplaude
Comedias lloronas;
Ginete pedante,
Que a la Inglesa trota;
Cantor atiplado
Que se desentona;
Vecino que aprende
La flauta o la trompa.
Uno me pregunta,
Otro me alborota,
Y aquel el chaleco
Me desabotona.
¿No hai quien los ahuyente?
¿No hai quien me socorra?

## EL LEON, EL ELEFANTE, Y EL PERRO.

---

Delante el vencedor del Gran Dario,
Con noble orgullo, y generoso brio,
Un perro de la Albania se presenta.
El heroe Macedon (Plinio lo cuenta)
Manda que lo presenten al instante
A un leon carnicero, y arrogante.
El combate fue corto, mas horrible.
A la ancha crin del animal terrible,
El Albanes furioso se abalanza.
¿Quien vio en un can tan barbara pujanza?
Pero cedio el leon: la blánca arena
Quedó de sangre, y de despojos llena.
Alejandro queriendo aun otra prueba,
Con mas digno rival la lid renueva.
Al circo un elefante comparece.
Al mirarlo se espanta y estremece
Quien triunfó del leon, y la asamblea
Entre palmada y silvo titubea.
Mas nada su corage atemoriza.
Ladrando con furor el pelo eriza,

R

Mide el coloso, su poder calcula,
Y con falsos ataques disimula
Los que medita, como suele Marte
En vez de fuerza recurrir al arte.
Ciento, y mas veces con presteza gira
En torno del contrario; se retira,
Se adelanta, se dobla, y donde quiera,
Rauda se torna la Africana fiera.
Mas no obstante el esfuerzo que la asiste,
Su cabeza se aturde, y no resiste.
Turbanse sus miradas, y cayendo,
Tembló el anfiteatro con su estruendo.

A los grandes mi aviso se endereza.
¡ Ai del grande que pierde la cabeza!



R. Westall, R.A. del.t W. Finden sculp.t

MARIA DE TORQUEMADA.

Pub. by R. Ackermann, London, 1827.

# MARIA DE TORQUEMADA.

---

En una siesta de las mas rigorosas de Agosto, cuando las monjas de un convento situado extra-muros de cierto pueblo de Aragon, salian de visperas, y se dirigian al huerto a gozar de la sombra apacible de los frutales que lo poblaban, se oyeron tan estrepitosos golpes a la puerta, que toda la comunidad quedó repentinamente parada, como si esperase un acaecimiento importante, y fuera del orden comun de las cosas. Pasada la primera sorpresa, todos los ojos se fijaron en la Priora, aguardando una resolucion digna de su sensatez. Repitieronse los golpes, y ya Sor Violante de San Benito de Palermo, que por espacio de treinta y cinco años, nueve meses y cuatro dias habia egercido con el mayor celo y prudencia las funciones de portera, echó mano maquinalmente al manojo de llaves que le pendia de la cintura, cuando adelantandose con paso magestuoso la superiora,

le mandó que la acompañase, y ambas en efecto se dirigieron a la puerta, y aguardaron que se repitiese el llamamiento. Asi se verificó, y aun mas estrepitosamente que las veces anteriores, resonando al mismo tiempo una voz de muger tan penetrante, y dolorida, que la priora olvidando toda consideracion, y acordandose tan solo de la lei de caridad, mandó a Sor Violante que inmediatamente hiciese su oficio. Abrense las puertas, y ofrecese a las miradas de las dos religiosas una joven, de bellisima presencia, turbada por el terror, con el cabello desordenado, y con todo el aspecto de una victima que huye de su tirano. Sus ojos estaban fijos en el camino que conducia al convento, y tan vehemente era su inquietud, que no echó de ver a las dos personas que habian acudido a sus golpes. La priora la agarró por un brazo, y casi con violencia la hizo entrar en su clausura, mandando a su docil subalterna que cerrase sin perdida de tiempo, que echase dos vueltas a la llave, y que afianzase una cadena que solo se usaba en circunstancias extraordinarias. Hecho estó encargó a la comunidad que permaneciese en el huerto, y pasó con su huespeda desconocida a la celda prioral.

¡Exelente muger, que sacrifica denodada-

mente las formulas, y las trivialidades reglamentarias a los deberes que impone la humanidad! Otra hubiera consultado al confesor, y quizas al obispo antes de admitir a una oveja estraña en su redil; mas ella tenia intenciones mas generosas, y miras mas elevadas. Cuando se trataba de socorrer los males agenos, ningun obstaculo la detenia. Esta propension le habia acarreado muchos disgustos; mas su conciencia estaba tranquila, y esto le bastaba. Hai quien dice que acostumbraba leer la Biblia en Castellano, y que en aquel libro aprendio a egercer la virtud que con tanto entusiasmo practicaba: mas lo cierto es que el obispo hubiera llevado mui a mal semejante desacato, pues su opinion era que no debia leerse la Biblia sino en idioma estraño, sobre lo cual tubo grandes disputas con un canonigo de San Isidro que llevaba la contraria, y que por esta y otras estravagancias, fue a pasar seis años de reclusion a las Batuecas.

Volvamos a la Priora la cual, despues de haber ofrecido algunos refrescos a su huespeda, le aconsejó que se retirase a descansar, puesto que parecia estenuada de abatimiento, y fatiga. La joven la miró con estrañeza, como si la sorprendiese el poco interes que aquella buena señora tenia en saber la causa de un suceso tan estraor-

dinario. Mas como le convenia guardar silencio por entonces, la obedecio sin replicar, y la Priora volvió al huerto, donde notó en los rostros de sus hijas los mas vivos deseos de hacer una larga cafila de preguntas. Sin embargo ninguna de ellas osó desplegar los labios, por que todas la conocian a fondo.

Entre tanto recorrian el bosque inmediato, examinando todas sus breñas y escondrijos, dos hombres, cuyo aspecto y fisionomia contrastaban notablemente entre si. El uno era joven, y de gallardo talante; iba vestido de camino, pero con elegancia, y finura. En sus ojos se leia una melancolia profunda, unida a la fogosidad propia de sus años. El otro, robusto, de color encendido, animado, y risueño denotaba pertenecer a aquella clase afortunada de vivientes que no se acuerdan de lo pasado, que no piensan en el porvenir, y que solo viven en la realidad del momento. Su trage era grosero; sus modales rusticas; su voz campanuda, y monotona. Llevaba medio abotonados los botines, desabrochado el chaleco, y el sombrero apoyado en la coronilla. Este fue el primero que se detubo, despues de una escursion fatigosa e inutil. "Es tiempo perdido, esclamó, voló el pajaro, y no hai que pensar en seguirlo." "Por tu conde-

nada lentitud," respondio el otro, arrojandose sobre la yerva, como si no pudiera resistir el peso del cansancio. A este pequeño dialogo, siguio un silencio de media hora. El joven se levantó, y se halló sin su compañero. Lo buscó por todas partes, y lo descubrio profundamente dormido entre unas matas.

"Vamos, Pantoja, gritó el melancolico. Los caballos . . por aqui cerca ha de haber un lugar, y ya que nada he conseguido, pasemos la noche en poblado, y mañana veremos."

Pantoja trajo los caballos; los viageros montaron, y en poco tiempo se hallaron en el pueblo a cuya estremidad estaba el convento de que se ha hecho mencion en el principio de esta verdadera historia.

Estos dos hombres, aunque por causas mui diferentes, miraban con horror las posadas. El uno era de sangre ilustre, y habia recibido una educacion esmerada, y culta. Llamabase el Conde de ...... : habia pasado la mayor parte de su vida fuera de su patria, y parecia devorado por un sentimiento energico, que se alimentaba de si mismo, y huia de todo ruido y distraccion. Gustaba de la soledad y del silencio, y por esto habia resuelto alojarse en casa de algun honrado labrador, donde pudiera entregarse a sus anchas

a sus pensamientos, sin la molestia de los arrieros, de las mulas, de las reyertas, y de otras preciosidades inseparables de los mesones. Pantoja gustaba de los buenos bocados, del buen vino, y de la buena cama, y sabia que en las posadas de los pueblos de España no abundan tan buenas cosas. Asi que al entrar por las calles del pueblo, picó espuelas, fijó sus ojos en una casa de buena apariencia, llamó a la puerta, tubo una pequeña conversacion con el ama, y antes que lo alcanzára el conde, ya estaba dispuesto un alojamiento decente, y proyectada una cena copiosa, de que probablemente harian parte los bipedos del corral. El proyecto de Pantoja se realizó á medida de sus deseos. El conde cenó poco; Pantoja cenó mucho: aquel se retiró a su aposento, y este quedó en conversacion con la señora Nicasia, con su marido el Señor Pedrosa, y con una bota de vino de Peralta, que podia dar la vida a un difunto.

Eran las nueve de la mañana del dia siguiente cuando el honrado servidor entró en el cuarto de su amo, y abriendo de pronto las ventanas, esclamó con aire triunfal: "Albricias; el pajaro está en la jaula." "¿Qué dices?" preguntó el conde, incorporandose en la cama, y vacilando entre la esperanza, y el temor. "La

huerfana, continuó Pantoja, se halla en este mismisimo pueblo en que habeis pasado la noche, y tan enjaulada, como quien está en un convento de monjas. La Señora Nicasia, que es hermana de la mandadera, lo sabe de buena tinta." "Pero ¿ te ha dicho que es ella ?" "No puede ser otra...ojos negros, alta, trage de color de ceniza." "Pronto, mi ropa, y vamos alla."

Pantoja ayudó a vestir a su amo, durante cuya operacion le hizo ver cuan descabellado era su plan, y lo probó con tan solidas razones, que el conde se dio por vencido, y trató de seguir otro sistema. Mas no era facil dar con un arbitrio seguro ; todos los que se ofrecian a su imaginacion presentaban mil inconvenientes. Cansado de vagar de uno en otro, hizo lo que hacen todos los hombres en semejantes casos ; cruzarse de brazos, y aguardar el curso de los acaecimientos. Sin embargo no siendo probable que estos andubiesen tan aprisa como él deseaba, Pantoja despues de un solido almuerzo, salio de orden de su amo a recorrer las calles del pueblo, y mas especialmente las inmediaciones del convento que encerraba en sus muros la causa primitiva de aquella espedicion.

A poca distancia del convento habia una taberna, y Pantoja quiso saber por esperiencia si

todo el vino del lugar era tan bueno como el de su patrona. Entró, saludó cortesmente a los que alli estaban, y se sentó en un rincon. Interin venia el mozo a servirlo, observó los semblantes de los concurrentes, y descubrio en una mesa inmediata a dos hombres que hacian la razon con un jarro lleno. Uno de ellos tenia pintadas en su fisionomia la candidez, la inesperiencia, y el abandono de un alma estraña a los artificios de la sociedad. El otro, de estatura casi gigantesca, y cuyas facciones estaban sombreadas por dos enormes patillas negras, miraba a su compañero con la infernal satisfaccion de la fiera que ve aproximarse a sus garras la victima inocente. El primero hablaba en voz alta, acompañando sus palabras con todos los movimientos del cuerpo, y cortando frecuentemente la frase con un trago copioso. El segundo hablaba con cautela, fijaba atentamente los ojos en su compañero, y no hacia mas que llevar de cuando en cuando el jarro a la boca, sin casi probar su contenido. Pantoja que no podia guardar silencio, pero que al mismo tiempo gustaba de observar, y a quien llamaron la atencion las dos figuras que tenia a la vista, entabló conversacion con la tabernera, fijando entretanto sus cinco sentidos en los dos bebedores.

"Compadre, dijo uno de ellos, mala ha sido la cosecha, y si Dios no lo remedia mucha miseria ha de haber ogaño."

"Compadre, respondio el otro, no faltarán almas caritativas, y apuesto la camisa que tengo puesta que en mi casa se van a distribuir este año mas fanegas de trigo, vamos al decir, que arenas tienen las orillas del Ebro."

"Esas son cosas que se dicen por el verano, pero cuando aprietan los frios se encoge el corazon."

"No asi en mi casa, pues hace ocho años que soi hortelano del convento, y todavia no he visto llegar un pobre al torno, sin llevar algun ausilio."

"Ya pero las madres son tan pobres ..."

"Que si quieres, pobres. No hai rentas mas saneadas en todos estos contornos que las nuestras. ¿Qué quieres apostar a que la caja de hierro que está en la celda prioral tiene en el dia mas de seis mil ducados en onzas de oro? ¡Si lo sabre yo, que soi quien hago los recados al mayordomo! Y por cierto que es una buena imprudencia de la madre Priora."

"¡Qué imprudencia, ni que calabazas! ¿Quien quieres que se atreva a todo un convento de monjas?"

" ¿ Quien ? Cualquiera desalmado de esos que andan por las cercanias. ¿ Hai mas que saltar el muro del huerto, forzar las ventanas de la Priora, que son aquellas dos enfrente del nogal, ponerle un pañuelo en la boca a la madre, y cargar con el gato ? Dios nos libre de que alguno de esos malvados lo sepa."

Pantoja, al oir estas espresiones, y al examinar la impresion que hicieron en el otro interlocutor, vio un rayo de luz, para valerme de una frase moderna que no tiene trazas de mui castiza. Agolparonse de pronto a su mente las mas estrañas congeturas, y si uno de los conversantes le habia ahorrado el trabajo de adivinar su condicion, creyó poder asegurar cual era la del otro. Los pensamientos temerarios que habia formado en su vida raras veces le habian salido erroneos. Formando pues sus premisas de todo lo que escuchaba, y del juego fisionomico del compadre del hortelano, infirio que era un ladron de profesion.

Salio de la taberna, se dirigio a su amo, le comunicó su idea, y el conde vio en ella un vasto campo abierto a sus esperanzas. El lector indiferente no puede hallar la menor analogia entre los sospechas del criado, y las lisongeras ilusiones del señor; pero la pasion tiene la vista mas

clara. Ella descubre a lo lejos el curso futuro de los sucesos, por sutiles que sean los hilos que los ligan. Pantoja creyó haber dado un golpe de penetracion en vaticinar que aquella noche seria robado el convento; el conde se imaginó acelerar el cumplimiento de sus deseos estorvando aquel designio. Salio de casa con su fiel confidente; dio un paseo por el puesto amenazado; examinó los dos nogales, la tapia, y las ventanas de la priora, dio un suspiro al contemplar aquel edificio que encerraba todo lo que amaba en la tierra, y de vuelta a su alojamiento mandó a Pantoja que cargase las pistolas, y esperó con impaciencia que la noche esparciese las tinieblas con que suele favorecer los crimenes y los amores.

Entretanto la desconocida que se habia refugiado en los muros del convento recibia de la priora aquellos tiernos servicios que solo saben conferir las mugeres, realzados por la delicadeza, y discrecion que no todas saben reunir al egercicio de la mas amable de las virtudes. Confusa de agradecimiento, le parecia indigna de un alma noble la afectacion de un pueril disimulo. Pareciale ademas crueles las sospechas a que podia dar lugar su conducta. Llena pues de aquella noble confianza que inspira la inocencia, despues

de un ligero preambulo en que espresó sencillamente su gratitud, dirigio estas palabras a su bienhechora.

"Soi hija de un gentil-hombre, que destituido de los bienes de la fortuna, vivia a la sombra del opulento conde de...... su amigo, y compañero de estudios. Mi nombre es Maria de Torquemada. Mi madre murio antes que yo tubiese el uso de la razon, y mi padre, deseoso de poder consagrarse libremente al servicio de su amigo, me envió, a la edad de siete años a Flandes, bajo el amparo de una señora a quien habia conocido en aquel pais, durante la ultima guerra, y que se habia ofrecido benignamente a cuidar de mi educacion.

"Mi protectora no tardó en mirarme con el afecto de una madre tierna. Vivia retirada en una casa de campo, y sin otra compañia que la de las gentes de su servicio: pero la constante melancolia que la devoraba, y el esmero con que huia de todo trato y sociedad me descubrieron, cuando empecé a raciocinar, que algun gran infortunio habia amargado su vida. Su unica ocupacion, y lo unico que parecia distraerla algun tanto era el cuidado de mi educacion. No satisfecha con enseñarme todas las habilidades que poseia, quiso formar mi caracter; me

acostumbró a la practica de las virtudes, y me daba continuos egemplos de las mas nobles que puede abrigar el corazon humano.

"A pesar del retiro en que viviamos, se me permitian las distracciones propias de mi edad, y de cuando en cuando visitaba las casas de campo vecinas a las de nuestra residencia, en las cuales habia encontrado la mas benevola acogida. Una de aquellas familias me convidó a un baile campestre, que debia darse en un bosque inmediato. Tube permiso de aceptar esta invitacion, y la desgracia de atraer en la reunion las miradas de un joven de gallarda presencia que concurrio a él con varios amigos. Parecia de una condicion ilustre, y sus modales indicaban una educacion cultivada, y un caracter elevado y generoso. Informose de mi condicion, y cuando supo que era Española, se acercó a mi, me dirigio la palabra en mi idioma patrio, y no se separó de mi en todo el tiempo que duró la reunion. Al separarnos, me dio a entender de un modo bastante delicado, pero sin disimulo que me amaba apasionadamente; que era libre y podia disponer de su mano; que deseaba conocerme a fondo para hacerme ver que no era indigno de mi predileccion, y concluyó suplicandome que le diese el permiso de visi-

tarme. Yo no sé lo que respondi: pero sé que no tube la imprudencia de hacerle conocer mi morada.

" Retireme sobrecogida, pensativa, y confusa, y crei que mi posicion me imponia la obligacion severa de declarar a la que me servia de madre todo lo ocurrido. Hicelo, sin ocultarle la clase superior a que sin duda pertenecia el que me honraba con su preferencia, y sin disfrazar los sentimientos que ya me atormentaban el corazon.

" Cuando conclui mi historia, la vi animada de un fuego estraordinario. Alzose con ademan magestuoso, y lanzandome una mirada en que se pintaba la indignacion mezclada con la piedad: ' Infeliz, me dijo: ¡ai de ti si te abandonas a esa ilusion que te seduce! ¡ai de la de que se entrega a las promesas falaces de un hombre que le es superior en condicion! En tu presencia tienes la victima de un funesto engaño: escarmienta en mi, y tiembla al ver el precipicio en que me ha lanzado el olvido de lo que soi.'

" Calló algunos momentos, como si hubiera agotado sus fuerzas la energia con que habia pronunciado estas espresiones. Vertio algunas lagrimas, y habiendose recobrado de su agitacion me refirio su lamentable historia, y descubrio a

mis ojos la intensidad de los tormentos que la devoraban y que hasta entonces habia procurado ocultarme con cuidadoso esmero.

"Era hija de unos honrados labradores de las cercanias de Bruselas. Prendose de ella un Señor de la Corte, le ofrecio su mano, y arrepentido de esta ligereza, pensó en romper su juramento, cuando, ya el suceso habia hecho ruido en el mundo, y comprometia el honor de la victima. Mas el principe en cuyo servicio estaba el Duque, no habia olvidado en su elevacion los sentimientos de hombre. Informado de todo el suceso, llamó al Duque, lo reprendio amargamente por su falta de honor, y exigio que realizase el casamiento prometido.

"Hizose asi en despecho del Duque, el cual cediendo a las miras ambiciosas de su familia, vio en su esposa un germen de deshonor, y de abatimiento, y no siendole posible vivir en su compañia, tan violento era el odio en que su amor se habia convertido, la relegó en aquella casa de campo, en que su existencia se consumia en el despecho, y en el dolor.

"En efecto, revelado ya el secreto de sus infortunios, se abandonó en mi presencia a toda la amargura de su afliccion, como si quisiera demostrarme los funestos inconvenientes de un enlace desproporcionado. Calmado algun tanto

aquel primer movimiento, suavizó la voz, y me habló como la madre mas tierna, y amorosa, y tan persuasivas me parecieron sus razones, y tan profunda impresion hicieron en mi sus desventuras, que le prometi abandonarme enteramente a sus consejos, y renunciar a la quimera que por un momento me habia alucinado.

"Volvimos a nuestro anterior metodo de vida, pero mui en breve se turbó el reposo de que gozabamos. Apenas dabamos un paso fuera de la casa, se presentaba a nuestra vista el desconocido Español, unas veces a caballo, cuando dabamos en coche un paseo lejano, otras a pie en las colinas que rodeaban la hacienda, cuando solo ibamos a dar unas vueltas en el parque. Viendo que estas demostraciones eran inutiles, escribio a la Duquesa pidiendole una entrevista, y ocultando su nombre, bajo no sé que pretesto. Negosele este favor, y tomó el partido de escribirme a mi misma. Su carta le fue devuelta sin abrirla. Temerosa de que estas importunidades conmoviesen mi animo, la Duquesa determinó enviarme a España, y cuando me disponia a emprender mi marcha, me fue preciso acelerarla por las noticias que tube de la mala salud de mi padre.

"Las precauciones que se tomaron para ocultar mi viage a mi perseguidor no fueron infructuo-

sas. Nada supo de mi salida hasta muchos dias dias despues de haberla verificado. Hice mi jornada con tranquilidad, y volvi al seno del autor de mis dias, resuelta a consagrar mi vida a su servicio, y a su amor.

"Mi padre habia envegecido, y su ilustre amigo le habia hecho donacion de una pequeña residencia, inmediata al suntuoso castillo solariego de sus antecesores, y separada de él por un bosque espeso. Alli vivia consagrado a la piedad, y a la lectura, y alli tube la desgracia de perderlo, pocos meses despues de mi llegada. Penetrada de dolor, me propuse continuar habitando aquella morada, mantenerme fuera del bullicio del mundo, y sobre todo huir las ocasiones de esponerme a las calamidades de que era victima mi protectora.

"El conde no sobrevivio mucho tiempo a su amigo. El heredero de sus bienes se hallaba fuera de España a la sazon, y escribio que mui en breve vendria a tomar posesion de su herencia. En efecto, supe por las gentes del castillo que habia llegado: mas, indiferente a todo el genero humano, esta circunstancia no alteró en manera alguna el plan de mi existencia.

"En el bosque que separaba el castillo de mi casa, habia una pequeña capilla, a la que yo

solia acudir todas las mañanas, a pensar en mi padre, y dirigir al cielo mis plegarias por su reposo. Un dia estaba desempeñando este piadoso deber, cuando oi los pasos de una persona que entraba. Como en aquellas horas, nadie si no yo concurria al santuario, volvi los ojos, y ¡ cual seria mi asombro cuando descubri al mismo joven, cuya memoria, por desgracia, se despertaba algunas veces en mi corazon! Lancé un grito, y quise retirarme apresuradamente. El me detubo con ademan respetuoso, y me dijo: 'Este encuentro inesperado, en un sitio consagrado por la presencia de la Divinidad, no puede ser efecto de un acaso ciego. La Providencia me reune a la muger que se ha apoderado de mi alma, sin duda para que me ligue a ella con eternos vinculos. Yo lo juro delante de esa sagrada imagen: esta mano no sera si no vuestra. El conde de ... no tendra otra esposa que la que ha sabido inspirarle una pasion que no ha podido vencer.'

"Mi asombro no me espuso sin embargo a una inaccion peligrosa. Cubrime con el velo, y me interné en el bosque sin saber donde me llevaban mis pasos. Despues de algunas horas de agitacion volvi a mi casa, y recordando el egemplo de la Duquesa, sus avisos, y sus desgracias, formé

la resolucion de huir a toda costa de los peligros que me amenazaban. Inmediatamente me dispuse a partir a la ciudad proxima, donde residia una antigua amiga de mi padre. Acompañada de un criado fiel, me puse en marcha al anochecer del dia del encuentro fatal, y al rayar el siguiente tube la satisfaccion de verme lejos del abismo en que hubiera podido precipitarse mi ventura.

"Pero ayer, segundo dia de mi jornada, al caminar por un sendero que atravesaba en linea recta una amena espesura, vi a lo lejos dos hombres que nos seguian a caballo. No pude desconocer en uno de ellos a la causa de mis inquietudes. Impulsada por un movimiento involuntario, eché pie a tierra, y sin esplicar mi intento a mi conductor, me interné entre las ramas, y vagué largo tiempo perdída en las sinuosidades de la maleza. Al cabo de una hora distingui la voz del conde, y adquiri nuevas fuerzas para continuar mi fuga. Entonces fue cuando la Povidencia me ofrecio el asilo que con tanta generosidad me habeis franqueado. Aqui respiro libre de mis tormentos, y aqui espero terminar mi vida, si me creeis digna de tanto favor."

Calló la desconocida, y la Priora estubo algun rato en silencio, meditando sobre cosas tan nue-



vas para ella, y tan fuera de las reglas que dirigian sus raciocinios. Pareciale que aquella desventurada no tenia en perfecto estado su cerebro: porque de otro modo ¡como le era posible esplicar una repugnancia tan obstinada a un enlace tan ventajoso, y un terror panico tan vehemente, ocasionado por un joven amable, que, en su sentir, habia procedido como hombre de bien, y buen Cristiano? ¿Bastaba el egemplo de otra persona para justificar tan estraña aversion? Y si fuera racional este motivo ¿qué doncella querria tomar el velo, sabiendo que a muchas sirve de pesado yugo, y doloroso suplicio? No sabiendo como responder a su huespeda sin ofenderla, y sin faltar a su conciencia, se contentó por entonces con manifestarle su compasion de un modo vago, aunque afectuoso, hecho lo cual, y oyendo el toque de silencio, le dio las buenas noches, y la dejó abandonada a sus melancolicos recuerdos.

Pocos minutos despues no se oia el menor rumor en todo aquel vasto recinto. Todas sus moradoras estaban sepultadas en un sueño profundo, exepto Maria de Torquemada, que tenia otras cosas en qué pensar, y una novicia que debia profesar al dia siguiente.

De pronto sucedio a esta inmovilidad la mas

espantosa agitacion. Oyose un tiro de pistola, ruido de pasos, un grito agudo, otros gritos despues, y en seguida el rumor de una reunion numerosa de gente, que se habia congregado, bajo los muros del convento. Las monjas se vistieron turbadas, y medrosas; unas corrian al coro, otras a la celda de la superiora, y otras al huerto. Todo era ir y venir, y preguntarse, y congeturar, y exagerar el peligro, y pedir a Dios misericordia. Al fin el alcalde se presentó con su ronda en la porteria, y exibio el permiso del vicario para entrar en la clausura. Despues de una visita escrupulosa de toda la casa, la plana mayor de la justicia ordinaria sentó sus reales en la sala de capitulo. El escribano sacó el tintero, y un pliego de papel sellado; el alcalde se arrellanó en un sillon de baqueta de Moscovia, y empezó a tomar declaraciones a todas las religiosas. Al traves de la fraseologia complicada del interrogatorio, y de los visages misteriosos de aquellos dos funcionarios publicos, la comunidad llegó a entender que la caja hubiera caido aquella noche en manos de unos malvados sacrilegos, si dos forasteros, que se hallaban en el sitio a la sazon, no hubieran frustrado sus proyectos.

Al dia siguiente, no se hablaba en el pueblo

de otra cosa que del acometimiento nocturno, y la atencion general se fijó especialmente en aquellos dos desconocidos. ¿ Quienes eran ? ¿ A qué habian venido ? ¿ Qué hacian a las doce de la noche en un sitio tan escusado ? Estas eran las preguntas que resonaban en todos los ambitos de la villa. Cada uno de sus honrados habitantes formaba sus congeturas. Los unos decian que eran dos individuos de la Santa Hermandad ; los otros que eran dos ministros de la Audiencia, despachados secretamente por el gobernador de la sala, para suplir la falta de celo, y de policia del alcalde. El boticario, que solia reunir en su tienda una tertulia numerosa, halló cierta analogia entre la venida de una joven al convento, y el lance de los ladrones. Espresó esta induccion a los concurrentes, y todos ellos declararon que era digna del primer farmaceutico de la corona de Aragon.

Pero crecio de punto la agitacion cuando el escribano contó a su sobrina, y el alcalde a su muger el resultado de la declaracion que acababan de dar los dos viageros. Todo el pueblo supo que el conde de ...... estaba en aquellos muros. ¡ Un titulo de Castilla metido a cuadrillero ! ¡ El hombre mas rico de la provincia vestido como un mercader de ganados ! Era casi

imposible que una coincidencia tan rara de circunstancias no ocultase un enigma de aquellos cuya resolucion no está al alcance de los entendimientos vulgares.

La Priora, que ignoraba el nombre del sugeto a quien habia debido la conservacion de la caja, y cuya vigilancia habia ahorrado a la comunidad un rato nada divertido, le envió un recado por medio del capellan, suplicando que pasase al locutorio, con animo de manifestarle su gratitud. Esto era justamente lo que deseaba el conde, y lo que habia preparado Pantoja con su importante cuanto ingenioso descubrimiento.

Durante la visita, la Priora entabló una larga conversacion sobre los pormenores del suceso de la noche anterior, y por mas destreza que empleó en averiguar el motivo que habian tenido aquellos dos hombres para tomar a su cargo la custodia, y la defensa del convento, no pudo ni aun sacar algunas inducciones que la satisfaciesen. Ya hemos visto que esta buena señora no era curiosa cuando hacia un beneficio: pero cuando los recibia, gustaba de conocer al bienhechor. Viendo que sus indirectas no sacaban nada en claro, prefirio la linea mas corta, y preguntó redondamente lo que tanto deseaba saber. El conde tenia en sus modales aquella franqueza y

libertad que suelen inspirar veinte mil ducados de renta, asi que sin tomarse el trabajo de inventar una fabula, para dar alguna probabilidad a su historia, la refirio punto por punto, sin omitir su nombre, ni las esperanzas de que la persona que se habia refugiado al convento, fuese la misma que él buscaba con tanto ahinco. Una confianza tan noble exigia otra no menos ilimitada. La priora, favorablemente predispuesta en favor del conde, tanto por la relacion de Maria, como por el servicio que habia hecho a la comunidad, no solo le confesó que estaba instruida en todas sus sucesos, si no que le ofrecio emplear todo el acendiente que le daba su caracter en persuadir a su huespeda desechase sus infundados escrupulos, y adoptase el ventajoso partido que la suerte le proporcionaba.

Hizolo asi, y en verdad no halló toda la resistencia que temia, sobre todo despues que se manifestó inclinada a creer que los dos estraordinarios encuentros de los dos amantes en España, parecian dirigidos por una providencia especial, que aprobaba su union, y les anunciaba una solida ventura. Maria de Torquemada reflexionó seriamente sobre su situacion, y despues de haber consultado sus sentimientos, consideró que los caracteres de los hombres son

tan varios como su fisionomia ; que si su protectora habia sido infeliz con un hombre de condicion superior a la suya, no se inferia de esto que ella esperimentaria la misma suerte en iguales circunstancias ; por ultimo que seria culpable obstinacion resistir al destino, cuando parecia tan constante en facilitar la egecucion de sus decretos.

Cuando en una entrevista, autorizada con la presencia de la Priora, el conde defendio por si mismo su causa, triunfó completamente, y obtubo la sentencia que deseaba. Maria de Torquemada, en una larga y tranquila carrera, consagrada al amor, y a la fidelidad, no se arrepintio de su resistencia, pero conocio que hubiera sido arriesgado el prolongarla.

## EL HOMBRE Y LA FORTUNA.

---

"FORTUNA, cuya mano poderosa,
Vierte a raudales dicha y opulencia
Bajo el dorado techo, mientra inmovil
La despiadada mendiguez espanta
Con escualida faz, y hundidos ojos
A los que habitan el pagizo albergue,
Oye una vez propicia a quien te implora,
Desde el nacer, y si el insano ruego
Del mortal ambicioso te desplace,
No de Bizancio el trono refulgente,
Ni la corona de laurel te pido,
Si no una cuerda, y de ella mi ventura,
Y la ventura de mis hijos pende."

Asi clamaba un misero, elevando
A la boveda azul, los ojos llenos
De despecho, y de lagrimas. La Diosa
Por esta vez sensible a la plegaria,
(Lo que de siglo en siglo le acontece)

La cuerda le envió. Con ella el *quidam*
Endereza sus pasos al algibe
En cuyo fondo vio grandes talegos
Que deposito juzga de un avaro.
Fija la cuerda en el pelado tronco
De un roble, y lentamente se desliza.
Llega al hondo retrete, y considera
Las dichas, y el tesoro que lo aguarda.
Ya ve en cercano porvenir su choza
Transformada en alcazar esplendente,
Sus remiendos en galas, y sus hijos,
A la cabeza de brillante turba,
Atolondrar las calles sobre el lomo
Del Ingles alazan. Ora proyecta
Visitar en Paris el Diorama,
Y en Roma el Panteon, y en Petersburgo,
La belleza invernal. Ora resuelve
Oprimir con el peso de sus naves
Las llanuras saladas, y de Moka,
De Odessa, y Lima, y Londres, y Bengala,
Transportar las preciosas mercancias
A su rico almacen. Nadando empero
En calculos sin fin, por mas seguro
Tubo llevar los sacos, temeroso
De importunos testigos, y soplones.
Mas al cargarlos... ¡Cielos! ¿Quien su espanto
Bastará a describir? Que no era plata

Lo que encerraba el perfido talego,
Si no peladas guijas del arroyo.
Entonces con la soga que Fortuna
Diera placida al ruego fervoroso,
Estrecha la garganta, y al Leteo
Rapida vuela el anima mezquina.

Tu, que al mudable nubes atormentas
Con incansable peticion, si blando
Sonrie a tu gemir, y te concede
La suspirada gracia, no entre rosas
A peligroso sueño te abandones,
O teme al dispertar que en debil humo,
Tu fragil bienandanza se disipe,
Y que el don que venturas anunciaba,
Tu perdicion, y tu ruina sea.

## EL ALMA EN PENA,

### HISTORIA ALEMANA DEL SIGLO XV.

---

Quince años habian transcurrido desde que el deseo dc gloria militar me habia arrancado al hogar paterno, y conducido de peligro en peligro, y de aventura en aventura al desprecio de la quimera que con tanto ardor habia perseguido. Pocas veces habia sido favorable la victoria a los estandartes que guiaron mis pasos, y nunca lo fue la fortuna a mis adelantamientos. Esperimenté todos los males de la guerra, sin gustar ninguna de sus ventajas. Despues de una derrota, esperaba un triunfo que la equilibrase; mas en su lugar sobrevenia una dispersion. Cuando convalecia de una herida, caia prisionero. Recien-cangeado, me herian otra vez. Convencido por una larga esperiencia de la inutilidad de mis esfuerzos en contrarrestar el decreto de la suerte, resolvi abandonar una

carrera tan escabrosa, y volver a la tranquilidad del asilo paterno.

El autor de mis dias habia muerto durante mis campañas. Yo era hijo unico, y heredero de sus bienes. Estos consistian en un pequeño estado feudal, a que estaban anexos grandes privilegios y exepciones; pero cuyas rentas no podian alcanzar mas que al goce de una honrada mediania. Bastaba este porvenir a la satisfaccion de mis deseos, tanto mas limitados, cuanto mayor era el odio con que miraba la vida turbulenta de los egercitos. Puseme pues en camino, con un honrado escudero, y despues de una marcha penosa, al traves de un pais asolado por las discordias de los señores, y por los exesos de las tropas, llegué cerca de anochecer a las alturas que rodeaban la mansion venturosa donde se deslizaron los inocentes dias de mi niñez. Mis ojos se cubrieron de lagrimas al ver la venerable torre del castillo, media oculta entre los gigantescos cipreses plantados por las manos de mis abuelos; el foso que en otros siglos habia sido regado con la sangre de los heroes, y que cubria a la sazon un espeso matorral; las chozas esparcidas de los paisanos, que tantas veces incendió la mano del enemigo; el escudo de armas que adornaba la puerta princi-

pal, y que simbolizaba los timbres de una de las casas mas ilustres de Alemania, por fin las praderas, sombreadas por olmos antiguos, y en que por primera vez manegé la lanza, y el caballo, ensayandome en los combates que debian acarrearme tanta gloria, y que solo habian traido ruina, y desengaño. Los recuerdos que se agolparon a mi fantasia me dejaron por largo rato arrobado, y suspenso. No quise sin embargo satisfacer sin alguna precaucion el vivo deseo que me animaba de volver a ver la mansion de mis progenitores. Podrian haber ocurrido durante mi ausencia grandes mudanzas, y no me parecio prudente comprometer mi nombre sin estar antes seguro de que no recibiria un desaire. "¿Quien sabe, decia en mi interior, si la herencia de mis padres ha pasado a manos de algun usurpador injusto, pero poderoso, que posee todos los medios de imponer silencio a mis derechos legitimos?" Esta reflexion me decidio a dejar a mi escudero en la aldea inmediata, y a examinar solo, y seguro de no ser conocido el solar de los Barones de Offeim.

Bagé de la eminencia en que me hallaba, y teniendo presentes en mi memoria todas las circunstancias de aquellos sitios, tantas veces recorridos en mi infancia, no tardé en hallarme en

frente de la puerta principal del castillo. Todo yacia en el silencio de la decadencia y del abandono. La yerba que interceptaba el camino, las puertas cerradas, y destrozadas en parte por la intemperie, las aves que habian fabricado sus nidos en las cornizas, y las aguas que cubrian la parte mas baja del jardin indicaban suficientemente que la casa estaba desierta. Aun existian las hastas de ciervo, trofeos de los nobles egercicios de mi padre, clavadas a los dos lados de la puerta, aunque cubiertas en parte de yedra y de musgo. Tambien reconoci los restos de la halconeria, degradados por su transformacion en humilde corral, cuyos habitantes habian desaparecido. Esta soledad melancolica, este aspecto de pobreza y ruina me llenaron la imaginacion de las mas tristes ideas. Quise apurar el caliz de la amargura, y saludar lo interior del edificio, antigua mansion del valor, y de la hospitalidad, y aunque me hubiera sido facil echar abajo la puerta, carcomida por la humedad, y por la polilla, temi que este acto de violencia tubiese en lo sucesivo resultados enfadosos. Di vuelta a la tapia esterior, y la hallé en un punto tan arruinada, que no me fue dificil saltar por sus escombros, e introducirme en lo que antes habia sido jardin, y entonces era un eriazo. ¡ Como

palpitaba mi corazon al subir la escalera, y al vagar por aquellas cuadras espaciosas, testigos de tantas vicisitudes, de tantos placeres inocentes, de tantas lagrimas vertidas en las grandes epocas de la vida domestica! Alli estaba la gran chimenea de piedra tosca, en torno de la cual se reunia durante las noches de invierno toda la familia; alli el inmenso hogar cubierto tantas veces de los despojos de una venturosa partida de caza; alli el retrete silencioso donde la mas tierna de las madres se retiraba a deponer sus pesares a los pies del crucifijo; alli en fin la armeria, el almacen del honor, y de la independencia, el orgullo de la familia de Offeim, el terror de sus enemigos, y la Egida de los pacificos habitantes de la comarca. Mas todas estas habitaciones estaban desnudas; las paredes, cubiertas de una costra de humedad; el suelo destrozado, abierto en muchas partes, y sembrado de fragmentos desprendidos del muro. El unico obgeto que llamó mi atencion fue un arca de nogal, donde mi padre solia guardar sus egecutorias, y titulos, la cual se mantenia en el mismo punto que antes ocupaba.

Esta desolacion de una morada antes tan respetable y feliz me llenó el alma del mas intenso dolor. Abri una ventana para respirar el aire

esterior de que mi oprimido pecho necesitaba, y vi que la noche estaba mas proxima de lo que yo creia. Interin meditaba sobre el partido que me convenia tomar en aquella situacion, oi distintamente una voz que no me parecio desconocida, y poco despues vi venir por el patio principal dos hombres, que se dirigian con lentitud a la casa. Entraron en ella, y sus pasos retumbaron en la escalera. El ruido me hizo ver que se dirigian a la pieza en que yo me hallaba, y no queriendo esponerme a un encuentro peligroso, ni perder aquella ocasion de aclarar en parte mis dudas, entré cautelosamente en un gabinete inmediato, cuya puerta, abierta en muchas hendiduras, me permitia ser testigo de todo lo que ocurriese. Era ya entrada la noche, y no me fue posible distinguir los rostros de aquellos dos personages: pero no pude desconocer sus voces. Eran mi tio el Bailio de Offeim, y su antiguo senescal Ernesto.

"Antes de todo, dijo mi tio, enciende la linterna, o nos esponemos a precipitarnos en estas ruinas."

El criado obedecio, y la luz me descubrio en las facciones de aquellos dos ancianos todos los indicios de un designio criminal.

"Nadie nos ha visto entrar, continuó mi tio,

y por consiguiente nunca podran recaer en nosotros las sospechas. Cuando empiecen a percibirse las llamas, ya estaremos a gran distancia de aqui."

Estas espresiones causaron un estremecimiento involuntario en todo mi ser. Figé mi atencion con mas ahinco, y resolvi estorvar a toda costa el incendiario proyecto cuyo obgeto no me era dado averiguar.

"Estoi pronto a obedeceros sin replicar, dijo Ernesto: pero antes os rogaré por ultima vez que peseis las consecuencias. Si pegamos fuego al edificio, se dispierta la curiosidad. De alguien ha de sospechar la gente, y no sera estraño que se figen las congeturas en quien está interesado en esta catastrofe."

"Es preciso aniquilar ese condenado testamento, repuso mi tio: interin exista no puedo gozar de un momento de tranquilidad. Está escrito de la letra de mi hermano, y si se compara con el que tengo en casa, no habra quien no eche de ver la diferencia. El incendio del castillo puede atribuirse a casualidad, y los que saben que existe un testamento no sabran si es el mismo que yo presentaré, cuando no tenga duda de la destruccion del legitimo .... ¿Qué te asusta? ¿Qué estas mirando?"

"Es que se me figuró que oia algun ruido, dijo el criado, y desde la muerte de vuestro hermano, hai quien dice que un alma en pena..."

"¡Qué descubrimiento! dige yo entonces interiormente. Puede ser que me sirva de mucho en lo sucesivo."

"Pero ¿qué necesidad hai de dar una campanada? prosiguio el senescal. Puesto que solo se trata de destruir el testamento ¿hai mas que pegarle fuego sobre estos ladrillos?"

Mi tio guardó silencio por algunos minutos. Se paseó agitado, dio un suspiro, y se paró con los brazos cruzados. Yo pensé entonces dar un ligero aviso a su conciencia, y acordandome del alma en pena de que Ernesto habia hecho mencion, hice un pequeño ruido en la puerta.

"¡El alma en pena!" dijo Ernesto tremulo de horror, y examinando con sus miradas toda la pieza.

"Las ratas, dijo mi tio. No perdamos el tiempo, y quememos tan solo el testamento. Alli está; en aquella funesta arca. Toma la llave, abrela, y destruyamos de una vez las esperanzas de mi sobrino. Dicen que viene pronto: venga cuando quiera, y pobre de él si cuenta con la hacienda de su padre."

Mi indignacion llegó a su ultimo punto.

Hice otro ruido mas fuerte que el primero, y los dos interlocutores quedaron algun rato inmoviles.

"El alma en pena," dijo Ernesto, con los ojos desencajados, entre-abierta la boca, y erizados los cabellos.

"Las ratas," dijo mi tio, aunque no con tanta seguridad como la vez primera. "Despachemos pronto, y salgamos cuanto antes de esta perversa morada. Traeme ese testamento, y no degemos trazas de su contenido."

Ernesto se acercó al arca, volviendo a cada instante la cara atras, abrio con alguna dificultad, sacó todas los papeles que encerraba, y los trajo al sitio en que habia permanecido mi tio. Ambos se sentaron en el suelo, junto a la linterna, y mi tio, despues de haber examinado los legajos, esclamó con infernal alegria "Aqui está."

"Bueno sera, dijo Ernesto, que perezcan con él todos sus compañeros, por si acaso hai entre los otros papeles alguno que se refiera a sus disposiciones."

"Bien dices, contestó el bailio; saca la luz, y demos fin a la operacion."

Ernesto iba a echar mano a la linterna; mi tio tenia en las suyas el documento que tanto

me interesaba, y viendo yo que no podia perder un solo momento, imitando lo mejor que me era posible una voz sepulcral, esclamé: *Detente.* No me es dado describir el efecto que produjo esta estratagema. Los dos ancianos se levantaron con una prontitud que parecia incompatible con su edad; salieron atolondrados de la pieza, se dieron de encontrones en la escalera, y en un instante se disipó el ruido de sus pasos. Entonces sali yo de mi escondite, recogi el precioso testimonio de la voluntad de mi padre, que su perverso hermano habia dejado caer, apagué la luz que Ernesto no habia tenido valor de llevar consigo, y saliendo de la casa, por la puerta principal, que habia quedado abierta, me dirigi al pueblecillo en que me aguardaba el escudero.

Mi primer cuidado fue leer el testamento. No pude desconocer la letra de mi padre, ni su generosidad en las disposiciones que contenia. Declaraba que moria sin deudas; me nombraba heredero universal de sus bienes, y confiaba a mi tio la egecucion testamentaria, legandole algunos muebles, y los perros de caza. Autorizado con un instrumento tan autentico me parecio que no tendria obstaculo ninguno que vencer para apoderarme de lo que me pertenecia; pero reflexionando despues detenidamente, crei que

convendria antes de todo consultar alguna persona de esperiencia y autoridad, cuyos consejos me guiasen en un asunto que habia empezado de un modo tan estraño. Averigüé si existia el Baron Alberto, uno de los hombres mas provectos e ilustres de aquellas cereanias, el mayor amigo de mi padre, y respetado generalmente por sus años, y por sus virtudes. Supe que no habia terminado su honrosa carrera, y al rayar el dia siguiente, monté a caballo, bien envuelto en mi capa, para no ser conocido, y me dirigi a su castillo, situado a media legua del de mi familia.

El venerable anciano me acogio como a un hijo, y despues de haber oido sin estrañeza la relacion de la aventura del dia anterior, me exigió el testamento, lo examinó, parecio convencido de su legitimidad, y me pidio licencia de conservarlo, para hacer uso de él cuando lo juzgase oportuno.

" Vuestro tio, me dijo, es el mas malvado de los hombres. Ha resuelto usurparos vuestros bienes, y lo hara si no empleamos grandes precauciones para estorvarselo. De nada sirve el testamento verdadero, si, como lo dio a entender en la conversacion que oisteis, ha falsificado otro, sin duda con fecha posterior. Conoce todas las

arterias de la intriga, y es probable que haya obrado con gran cautela. Puesto que no sabe vuestra llegada a este pais, id a verlo, y fingid la mayor sencillez y confianza en su honor, y en su cariño. Yo haré lo demas." Este consejo me parecio sensato, y resolvi observarlo escrupulosamente, apesar del sacrificio que iba a costarme la presencia de un enemigo tan implacable.

El perverso bailio me aguardaba por instantes, y habia estudiado perfectamente su papel. Lloró copiosamente al verme, me dio un estrecho abrazo, me hizo muchas preguntas acerca de mis campañas, y aventuras, y mandó que se me preparase una habitacion en su casa. Despues de comer, me llevó a su aposento, y con un semblante compungido, en que se pintaba toda la maldad de su corazon, me dijo:—

"Mucho me pesa anunciarte una nueva que seguramente no aguardas. ¿Como ha de ser? Es necesario conformarse con los decretos de la Providencia. Sabe pues que no has heredado de tus padres sino el nombre que llevas, y la egecutoria de nuestra noble acendencia."

"¿Será posible? esclamé yo, realmente sorprendido al ver una iniquidad tan descarada. ¿Que? ¿A nada tengo derecho? ¿Ni al castillo,

ni a las tierras contiguas, ni al parque de Offeim?"

" A nada, me respondio el perverso. A nada absolutamente. Todo eso es de los acreedores de tu padre, el cual murio plagado de deudas, y de pesadumbres. Yo he tenido la desgracia de que se acordase de mi en sus ultimos momentos, y ¿para qué? Para confiarme la distribucion de sus bienes entre los muchos que los reclaman: y por cierto que nada alcanza a cubrir el catalogo de sus creditos, y yo no estoi en disposicion de hacer un sacrificio. Harta molestia es el albaceazgo, aunque no he podido negarme a admitirlo por el reposo de su alma. Asi que nada tienes que esperar sino lo que tu valor, y tu buena fortuna te depare. Descansa unos dias, toma el mejor caballo de mi caballeriza, y vuelve al camino del honor. Quizas el amor que te profeso me inducira a pedir prestados algunos escudos para satisfacer tus primeras necesidades."

Esta arenga, pronunciada con la mayor seguridad y sangre fria, dispertó en mi una exasperacion que me era casi imposible refrenar. Ya iba a echar en olvido los consejos del Baron Alberto, cuando entró un criado anunciando su visita. El gesto de mi tio al oir este nombre me

hizo ver cuan poco grata le era la ocurrencia. "Sin duda, me dijo, ha sabido tu llegada, y viene a darte la enhorabuena: en todo caso, y por el honor de tu padre, conviene que nada sepa de lo ocurrido."

Entró el Baron, y me saludó con toda la efusion que exitan comunmente los recienvenidos: volviendose despues a mi tio, "teneis, le dijo, un sobrino que no deshonra la familia: pero ya era tiempo de que abandonase el tumulto de los campos por la vida sedentaria, y domestica. Su presencia hacia falta en el castillo de sus padres, que cierto da lastima verlo en tanta degradacion, y ruina, despues de haber sido el asilo de la ventura, y del honor."

"¡Ah, señor Baron! dige yo dando un suspiro. ¡Cuan lejos estais de lo que está pasando! Sabed que soi un estraño en mi propia casa, y que la herencia de mis abuelos va a ser presa de la codicia, y de la maldad."

"¿Como es eso?" preguntó el Baron.

"Disgustos de familia, respondio el bailio, que deben quedarse entre nosotros... ¿y qué noticias teneis de vuestro hermano el comendador de la orden Teutonica?"

"Degemosnos de mi hermano, continuó el

Baron, y pensemos en el vuestro. Fue mi amigo, mi mayor amigo, y nadie ultrajará su memoria en mi presencia."

" Aqui no se trata de su memoria, replicó el bailio, sino de sus bienes, y como digo, son cosas nuestras en que nada tienen que ver los estraños."

Entretanto habiendome yo repuesto de mi primera sorpresa, tomé la palabra, y alegando que un amigo tan intimo de la familia, como lo era el Baron, debia tener conocimiento de sus desgracias, le referi punto por punto lo que acababa de oir.

" Puesto que existe un testamento, dijo el Baron, bueno sera que lo veamos."

" Que me place," respondio el bailio, y abriendo un armario, sacó un papel, y lo puso en manos del Baron.

Este examinó el documento, lo dobló, y lo devolvio a mi tio. Parose algunos instantes, y alzandose con vehemencia de su sillon." Ese documento, esclamó, es apocrifo."

" ¡ Apocrifo ! " gritó mi tio, con labios tremulos, ojos furibundos, y una palidez mortal en las megillas.

" ¡ Apocrifo ! repeti yo, fingiendo lo mejor que podia la indignacion que exitaba en mi un

agravio tan sangriento. Señor Barón acabais de hacer un ultrage a mi familia, impropio de vuestros años, y de vuestro caracter: pero no saldreis de aqui sin que se acrisole la honradez, y el pundonor de mi tio. Pedid cuantas esplicaciones os parescan necesarias: mi tio os satisfará completamente."

"No haré tal, repuso el malvado, ni reconosco autoridad en el Baron para exigir de mi la justificacion del crimen que me imputa."

"¡Y qué! esclamé yo. ¿Dejareis que se os atribuya nada menos que una falsificacion? Comparezcan aqui los testigos del acto; examinense separadamente en mi presencia, y aclarese la verdad. Si os es indiferente vuestra reputacion, no lo es para mi el baldon de mi nombre."

"Los testigos, los testigos," dijo entre dientes el Bailio.

"Si, continué yo, vengan aqui uno a uno. Si convienen en sus deposiciones sobre las circunstancias del otorgamiento de la ultima voluntad de mi padre; si estan de acuerdo en la hora, en el sitio y en los otros pormenores, el Baron quedará satisfecho, y vuestro honor vindicado."

"Los testigos, dijo el Bailio, fueron mi difunta prima la canonesa de Piffnstenstein, y mi

Senescal Ernesto. Este va a venir aqui al instante. Ernesto, Ernesto...¡ donde estas ?"

" Donde no puede oiros, respondio el Baron. Mis guardas lo tienen bien custodiado, interin se desata este nudo."

" Esta es una infame conspiracion, gritó furioso el Bailio ..¡ y tu, sobrino, te prestas a semejantes maniobras ! Pero no importa. La voluntad del difunto no admite duda, ni interpretacion."

" No la admite en efecto" dijo el Baron levantandose otra vez, y adelantandose con pasos magestuosos a mi tio. Y desdoblando el testamento tan milagrosamente preservado, "¿ Conoces, le dijo, este papel ? Miralo bien, hombre injusto, y mira en él la sentencia de tu ruina. Tu sobrino no quiere deshonrar su nombre ni tus cabellos blancos ; te perdona, y te entrega a la acusacion de tu conciencia : pero con la condicion de que arroges a las llamas ese infame testigo de tu perversa ambicion. Si te obstinas en tu insensato delirio, yo mismo te denunciaré a los tribunales, y al mundo. Poco importa que un inicuo desaparezca de la tierra que los buenos habitan."

Mi tio se cubrio el rostro con ambas manos. Dio algunos pasos por la sala, se arrojó sobre un

sillon, se mordio los labios, se acercó a la chimenea, y arrojó a ella el papel que debia ser instrumento de mi despojo. En seguida se retiró a una pieza interior sin dirigirnos una palabra.

Pocos minutos despues le asaltó una fiebre violenta, y a los cuatro dias habia dejado de existir.

## LA VIUDA,

### ESCENA DE UNA COMEDIA.

---

*Doña Rosa, Doña Julia, Don Carlos.*

Dª Rosa.

Digole a V. Señor mio,
Que o herrar o quitar el banco.
Tantas idas, y venidas,
Tantos billetes, regalos,
Señas, suspiros, paseos,
Llaman la atencion del barrio,
Y las malas lenguas dicen
Que el asunto no está claro.

Dª Julia.

¿Quieres callar?

Dª Rosa.

No por cierto.
Sepa V. Señor D. Carlos
Que el decoro de mi prima

Padece mucho entre tanto.
¿ Se casa V. o no se casa ?

Dª Julia.

Si no te callas me marcho.
¿ Qué siempre has de estar de broma ?

D. Carlos.

Pero Señora .........

Dª Rosa.

No estamos
En epoca de novelas,
Cuando se estaban diez años
Los amantes consumiendo,
Padeciendo, y suspirando,
Y muchas veces morian
Sin haberse saludado,
Sino desde media legua.
Esos tiempos se acabaron.
Una viuda bonita,
Y de diez y nueve años .........

Dª Julia.

¡ Qué martirio !

D. Carlos.

Yo quisiera .........

X

Dª Rosa.

¿Qué quisiera V.? ¿Tratarnos
Como a niños de la escuela?
¿Morirse de amor, y al cabo
Todo se vuelve requiebros,
Y la nada entre dos platos?

Dª Julia.

¡Qué insufrible estás!

D. Carlos.

Ya he dicho .........

Dª Rosa.

¿Qué ha dicho V.? Lo que tantos
Dicen de Julia; que tienen
El corazon traspasado
Por las niñas de sus ojos;
Que la adoran; que es un pasmo
De hermosura .........

Dª Julia.

¿Qué simplezas
Estás, muger, ensartando?

Dª Rosa.

Yo quiero que el señor sepa .........

D. Carlos.

Yo sé mui bien .........

Dª Rosa.

Pero al cabo ...

D. Carlos.

Si V. me cierra la boca,
Quedaremos como estamos.

Dª Rosa.

Es que los hombres .........

D. Carlos.

Los hombres
Solo se esplican hablando,
Y con V. no hai arbitrio,
Sino es cruzarse de brazos.
Desde la sentida muerte
De mi amigo D. Pascasio ......

Dª Julia.

¡ Ai !

Dª Rosa.

No te aflijas : ha muerto,
Dios lo tenga en su descanso.
El muerto al hoyo, y ......

D. Carlos.

¿Prosigo
O tomo el sombrero?

Dª Rosa.

Vamos,
Saquenos V. de dudas.

D. Carlos.

Desde aquel momento infausto,
Que privó a esta señorita
De un esposo tan amado,
Le consagré mis afectos
Mas sinceros, esperando
De la razon y el influjo
De tan juveniles años,
Que el tiempo y las distracciones
Disiparian lo amargo
De su dolor.

Dª Julia.

Eso nunca.

D. Carlos.

Tres meses despues, estando
Con Dª Julia en un baile,
Con aquel modesto empacho

Que el respeto nos inspira,
Le demostré cuan prendado
Estaba de su persona;
Que era joven, libre, y apto
Para formar la ventura
De una esposa; nos hablamos
Toda la noche, y confieso
Que no fui desanimado,
Ni mal acogido. Tube
La satisfaccion, o acaso
La vanidad me sedujo,
De ver en sus lindos labios
Aquella grata sonrisa,
Que los hombres esplicamos
Como señal venturosa
De afectos recompensados.

Dª Julia.

¡ Qué malo es V.!

D. Carlos.

¿ No he sido
Desde aquel tiempo un esclavo
De sus caprichos? ¿ No he puesto
Todo mi celo, y conatos
En servirla, en complacerla?
¿ Y qué he recogido en cambio?

Medias-palabras, desdenes,
Promesas de cuando en cuando,
Una cita en la Alameda,
Tal cual apreton de manos,
En fin puras niñerias.
¿Cual es el hombre sensato
Que arriesgará su ventura
Con estos indicios vagos,
Cuando mas, de preferencia?

Dª Julia.

Siempre está V. machacando
Con la misma letania.

D. Carlos.

Ya escampa y llueven guijarros.
¿Es modo de tratar este
A quien siempre se ha esplicado
Sin artificios?

Dª Rosa.

Por cierto
Que V. se ha vuelto un tirano.

Dª Julia.

Eso es lo que yo le digo.
El señor no se hace cargo
De que he pasado mi vida

En un convento descalzo;
Sin trato de gentes. Piensa
Que todas tienen el gancho,
De las damas de la corte;
La franqueza, el desparpajo
Del gran mundo. Lo confieso
Yo no entiendo de esos tratos.

D. Carlos.

Pues bien os gusta la gresca,
Y bien sabeis alegraros
Con los mozuelos. Anoche
Mientras estaban jugando
Al tresillo en la tertulia,
¿No os fuisteis con tres o cuatro
Al jardin a dar carreras,
Como potros desbocados?

Dª Julia.

¡Qué mentira!

D. Carlos.

¿Y es mentira
Que estubisteis chucheando
Dos horas con el teniente?

Dª Julia.

Si V. sigue, suelto el trapo...

D. Carlos.

¡ Brava respuesta ! No hai duda
Que quedo desengañado.

Da Julia.

¿Lo ve V. ? Siempre riñendo.

D. Carlos.

No Señora, se acabaron
Las riñas, y las disputas.
Si os habeis imaginado
Que solo con ser bonita,
Y tener preciosas manos,
Ojos negros, talle airoso,
Y andar con soltura y garbo,
Lograreis una conquista
Capaz de proporcionaros
Ventura, honor, y reposo,
Padeceis un triste engaño.
Seducireis, no lo dudo,
Cuatro o cinco mentecatos,
Boqui-rubios, relamidos,
Melifluos, y almibarados,
De esos que solo pretenden
Charlar, y pasar el rato.
Pero los hombres de peso,
Cuando al sexo delicado

Sus rendimientos ofrecen,
Pican, amiga, mas alto.
Quieren ingenio, dulzura,
Ternura, amistad, encantos
De la vida, pues con ellos
Se suavizan los trabajos
Que amargan nuestra carrera,
Y en el infortunio hallamos
El inefable consuelo
De amar, y de ser amados.
Las que como vos, ilusas,
No quieren hacerse cargo
De estas reflexiones, viven
Dichosas algunos años,
Porque no tienen mas dicha
Que aspirar el humo vano
De la adulacion. Mas luego
Viene el triste desengaño
De la vegez, y se encuentran
Sin consuelo, sin amparo,
Despreciadas por los mismos
Que antes las idolatraron.
No digo mas, pues conozco
Que hablar de puntos tan altos
Es predicar en desierto.
Prosiga V. malogrando
Sus perfecciones; prosiga

Como hasta aqui, en ese insano
Descuido que la adormece,
Mientras yo, desengañado
Del error que me sedujo,
Reploraré sus estragos,
Deplorando solo el tiempo
Que he perdido en vuestros lazos.

*(Vase.)*

Dª ROSA.

Mira que se va, y no vuelve.

Dª JULIA.

Vaya con mil de a caballo.

Dª ROSA.

Buena la has hecho.

Dª JULIA.

¿Qué importa?
No quiero marido sabio,
Que harto sabio era el difunto,
Y me dio mui malos ratos.

# EL COMETA.

---

HACE treinta años que de resultas de un reumatismo mal curado, los medicos, despues de haber apurado inutilmente una botica entera en mi pobre maquina, me enviaron a tomar las baños termales de un pueblecillo de Andalucia. Por verme libre de sus manos, adopté con gran satisfaccion aquel consejo, persuadido ademas que la mudanza de clima, y las distracciones del viage, tendrian mas eficacia en aliviar mis dolencias, que las drogas y emplastos de que a pesar mio habia hecho tan gran consumo.

Dicen que en Spa, y en Bath, y en Bañeras y en otros pueblos que la naturaleza ha favorecido con esas corrientes salutiferas, tan energicas en sus virtudes, el lujo, la ciencia, y la civilizacion se han esmerado en reunir cuanto puede hacer agradable la vida, y acelerar los progresos de la cura; pasadas magnificas, en que nada falta de cuanto sirve a la comodidad, y al bien-estar del

hombre; bibliotecas y gabinetes de lectura, en que se encuentran las obras maestras de la literatura, y los principales diarios de Europa; salones elegantes, en que se reune una sociedad escogida e ilustrada; en fin profesores eminentes, y gentes amables y de buen humor, cuyos avisos, y cuyo trato son de tanta utilidad al hombre que padece. Nada de esto se encontraba en la pobre aldea, adonde debia residir durante los dos meses mas calorosos del verano. Casas medio arruinadas, viveres escasos, habitantes pobres y embrutecidos por la miseria, y la supersticion, un cirujano romancista, que pasaba la mitad del dia en la taberna, un cura que solo entendia el latin del breviario, tal era el pueblo, y tales sus moradores. Sin embargo, pasada la primera impresion desagradable, me conformé con el destino, y traté de sacar el mejor partido posible de mi situacion.

Mi primera diligencia, despues de haberme alojado en una especie de barraca, abierta en muchas partes a los rigores de la intemperie, fue preguntar si habia algun otro forastero, atraido como yo por el deseo de recobrar su salud.

"Ogaño no ha venido mas que uno," me respondio mi patron el Señor Sebastian Quiñones, alias, el Borrego, que reunia las altas funciones

de herrador, administrador de correos, secretario de cabildo, y mayordomo de las animas.

"¿Y quien es ese uno?"

"El diablo."

"¿El diablo? pues me alegro a fe mia, por que hace muchos años que oigo hablar de él, y todavia no he tenido el gusto de conocerlo. Pero espliqueme V. le ruego, como es posible que se halle en este rincon del mundo el monarca del imperio de las tinieblas."

"Eso es lo que yo no sé decir; lo que si se es que no puede ser otro que el mismo Lucifer o su hijo. Mire V. en primer lugar él es Judio."

"No es Judio," dijo interrumpiendo a su esposo la Señora Beatriz Pastrana, alias, la del moño. "Es protestante, y no cree en Dios."

"Judio o protestante, todo se va alla," continuó el ilustrado funcionario publico, y en seguida me refirio los graves fundamentos en que apoyaba su congetura diabolica. Reducianse a los datos siguientes: el tal sugeto, por supuesto no habia puesto sus pies en la iglesia; tenia su habitacion llena de ollas, pucheros, tenazas, y otras baratijas; se alumbraba de noche sin sebo, ni aceite, ni cera, ni cosa semejante; hablaba con su criado en una algarabia que no puede ser cosa de Cristianos y habia

dicho publicamente que podia volar por los aires cuando le diera la gana, y que tenia un licor que sirve para estos casos. "Las unicas cartas que echa al correo, prosiguio el administrador, tienen el sobre escrito lleno de garabatos, y las unicas letras que se entienden dicen *Berlin*, que viene a ser una tierra de paganos o turcos, segun opina el padre predicador cuaresmal."

No era necesaria una gran penetracion para conocer lo que habia alucinado aquellas pobres gentes. El sugeto que tanto los escandalizaba era sin duda algun Aleman aficionado a las ciencias, que sin conocer el terreno que pisaba, se habia dedicado a sus estudios favoritos, en un pais tan favorecido por la naturaleza. Esta congetura me inspiró el deseo de conocerlo y tratarlo; lo que realicé en efecto, a pesar de los consejos de mis patrones, y de los espavientos de los otros aldeanos. Me hallé con un hombre instruido, aunque algo estravagante, que pasaba su vida haciendo esperiencias quimicas. Habiendo hallado en las cercanias algunos vestigios de minas de carbon de piedra, quiso ensayarlo estrayendo gas de iluminacion, y de este modo alumbraba de noche su aposento. Habia formado el proyecto, quizas para divertir a los habitantes, de elevarse a cierta altura con un

globo aereostatico, y para esto habia hecho algunas botellas de acido sulfurico : pero yo se lo quité de la cabeza, asegurandole que podia costarle caro la diversion, pues estaba en un pais en que toda especie de *superioridad* era un atentado. Nuestro trato sin embargo duró poco tiempo. El Aleman aburrido de aquella soledad, y habiendo tomado un numero suficiente de baños, salio del pueblo, y se marchó a Malaga, con gran satisfaccion de los habitantes, exepto de su patron que le habia sacado mui buenos pesos durante la temporada.

Concluyose la mia, y volvi a Madrid, donde me hallé con una novedad que abria una vasta carrera a mi ambicion. Mi madre, que tenia unas manos de angel para la reposteria, habia regalado a la reina un plato de biscochos tan esquisitos, que S. M. llena de admiracion, le ofrecio darme un empleo en la carrera que escogiese. Cuando mi madre me preguntó a cual me inclinaba, respondi sin vacilar *a la diplomatica*, y en efecto dos dias despues fui nombrado agregado a la embajada de Prusia. Un tio mio chapado a la antigua se burló mucho de este nombramiento, alegando que yo no habia seguido estudios de ninguna clase, que no sabia ningun idioma estrangero, y que me esponia a com-

prometer el honor de la nacion en una corte tan ilustrada como Berlin. Pero yo le tapé la boca asegurandole que la mayor parte de los diplomaticos que conocia apenas sabian leer y escribir; que para asistir a la corte, ir a la opera, y comer con los ministros no se necesitaba ser un Seneca; que el oficial mayor de la secretaria, despues de haber estado empleado en todas las cortes de Europa, no hablaba si quiera el Frances, y sobre todo que si habia muchos diplomaticos incapaces de estender una nota, tambien habia muchos generales que no habian olido la polvora, y muchos oidores que no habian saludado los comentarios de Arnoldo Vinio.

Despues del nombramiento era necesaria otra gran operacion diplomatica llamada en lenguage tecnico *habilitacion*, es decir el cobro de un año de sueldos para los gastos del viage. En ella hubo algunos trabajos, por que el director del Giro no tenia un peso, y el tesorero General estaba en blanco. Sin embargo a fuerza de platos de biscochos a la reina consegui seiscientos pesos duros, que era el completo de mi haber, y deseoso de estender las alas en la esfera de la diplomacia, tomé la posta, y pasé los Pirineos.

Llegué a Berlin al anochecer, y no me parecio

conveniente presentarme a aquellas horas en casa del embajador: por lo que resolvi alojarme en una posada hasta el dia siguiente. Las que se presentaron a mis ojos en las calles que atravesé me parecieron demasiado magnificas para el estado de mi bolsa. Procuré hallar otra mas modesta, y vi una que lo parecia. Sobre su puerta estaba escrito en letras doradas *Der Teufel*, y la inscripcion me decidio a preferirla, por ser aquella palabra la unica que yo sabia del Aleman *. Ademas la estrañeza de la denominacion picó mi curiosidad, y quise saber en qué consistia la diablura.

Entré, pedi posada en mal frances, y fui admitido con urbanidad. El posadero me instaló en una pieza bien alajada, y me preguntó a qué hora queria cenar. "Al instante," le respondi, y en efecto apenas habia tenido tiempo de lavarme las manos, cuando volvio a decirme que la cena estaba en la mesa.

Condujome al cuarto inmediato, y vi con indecible jubilo una copiosa provision de asados, ensaladas, pastas, y frutas; pero observé con estrañeza que se habian preparado dos cubiertos. "¿Qué significa esto?" pregunté con algun enojo, creyendo que tendria que aguardar media

* En Aleman *el Diablo*.

hora a mi compañero. " *Mein herr*, respondio el huesped, es otro viagero respetable que acaba de llegar, y no gusta de comer solo. Se llama el Baron de Schwartzman, y es ..." "Venga pronto, respondi yo, y aunque sea el diablo."

Apenas habia pronunciado esta palabra, cuando se presentó de pronto a mis ojos el mismo Aleman que tanto ruido habia hecho en el pueblo de los baños. La casualidad de su venida repentina en el momento de pronunciar la palabra *diablo*, el nombre de la posada, y la reputacion que aquel estrangero se habia adquirido en el pueblo, eran circunstancias bastante singulares por su reunion. Cualquiera otro hubiera quizas visto en su conjunto algunos motivos de recelo: pero yo era diplomatico, y los diplomaticos no estan al alcance de las opiniones vulgares.

Pronto renovamos conocimiento, y recordamos las aventuras de Andalucia. "Es necesario confesar, le dige yo, que estan bien atrasadas aquellas pobres gentes, y que las congeturas que formaron sobre vos prueban una gran masa de ignorancia, y de preocupacion." "Sin duda, dijo el Baron, me creian algun nigromante." "Algo mas, le respondi. Mi huesped, y otros muchos habitantes os creian nada menos que el diablo."

"El diablo!" esclamó el Baron, y acompañó

su esclamacion con un gesto tan espresivo de estrañeza y de asombro, que empezó a titubear mi diplomacia, y casi casi me vi inclinado a volver a ciertas creencias que me habian imbuido en mi infancia, y que desde mucho tiempo trataba de preocupaciones.

Empezamos a comer, y durante los primeros platos guardamos un profundo silencio. Mi compañero no me cedia en buenas disposiciones, de lo que inferi que fuera cual fuese la naturaleza de su espiritu, sus organos fisicos padecian las mismas necesidades que los de los miseros mortales.

Sirvieron los postres, y una botella de vino añejo del Rin, y mi compañero renovó la conversacion, con este singular *ex-abrupto.* "¡Con que me creian el diablo! Pues a fe que no se engañaban."

Mi turbacion al oirlo llegó a lo sumo. Mirelo de los pies a la cabeza, y me senti con impulsos de levantarme, y echar a correr. Por fortuna se ocupaba en destapar la botella, y en llenar los vasos, por lo que sin duda no echó de ver la alteracion de mi fisionomia. Concluida su operacion, tomó un vaso, me hizo seña de imitarlo, y llevandolo a la boca, me dijo: "A la salud del diablo."

Aunque diplomatico, mi conciencia no me permitia aceptar aquel brindis impio: pero la misma conciencia diplomatica me sugirio inmediatamente un subterfugio ingenioso con que tranquilizar mis escrupulos, sin hacer un agravio a mi comensal. Bebi a la salud del diablo, entendiendo por esta voz la posada en que nos hallabamos, que, como ya he dicho, tenia aquel estravagante titulo.

Siguio la conversacion, y siguieron los tragos. Estos, y la inteligencia, y amabilidad de mi compañero fueron disipando poco a poco mi terror, pero no la conviccion de que en aquel hombre habia algo estraordinario, y fuera de mis alcances. Al fin tanta confianza me inspiró que no pude menos de comunicarle mis dudas, a lo que contestó sonriendo que en efecto sus ocurrencias no eran nada comunes, y que si queria oir la historia de algunas de ellas, quizas no me fastidiaria su narracion. Acepté con gusto su propuesta, y el Baron habló asi:

" Dentro de pocos dias cumplire sesenta años. Soi hijo del Baron von Schartzman, y actualmente Baron en propiedad, y mui servidor vuestro. (Al decir estas palabras, me hizo, con urbanidad Alemana, una profunda reverencia, y yo respondi con otra.) Pocos años antes de mi nacimiento

mi madre habia dado a luz una niña de tan esquisita hermosura, que toda la familia esperaba con impacieneia el momento de ver mis facciones, creyendo que iba a ser otro prodigio: mas apenas me presentaron a mi padre, horrorizado al ver mi fealdad, volvio el rostro, y esclamó: *¡qué diablo!* Tal fue la denominacion que conservé en efecto todo el tiempo de mi niñez, y de mi juventud.

Sin embargo, en el bautismo me pusieron el nombre de Leopoldo, y apenas pude hablar, empecé a descubrir rasgos de petulancia, de atrevimiento, y de ingenio tan superiores a mi edad, que no faltó quien me predigese grandes pesadumbres, o grandes adelantos en la carrera de la fortuna. En las clases me distinguia por mi aplicacion; en las travesuras por mi arrojo, y muchas veces la originalidad de mis respuestas desarmaba el brazo armado para imponerme un severo castigo, y mi padre o mi maestro, sonriendo, y dejando escapar la diciplina, esclamaba: "¿Qué se ha de hacer con él, si es un diablo?"

Pusieronme en los estudios mayores, y arrastrado por una propension irresistible me dediqué con incansable aplicacion a la astronomia. La circunstancia que desarrolló en mi esta inclina-

cion no deja de ser curiosa. Una noche concurri con varios ociosos del pueblo a un observatorio, cuyo dueño estaba observando un cometa que a la sazon se descubria, y habia convidado algunas gentes para esplicar cientificamente aquel fenomeno. Dijo que el cometa era uno de aquellos que tienen un periodo regular, y que sus visitas a los habitantes de nuestro planeta se verificaban de veinte en veinte años, manteniendose cada vez seis meses en nuestra orbita; que el punto del firmamento en que aparecia era un grupo de estrellas llamado la cintura de Orion, y que en su aparicion y desvanecimiento observaba la misma exactitud que el sol y la luna en sus revoluciones. De aqui pasó a congeturar las inmensas distancias que estos vagabundos del cielo recorren en sus incognitas escursiones, y ofrecio a sus oyentes una pintura tan magnifica de los fenomenos celestes, que arrebató mi imaginacion, y me inspiró el mas vehemente deseo de iniciarme en aquellos sublimes arcanos.

No tardé en comprar un telescopio, y algunos libros elementales de astronomia. Ibame por las noches a una montaña inmediata, y me estaba contemplando horas enteras los prodigios del cielo, y especialmente el cometa de la cintura



de Orion, que aun debia brillar dos meses y medio, y que entonces ostentaba toda su hermosura, desplegando una vastisima rafaga de luz, y eclipsando con ella los astros circunvecinos. Estudié con ahinco su curso, calculé sus movimientos, y descubri, no sin un estraño presentimiento, que veinte años antes, en el mismo instante en que empezaba su penultima aparicion, salia yo del seno de mi madre. De aqui saqué la consécuencia que el cometa debia egercer algun influjo en mi suerte, y que en cada una de sus sucesivas apariciones habia de ocurrirme algun suceso importante.

Penetrado de esta idea, se me figuró que solo podria ser dichoso ligandome con vinculos indisolubles a una muger nacida bajo el influjo del mismo cometa: mas esta investigacion era casi impracticable en un estudiante oscuro, que trataba con un circulo mui reducido de personas, y que ademas dependia de la voluntad de un padre severo, y adicto a los timbres de su nobleza. Sin embargo resolvi no sacrificar mi afecto ni mi ventura a ninguna autoridad humana, y consagrar enteramente mi corazon a la muger que se apoderase de él con sus prendas amables, si reunia la circunstancia de haber nacido el mismo dia que yo.

Acercabase el tiempo en que el cometa iba a terminar su periodo, para volver a empezarlo veinte años despues. Segun mis calculos debia perderse de vista a las ocho de la noche; a la misma hora de su aparicion, y a la misma de mi nacimiento. Pasé con mi telescopio al sitio acostumbrado, y cuando, segun mi cronometro, solo le quedaban cinco minutos de luz, se agolparon a mi imaginacion las mas serias reflexiones. "Va a desaparecer, decia yo, el arbitro de mi suerte, y en esta epoca solemne, no hai que dudarlo, mi vida va a esperimentar alguna gran revolucion. ¿Cual sera? ¿No debo temblar al hallarme tan cerca de una crisis quizas espantosa? Y en la proxima revolucion del cometa, cuando me encuentre yo en los cuarenta años, en la epoca de la ambicion, y de las grandes vicisitudes ¿cual sera mi destino?" Al terminar esta triste meditacion el cometa se confundió en la inmensidad del espacio, y en el mismo instante oí cerca de mi un ruido que me sacó de mi distraccion para envolverme en un mar de desventuras.

Volvi los ojos para averiguar la causa de aquel rumor, en un sitio tan retirado, y al resplandor de las estrellas descubri la forma de una muger

hermosisima, que tenia fija la vista en el mismo punto del cielo en que el cometa habia desaparecido. Su trage indicaba una condicion humilde, y todo su aspecto la mas profunda melancolia; pero jamas he visto una reunion tan admirable de gracia, de belleza, de soltura, de dignidad, y de elegancia. Quedé atonito, sobrecogido de admiracion, inmovil de sorpresa. Ella me miró, y no parecio asustarse al verse sola con un hombre, en aquella oscuridad, y tan lejos de toda habitacion. "¿Qué haceis, hermosa criatura, le pregunté, sin compaña ni proteccion, en un sitio en que os amenazan tantos peligros?" "He venido, me respondio, a despedirme del compañero de mi vida, a quien no volveré a ver si no dentro de veinte años." —"¡El cometa!" —"Si señor, respondio con el acento mas dulce, y con la voz mas penetrante. Naci con él, y creo que con él terminaré mi carrera." "Mugger adorable! esclamé yo entonces, cualquiera que tu seas, aqui tienes al que ligará contigo su destino; al que está mirando en ti un don de la Providencia; aqui tienes a tu esposo." "¿Qué estais diciendo? dijo confusa la desconocida. Sabed que no hai en la superficie de la tierra una criatura mas desgraciada que la pobre Ade-

lina; que no hai un ser por infeliz que sea que no creyese cubrirse de oprobrio en mi compañia.''

"¿Qué me importa tu pobreza? dige yo con el mayor entusiasmo. Con el tiempo heredaré bienes cuantiosos, y tú seras su dueña. Adelina, hermosa Adelina, permiteme que entre tanto cultive tu amistad, y te dé a conocer mis sentimientos. Dejame pasar a tu lado los ratos que me dejan libres mis estudios y preparar de este modo los años de inefable ventura que me aguardan, cuando en lugar de ser la pobre Adelina seas la Baronesa de Schwartzman.''

Adelina no parecia menos dispuesta que yo a entregar su destino al influjo de nuestro astro dominante, y al mismo tiempo me parecio animada por la misma ternura que su vista me habia inspirado. En nuestra conversacion que fue mui larga, descubri en ella una exaltacion de entusiasmo que rayaba en un delirio sublime; un orgullo que me parecia superior a su condicion, y sin embargo cierta dolorosa exasperacion, que solo podia yo atribuir a grandes infortunios. Admitio al fin la oferta de mi amor, y de mi mano, pero con dos condiciones imprescindibles, y cuya violacion sería la señal de una separacion eterna. La primera, que jamas le haria la menor

pregunta relativa a sus padres. La segunda, que jamas iria a verla si no una vez a la semana, en el dia que me señalase, y siempre, antes de salir el sol. Me indicó su morada, que era una pobre casa aislada, a pocos pasos del sitio en que nos hallabamos, y me dijo que era necesario separarse por entonces. Antes de dejarla saqué la bolsa, y tomando el pretesto de que todo debia ser comun entre dos personas cuyos vinculos debian ser eternos, le rogué que admitiese aquella ligerisima muestra de amistad, y confianza. Adelina no solo rechazó mi don, manifestando la mas noble dignidad, si no que me prohibio severamente la menor indicacion de querer socorrer su pobreza.

Volvi a Berlin ciego de amor, lleno de las mas lisongeras esperanzas, y admirando la eficacia del cometa, que no habia querido separarse de mi sin fijar mi suerte, y depararme una compañera tan seductora. Continué mi vida estudiosa, interrumpiendo mis ocupaciones solo para concurrir a las citas que Adelina me daba, las cuales eran siempre, segun su promesa, una vez a la semana, y antes de salir el sol. Cada vez me sentia mas enamorado, y cada vez la veia mas tierna, y mas resuelta a ser mi esposa. Sin embargo, el misterio en que estaba envuelta

la existencia de sus padres, ciertas esclamaciones que de cuando en cuando se le escapaban, y que suponian una de aquellas desventuras que no pueden remediar la amistad, ni la riqueza, y el temor que muchas veces me manifestaba de algun suceso infeliz que turbase mis planes, y frustrase mis deseos, estas circunstancias, unidas a la pobreza de su trage, y al aspecto miserable de su casa, me inspiraban un desasosiego que no bastaba a calmar el placer de verme correspondido.

Una mañana al separarme de ella me dijo que estariamos cuatro semanas sin vernos. Quise oponerme a una sentencia que me parecia tan rigorosa ; pero todos mis esfuerzos fueron vanos. No solo no la revocó, si no que ni aun me esplicó la causa de semejante prohibicion. No insisti por que conocia la inflexibilidad de su caracter. Lloré amargamente ; ella tambien vertio algunas lagrimas; y al irme, y al darle la mano noté en ella un temblor que me dio a entender la agitacion en que la dejaba.

Pasó la primera semana de mi separacion, y procuré suavizar mi pena con las distracciones que ofrece una ciudad ilustrada, y populosa. Empezó la segunda, y ya me habian aburrido los teatros, los cafes, los conciertos, y las ter-

tulias. No pudiendo reprimir la pasion que me devoraba, y no atreviendome a faltar al precepto de Adelina, crei haber hallado un arbitrio para mitigar algun tanto mi dolor, sin ofenderla, ni merecer su colera, y fue el lisongear mis miradas con la vista de su habitacion. Sali pues de Berlin una madrugada, envuelto en una gran capa oscura, y con un sombrero de forma diferente del que comunmente usaba, y a pocos pasos de los muros encontré a unos viageros que me aconsejaron volviese atras, y no me espusiese a caer en manos de Brandt.

"¿Y quien es Brandt?" pregunté yo con harta indiferencia.

"El mayor ladron de la Alemania, respondió un viagero; el azote de la Prusia. El gobierno lo ha pregonado, y ofrece una gran recompensa al que lo entregue muerto o vivo."

"¿Y donde está ese bribon?"

"A pocos pasos de aqui nos acaba de dejar limpios, y lo mismo hara con vos si continuais."

"Veremos," dige yo friamente, y dando los buenos dias a los robados, segui marchando, y la memoria de Brandt quedó mui en breve disipada por los dulces recuerdos de Adelina.

Apenas habia andado medio cuarto de legua, cuando senti un terrible golpe en el cerebro,

y oi una voz formidable que me gritó: *la bolsa o la vida.* El aturdimiento que produjo en mi aquella violencia, en lugar de abatir mis fuerzas, exasperó en tales terminos mi espiritu, que olvidando el peligro en que me hallaba, me avalancé al salteador, lo agarré por el cuello, y me puse a lidiar con él a brazo partido, estorvandole el juego de la mano derecha en que tenia una pistola qui mui en breve dejó caer. Aunque hombre de edad avanzada, era forzudo, y animoso, pero yo lo superaba en agilidad, y destreza, asi que nuestro combate se prolongaba, y ya empezaban a abandonarme los brios, cuando me vi rodeado de un destacamento de caballeria. El comandante, que habia andado toda la noche en busca de Brandt, mandó atarlo inmediatamente, y con feroz alegria le dio la noticia de que dentro de mui breves horas subiria al cadalso. El infeliz bajó la cabeza, y lanzó dos torrentes de lagrimas. "Hija mia, hija mia," esclamó con el acento de la desesperacion. Yo quise separarme de aquella escena horrorosa, y continuar mi espedicion: mas el comandante se opuso a ello con la mayor firmeza." Es necesario, dijo, que vengais conmigo al gobernador, para recibir el premio ofrecido a quien se apodére de este hombre de bien." "El hijo del Baron de Schwartzman, respondi con orgullo, no vende la

sangre de su hermano. Tomad ese oro vil, y distribuidlo entre vuestros soldados." "Gracias, noble Baron, respondio el oficial, pero sin embargo no puedo desprenderme de vuestra persona. Es necesario que el gobernador oiga vuestra deposicion, y despues quedareis libre." Todas mis reconvenciones fueron inutiles. El oficial con aquella sangre fria, y aquella estricta adhesion a la disciplina que caracterizan al militar Aleman, persistio en su determinacion, y yo tube que ceder.

No os describire la enojosa escena que ocurrio en casa del gobernador, ni os pintaré la amargura de mi corazon al considerar que yo habia sido la causa aunque inocente de la perdida de aquel desventurado. Terminadas las odiosas formulas del interrogatorio, en que por mi desgracia tube que hacer el primer papel, Brandt que no habia desplegado los labios, fue llevado al suplicio, y cuando yo iba a despedirme del gobernador, entró un sargento con la noticia de haberse descubierto la morada, y preso a la hija del reo. "Que la traigan a mi presencia al instante," dijo el gefe. A esta voz abrese la puerta, y veo entrar...a mi Adelina, al idolo de mi corazon, palida, descabellada, y custodiada por cuatro granaderos. Inmediatamente fijó los ojos en mi. "Monstruo, esclamó, deleitate

en la obra de tus manos ; mira como me pruebas tu amor : pero aun puedes darme otra que me sera mui grata. Pide que me sacrifiquen con mi padre ; que su hija lo acompañe al patibulo.

No hai palabras que basten a describir mi situacion. Cubrime el rostro con las manos, y no pude ni hablar, ni quejarme, ni aun moverme. Cai desmayado, y cuando volvi en mi, pregunté por la hija de Brandt. Digeronme que no habiendo resultado ningun cargo contra ella, la habian dejado libre, y que no se sabia donde habia dirigido sus pasos.

Desde entonces no pensé si no en olvidar las horribles escenas que habian amargado mi juventud. Mi padre murio a la sazon, y yo pasé a tomar posesion de los bienes que como hijo mayor heredaba."

Aqui suspendio el anciano su historia, y parecio estrañamente conmovido. Era tarde, y fue preciso recogernos. Quizas a los cuarenta años de su edad, y en la epoca de la tercera aparicion del cometa durante su vida, esperimentaria otra catastrofe semejante a la que me acababa de referir : pero yo me quedé con la gana de saberlo. Al dia siguiente, cuando fui a su cuarto a despedirme de él, supe que habia marchado antes de rayar el sol.

## EL SORDO Y EL CIEGO.

---

Caminaban juntos
Por unos repechos
Un amigo sordo,
Y un amigo ciego.
No sé por qué causa,
La ruta perdieron,
Mas sé que pararon,
Dudosos, inciertos.
El sordo decia :
O soi un mostrenco,
O tira el camino
Por el lado izquierdo
—¿Y en qué lo conoces ?
—En que estoi oyendo
La bulla, y los gritos
De los arrieros.
El ciego responde :
Valiente camuezo !

¡ Si al lado contrario
Los estoi yo viendo !
Terrible algazara
Levantan sobre esto:
Mas nunca he sabido
Como paró el cuento,
Pues desde que he visto
Con cuanto despejo,
El medico opina
De causas y pleitos,
Y el jurisconsulto
De males de nervios;
De libros el joven,
De modas el viejo,
Y otros desatinos
No menores que estos,
He dado palabra
De quedarme neutro,
En toda disputa
De sordos y ciegos.

## EL HOMBRE Y EL ARBOL.

---

Levantando el campesino
Con brazo intrepido el hacha,
El amenazado roble
Le dirige estas palabras:
Detente inhumano ¿olvidas
Con cuanto placer descansas
Bajo mi benigna sombra
En las siestas abrasadas?
¿No sabes que en su recinto
Vienen las lindas zagalas,
Ora a decir sus amores,
Ora a teger sus guirnaldas?
¿Quien, si mi tronco destruyes,
Dara abrigo a la calandria,
Cuando en el Mayo florido,
Sus dulces endechas canta?
Es cierto, el villano dice,
Pero la cuenta mas clara,
Es que ganaré tres onzas
Cuando te venda en la plaza.

Vergüenza me da decirlo :
Pero la familia humana
Nada en el mundo respeta,
Cuando de interes se trata.
Por él la inocente virgen,
Cubierta de pena amarga,
Con el hombre que aborrece
Tremula llega a las aras.
Por él en la oscura noche,
La fiera traicion levanta
Puñal agudo, sonrie,
Y el sangriento golpe lanza.
El remordimiento a veces
Ruge, acusa, y amenaza,
Pero a la voz imperiosa
Del interes todo calla.

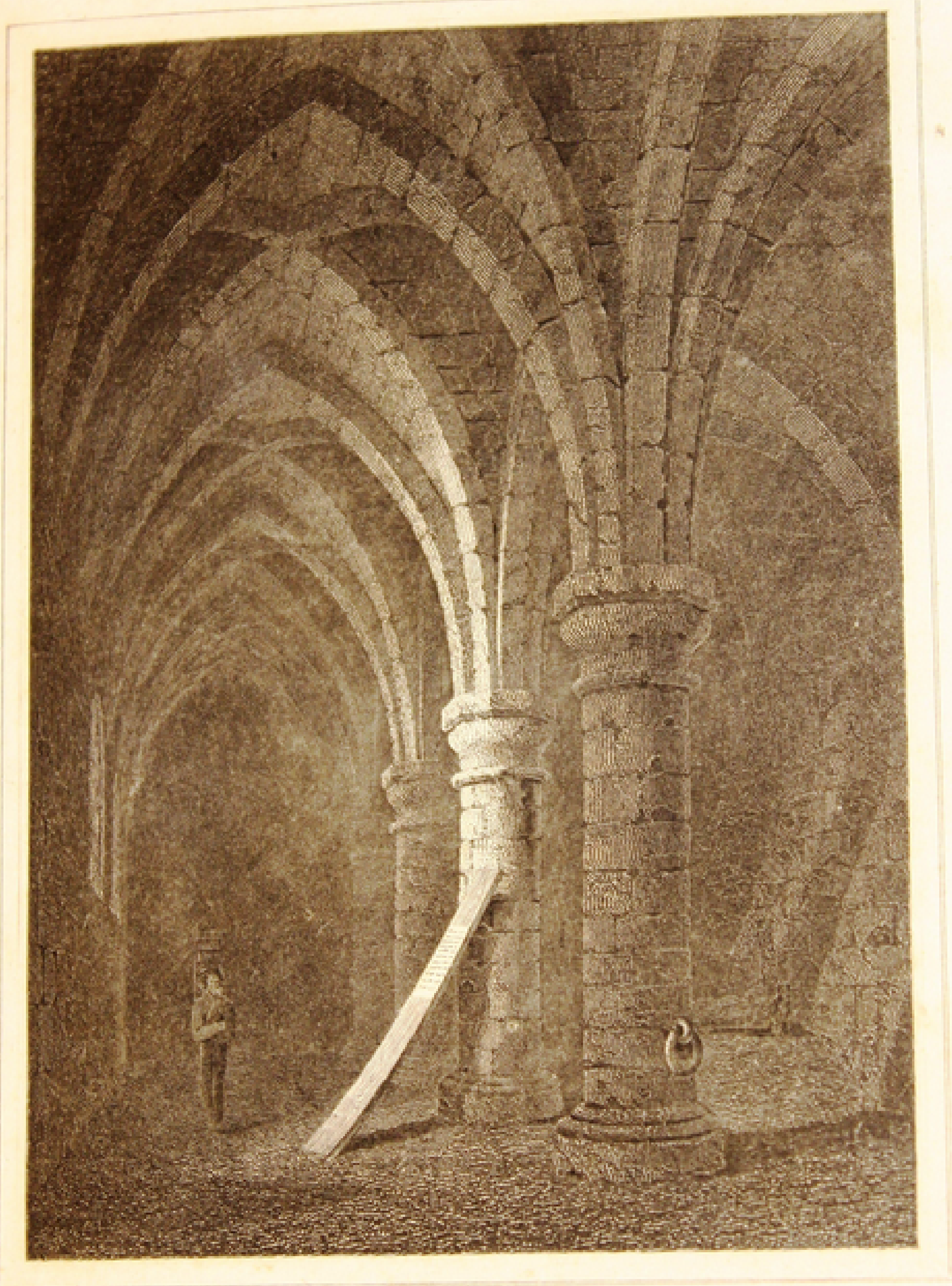
## VIAGE A CHILLON

### EN EL LAGO DE GINEBRA.

---

Al salir del lindo Montreux, uno de los pueblecillos mas pintorescos de Suiza, llegamos a vista del castillo de Chillon, por una sinuosidad del camino, que guarnecen en la parte del lago calles espesas de castaños, y avellanos, y en el opuesto, los valles risueños del monte llamado por los habitantes *diente de Jaman.*

"El castillo de Chillon, dice el autor de la Nueva Eloisa, está sobre una roca que forma una peninsula, en torno de la cual he visto echar la sonda, a mas de ciento, y cincuenta brazas, que hacen cerca de ochocientos pies, sin encontrar el fondo. Alli estubo preso seis años Francisco Bonnivard, prior de San Victor, hombre de un merito estraordinario, de una rectitud y firmeza a toda prueba, amigo de la libertad, aunque Saboyano, y de la tolerancia aunque sacerdote."



S. Prout delᵗ. H. Le Keux sculpᵗ.

EL CASTILLO DE CHILLON.

Pub. by R. Ackermann, London 1827.

El aspecto del castillo, visto desde Vevai, es singularmente interesante. Por la parte del Este presenta un [illegible], que se levanta en [illegible] del agua; y por el otro lado se descubren cuatro torres [illegible], y una rectangular, que termina en [illegible], y guarnecido de [illegible], por estar allí en la actualidad el almacen de polvora del Pais de Vaud. A la izquierda se ven frondosos bosques, que se extienden hasta las cimas de las erguidas rocas, muralla natural de aquel vasto deposito de aguas. Mas allá, un poco acia la derecha, sobresale el campanario de Villeneuve, los montes que dan origen al magestuoso Ródano, y la entrada del fertil y estrecho valle del Valais. Entre este y el castillo se observan esparcidas entre la alegre vegetacion, muchas casitas de campo, de graciosa construccion, que recuerdan al viagero las escenas campestres de Inglaterra.

Entrase al castillo por un fuerte puente levadizo, sobre el cual estan las garitas para los centinelas, por que hai constantemente una guarnicion de las tropas del canton, vestidas con bastante aseo de un uniforme azul, y color de ceniza. Pasado el puente se entra en un

El aspecto del castillo, visto desde Vevai, es singularmente interesante. Por la parte del lago, presenta un muro elevadisimo, que se levanta a flor de agua; por el otro lado se descubren cuatro torres piramidales, y una rectangular, que termina en un techo puntiagudo, y guarnecido de conductores electricos, por estar alli en la actualidad el almacen de polvora del Pais de Vaud. A la izquierda se ven frondosos bosques, que se estienden hasta las cimas de las erguidas rocas, muralla natural de aquel vasto deposito de aguas. Mas allá, un poco acia la derecha, sobresale el campanario de Villenueve, los montes que dan origen al magestuoso Rodano, y la entrada del fertil y estrecho valle del Valés. Entre esta y el castillo se observan esparcidas entre la alegre vegetacion, muchas casitas de campo, de graciosa construccion, que recuerdan al viagero las escenas campestres de Inglaterra.

Entrase al castillo por un fuerte puente levadizo, sobre el cual estan las garitas para los centinelas, por que hai constantemente una guarnicion de las tropas del canton, vestidas con bastante aseo de un uniforme azul, y color de ceniza. Pasado el puente se entra en un

patio peqneño, y enfrente estan los alojamientos de los habitantes del castillo, los cuales no parecen mui aficionados a los trabajos de jardineria, puesto que han dejado a la yerba tomar posesion de todo el terreno.

Los cuartos secretos del castillo son los obgetos que le atraen gran numero de visitas al año. En uno de ellos se presentan algunos obgetos que recuerdan la barbarie de los tiempos tan encomiados en el siglo de las luces por los amigos de las tinieblas: una biga negra, en la cual han perdido la vida muchos inocentes, y los fragmentos de una rueda enorme, que sin duda fue digna de figurar en el inventario del santo oficio.

La pieza que sirvio de calabozo al pobre prior Bonnivard, es bastante estrecha, y humeda. Uno de sus muros es la roca natural; y los otros de piedras toscas y desnudas, sin otra abertura que dos o tres claraboyas, y con el adorno de una gruesa argolla y cadena de hierro.

En una de las piedras está grabado el nombre de aquel genio estraordinario cuya corta y brillante carrera ha dejado tantas rafagas de luz en el firmamento de la Poesia. "Byron 1810" tal es el recuerdo que ha dejado el ilustre poeta

en aquel sitio tan analogo a las inspiraciones adustas, y melancolicas de su musa. Enemigo irreconciliable de la tirania, Lord Byron se llenaria de horror al ver aquel asilo miserable de sus victimas. Estos monumentos de barbarie deben conservarse con escrupuloso esmero, para que sirvan de egemplo permanente, y de eterna leccion a los que todavia osan celebrar aquella epoca de iniquidad, de violencia y de feudalismo.

Mr. Sismondi, en su interesante y agradable Viage a Suiza dice que en un rincon del mismo castillo habia un calabozo de diez pies cuadrados de amplitud, del cual intentó escaparse un preso, abriendo un agugero en el muro, pero fue descubierto, y condenado a muerte. Dejó las paredes cubiertas de exelentes dibujos por el estilo de Perugino.

Las palabras "Libertad, y Patria," divisa del Pais de Vaud, con la fecha de 1815, estan escritas en gruesos caracteres sobre la fachada que da al lago. "Al leer estas palabras, dice Mr. Sismondi, no puedo menos de pensar que hai mui poco de la una y que la otra corre gran peligro. Es lastima que el canton de Vaux haya vuelto a tomar en 1815, el estilo de 1793."

¿Y por que no? ¿Acaso se desterrarán del lenguage comun os verdaderos nombres de las cosas, solo por que han sido profanados en boca de los malvados y de los ilusos? ¿Dejarán los hombres de invocar los santos nombres de Patria y Libertad por que con ellos se han disfrazado las pasiones mas freneticas, y los intereses mas viles? Si debiera adoptarse esta regla nadie osaria pronunciar el mas augusto de los nombres, que tantas veces ha servido de escudo, y de pretesto al fanatismo, a la superesticion, a la codicia, y a la intolerancia.

Concluiré este articulo copiando los versos compuestos por un viagero Español al ver los subterraneos del castillo de Chillon:

Aqui gimio la victima inmolada
Por opresora mano; aqui la muerte
Desoyó los clamores del que hundido
En abandono y soledad, su golpe
Con tristes ayes imploró. Tinieblas,
Y desesperacion, inutil lloro,
Recuerdo amargo, y misero desvelo
Su vida emponzoñaron; nunca el brillo
Del luminar que anima al universo
Recreó su mirada; el aura leve

Que los amenos campos vivifica
Jamas su aliento restauró. Cuitado
Mejor fuera nacer en la espesura
De los bosques, oyendo los rugidos
De pantera feroz que bajo el yugo
Que dio al hombre, su igual, adormeciendo
La natural fiereza y energia.

# A D. J. J. OLMEDO,

## AUTOR DE LA VICTORIA DE JUNIN, CANTO A BOLIVAR.

---

No es solo el numen destructor, Olmedo,
De la sangrienta lid, quien de tu patria
Los lauros triunfadores apercibe :
Ni el belico furor solo resuena
Del Guayaquil en la frondosa margen,
Antes esclava, ya soberbia, y libre.
Tambien alli, con nueva pompa, amiga
De gloria y libertad, alzó su templo
La Pieride ninfa, y en sus aras
Tu el primero quemaste incienso puro.
  Tu, cantor de Junin, hijo dichoso
De nueva patria, que en su infancia ostenta
Virtud antigua, y brio inexorable,
Y odio al poder injusto ; tu que rompes
El silencio de muerte, en que abatido
Yacio en siglo execrable, como siervo
Debil, sumiso, el genio Americano.

Tu que al orbe proclamas, en acentos
De incognita armonia, el espantable
Grito postrero que lanzó furiosa,
Mordiendo el polvo, y anegada en sangre,
La usurpacion horrenda. No del labio
La trompa aleges, no, que de la gloria
No termináraa el vuelo esclarecido.
Aun lucira en los Andes, imprimiendo
Nuevo esplendor a la opulenta Lima.
Del porvenir el seno tenebroso
Penetrando veloz, tu del destino
Los arcanos revelas, y en las faldas
Del monte giganteo, ves erguirse
Nueva generacion, robusta, docil,
De ciencia, y luces, y razon sedienta.
No alli cual antes el metal que oculta
En sus entrañas provida la tierra,
Numen preciado de los pueblos, fija
Su reverente adoracion; ni vierte
Sudor penoso el Inca degradado,
Para llenar del despota remoto
Las arcas insaciables. Del prestigio
Rompio el genio los vinculos falaces,
Y las espigas ondeantes cubren
El tesoro que hierros, y esterminio
Trajo a la patria, cual letal influjo.
Leyes benignas, y severos pactos

El templo apoyan do se sienta altiva
Feliz nacion de impavidos guerreros
Y ciudadanos utiles; enlazan
Lauro y oliva el ramo indisoluble,
Y a su sombra fecundanse esplendentes
Las flores del saber; ni riega el ara
Sangre infanda de victima que al cielo
Sacrificó riendo el fanatismo;
Ni al nombre ilustre de la raza imbecil
Loor se rinde, y bajo acatamiento,
Que bienhechora la virtud reclama.
Cesa el canto guerrero, y dulces himnos
Entona a la alma paz; gozate viendo
Cual prodíga en raudales, cual fecunda
De ventura los germenes preciosos,
Dando al Peru, tras barbara refriega,
Los que al Galo, y al Ibero, y Heleno,
Bienes preciados denegó fortuna.
De la nacion Atlantica gloriosa
Canta la exaltacion, que asi lo debes
Al noble suelo que te diera vida;
Su esplendidez magnifica, las moles
De eterna nieve que su frente ciñen;
Sus valles perfumados en que mecen
Palmero esvelto, y verde tamarindo
Las copas elegantes, y el soberbio
Disco del numen que adoró rendido

La antigua gente, digno asunto ofrezcan
A la lira sonora, y si anelante
De prez mas alta, placidas lecciones
De bienandanza solida, en tus rimas
Quieres dictar al pueblo que te escucha,
Nuevo Maron, las glorias de los campos,
Y la tarea que su faz adorna
De frutos abundosos, y cosechas,
Revela al Peruano; y la guirnalda
De lauro honroso que al acero diste,
Timbre mas noble del arado sea.

## FRIOLERAS.

---

Gil tras huracan furioso
Llegó a regiones lejanas,
Y vagó muchas semanas,
Por un desierto espantoso.
Al fin divisó un ahorcado
Y esclamó con gran consuelo,
Ya llegué, gracias al cielo,
A un pueblo civilizado.

De enemigo de las luces
Acusa el vulgo imprudente,
Al monarca prepotente
De Bascos, y de Andaluces.
Miente la fama embustera
No hai tal cosa : yo lo digo.
¿ Es de luces enemigo
Quien gusta tanto de hogueras ?

Juan, despues de un gran fracaso
Matrimonial, que yo sé.
Preguntó a Cosme : ¿ por qué
Dices *cuerno*, cuando paso ?
Viendolo marido tierno
Le respondio el socarron:
Di, Juan, ¿ y por qué razon
Pasas, cuando digo *cuerno* ?

---

Ciento y cincuenta navios
Salgan prontos a la mar,
Que quiero reconquistar
Los reinos que fueron mios.
Ministro de hacienda, di
En plata y en cobre, y oro,
¿ Cuanto tiene mi tesoro ?
Señor ni un maravedi.

## MONUMENTO SEPULCRAL
### EN VERONA.

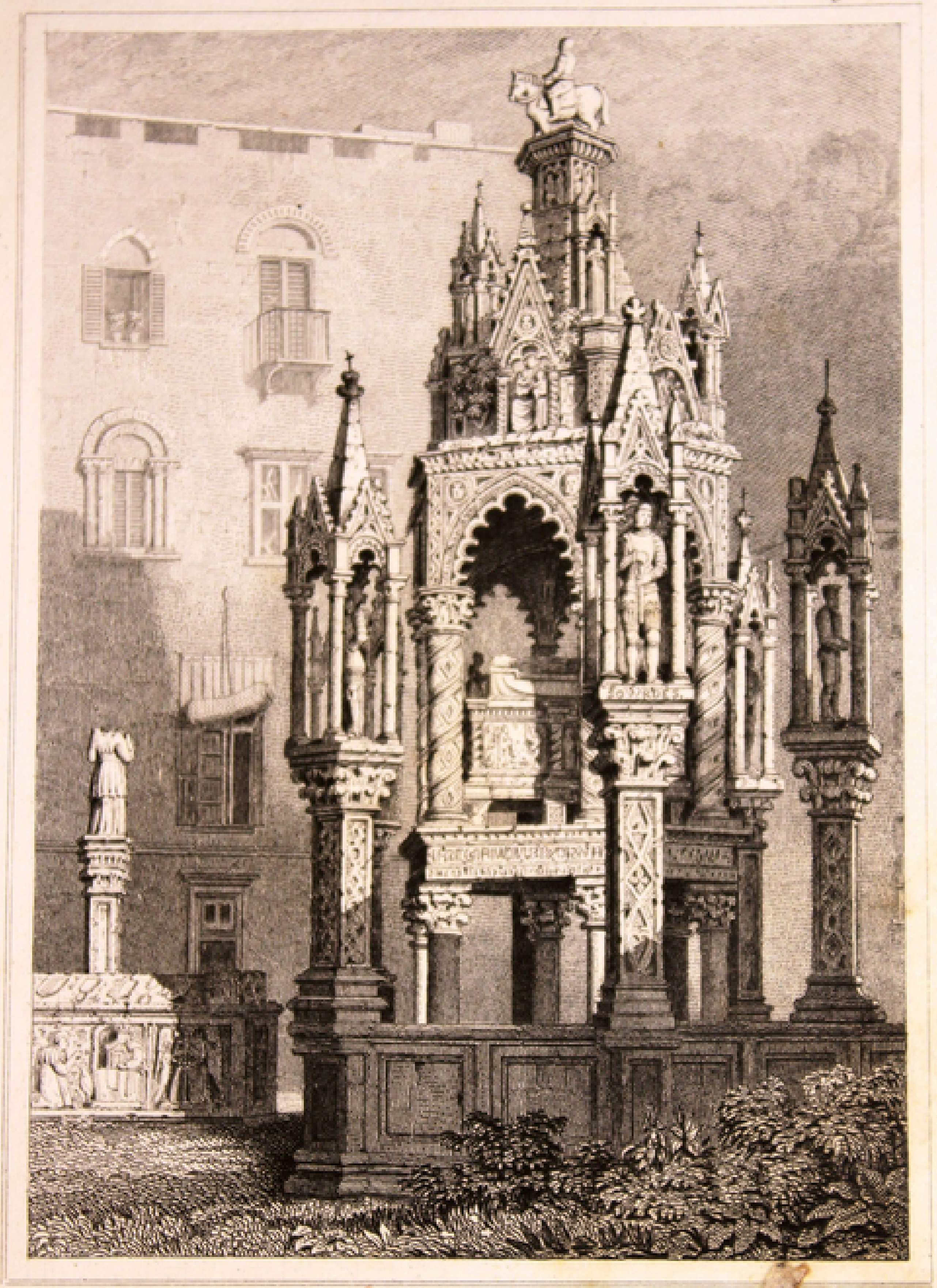
*Estracto de las Memorias de un Viagero Moderno.*

---

Todos los viageros convienen en que Verona es una de las ciudades mas hermosas, y una de las residencias mas alegres, y agradables del norte de Italia. Un poeta la ha celebrado en este distico:

"Urbibus Italiæ præstat Verona superbis,
Aedibus, ingeniis, flumine, fonte, lacu."

Y yo puedo asegurar que ninguno de los pueblos que he encontrado en mis escursiones me ha parecido exederle en las ventajas de la situacion. Colocada a las orillas del Adige, que precipitandose de las montañas del Tirol, se estiende en giros pintorescos por una vasta llanura; protegida al norte por hermosas colinas cubiertas de viñas, y de casas de campo, sus alrededores, hermoseados por la vegetacion de las margenes del rio ofrecen un caracter particular que llama la aten-



S. Prout del.t ... Finden sculp.t

**MONUMENTO DE VERONA.**

Pub. by R. Ackermann London 1827

cion de los estrangeros, especialmente en la estacion de mi visita, que era al principio de la primavera.

Lo interior de la ciudad es en mi opinion mas hermoso, y mas interesante que cualquier otra de Lombardia, sin exceptuar la suntuosa Milan. Tiene cinco entradas, que son otras tantas puertas elegantes, y cada una de ellas tiene enfrente una calle, y una plaza. Las dos partes separadas por el Adige comunican por cuatro puentes de piedra, uno de los cuales, el de Castel Vecchio, es una estructura antiquísima, célebre por la abertura de su arco, que no baja de ciento cuarenta y cinco pies, y por consiguiente es mayor que el famoso Rialto.

El aspecto general de la poblacion, como el de todas las de la orilla del norte del Mincio, no puede negar su origen Veneciano. La disposicion de las tiendas, el ruido de los cafes, el dialecto del pueblo recuerdan a cada paso los usos de Venecia. Pero las calles son mucho mas anchas, y la gente mas divertida que en esta ciudad. Una de las cosas que mas llamaron mi atencion fue el gran número de mugeres de facciones exquisitas, de formas correctas, pero de una palidez mortal, con el gracioso tocado

cion de los estrangeros, especialmente en la estacion de mi visita, que era al principio de la primavera.

Lo interior de la ciudad es en mi opinion mas hermoso, y mas interesante que cualquier otra de Lombardia, sin exeptuar la suntuosa Milan. Tiene cinco entradas que son otras tantas puertas elegantes, y cada una de ellas tiene enfrente una calle, y una plaza. Las dos partes separadas por el Adige comunican por cuatro puentes de piedra, uno de los cuales, el de Castel Vecchio, es una estructura antiquisima, célebre por la abertura de su arco, que no baja de ciento cuarenta y cinco pies, y por consiguiente es mayor que el famoso Rialto.

El aspecto general de la poblacion, como el de todas las de la orilla del norte del Mincio, no puede negar su origen Veneciano. La disposicion de las tiendas, el ruido de los cafes, el dialecto del pueblo recuerdan a cada paso los usos de Venecia. Pero las calles son mucho mas anchas, y la gente mas divertida que en esta ciudad. Una de las cosas que mas llamaron mi atencion fue el gran numero de mugeres, de facciones esquisitas, de formas correctas, pero de una palidez mortal, con el gracioso tocado

Veneciano, que no es mas que un pañuelo anudado con gusto entorno de la frente.

Verona contiene muchos restos curiosos de la grandeza Romana, y otros no menos apreciables de los siglos de la edad media. Hai algunos arcos de triunfo, que el tiempo ha despojado de sus adornos, pero que conservan todavia el noble estilo de su construccion. Uno de ellos se atribuye a Vitruvio, y lleva el nombre de este gran arquitecto. Pero lo que particularmente distingue a Verona es el anfiteatro, que de todos los restos que el gran pueblo ha dejado a nuestra admiracion es el que menos estragos ha sufrido.

En los sepulcros de los Escaligeros, y de la familia de Scala, antigua soberana del territorio Verones, se notan varios monumentos de gran interes. Estan en el cimenterio de la antigua iglesia de nuestra Señora. Uno de ellos es el representado en la estampa adjunta. Fue erigido en honor de Martin II, que murio en 1351, y segun la inscripcion Latina, fue señor de Verona, de Brixen, de Luca, de Parma, y de toda la Marca de Feltro. Como todas las obras Italianas de aquel siglo, ostenta una mezcla de los estilos Griego y Gotico, sobre-cargada profusamente de los adornos propios del segundo. Se

apoya en cuatro columnas, que distan nueve pies entre si. Sobre ellas hai una gran plataforma de marmol verde antiguo, que sirve de base a la tumba. La boveda que cubre a esta se sostiene en otras cuatro columnas, adornadas con cupulillas espirales. Los adornos representan asuntos del Viejo Testamento, y sobre toda la estructura se alza la estatua ecuestre de Martin de tamaño natural. Al rededor hai una hermosa barrera cuadrangular de piedra y hierro, con una columna en cada angulo. Cada columna está coronada por un tabernaculo, y dentro de este hai una estatua que representa un hombre armado.

Los mas notables de los otros monumentos de la misma familia, son el de Cane Grande de la Escala, que murio en 1329, y el de Cansiñorio el Magnifico, que por la vanidad de sobrepujar a sus antecesores en pompa funebre, mandó erigir su propio mausoleo, y gastó en esta obra diez mil florines de oro. Tambien es de estilo mixto, aunque predomina el Gotico, y tan suntuosamente trabajado, y adornado con tanta riqueza, que no creo exista una obra del arte que haga en el espectador una impresion mas profunda.

A principios del siglo XIV, la familia de la

Escala, y particularmente los dos hermanos Albuino, y Cane Grande se distinguieron no solo por el engrandecimiento, y predominio a qué llegaron, si no tambien por su amor a las ciencias, y por la generosa proteccion que dieron en Verona a muchos sabios desterrados de sus paises. Entre ellos hubo algunos que merecieron el nombre de heroes, como Ugazzione de la Faginola, poderoso gefe de la faccion de los Guibelinos, Sagacio Muzio Gazata, y el inmortal poeta Dante.

Gazata da una relacion interesante del modo con que fueron recibidos aquellos ilustres profugos; pormenores que manifiestan el estado de la sociedad en aquel siglo, y que al mismo tiempo redundan en honor de aquellos generosos principes. "Se señalaron para los estrangeros, dice, aposentos en el palacio del rei, correspondientes a sus respectivas clases, y dignidades, y los muros estaban cubiertos de emblemas e inscripciones. Sobre las puertas de los cuartos destinados a los militares habia instrumentos belicos; sobre las de los artistas la estatua de Mercurio; sobre las de los eclesiasticos la representacion del paraiso. Mientras comian los desterrados, habia musicos, bufones, y jugadores de manos que los divertian. En lo interior de

las piezas se veian pinturas alegoricas, relativas a los diversos caprichos de la fortuna. Cane los convidaba muchas veces a comer, especialmente a Guido di Castella di Reggio, llamado por su integridad *El honrado Lombardo* y a Dante Alighieri el poeta.” Hasta aqui el historiador.

Dante sin embargo se aficionó mas a Albuino que a su hermano, y probablemente alude a este personage en el canto XVII de su *Divina Comedia*, en que supone que su abuelo, vaticinando la suerte de su decendencia, dice:

“ Lo primo tuo rifugio e'l primo ostello,
Sara la cortesia del gran Lombardo,
Che'n su la scala porta il santo uccello.
Ch' avra in te si benigno riguardo,
Che del par e del chieder fra voi dice,
Fia prima quel, che fra gli altri è piu tardo.”

En aquel tiempo las cortes de los principes estaban llenas de bufones, aventureros, y vagabundos. Los habia en abundancia en el palacio de los Escalas, y el mas célebre de ellos era hombre tan licencioso, y corrompido que Dante no pudiendo sufrir su presencia, huyó de aquella ciudad, y buscó otro asilo durante el destierro de Florencia su patria.

“ Mi compatriota Dante Alighieri, dice el Petrarca, no era ya el hombre mas elocuente, y

el escritor mas distinguido de Italia, pero conservaba su ostinacion, y su inflexibilidad, y hablaba con mas libertad que la que podia agradar a los delicados oidos de los principes. Cuando fue espulsado de la ciudad nativa, y se acogio a la corte de Cane el Grande, que entonces era el refugio de todos los desventurados, fue mui bien recibido, y con grandes muestras de estimacion: pero poco despues empezó a nublarse el orizonte, y su protector le daba cada dia nuevos testimonios de despego. Habia en la corte, segun costumbre, gran numero de bufones, yuglares, y otras gentes perdídas. Uno de ellos, el mas indecente en gestos, y espresiones, era el que mas aplausos gozaba. Cane, que sospechaba que Dante no participaba de esta opinion, dijo un dia en su presencia: "quisiera saber por qué razon, siendo este hombre un loco de remate, entiende tan perfectamente el arte de agradarnos." "Nada tiene eso de estraño, respondio el poeta: cada cual ama a su semejante."

## CUADRO DEL SIGLO.

---

Grande influjo el saber, y fuerza activa
La pública razon egerce, hollando,
De la supersticion la sien altiva.
Por mas que se encastille injusto mando,
Si ruge el pueblo en circo numeroso
Su enojo escucha el opresor temblando.
Empero ¿ basta al siglo luminoso
Tan leve triunfo, o dejará perene
Sobre su base al barbaro coloso?
¿ Qué brazo el golpe vengador detiene?
¿ Porqué respira el crimen, y en sus manos
La suerte amarga de los hombres tiene?
Miralos prosperar, esos que ufanos
De pompa, y brillo, y deshonor cubiertos
Oprimen a los miseros humanos.
En sus dominios, lobregos desiertos,
Triunfa el crimen; virtud por senda errada
Sus pasos guia, tremulos, inciertos.
Solo el malo es feliz; con frente osada

Solo se encumbra torpe hipocresia,
Tigre con piel de oveja disfrazada.
No basta que la intrepida energia
De pluma audaz, denuncie al monstruo horrendo,
Alzando el velo de su frente impia.
Que él en lo oscuro lo oye sonriendo,
Y el hilo sutilisimo prepara
Donde se va la victima envolviendo.
Nunca el designio perfido declara;
Hasta que el golpe destructor asesta,
Que en su inmunda caverna meditára.
¿Donde estamos? ¿qué insana edad es esta?
¿Al mismo que la luz goza, y admira
Cubre los ojos ceguedad funesta?
¿De la verdad el genio exelso inspira
Grandes preceptos, utiles lecciones,
Y quien recoge el fruto es la mentira?
¿Conocen sus derechos las naciones,
Y algun Cesar estupido y perverso
Sus brazos liga en fuertes eslabones?
¿De la inocencia el brillo puro y terso
Loor arranca al pueblo conmovido,
Y a un tirano se humilla el universo?
Cerrad, necios, el labio corrompido;
No hableis de Graco, ni ensalceis a Bruto,
Si echais su egemplo en indolente olvido.

No adoreis a Minerva, si no a Pluto,
Ya que del oro os lleva el lustre infame
Al torrente del siglo disoluto.
Dejad humildes que do quier derrame
La seduccion su emponzoñado aliento,
Sin que impotente colera os inflame.
¿ De qué sirve el prestigio del talento ?
De aumentar esa turba envilecida,
Que al vicio adora en su encumbrado asiento.
Consagre el bronce al fiero parricida ;
Ciña su frente esplendida diadema,
En sangre, y odio, y rebelion teñida.
Erijase el poder en lei suprema,
Y desde el polo al Bosforo agitado,
Sus leyes duras el esclavo tema.
Tan cruel como iluso, prosternado
Tiemble al pie de frenetica sibila *
Quien tiene al universo encadenado.
Llamese la opresion calma tranquila ;
Y amor paterno la homicida trama
Que el hierro agudo cautelosa afila.
Venda su trompa la engañosa fama,
Ya que el trono do erguiose el heroismo
De Loyola el dicipulo reclama.
Y tú, que lejos de tan hondo abismo,

* Madama Krudner, fundadora de la Santa Alianza.

Alzandote gloriosa y altanera,
Sincero culto das al patriotismo;
America feliz; en la carrera,
Que te apercibe la fortuna grata,
Fija al poder injusto alta barrera.
Como desliza el caudaloso Plata
Sus nobles aguas por la inmensa anchura
Y mas el curso al progresar dilata,
Triunfante asi de la contienda dura,
Crece en poder, y el por venir alcanza,
Que el nacional esfuerzo te asegura.
Arrostra con valor y confianza
La antigua usurpacion; en su ruina
Tu ventura, y tus glorias afianza,
Y el templo exelso de la paz divina.

# LA VEGETACION.

---

¡Cuan sabia en sus designios
Naturaleza adopta
Las partes que hermosean
Su maquina asombrosa!
Las flores solemnizan
Con inocente pompa
La estacion en que unidos
Todos los seres gozan;
Cuando en espesas ramas
Arrulla la paloma,
Gemidos de esperanza,
Lamentos de zozobra;
Cuando el trotero eleva
La frente generosa,
Bate el casco robusto,
La noble crin tremola,
Palpita, y denodado,
Cual corriente espumosa,

Tras de su compañera
Se lanza por las lomas,
Cuanto rompe sus grillos
La alegre mariposa,
Y amor de su existencia
Llena las leves horas;
Todo es goce y deleite,
Todo union y concordia,
Y en gratos himeneos
La tierra se alboroza.
  Mas ya Julio, del cielo
Las altas cumbres dora,
Y de su alegre gala
Monte y valle despoja.
Poder irresistible
Detiene y aprisiona
Los jugos que animaron
Las ramas, y las hojas.
En el debil tegido
Del tallo, silenciosa
Naturaleza el fruto
Lentamente elabora.
Alli provida encierra
Cosechas abundosas,
Y nectar delicado,
Y salud bienhechora.
El caliz se dilata

Y en fruta se transforma,
Y el caloroso estio
Lo llena y perfecciona.
Las doradas espigas,
Y las vides hojosas,
Al hombre sus riquezas
Dociles abandonan.
Entonces, de las plantas,
Ya languidas y flojas,
Timida desparece
La fuerza animadora.
Cede el leve follage
Al aliento que sopla,
Desde el Norte aterido
Con rabia estrepitosa.
Parda neblina cubre
Los campos; por la zona
Sus masas giganteas
La luz al cielo roban.
¡Salud Invierno augusto!
¡Salud calladas horas,
En que suspensa vive
Naturaleza toda!
Los torrentes crecidos
Bramando se desploman,
Cual fiera irresistible
De las erguidas rocas

Tiembla la cima adusta
Del Pirene, y se doblan,
Al huracan violento,
Las encinas nudosas.
Hombre infeliz, no temas
Y aguarda que recorran
El giro señalado
Las celestes antorchas.
Librate a la esperanza,
Que cual madre piadosa,
De lejos te señala
Termino a tus congojas;
Y cuando Primavera
Renasca venturosa,
Y su sonrisa alegre
Brille cual nueva Aurora,
El cantico sincero
De gratitud entona,
Y al que rige los astros
Con puro labio adora.

## LOS REGALOS DE BODA,

### CUENTO ALEMAN *.

---

El viagero que, hace seis siglos tenia que atravesar la Turingia, procuraba encaminarse por las inmediaciones del castillo de Aarburg, a menos que no se lo estorvase alguno de los numerosos inconvenientes que solian ocurrir en los viages antes que se inventasen las diligencias. Siempre habia en la garita del castillo un hombre armado, observando si pasaban caballeros, peregrinos, trobadores, o cualquier otra especie de caminantes. Si columbraba alguno, tocaba la trompa, y a esta señal caia el puente levadizo, las puertas del castillo se abrian de par en par, y el forastero era introducido con la mayor cortesia, y convidado a tomar algun

* En esta novela se ha procurado esplicar con el ausilio de las causas naturales una de las supersticiones mas propagadas en algunos pueblos de Alemania.

refresco, y a pasar la noche en una mullida cama. El Señor del castillo iba a visitarlo, y siempre le decia algunas espresiones cariñosas. Si el huesped era hombre de distincion pasaba al gran salon, donde estaba reunida la familia; si era de condicion humilde, quedaba en compañia de los criados, que lo cuidaban, y asistian con el mayor esmero.

El ultimo caballero de la familia, Sir Thimo von der Aarburg no quiso eclipsar la fama que sus abuelos habian tan justamente adquirido por su hospitalidad, y benevolencia. Habia heredado, ademas de los bienes paternos, los de muchos tios, primos, sobrinos, y parientes de diferentes grados, y por lo mismo se creia mas obligado a emplear sus riquezas en bien de sus semejantes. Cuando entraba algun viagero en su castillo, Sir Thimo salia a su encuentro, y lo colmaba de atenciones, y si pasaban algunos dias sin que se presentase alguno, montaba a caballo, y recorria la selva vecina por ver si alguno se habia estraviado en su frondoso laberiento.

El caballero tenia una hija unica, célebre en toda la Alemania, con el nombre de la hermosa Berta. Principes, condes, y caballeros venian de las tres partes del mundo, conocidas enton-

ces, a solicitar su mano, y admirar su hermosura. Mas ella no encontró ninguno digno de su afecto; uno le parecia demasiado petulante, otro demasiado timido; este no sabia llevar con gracia la armadura; aquel no manejaba diestramente el caballo. Asi estubo algunos años la hermosa Berta sin fijar su corazon, y sin pasar una mala noche. Era feliz, y no apetecia otro bienestar que el que disfrutaba.

A dos tiros de flecha del castillo de Aarburg habia otro que iba perdiendo poco a poco la forma de castillo, y se iba convirtiendo en un monton de ruinas. Poseialo Sir Balduino, cuya hacienda no correspondia a la sangre ilustre que corria por sus venas. Es verdad que su padre habia logrado juntar algunas riquezas, pero las disipaba con la misma facilidad con que las adquiria, pues reducido a vivir de sus hazañas, tomaba parte en todas las disputas, y feudos de los principes y señores de las cercanias, y el saqueo, y el rescate le proporcionaban a veces sumas cuantiosas. Pero Balduino, aunque arrojado y emprendedor no podia echar mano del mismo arbitrio; por que Maximiliano habia introducido el derecho Romano en el imperio, delarando que la lei, y no la fuerza decidiria todas las disputas de sus subditos y vasallos.

Desde entonces empezaron a eclipsarse los bellos dias del feudalismo. La Alemania se inundó de abogados, relatores, procuradores, auditores, jueces y alguaciles; no se oia hablar mas que de pedimentos, sentencias interlocutorias, termino de prueba, anto en vista, prescripcion, tenuta y enfiteusis, y aunque algunos aseguran que no mejoró la condicion de los pueblos, y que los pleitos arruinaban mas gentes que los combates, esta opinion solo tubo credito entre los enemigos del orden, gente revoltosa, y dañina, mortalmente aborrecida por los reyes, los ministros, los obispos, y demas seres privilegiados de la sociedad humana. Balduino se vio privado del egercicio de la profesion paterna, y reducido a la ociosidad, y a la miseria. Los muros de su castillo empezaron a venirse al suelo, y él tubo que abandonar una pieza tras otra a las invasiones de las lechuzas, y de los murcielagos, contra los cuales nada se dice en el codigo ni en las pandectas.

Lo peor del caso era que el corazon del paladin no estaba en mejor condicion que su casa solariega. El obgeto de sus ardientes deseos era aquella misma Berta su vecina, que tantos ilustres homenages habia desdeñado ¿Qué esperanza podia tener el infeliz? Ninguna, y sin embargo no podia renunciar a su amor. Lejos de huir

del precipicio se acercaba cuanto mas podia a sus bordes, y no desperdiciaba ninguna ocasion de ver al obgeto de su pasion. Por supuesto que Berta no fijó si quiera los ojos en su amaute, hasta que proclamada reina en un torneo, tubo que coronar por sus manos al vencedor, que era el mismo Balduino. Este no cabia en si de gozo y orgullo, y crecio de punto su satisfaccion, cuando terminada la ceremonia, se le acercó Sir Thimo, y despues de haber elogiado con entusiasmo su destreza, y su valor, lo convidó a pasar algunos dias en el castillo.

Balduino no se hizo de rogar, y Sir Thimo, que sabía el lamentable estado del castillo de su vecino, procuró con delicadeza detenerlo en el suyo durante los rigores del invierno. Apesar de la diferencia de la edad, los dos ilustres barones contrageron una amistad intima. Balduino se hizo amar de todos los habitantes de la casa por su buen humor, y por su gentileza, y Berta que empezó incautamente a tratarlo con estraordinaria confianza, echó de ver que esta habia abierto una puerta en su corazon, y que el amor se habia entrado por ella para no salir jamas. Procuró reprimir sus sentimientos, ya que conocio que era imposible desarraigarlos: pero todos sus propositos se desvanecieron, cuando

Balduino, sorprendiendola un dia en uno de los merenderos del jardin, se arrojó a sus plantas, y le declaró su amor. Berta, aunque orgullosa, no conocia las artes mezquinas que todas las doncellas emplean en tan criticas circunstancias. Aunque hubiera querido echar mano de una penosa, y violenta afectacion, la hubieran desmentido el carmin que se esparcio por sus megillas, la turbacion que eclipsó sus miradas, y las palabras inconnexas que sus tremulos labios balbuciaron. Confesó que amaba, pero al mismo tiempo hizo ver que no la lisongeaba la menor esperanza de ser feliz. Balduino, satisfecho con verse premiado, no pensó en las consecuencias, y ambos amantes, despues de un largo coloquio, tomaron la resolucion de ser mutuamente fieles, y constantes, y de condenarse al suplicio de vivir como dos seres indiferentes, por que sabian que Sir Thimo no consentiria jamas en un enlace tan desproporcionado.

Llegaron las fiestas de Navidad en que Sir Thimo solia dar opiparos convites a todos los nobles de las cercanias. En estas oeasiones lucia toda su generosidad, y magnificencia. Los javalies, venados, cisnes, perdices, y gallinas que se consumian aquellos dias en el castillo, hubieran bastado para aprovisionar a un egercito.

Los vinos eran tan esquisitos como abundantes, y mas de cien bufones, de los mas acreditados de Alemania, venian a provocar la risa de los ilustres comensales. En una de estas reuniones, cuando ya se hacian conocer los efectos de los tragos frecuentes, Sir Thimo dando un fuerte golpe en la mesa, esclamó despues de arrojar un profundo suspiro: "¿Es posible que no pueda haber dicha completa en el mundo? Todos me creeis feliz por que veis que tengo haciendas, y castillos, y privilegios, y derechos feudales. Pues bien, sabed que me considero desventurado, y que la causa de mi desventura es quien menos pensais: mi hija."

"¡Yo!" gritó Berta, temerosa de que su padre hubiese penetrado su secreta inclinacion.

"¡Vuestra hija!" dijo el Baron von der Vanclashftastansh, que estaba sentado al lado derecho de Sir Thimo.

"¡La hermosa Berta!" dijo Sir Balduino, lanzando una mirada en que se pintaron alternativamente el amor, la indignacion, y la sorpresa.

"Mi hija, continuó Sir Thimo; aunque debo confesar que no es culpa suya. Si en lugar de tener por unica heredera de mis riquezas una muchacha bonita, tubiera un joven robusto, intrepido, y honrado, nada faltaria a mi felicidad:

pero veo con dolor que no hai quien transmita a la posteridad el nombre glorioso de Aarburg. Berta se casará un dia de estos, y sus hijos se llamarán qué se yo como. Vosotros, que sabeis lo que es un nombre esclarecido, confesareis que tengo razon de quejarme de la suerte."

"No tanto como piensas, dijo Balduino, a quien parecio mui oportuna aquella ocasion de hacer una declaracion pública de sus sentimientos. Si quieres un hijo que meresca el nombre de tal, aqui me tienes a mi. Dame la mano de tu hija, y tus nietos heredarán tus virtudes, ya que no puedan conservar tu nombre."

"¡A ti! preguntó con la mayor estrañeza Sir Thimo. ¡Y adonde tienes los estados con qué has de mantener el lustre y la dignidad de tu esposa? Sabe que mi hija necesita un hombre poderoso, pues no tiene que contar con nada de lo que yo poseo. No: mi resolucion inflexible es gastar todos mis bienes en los regalos de la boda."

"¡Qué locura!" esclamaron en coro todos los concurrentes.

"No tanta como os parece, continuó Sir Thimo. Oidme, y vereis si es tan descabellado mi designio. Sabed pues que mi familia poseia,

como bienes vinculados, una caja de joyas preciosas, mas ricas, y bellas que cuantas tienen todas las princesas de Alemania. Este tesoro ha desaparecido, y yo he de consumir mis bienes en recobrarlo. No es vanidad el sentimiento que me inspira esta determinacion: es consecuencia de un suceso importantisimo, que no estoi de humor de referir por ahora."

"Refierelo, refierelo," gritaron a una voz los convidados.

"Voi a daros gusto, prosiguió Sir Thimo. Las preciosidades de que os he hablado eran de tan subido valor, que nadie sabía como habian llegado a manos de mis progenitores. Unos decian que mi cuarto abuelo las habia recibido de manos de una princesa Griega a quien habia inspirado una violenta pasion; otros que las habia adquirido en Palestina, en tiempo de la primera Cruzada. Nada de esto es cierto. Aquellas alajas vinieron a poder de mi cuarta abuela de resultas de un suceso tan admirable, tan portentoso, tan increible, que no me determino a contaroslo, temeroso de que lo trateis de fabula mezquina, y pueril."

"Cuentalo, cuentalo," digeron los huespedes.

"Todos habeis oido hablar de ese famoso





Gran Cazador, que atraviesa invisible los bosques de la Alemania. Nadie lo ha visto, pero todos han oido el sonido de su trompa que alcanza a una distancia de cien millas; todos saben que sus perros abaten en su carrera los arboles mas robustos, y que sus flechas no solo atraviesan de parte a parte las fieras mas fuertes, y temibles, si no hasta las rocas mas duras. Pues este genio invisible y portentoso, que egerce su poder en toda la Alemania, y que en vano han procurado buscar y perseguir las electores, los reyes, y los emperadores, se enamoró perdidamente de Ursula de Aarburg, esposa de Ruperto, Baron de Aarburg, vigesimo quinto de este nombre, y por consiguiente visabuelo de mi padre. Como la noble Baronesa no era menos célebre por su virtud, y por su fidelidad que por su gracia, y hermosura, el Gran Cazador, que la seguia sin ser visto en todas sus correrias, y escursiones, conocio que el unico arbitrio de que podia echar mano para satisfacer su pasion era la violencia, y asi lo realizó, apoderandose de aquella señora una tarde que salio a pasear a caballo, acompañada tan solo por un escudero. Figuraos la consternacion que reinaria en el castillo de Aarburg, y en todos los de la Turingia, viendo que habia desaparecido la flor de la nobleza de

Alemania. Hicieronse las mas esquisitas investigaciones en su busca, pero todas fueron infructuosas. Por fin al cabo de una semana se presentó la Baronesa, con una caja de ebano, y una carta dirigida a mi padre, y concebida en los terminos siguientes.

'Al noble Baron de Aarburg, &c. &c.—Salud.

'Tu muger ha estado una semana en mi poder, y te la restituyo tan pura como llegó a mis manos. Los genios de los bosques carecen de los apetitos y pasiones que degradan la naturaleza humana. Lleva consigo una caja con algunas joyas, y preseas de infinito valor. Ellas seran el talisman de la ventura de tu familia. ¡Ai de la casa de Aarburg el dia en que le falten estas alajas! El Gran Cazador.'

La venida de la Baronesa, la estraña aventura que habia ocasionado su desaparicion, y la incomparable hermosura del regalo que le habia hecho aquel ser tan misterioso como magnifico, hicieron mucho ruido en todos los circulos del imperio. El Baron Ruperto, que tenia una fe ciega en todo lo que su esposa decia, y que anteponia a todas las consideraciones humanas el engrandecimiento, y la prosperidad de su familia, determinó que aquellas alajas sirviesen de

regalo de boda a todas las futuras esposas de los primogenitos de su familia, y asi lo sancionó en un acto solemne, firmado por los hombres mas ilustres de la Turingia, y de los Estados circunvecinos.

En el curso de tres generaciones se observó puntualmente la voluntad del fundador, y de tal modo se realizó el vaticinio, que mi casa se engrandecio, como sabeis, no solo por los hechos de armas de sus individuos, si no por las vastas posesiones que fueron sucesivamente adquiriendo. Pero cuando iba a celebrarse mi boda con la difunta Berta de Klinporstahst, una de las doncellas mas nobles y mas ricas de la Carniola, y cuando reunidos todos los convidados a la ceremonia, mi padre se levantó para tomar el acostumbrado regalo de boda, vio con tanto asombro como pesadumbre que habia desaparecido del sitio en que lo guardaba, y por mas diligencias que hizo, no solo no pudo hallar el menor rastro de la caja, si no que ni aun tubo la menor indicacion de la persona que habia cometido un robo de tanta importancia. Este accidente convirtio en dolor el jubilo que debia reinar en ocasion tan solemne; mi padre fue de opinion que no se celebrase el matrimonio, temeroso de que fuese un tegido de miserias, y calamidades: pero Berta y yo

nos opusimos a esta sentencia cruel, y fuimos unidos por los vinculos del sacramento como lo estabamos por los del amor.

Las amenazas del Gran Cazador no tardaron en cumplirse. A los nueve msses de mi casamiento, la Baronesa dio a luz una niña, y no volvio a ser madre: siendo yo el primer heredero de mi casa que no ha tenido sucesion masculina, y el ultimo por consiguiente que usa un nombre tan ilustre como antiguo. Este mal es irremediable, y aunque ahora mismo pareciese, por un accidente inesperado, la caja perdida, mi edad y mis achaques me privan de toda esperanza de disfrutar de nuevo las dichas de la paternidad. Pero no quiero transmitir a mi hija las desventuras inseparables de la perdida de aquel tesoro, y he jurado que se mantendra soltera interin no me sea restitudo. El que obtenga su corazon ha de poseer bastantes riquezas para sostener el lustre de su casa, pues las mias se emplearán todas en buscar el regalo de boda, y si no lo encuentro, y quedo arruinado, Berta pasará al convento de Canonesas de Praga, y yo iré a terminar mis dias en un rincon oscuro que la hospitalidad de mis amigos me proporcione."

Calló el Baron, y todos los huespedes se miraron unos a otros, como si se consultasen mu-

tuamente sobre el credito que debia darse a tan peregrina narracion. Sin embargo pocos fueron los que dudaron de su verdad, y estos pocos no se atrevieron a manifestar sus dudas, por estar presente el capellan de la casa, que los hubiera escolmugado como hereges, o idolatras, si tal cosa hubiera llegado a entender.

Balduino, sin embargo, que habiendo ya roto la barrera se sentia cada vez mas animado por el amor y la esperanza, se levantó de su asiento, y llamando la atencion de todo el concurso. "Sir Thimo, esclamó, el corazon de tu hija es mio, y ya seria inutil prolongar un disimulo que quizas podria dar motivo a sospechas calumniosas. Si suspendes toda resolucion hasta mi regreso, mañana salgo de aqui, en busca del tesoro que has perdido, y confio en el favor de Dios, y en el esfuerzo de mi brazo que lo arrancaré del perverso que te lo usurpa. Dame tiempo suficiente para hacer mis investigaciones, y si este periodo pasa sin que yo logre mi intento, me someteré sin murmurar a tu resolucion."

"Berta, dijo Sir Thimo dirigiendose a su hija, ¿es cierto que has entregado tu corazon al Baron Balduino?"

Berta bajó los ojos, y se puso de mil colores.

"Ya lo entiendo, continuó Sir Thimo, y veo

que está hecho el daño, y que no es posible por ahora darle remedio. Consiento en lo que me propones, Sir Balduino, y te doi un año para que consumes tu dificil empresa: mas con la condicion de que espirado el termino, si no has logrado tu fin, no has de presentarte en esta casa, ni a los ojos de Berta, que esto seria renovar su herida, y esponerla a odiar al que deba ser dueño de su mano."

"Que me place," respondio el joven, y llenando la copa, y convidando a los otros huespedes a que hiciesen lo mismo, se dio un brindis general, como ratificacion del pacto que acababan de celebrar aquellos dos personages.

Terminado el banquete Balduino, en lugar de entregarse al sueño, como hicieron los demas, pasó lo poco que quedaba de noche en preparar sus armas para la gran correria de que pendia su suerte. Rayó la aurora, y Berta, que no habia podido pegar los ojos, se levantó apresuradamente para despedirse de su amante. Digeronse en aquella triste ocasion las cosas mas tiernas, y mas pateticas, vertieron muchas lagrimas, y Berta no se quitó de la torre del castillo sino cuando el caballo blanco del paladin se perdio de vista en los bosques inmediatos.

Me veo precisado a suprimir, en favor de la

brevedad, la interesante relacion de las aventuras que ocurrieron a Sir Balduino, durante los primeros meses de su espedicion. Baste decir que no dio un paso que no fuese un suceso estraordinario. En Ungria echó al suelo en un torneo a cuantos midieron con él sus armas: en Moravia rescató a una princesa de las manos de su opresor; en Livonia partio por medio a un Tartaro enorme, especie de jayan espantable, que era el terror de la provincia; en Stiria tubo que huir apresuradamente del palacio de una duquesa viuda, a quien habia inspirado una pasion violenta: por fin en Dalmacia mató al tirano que oprimia al pueblo, y escapó por milagro de las manos de sus subditos que no vieron sin espanto profanado el alto caracter del ungido del Señor.

Ya habian pasado diez meses del termino concedido por Sir Thimo, y el desventurado amante iba perdiendo las esperanzas de lograr el fin de sus deseos. Una tarde atravesaba tristemente uno de los puntos mas enmarañados de la famosa Selva Negra, cuando oyó ruido de armas a poca distancia, y creyendo que sin duda procedia de algun viagero atacado por algunos de los muchos salteadores que se abrigan en aquellas espesuras, apretó espuelas al caballo, puso la lanza en ristre, y se dirigio al punto de donde

procedia el rumor. No tardó en descubrir cuatro hombres a caballo, empeñados en pelea harto desigual, pues uno de ellos se defendia contra tres, y estos llevaban completas armaduras, y aquel solo un peto de cuero, y una pequeña rodela de lo mismo. Sin embargo se defendia con tanto brio y destreza, que los tres enemigos podian apenas parar los golpes que les asestaba. Balduino entró en combate sin detenerse, y tan terribles botes dio con su lanza, y tal brio inspiró su presencia al atacado, que de los tres contrarios uno quedó sin vida en el campo de batalla, y los otros dos huyeron precipitadamente, con evidentes síntomas de ir malparados y heridos.

Terminada la lucha el valiente joven de la rodela de cuero se volvio a su defensor, y le manifestó con el mayor entusiasmo su agradecimiento, y la admiracion que le habia causado su valor, y pujanza. Pero observando al mismo tiempo que salia sangre de su armadura le rogó que viniese con él a su habitacion, distante pocos pasos de aquel sitio, donde lo hospedaria todo el tiempo que gustase detenerse en ella, y le suministraria los remedios que su herida necesitase.

Sir Balduino, que estaba prendado de la ga-

llardia del joven, admitio con gusto su oferta, y se dejó conducir por varios senderos intrincados, hasta llegar a una roca escabrosa, en una de cuyas asperas grutas, entraron los dos, habiendo sido recibidos a la puerta, por varios hombres armados y vestidos como el primero, a quienes este dio orden de tratar a su huesped con toda la atencion y respeto debidos a un hombre tan generoso, y valiente.

No quedó poco sorprendido Balduino al verse en un sitio, y entre gentes de tan estraño aspecto, y que mas bien parecian salteadores que caballeros. Pero las modales comedidas de Huberto, que asi dijo llamarse el de la rodela de cuero, la abundancia y delicadeza que reinaba en las provisiones y utensilios de lo interior, y el orden y sumision que se observaba en la conducta de todos aquellos hombres, que parecian reconocer en Huberto no ya un gefe ordinario, si no un ser superior en autoridad e inteligencia, disiparon sus recelos, y le hicieron creer que estaba rodeado de las victimas de alguna persecucion. Tales eran las revueltas de los tiempos, y tan desenfrenadas las pasiones de los poderosos, que por todas partes se veian familias ilustres, y hombres inocentes, profugos, y miserables, obligados a huir de su patria, y a

vivir lejos de la sociedad. Balduino habia recibido una herida profunda, aunque no peligrosa, y Huberto despues de haberla examinado, la bendó con esmero, y le aplicó un balsamo cuyos beneficos efectos no tardaron en percibirse.

Entretanto los dos guerreros entraron muchas veces en conversacion, y empezaron a aficionarse uno a otro. Balduino, que era tan franco como valiente, no tardó en confiar a su huesped el obgeto de su espedicion, aunque con la precaucion de ocultar el nombre de la que adoraba, y el de la familia a quien pertenecia el perdido tesoro.

Huberto oyó aquella historia con estraordinaria atencion, y cuando la concluyó Balduino, tomandolo afectuosamente por la mano, y manifestando en su fisionomia el mas vivo interes, y curiosidad, "poned el sello, le dijo, a vuestra noble confianza, y decidme el nombre de la familia que deplora la perdida de esas alajas." Balduino quedó suspenso, y como dudando si accederia o no a la demanda. Huberto continuó: "ya veo que no os inspiro bastante confianza, pero a lo menos si yo acierto ese nombre misterioso, tendreis la bondad de declarar si he dicho la verdad, o si me engaño. La caja que buscais es del ilustre Baron von der Aarburg."

La sorpresa de Balduino al oir estas espresiones dio a entender claramente a Huberto que no eran infundadas sus congeturas: por lo que, demonstrando el jubilo mas sincero, y mas vehemente, pasó a uno de los retretes interiores de la gruta, y volvio al cabo de algunos minutos, con una caja de ebano en las manos.

"Aqui teneis, le dijo, las alajas que fueron dadas a Ursula de Aarburg, por uno de mis progenitores, y que una casualidad funesta trajo otra vez a manos de mi familia. Tomadlas, y sed feliz en compañia de la hermosa Berta: pero creed que vuestra satisfaccion al recobrar ese don precioso, no es inferior a la que esperimento al daros esta prueba de mi gratitud, y de mi aprecio."

Es preciso haber estado enamorado, con pocas o ningunas esperanzas de alcanzar el obgeto querido, para formarse una idea de los sentimientos que se agolparon al corazon de Balduino. No hallaba espresiones para manifestar su agradecimiento, su sorpresa, y su satisfaccion. Inmediatamente quiso montar a caballo, y restituirse a Turingia, para recoger el premio de su descubrimiento; pero Huberto reconocio la herida, y dijo que no se hallaba en estado de suportar el movimiento ni el egercicio, y que

todavia necesitaba de tres dias de reposo, antes de emprender una marcha tan larga, y tan penosa.

Balduino se sometio, aunque con repugnancia, a esta nueva demora, y esclusivamente ocupado en la mudanza que acababa de esperimentar su suerte, quiso saber la historia de aquellas alajas, suponiendo que contendria hechos estraordinarios relativos a la familia que ya consideraba como suya.

Huberto alegó diferentes pretestos para reusar la declaracion que se le pedia, mas al cabo no pudo negar una gracia al que le habia salvado la vida. Condujo a Balduino a uno de los rincones de la gruta, y lo hizo arrodillar ante un crucifijo. "Jurad, le dijo, a fe de Cristiano y caballero, que no revelareis a persona alguna los secretos que os voi a descubrir."

"Lo juro," respondio Balduino.

"Dios os ayude, continuó Huberto, si asi lo hiciereis y si no, os lo demande."

Terminada esta ceremonia, que no dejó de picar la curiosidad del paladin, Huberto tomó la palabra, y dijo:

"Mi quinto abuelo, que fue quien dio esas alajas a la cuarta abuela de la hermosa Berta, era el Gran Cazador."

Balduino miró a su huesped de los pies a la cabeza, no ya con sorpresa, si no con algunos sintomas de espanto.

" ¡ El Gran Cazador decis !"

" El Gran Cazador, cuyo dictado se ha transmitido en la familia de padres a hijos, y que ultimamente ha recaido en vuestro servidor que teneis presente."

" ¡ Y qué ! ¡ Sois vos ese ente desconocido, misterioso, y diabolico que causa tanto asombro a la Alemania entera !"

" Ese mismo, continuó Huberto; pero suspended vuestro juicio, hasta saber los pormenores que os voi a referir, y entonces vereis que no hai nada sobrenatural en mi existencia, y como ha llegado a propagarse ese error que atribuye al Gran Cazador tantos prodigios, y tantos atentados. Ya habreis conocido en mi trage, habitacion, y modo de vivir la profesion que egerzo."

" No por cierto," respondio Balduino.

" ¡ No ! dijo Huberto; lo siento en verdad, pues me hubierais ahorrado la vergüenza de confesaros que vivo de los bienes agenos, como viven en la actualidad la mayor parte de los nobles de Alemania, con la diferencia que lo que en ellos es valor, y grandeza de animo, en mi

es maldad, y crimen. En una palabra soi capitan de salteadores."

Balduino hizo un gesto de horror, e indignacion: pero inmediatamente se acordó de la caja, y de la ventura que por su medio iba a merecer; y teniendo presente ademas las santas leyes de la hospitalidad, que en aquellos tiempos se observaban tan escrupulosamente, procuró disimular su entrañeza, y rogó a Huberto que continuase.

" Mi quinto abuelo Huberto I, continuó el bandolero, fue el primero de mi familia que egercio esta peligrosa ocupacion; él fue tambien quien fundó en Alemania la preocupacion vulgar del Gran Cazador, hoi tan arraigada en los animos, que no hai quien dude de la existencia de aquel portentoso personage. Fue hombre de estraccion ilustre, valiente en la guerra, osado en las empresas, y tan aficionado y diestro en la caza, que pasaba su vida en los bosques, donde adquirio cierta aspereza de costumbres, que influyó notablemente en el genero de vida a que se dedicó en lo sucesivo.

Pero lo que lo impulsó a abrazar tan desesperado partido, fue la persecucion que esperimentó de su hermano mayor, heredero de los principales bienes paternos; el cual, no satis-

fecho con su rica sucesion, privó a Huberto de los que poseia, le atribuyó un crimen de estado, logró que fuese condenado a muerte, y lo obligó a separarse de la sociedad de los hombres, y a vivir de los productos de la caza.

En este egercicio hizo tantas proezas que se atrajo la admiracion de los muchos cazadores esparcidos a la sazon en esta Selva Negra en que nos hallamos, y en todos los bosques de las cercanias. Como, por otra parte, era hombre de superior ingenio, y de maravillosa fuerza, y robustez, no tardó en reunir bajo sus ordenes un gran numero de hombres atrevidos y necesitados, que lo exitaron a erigirse en capitan de bandoleros, y que le ofrecieron fidelidad, y obediencia. La exasperacion, la vanidad, y el deseo de mejorar de condicion le hicieron adoptar esta idea: pero no queriendo confundirse con los ladrones vulgares, y deseando tomar cuantas precauciones pudiera para frustrar la persecucion, y evitar el castigo, inventó un arbitrio que correspondio plenamente a sus designios, y que se ha conservado, y probablemente se conservará largo tiempo en Alemania, a menos que vos no falteis al juramento que acabais de prestar, lo que seguramente no debe temerse de vuestro honor. Como todos los

cazadores que se unieron a mi abuelo tenian sus familias en los pueblos de esta comarca, y frecuentemente iban a sus casas a llevar los frutos de sus cacerias, empezaron a esparcir, por orden de su gefe, los mas estraños e increibles rumores, sobre un prodigioso cazador que se habia aparecido en las selvas, y cuyo aspecto, trage, estatura, y fuerza irresistible indicaban un ser sobrenatural. Decian que se hacia invisible, y se presentaba de pronto en los sitios mas distantes de aquellos en que pocos minutos antes se le habia visto; que su trompa se oia a cien millas de distancia; que sus perros eran de colosal altura, y que sus flechas jamas erraban el punto a que se dirigian. Pronto se acreditó esta fabula no solo en el pais, si no en toda la Alemania, y apenas se oia algun rumor estraordinario en las selvas, la gente huia azorada, creyendo que era el Gran Cazador que se acercaba.

A favor de este cuento, mi abuelo y sus amigos pudieron egercer seguros el genero de vida que habian abrazado. Apenas tenian noticia de que venian viageros, los aguardaban escondidos en la maleza, y al acercarse estos, sonaban todas sus trompas al mismo tiempo, aprovechandose de su turbacion para apoderarse de las bestias de carga, que sin perdida de tiempo traian a esta

misma cueva, morada primitiva de aquella estraordinaria sociedad.

Huberto se casó y transmitió a sus hijos su arrojo, y su ocupacion. Por espacio de cinco generaciones, mis predecesores, y yo en la actualidad hemos sido los dueños de la Selva Negra, y hemos acumulado cuantiosas riquezas con los frutos de nuestras escursiones. Nuestros subalternos nos obedecen tambien por feudo hereditario, y los que veis ahora dociles a mi voz, son descendientes de los mismos que se juntaron por primera vez en la epoca de que acabo de hablaros.

Pero volvamos a la caja de joyas que es lo que mas os interesa.

Huberto primero se habia prendado de la hermosa Ursula von de Aarburg, muger de un merito estraordinario, que asi manejaba la aguja como la flecha, y tan diestra era en tocar el harpa como en domar un potro. Muchas veces acompañaba a su esposo en sus frecuentes cacerias, y ningun cazador la exedia en perseguir un gamo, ni en atravesar de parte a parte a un javali. Tan impetuosa fue la pasion de mi abuelo, que resolvio satisfacerla a toda costa, y como no se alejaba nunca de las inmediaciones del castillo, y seguia todos los movimientos del

obgeto de su amor, pudo aprovechar la primera ocasion que le deparó la suerte. La Baronesa salio una tarde a caballo, sin otra compañia que un escudero, que la seguia a cierta distancia. Huberto salio de entre los arboles, con dos de sus mas fieles bandoleros, se apoderó de la Baronesa, y la trajo a esta misma gruta. El escudero volvio a rienda suelta al castillo, y contó lo que habia pasado, con lo que todos creyeron que la hermosa Ursula estaba en manos del Gran Cazador.

Mi abuelo no habia olvidado los respetos que un hombre de honor debe a las damas, ni podia desprenderse de los sentimientos, y modales que en su juventud habia adquirido. Cuando se vio solo con la Baronesa, en lugar de abusar de su situacion, procuró calmar su dolor con las protestas mas tiernas de amor, de veneracion, y de obediencia. Queria ganar su corazon, y la amaba demasiado para que pudiera satisfacerlo un triunfo debido al terror: pero desde luego halló una resistencia heroica, y cuando despues de una larga esplicacion, la Baronesa conocio que su opresor era un hombre bien nacido, que las desgracias, y el amor habian estraviado, adoptando el lenguage de la amistad, y de la confianza, le

aconsejó que no se lisongease con esperanzas aereas, puesto que su corazon y su persona eran de su esposo, y no serian jamas de otro alguno. Huberto estaba cada vez mas enamorado, y cada palabra que pronunciaba Ursula no hacia mas que aumentar el incendio que lo consumia. Ella, acostumbrada a leer en el corazon humano, y bien convencida del imperio que egercia en el de aquel desconocido, lejos de manifestarse asustada, y temerosa de algun insulto, empezó mui en breve a tratarlo con amabilidad, y franqueza, y logrando de este modo completar su triunfo le exigio que la restituyese inmediatamente a sus hogares. Pero aquella misma noche sobrevino tan horrible temporal, que los rios salieron de sus cauces, y la selva se inundó de agua, en terminos que era imposible transitar por ella sin esponerse a perecer a cada instante. Una semana duró aquella intemperie, y durante todo aquel tiempo, la Baronesa se mantubo en la gruta, siempre respetada y obedecida, disimulando su enojo, y sus temores, aparentando alegria, y cordialidad, y encadenando cada vez mas el corazon de mi abuelo. Al fin, vino la serenidad, y fue preciso hacer el sacrificio de abandonar una presa de tanto valor: mas antes,

Huberto condujo a la Baronesa a los pies de ese mismo Crucifijo, y le hizo prestar el mismo juramento que habeis pronunciado. Tomada esta precaucion, sacó esta caja, llena de las mismas alajas que contiene, y le dijo: "he aqui lo mas precioso que poseo, y de que me desprendo con placer, en testimonio de la pasion inestinguible que me habeis inspirado. Las joyas que encierra esta caja han pertenecido al hospodar de Moldavia, y aunque es inutil deciros por qué medios han llegado a mis manos, conviene que sepais que no hai princesa en Alemania que las tenga iguales en riqueza y esplendor. Tomadlas, y poseedlas, y por unico galardon, acordaos de vuestro esclavo Huberto, cuando adorneis con ella vuestra incomparable persona. Para que no padezca vuestro honor, ya que tanto ha padecido vuestra tranquilidad, entregad al Baron esta carta que bastará a satisfacer sus dudas. Tan interesada estais vos como yo mismo en acreditar esta ficcion, por que si cometeis la imprudencia de referir lo que ha pasado ¿quien podra creer que vuestro honor haya salido ileso de una caverna de foragidos?

La Baronesa convino en la sensatez de estas observaciones; juró por su honor, y por la vida de su esposo que guardaria un secreto invio-

lable; tomó la caja; montó a caballo, y partio para el castillo, custodiada por mi abuelo, y por otros dos salteadores que la dejaron a poca distancia de aquella residencia: mas antes de separarse, no solo permitio que Huberto le besase las manos, si no que derramó algunas lagrimas, y le aseguró que jamas olvidaria su gentileza, y su generosidad.

Mi abuelo conservó toda su vida aquella funesta pasion, y en su testamento declaró la aventura de la caja, y recomendó en los terminos mas positivos a sus decendientes, que si alguna estraordinaria casualidad volvia a traerla a sus manos, hiciesen todas las diligencias posibles por restituirla a la familia de Aarburg. De aqui se originó en mi familia la creencia que interin la caja se mantubiese en poder de los herederos de Ursula, seriamos felices en todas nuestras empresas, y conservariamos nuestra independencia, y nuestra buena dicha.

Asi se verificó por espacio de tres generaciones, hasta que mi padre heredó el mando supremo de la compañia, y el titulo, y las prerrogativas de Gran Cazador.

Mi padre no era tan activo, ni tan valiente como sus predecesores. Gustaba del reposo, y se contentaba con enviar a sus subalternos a las

espediciones que juzgaba convenientes, y de aqui resultó una considerable diminucion en sus ganacias. Uno de sus tenientes, que tenia orden de guardar los caminos inmediatos al castillo de Aarburg, se enamoró de una de las camareras de la Baronesa, madre del Baron actual, y entabló con ella relaciones tan intimas, que fue admitido secretamente en el castillo, y aprovechandose de la ausencia de los amos, pudo sustraer, con el ausilio de unas llaves falsas, la caja que encerraba tantas riquezas. Este robo estubo mucho tiempo oculto. El teniente vino a la gruta lleno de orgullo con tan bella adquisicion, mas en lugar de recibir enhorabuenas, solo recibio improperios, y maldiciones. Mi padre conocio que habia llegado el termino de nuestra prosperidad, y en efecto poco tiempo despues fue perseguido por unas tropas del imperio, y murio de un flechazo en la refriega que con ellas tubo.

Sucedile yo en el mando, y mi primer esmero fue restituir la caja a sus legitimos poseedores: mas hasta ahora me ha sido imposible, pues ninguno de mis compañeros ha querido esponerse a tan peligrosa comision. Entretanto no ha cesado de perseguirme la desgracia; muchas veces me he visto rodeado de enemigos, descubierto, y

proximo a perder la vida. En la ultima de estas ocasiones solo pude salvarla gracias a vuestra oportuna aparicion, y a vuestro admirable brio. Ved pues Sir Balduino si me sera grata la restitucion que os hago de ese talisman, que en el dia está siendo causa de la desgracia de dos familias."

Admirado quedó Balduino al escuchar tantos y tan estraordinarios sucesos, y aunque el amor dominaba esclusivamente todos los sentimientos de su alma, no podia menos de pensar seriamente en los deberes que acababa de contraer con aquel joven desgraciado, en quien descubria prendas dignas de una situacion mas honrosa. Para disipar en el corazon de Huberto toda inquietud que pudiera abrigar acerca del secreto que habia prometido, no solo volvio a pronunciar el juramento anterior, si no que trazó una cruz con la sangre de sus venas en los muros de la gruta, diciendo a su huesped: "lo mas precioso que tengo es la sangre que mis padres me han transmitido, y que hasta ahora se ha conservado limpia de toda infamia y falsia. Aqui os la dejo en prenda de la fidelidad con que desempeñaré la obligacion que con vos he contraido"

Llegó la hora de la partida, y no se verificó esta sin demonstraciones de sincero sentimiento

de una, y otra parte. Pero cuando Sir Balduino se vio en el camino del castillo de su adorada, con aquel deposito precioso, anuncio de la unica ventura que deseaba, solo pensó en la hermosa Berta, y solo conservó de Huberto un recuerdo lejano, y una leve gratitud.

Figurese el lector, si puede, el efecto que produciria su entrada en el Castillo de Aarburg ; la turbacion de Berta, el jubilo de Sir Thimo, el orgullo del afortunado amante, y la prisa que se darian los tres en acelerar la union que debia recompeusar tan importante servicio, y coronar tantas esperanzas y deseos. Dos meses duraron las fiestas de la boda, y muchos años la ventura de aquellos esposos que debieron su dicha a tan estraño incidente.

Lo que no es mui facil de esplicar es como se supo la historia del encuentro de la caja, puesto que Sir Balduino se habia obligado de un modo tan solemne a guardar aquel secreto toda su vida. Unos dicen que acometido por una grave enfermedad, la violencia de la calentura le perturbó la razon, y en uno de sus accesos refirio menudamente todo lo que habia pasado. otros que Huberto, arrepentido de sus exesos, se convirtio a Dios, tomó el habito en un convento de Bene-

dictinos de Sajonia, y publicó toda la historia por orden de su confesor.

Yo no me atrevo a decidir una cuestion tan delicada. Lo que puedo asegurar es que muchos años despues de haber desaparecido de la escena de este mundo Sir Balduino y Huberto, y sus hijos, y los hijos de sus hijos, se conservaba en Alemania la creencia de que el Gran Cazador solia visitar las selvas, y matar los venados mas gordos. ¡Tan pertinaz es el imperio del error, y tan dificil es destruirlo cuando ha llegado a echar raices en el corazon de los hombres!



R. Hills del.  E. Finden sculp.

EL CIERVO.

Pub. by R. Ackermann, London, 1827.

## EL CIERVO.

---

Sonó la trompa, y al llano
Subito acuden alegres
Intrepidos cazadores,
Sobre troteros valientes.

Suena otra vez, y en lo oscuro
De las enramadas verdes,
Oyela el ciervo, y levanta
Con viva inquietud la frente.

Alzase, y mirando en torno
Los troncos que lo guarecen,
Do quier descubrir procura
Sus enemigos aleves.

Reprime el timido aliento,
La ligera planta mueve,
Y aguarda para la fuga
Que mas el riesgo se acerque.

Mas ya en densa nube el polvo
Que los aires oscurece,
Y los ladridos agudos,
De los feroces lebreles,

Y el estruendo de las armas,
Y gritos que el aire hienden,
De la sanguinosa turba
La proximidad le advierten.

Lanzase veloz, y salta
Sobre la alfombra de cesped,
Y entre los giros frondosos
De la selva desparece.

Descubrenlo, y anelantes,
Y mas que las auras leves,
Sus pasos fugaces siguen
Los que juraron su muerte.

Tras él a la sierra suben,
Al hondo valle decienden,
Y del caudaloso rio
Atraviesan las corrientes.

Ya su ciega rabia burla;
Ya en un matorral lo pierden,

Y en torno vagan confusos,
Y dudosos se detienen.

El ciervo entanto en la margen
De hervosa y oscura fuente,
Debil, cansado, se oculta,
Y las mansas linfas bebe.

Creyó respirar seguro;
Reclinase blandamente,
Y en placidas ilusiones
Descuidado se adormece.

Mas ah! que del hombre ignora
Las intenciones crueles;
Si sed de triunfo lo incita
¿Qué barrera lo detiene?

Ni las arenas de Zara,
Ni el muro de eterna nieve,
Que de los polos del mundo,
Los anchos circos guarnece.

Ni el raudal enfurecido
Que espantoso se desprende,
Por valles y por laderas
De la cumbre del Pirene.

De cerca los ve el cuitado,
Y apenas salvarse puede,
Por el aspero declive
Que un alto risco le ofrece.

Sube a la pelada cima,
Donde a su mirar se estienden
Del Oceano insondable
Las llanuras inclementes.

Y resuelto a morir libre,
Por que vivio libre siempre,
Y oyendo de cerca el grito
Que le anuncia cruda suerte,

Rapido se precipita
Desde la altura eminente,
Hallando en las negras olas
La libertad, y la muerte.



S. Prout del.t Freebairn sculp.t

S. MARCOS Y EL PALACIO DEL DUX DE VENECIA.

Pub. by R. Ackermann London.

## S. MARCOS Y EL PALACIO DEL DUX DE VENECIA.

---

Al entrar por primera vez en la plazuela (*piazzeta*) de San Marcos, y al echar una ogeada en los edificios que por todas partes la circundan se ofrecieron a mi imaginacion aquellos graves personages que por espacio de mil años habian hecho temblar el Oriente, y dominado, por el influjo del terror, y de la opulencia, en los paises occidentales de Europa. Acordéme especialmente de aquel arrojado noble que al tener noticia de la espedicion de Vasco de Gama, propuso en el senado que se equipase inmediatamente una escuadra para atacar y destruir la Portuguesa. Si se hubiera adoptado este plan ¡ cuan distinto rumbo no hubieran tomado el comercio, y la navegacion !

La vista se fija desde luego, si no con placer, a lo menos con viva curiosidad, en aquel singular edificio que reune los tres generos de arquitec-

tura prevalecientes en la epoca de su ereccion (1350), a saber, el Griego, el Arabe, y el Gotico. El muro de prodigiosa altura que forma la parte principal del edificio, denota el primer obgeto de la arquitectura oriental, esto es, proteccion de los rayos del sol. Esta inmensa pared apenas tiene interrupcion alguna, pues las tres ventanas que la cortan, aunque gigantescas, no figuran en tan vasta estension. Los arcos puntiagudos del primer piso, y la balustrada del techo, pertenecen al gusto Gotico. Las columnas del basamento descubren algunos vislumbres del genero Griego, como se conservaban en aquel siglo.

La principal entrada se llama la Puerta de la Carta, nombre que proviene de los memorialistas, y escritores que egercian alli su profesion en otro tiempo. Es un curioso conjunto de los tres estilos mencionados, pero hace una triste figura comparado con la mole vastisima de que depende, pues sus proporciones son mui reducidas. El patio a que da entrada sirve hoi de bolsa a los pocos que se ocupan en el comercio, en aquella antes opulenta metropoli del comercio del mundo.

Al examinar las columnas del basamento la vista se fija involuntariamente en los capiteles, y el espectador no puede menos de preguntar con

estrañeza a qué epoca pertenecen aquellas obras maestras de escultura. La historia de Venecia nos dice que son de mediados del siglo XIV, pero la egecucion parece digna de la epoca mas brillante de las artes en Grecia, y Roma, y nada inferior a los adornos de la columna de Trajano. El gusto esquisito de los arabescos, y de los asuntos historicos, y simbolicos; la perfeccion del dibujo; la delicadeza del trabajo, y la admirable armonia que reina en todo el conjunto ofrecen grandes asuntos de meditacion al artista, y de recreo al aficionado. El autor de estas preciosidades fue el desventurado Felipe Calendario, que nacio a principios del siglo XIV, y a quien el célebre Marino Falieri confió la ereccion de un nuevo palacio ducal. Por su continua asistencia al palacio viejo, Felipe tubo frecuentes ocasiones de tratar a Marino, y este tubo el arte de seducirlo, y de hacerlo su complice en la conspiracion que tramó para destruir la aristocracia Veneciana. Descubierto el plan, Calendario y otros muchos que habian imitado su egemplo, murieron en la horca. El Dux, despues de haber sido publicamente depuesto de su dignidad, y despojado del cuerno ducal (*il corno ducale*) fue decapitado en la gran escalera del patio principal de palacio. Asi murio uno de

los artistas mas eminentes que ha producido Italia; asi terminó en la flor de la edad una vida que probablemente hubiera sido gloriosa a las artes. Este suceso ocurrio en 1350.

Las columnas que sostienen estos capiteles han dado lugar a grandes controversias entre los inteligentes: no solo son desproporcionadamente pequeñas con respecto a las otras dimensiones del edificio, sino que carecen de socalo, y de toda especie de base. Segun la opinion comun, el arquitecto las hundio mas de lo que debia debajo de tierra: pero ¿qué motivo pudo tener para una estravagancia tan absurda? En 1810 se hizo una escavacion por peritos nombrados al efecto, y se descubrio que una gran parte de las columnas estaba realmente debajo del piso, pero se atribuyó esta circunstancia a un accidente particular, y no a un designio original del arquitecto. El terreno ha subido de nivel, como lo prueba un pavimento inferior de ladrillos que se descubrio en la misma epoca, y como es preciso que se verifique si se tiene presente que el agua adelanta en aquella parte tres pulgadas cada siglo. En muchas ocasiones se inundan los barrios bajos, y con el tiempo sera necesario realzar el piso de la plaza de San Marcos, para evitar que se sumerja de un todo.

La estampa adjunta representa a la izquierda la plaza de S. Marcos; la iglesia de la misma advocacion en el centro, y a la derecha la *Porta della Carta,* o entrada principal del palacio del Dux, con una de las dos columnas que la sostienen. Estas columnas fueron traidas de Oriente, pero no se sabe cuando, ni por quien.

¡Cuantas reflexiones se agolpan a la mente del viagero al contemplar el silencio, la soledad, la degradacion que reinan hoi en aquel sitio, morada antes de la opulencia, de la actividad, del poder maritimo, de las artes, y de los placeres! ¡Qué espantosa transformacion! Cuando Venecia daba leyes a los monarcas de Europa, cuando encadenaba el Oriente, y hacia tributarios de su comercio a todos los pueblos del mundo, los archiduques de Austria, apenas figuraban entre la turba de principes que dividian la Alemania. Sus pueblos estaban envueltos en la barbarie, y la embriaguez, cuando en Venecia florecian genios de primer orden. Las prendas primitivas de estos dos pueblos conservan parte de su vigor original; los Venecianos son vivos, inteligentes, ingeniosos, fecundos en imagenes graciosas, apasionad s por las artes; los Austriacos tetricos, flematicos, incapaces de aquellas emociones vehementes que tantas

grandes acciones han producido; el despotismo los embrutece, la severa disciplina militar los degrada, la supersticion los condena al error, y a la ignorancia. Y sin embargo Venecia no es mas que un cuartel de Austriacos! Y la reina del Adriatico es esclava de un gabinete opresor y enemigo de las luces!

Pagᵃ. 337.



H. Fradelle del.ᵗ R. Smart sculp.ᵗ

LA PRINCESA ISABEL.

Pub. by R. Ackermann London 1827.

## LA PRINCESA ISABEL*.

---

En la prision solitaria
Gime la ilustre Isabela,
Sin esperanza, ni amigos,
Sin apoyo, ni defensa.
Empero abriga en el alma
Gran brio, noble soberbia,
Y el rigor de la fortuna
Nunca dobló su altiveza.
Nada teme, porque es libre;
Es libre aunque la encadenan,
De persecucion injusta
Las acechanzas perversas.
Sabe que el odio inclemente
Con vil mirada la acecha,

* La Princesa Isabel, despues reina de Inglaterra, hija de Enrique VIII y de Ana de Boleyn, fue declarada ilegitima por el Parlamento, y encerrada en la prision de Woodstock. La historia ha conservado la anecdota a que se refiere este romance.

Y que le basta ser hija
De la infelice Bolena
Tranquila vive en prisiones;
Y en la gotica vidriera,
Con duro diamante escribe:
*No me intimidan sospechas.*
Mas de lejos el sonido
Oye de voz lisongera,
Que por el aura se esparce,
Cual perfume de azucena.
Era la cancion sencilla,
Que en feliz independencia,
Con blandos ecos entona
La muchacha de la aldea;
Celebrando la ventura
De las rusticas faenas,
Y el cefiro bullicioso
Que los sembrados orea.
Y el relumbrar de la aurora,
Cuando en las cumbres exelsas,
Lucientes visos esparce
De carmin, nacar, y perlas.
Y aquel susurrar pacible
De las hojas de la selva,
Cuando benefica lluvia,
Fecunda la arida tierra.
Y entonce amargo suspiro

Lanza la triste princesa,
Y la oscuridad envidia,
Y el abandono, y pobreza.
  Y es fama que cuando al trono
Subio gloriosa Isabela,
Y vio inclinarse a sus plantas
Las regiones opulentas;
  Y en mundo desconocido
Tremolaron sus banderas,
Y sus naves humillaron
De Felipe la soberbia;
  Sintiendo la pesadumbre
De la esplendida diadema,
Y el desamor y desvio
A que el poder la condena;
  Por los celos devorada,
Que el corazon le atormentan
Y la razon acallando,
A ser injusta la fuerzan,
  Llorosa y cuitada dijo:
Feliz si trocar pudiera
Con su humildad mis tesoros
La muchacha de la aldea.

## EN MI LLEGADA A INGLATERRA.

---

Salud, tierra dichosa,
Que en tu seno riquisimo fecundas
De la paz bondadosa
Las raices profundas,
Y de prosperidad al orbe inundas.

Salud, muralla augusta,
Que con potente magestad te opones
A la alianza injusta,
Que oprime a las naciones,
En execrables, duros eslabones.

Salud, placido asilo,
De sabia industria, y ciencia bienhechora;
Do reposa tranquilo,
Quien virtud atesora,
Y a libertad con puro labio adora.

Acoge al que lanzado
Del patrio suelo en rafaga inclemente,



E. Finden sculp.

Lo llora abandonado
A un despota insolente,
Cual a pantera victima inocente.

Que en ti poder seguro
Contemplar a lo lejos al que empaña
Con soplo torpe, impuro,
La alta gloria de España,
Y en sangre, y muerte, y destruccion la baña.

Y la ansiosa mirada
Recrear en el brillo claro y terso
De la invencible espada,
Que amenaza al perverso,
Y libertad proclama al universo.

Ah! piadosa la esgrime,
Cual rayo vengador, acude grata
Al que humillado gime;
Su vinculo desata,
Destroza el yugo que lloroso acata.

Liviana fue la gloria
De Trafalgar, y fue su triunfo leve,
Si el trono y la memoria
Borras del que se atreve
A esgrimir contra España el hierro aleve.

## MARIA REINA DE ESCOCIA.

---

El castillo de Lochleven es todavia uno de los monumentos mas interesantes de Escocia. No tiene mas prestigio que los recuerdos de la reina Maria : pero Maria fue hermosa, y desgraciada, y la desgracia, y la hermosura son encantos irresistibles para las almas tiernas. El tiempo no ha respetado aquella mansion antigua del poder, y de la grandeza : hoi no es mas que un monton de ruinas : sus torres inespugnables, que tantas veces resistieron al invasor Ingles, han desaparecido, y apenas se hallan algunas trazas del aposento que ocupó la cuitada princesa. Pero se conserva el lago, que como hijo de la naturaleza, arrostra impavido las vicisitudes de los siglos, y el sitio en que desembarcó Maria despues de su memorable fuga : momento critico, y quizas el mas feliz de su calamitosa existencia.

Los aficionados a la historia Escocesa visitan



R. Westall. R.A. delᵗ W. Finden sculpᵗ

MARIA REINA DE ESCOCIA.

Pub. by R. Ackermann, London, 1827.

estos lugares con la esperanza de hallar en ellos algunas ilustraciones locales de los sucesos de 1565, que fueron los preludios de la gran tragedia de la reina de Escocia. La tradicion señala todavia la torrecilla en que estubo alojada con Catalina Kennedy, la unica muger de su servidumbre a quien fuera licito acompañarla ; mas no existe la sala en que la ultrajada princesa fue despojada de las insignias de su dignidad, y firmó, sin leerla, el acta de su abdicacion ; ni la ventana en que se arrancó por ultima vez de los brazos de Murray, y le recomendó sollozando amargamente cuidase del desventurado fruto de su amor, instrumento inocente de la degradacion de su madre. Ni se hallan vestigios del dosel que con insolente burla se mandó colocar sobre su lecho, cuando yacia en él, rodeada de espias y centinelas, pagadas por su ingrato, y desleal hermano.

Pero si han perecido los monumentos del cautiverio de Maria, existen los de su fuga, y al cabo de mas de doscientos, y cincuenta años, podemos seguir sus pasos en aquella arrojada empresa.

La fortaleza de Lochleven, situada, como es bien sabido, en el Condado de Kinross, era de tanta importancia, que muchas veces resistio a

los ataques de las tropas Inglesas. El arrojo del bravo de Vipont, que con cuatro bizarros caballeros, obligó a Sir John de Harling a levantar el sitio, y volver a Inglaterra, habia sido celebrado en las poesias nacionales, por mas de dos siglos, cuando el castillo recayó en la posesion de Sir Robert Douglas, que dio la mano de esposo a la repudiada querida de Jacobo V. Llamabase esta señora Margarita Erskine, y fue madre del regente Murray, a quien, segun ella, tocaba legitimamente la corona. Por absurdas que pareciese esta pretension, no dejaba de tener apoyo entre los partidarios de Murray: pero la arrogancia de Margarita la hizo odiosa al pueblo, y no parecia injusta la aversion que le juró Maria. Pero los graves insultos a que estubo espuesta Margarita en Edimburgo, disminuyeron el odio público, y aun Maria consintio en admitir los servicios de la madre de su amante. Sin embargo, la Princesa no tardó en conocer que el dios de Margarita era el oro, y que nada podia lograrse de ella si no a fuerza de dinero, y diamantes. Sir William Douglas fue nombrado tutor de la reina, y aunque no era menos codicioso que su madre, no quiso aventurarse a favorecer a su pupila, que tenia tantos, y tan poderosos enemigos.

Jorge, hermano del tutor, se ablandó a las lagrimas de la cautiva, se ofrecio a libertarla, le juró una amistad eterna, y no tardó en probarsela. Pero se frustró su primera tentativa, y sirvio de pretesto para tratar a la reina con nuevo rigor. "Salvadme, escribia ella a Catalina de Medicis, salvadme pronto, o perezco en este sitio." Maria se vio separada del unico mortal que se interesaba en su suerte. Jorge fue espelido del castillo, pero dejó en su lugar un joven no menos decidido que él a defender a la reina, y mucho mas capaz de realizar la empresa. Este nuevo campeon era un huerfano de diez y siete años, sin mas apoyo en el mundo que el favor de Douglas, de quien era pariente remoto. La ambicion no tenia la menor parte en su celo; era humilde, y oscuro, ni lo estimulaba la pasion, que, segun es fama, devoraba el corazon de Jorge. La compasion y el patriotismo fueron los unicos mobiles de los generosos esfuerzos de Guillermo Douglas.

El arrojado mancebo lucio en esta ocasion un valor a toda prueba, y una prudencia consumada. Convencido de que en semejantes circunstancias el partido mas violento suele ser el mas seguro, resolvio aprovechar la hora de la cena, para

apoderarse, en presencia de toda la servidumbre, de las llaves del castillo, que se dejaban en un nicho, y verificar el escape durante el rezo que se hacia todas las noches despues de cenar. Noticiosa del plan, por medio de Catalina Kennedy, Maria se fingio mala, y no quiso salir de su cuarto el dia siguiente, que era un Domingo: y por este medio se libertó de la presencia incómoda de los espias que la rodeaban durante la cena. Llegó la hora indicada, y Maria salio de su retrete, apoyada en el brazo de Catalina. Bajó con la mayor cautela, prestando el oido al menor rumor, y no menos asustada por el silencio en que todo estaba sumergido. Sin aventurarse casi a exalar un aliento, contaba los instantes con ansiosa inquietud. Douglas no solo tenia que apoderarse de las llaves, si no que ausentarse de la servidumbre, durante la oracion, sin que lo echasen de menos. Todas las probabilidades estaban en contra del exito. Pasaron otros instantes, que parecieron siglos, y de pronto se aparece el intrepido mancebo, indicando por señas a la reina que andubiese, y que hiciese el menor ruido posible. La reina, y Catalina continuaron andando, como espectros nocturnos, hasta llegar

a la puerta primera, y mas importante, a la que Douglas aplicó una de las cuatro enormes llaves, que llevaba ocultas debajo de la capa. La reina se estremecio al oir el ruido de la cerradura: pero su diestro conductor abrio la puerta, y la volvio a cerrar por fuera. Del mismo modo pasó la segunda, observando la misma precaucion en despecho de la impaciente Maria. En la tercera puerta, no hubo obstaculo alguno: en la cuarta, ladró un perro, lo que asustó tanto a la augusta fugitiva, que a penas se vio fuera de los muros, echó a correr acia la barca, sin curarse de las guijas de la margen, que le herian los pies. Saltó a la barca, encallada en la arena, y pidio a Douglas que no perdiese un solo instante. Llegados a mitad del lago, Douglas echó al agua las llaves, seguro ya de su triunfo, y de que la dificultad de abrir las puertas, aun suponiendo que fuese ya descubierta la fuga, le daba tiempo suficiente de ponerse en salvo. Al mismo tiempo, Catalina tomó un remo, y lo ayudó con todas sus fuerzas. ¡ Cual no sería el jubilo de Maria, al descubrir en la playa opuesta un caballo! Alli estaba Jorge con otros amigos fieles. Douglas tubo mui en breve la satisfaccion de ver a Maria en el palacio de Hamilton.

Asi terminó una empresa, en la que se reunio la estraordinaria circunstancia de que nadie sufrio de sus resultas. Aun el mismo Jorge, despues de algunos meses de destierro en Francia, volvio a Escocia, donde obtubo la mano de una rica heredera. Guillermo permanecio en el servicio de Maria, y fue uno de los nombrados en el testamento que dictó antes que el verdugo separase su cabeza

## EL SABIO.

---

¡ Feliz el que ignorado
Del necio vulgo pisa,
Las encumbradas sendas
De la sabiduria !
¡ Feliz el que en lo oscuro
De maleza escondida,
Suave ardor fomenta
Que el corazon le anima !
¡ Feliz el que del hombre
La suspirada dicha,
Y el loor, y la fama
Risueño desestima !
Ni del potente alcazar
La pompa lo alucina,
Ni de opresor furioso
Lo amedrentan las iras.
Ni al idolo liviano,
Que en ara exelsa brilla,
Perfumes execrables
Quemó con mano impia

Si en la asombrada esfera
Negra borrasca silva,
Con ilusion gustosa
Los sueños lo acarician.
Si amargas desventuras
Emponzoñan su vida,
Responde a su crudeza,
Con placida sonrisa.
De amor, de paz, de holganza
La inocente delicia
Llenan el curso lento
De sus serenos dias
Y cuaudo pavorosa,
La muerte se aproxima,
La saluda inturbable
Cual beneficia amiga.

## LA RAZON.

---

¿Donde reside el numen misterioso,
Que bajo el nombre de razon acata
La humanidad rendida? ¿Dó pronuncia
Sus divinos oraculos? ¿Dó brillan
De su antorcha los candidos destellos?
Si digna hablar al hombre, y los arcanos
Descubrir de su esencia, y el camino
Que a lo recto conduce, a las naciones
Que su favor imploran ¿por qué niega
Leyes seguras, y benigna mano
Que afiancen su dicha? ¿por qué oculta
Su faz celeste al pueblo numeroso?
Verdad funesta! cual a lo sombrio
De lejana espesura, el ave tierna
Tremula se refugia, donde libre
Pueda en la soledad cantar amores,
Tal del social bullicio, pavorosa
Huye razon, y deja que a la turba
Rija el engaño, con pesado cetro,

De sangre, y lloro, y destruccion ceñido;
Y que el aspero tronco, despojado
Por la mano del hombre, predomine
Incienso, y culto inicuo recibiendo;
Y que el acaso ciego distribuya
Fama, riqueza, adoraciones, mando;
Y que el poder de turbas formidables
Ceda a la voz de estupido mancebo,
A quien tal vez dio el adulterio vida.
Del pensamiento el luminar insigne
Puede guiar al hombre en los senderos
De la existencia aislada; logra a veces
Docil a su precepto, en blando impulso
Tornar el ciego, y barbaro apetito:
Mas el conjunto alucinado, al torpe
Sombrio error postrado reverencia,
Y huye a su grito como vil rebaño.
Yo lo vi: de los Cesares altivos
La esplendorosa capital, el suelo
Que Cincinato, y Tulio immortalizan,
Libra a un poder decrepito, tesoros
De gloria, y de virtud. Roma que al mundo
Leyes dictára, embrutecida dobla
Su frente al fanatismo, y en el marmol
Que sostubo de Fabio las cenizas,
Triunfa el sayal con indecente pompa.
Yo vi de Partenope el alto timbre

De un inmundo bufon misera herencia;
Y la patria de Medicis, Etruria,
Que cultura y riqueza diera al Lacio,
La que decoran en soberbia gala
De Miguel, y de Fidias los cinceles,
Ceder su lustre al Sarmata feroce.
Vi al rudo Escita, al Tartaro grosero
Profanar las orillas dó sonaron
Los cantos de Racine, y de Moscovia
Las fieras hordes, imponer al Sena,
Yugo de bronce, y leyes de esterminio.
Y tú, que en ambos mundos, de Castilla
El pendon victorioso tremolaste,
Y al Po, y Escalda, y Marañon remoto,
Viste regar tus limites inmensos,
¿Dó fue tu gloria? ¡Dó, misera España!
Vasto desierto, en que el imbecil hijo
De impura corrupcion, la atroz mirada
Recrea entre cadalsos, y ruinas;
Tú, de supersticion baratro inmundo,
De cuyas playas huyen pavorosos
Genio, saber, virtud, viendo a lo lejos
Del noble Turia la risueña margen,
La llama impia reflejar, que enciende
Triunfante el fanatismo; honda caverna
Que en su recinto tenebroso abriga
Cuantos azotes destinó a la tierra

La colera de Dios... ; ¡ y hombres se llaman
Los que los aires fetidos respiran
De tu espantosa soledad ! ¡ Y es hombre
Quien de Isabel profana la diadema !
Alzad, ilusas gentes, ricos bronces
A la razon, los titulos sagrados
De Bacon, de Franklin grabad en ellos.
Quemad incienso al genio que levanta
Sobre los Andes, monumento altivo
Dó libertad se asienta; y luego en polvo
Sumid la frente, si la voz retumba
Del hijo de Loyola, maldiciones
Fulminando al saber. Dad a Bolivar,
Himnos de gratitud, cantos de gloria,
Y ved serenos que en Atenas luzca
La media luna sanguinosa. Ensalce
La admiracion el nombre del que supo,
Margen fijando a rebelion tremenda,
Los tronos humillar, que luengos siglos
Al mundo esclavizaron, y de Menfis
Al Baltico aterido, victoriosas
Las aguilas llevar que el vuelo osado
En solitaria roca detubieron;
Y esos que el lauro inmarcesible acatan,
Al histrion que su dominio usurpa,
Timbres gloriosos, y recuerdo ilustre
Vendan rendidos, y al mirarlo tiemblen.

Asi con la razon, mientras audace
De la verdad al solio resplendente
Remonta el giro, juegan desdeñosas
Codicia astuta, y despotismo fiero,
Y baja hipocresia, y mas que todas,
Fanatica ilusion, que revestida
De oriental aparato, al Dios tremendo,
Sacrilega lisonja, en vez de culto
De humillacion, y caridad dirige.

# PARABOLAS.

---

## NATHAN.

NATHAN, el profeta, y sabio maestro de Salem, estaba sentado un dia entre sus dicipulos, y las palabras de instruccion, y sabiduria manaban como miel, de sus labios.

Entonces dijo Gamaliel, que era uno de sus dicipulos: maestro, esplica por qué nos deleitamos tanto en recibir tus lecciones, y en oir tus palabras.

El maestro sonrió y dijo: ¿No significa mi nombre *dar?* * Los hombres siempre estan dispuestos a recibir, si encuentran quien quiera darles.

¿Y qué es lo que nos das? preguntó Hillel, que estaba sentado a sus pies.

Y Nathan respondio: yo doi manzanas de oro en conchas de plata. Vosotros recibis la concha, y luego encontrais la manzana.

* En Hebreo Nathan significa dar.

Otro dia Gamaliel preguntó a Nathan: maestro ¿por qué nos enseñas con parabolas?

Y Nathan respondio: escucha, hijo. Cuando yo llegué a ser hombre, oí la palabra del Señor en mi corazon, que me mandaba ser maestro de mi pueblo, y dar testimonio de la verdad: y, el Espiritu de Dios vino a mi. Entonces degé crecer la barba, y me vesti con una tunica grosera y me acerqué al pueblo, y le eché en cara sus maldades, en lenguage duro, y vehemente. Pero los hombres huyeron de mi, y mis palabras no entraron en su corazon, y buscaron otros maestros.

Entonces se exaltó mi espiritu, y me retiré al monte Hernon, y dige: si aborrecen la luz, vaguen de noche, y perezcan en las tinieblas. Asi esclamé yo, y pasé toda la noche en el monte de Hernon.

Lució empero el crepusculo, y los visos sonrosados de la aurora aparecieron en el horizonte, y detras de las cumbres mas altas se presentó un resplandor incierto, como la sonrisa de la timida inocencia. La noche se fue desvaneciendo, y vi salir vapores delicados de todas las alturas. Los hombres salieron de sus moradas, y saludaron los visos de la aurora. Los rayos del sol

despuntaron, y las gotas de rocio los reflejaron como diamantes.

Me detube, y admiré, y sentí movimientos estraños en mi corazon. Susurró el vientecillo de la mañana, y oí la voz del Señor, que habló, y dijo: Mira, Nathan, asi os como los cielos envian a los hijos de la tierra el mas preciado de sus dones, que es la luz del dia.

Cuando bagé del monte, continuó el profeta, el Espiritu del Señor me condujo al pie de un granado. Era un arbol frondoso, y en sus ramas habia al mismo tiempo flores y frutos. Estube a la sombra, y dige: ¡O cuan hermoso color el de estas flores, semejante al rubor de las megillas de las hijas de Israel! Miré mas de cerca el arbol, y me maravillé al ver las frutas opimas que sus ramas hojosas ocultaban.

Entonces oi la palabra del Señor que me dijo: Nathan, asi es como la Providencia da en las flores la promesa del fruto, y oculta el fruto bajo las hojas.

Nathan prosiguio de esta manera: Cuando hube visto estas cosas, volvi con corazon alegre a Salem, y me despogé de mi grosera tunica, y ungi con perfumes mi cabeza, y enseñé la verdad bajo el amable disfraz de las parabolas.

Por que la verdad es grave, y tiene pocos amigos; y por esto gusta de vistosos atavios que la hagan amable, y le atraigan el favor de las gentes.

---

## SOCRATES Y CRITIAS.

Socrates, el sabio hijo de Sofronisco, estaba hablando un dia, enmedio de sus dicipulos, sobre la Providencia de la Divinidad que lo dirige todo, que todo lo ve, y oye, que está presente en todas partes, y que a todas las cosas estiende su paternal esmero, y vigilancia; y decia que mientras mas profundamente estamos convencidos de estos favores, mas debemos adorar y amar la mano que los dispensa.

Despues citó aquellos versos de Homero, el mas grande de los poetas, en que compara la Providencia Divina a una madre afectuosa que, sin ser vista, espanta suavemente las moscas, para que no interrumpan el sueño de su hijo.

Entre los dicipulos del filosofo estaba a la sazon Critias, el traidor, que fue quien lo acusó despues al Areopago, por cuya causa este condenó a muerte al hombre mas sabio e inocente de Grecia.

Crítias se echó a reir oyendo aquella comparacion, por que le parecio innoble, y vulgar.

Socrates lo observó, y penetró sus pensamientos. Volviose por tanto a él, y le dijo: ¿no sabes, o Critias, cuan cerca está el corazon humano, en su primitiva sencillez, de la naturaleza Divina?

Asi habló Socrates, y Critias se retiró, devorado de rabia. Pero el filosofo continuó dando lecciones a sus dicipulos.

Cuando Socrates, acusado por Critias, fue condenado a muerte, y a beber la copa de cicuta, el perverso se acordó de las palabras del filosofo, y de la comparacion que habia sacado del cantor de Aquiles. Y fue a la prision, y dijo a Socrates: ¿Por qué no vienen ahora los Dioses a espantarte las moscas?

Y Socrates respondio: por qué, despues de un dia bien empleado, van a conducirme a un sueño venturoso, en que las moscas no podran incomodarme.

---

## EL HOMBRE DEL CARMELO.

En una aldea situada en el monte Carmelo, vivia un hombre sabio, a quen el Espiritu de

Dios habia favorecido con el don del consuelo. Iba a las chozas de los enfermos, y les daba medicinas, y los curaba; y al moribundo decia palabras suaves que dulcificaban la amargura de los ultimos momentos, y a los huerfanos, y a las viudas, las que podian aliviarlos en su pesadumbre. Conocia las virtudes de las plantas, y los secretos del corazon, aunque su edad se acercaba mas a la primavera de la vida que a la madurez de los años. Todos lo amaban, y lo bendecian, y los aldeanos lo convidaban a entrar en sus chozas, y su nombre era conocido en todas aquellas cercanias.

Pero he aqui, vino una enfermedad de la tierra de Misraim a la aldea del monte Carmelo, y a todo el pais circumvecino, y la gente padecia, y morian muchos: porque el mal era mui grave; y cuando alguno empezaba a sentirlo, mandaba llamar al hombre benefico, para que le aplicase un remedio que lo aliviase.

Mas él empezó tambien a debilitarse, y se turbó su espiritu, por qué echó de ver que la fuerza de la enfermedad era superior a la de las flores, y plantas.

Por lo que, oprimido por sus temores, se fué a un sitio mi escabroso del monte, y alli estubo pensando si volveria a la aldea, o si se precipi-

taria por alguno de aquellos tajos, para que no supieran mas de él los hombres. Y habiendose detenido a meditar, dijo: la naturaleza ha sido mi unica maestra: ella me sacará de este conflicto.

Se paró delante de una flor, cuyos tintes esplendidos brillaban como los de una piedra preciosa. Entonces dijo: esta flor vive por si sola, y abre sus petalos a los rayos del sol, y al vientecillo que viene de la mar. ¿Por qué no haré yo lo mismo, y por qué no viviré para consumar mi destino, sin pensar en los otros, hasta que, como la flor, me marchite?

Entonces vio una mariposa que revoleteaba entorno de la flor, y el hombre dijo: Me engañé: mas util es la leccion que esta mariposa me enseña. Volveré a las ciudades populosas, y a los alcazares de la opulencia, y recogeré el fruto de mi sabiduria, y los regalos que me hagan los que me escuchen. Como la mariposa vive de las flores, asi viviré yo de los dones de los ricos.

Asi habló, y se acercó a la flor, y vio en el fondo de su copa una abeja muerta, porque ansiosa de recoger el polvo aromatico de la flor, tomó mayor cantidad de la que podian sobrellevar sus fuerzas, y espiró en medio de su trabajo.

El hombre consideró el cuerpo exanime del insecto, y sus megillas se cubrieron de rubor, y se avergonzó de los pensamientos que habia abrigado en su alma. Sagrado espiritu de la Naturaleza, esclamó, perdona mi alucinamiento, y mi locura. Ya entiendo tus preceptos, y veo que debo seguir mi vocacion.

Volvio a la aldea, cargado de las plantas medicinales que habia recogido en el monte, y continuó frecuentando las moradas de las afligidos.

---

## LA VID FLORIDA.

Samuel, juez, y gefe de Israel, visitó un dia la escuela de los profetas que él mismo habia fundado en Gilboa, y observó con satisfaccion los progresos que habian hecho los dicipulos de los profetas en la sabiduria, y en la musica, y en el canto.

Habia entre ellos un joven llamado Adonijah, hijo de Milcah; y Samuel quedó prendado de su buena disposicion, y de su inteligencia. Era mui entendido, y el metal de su voz era lleno, y suave; pero su alma estaba llena de presuncion, y de pensamientos vanos, porque se aventajaba a sus compañeros, y sabia mas que ellos. Por

tanto se creia superior en dotes naturales, y respondia con altivez a sus maestros, y salian de sus labios palabras hinchadas, y delirios, y jactancia, y orgullo.

El juez de Israel leyó en el corazon del mancebo, y se afligió, porque el hijo de Milcah era mui apuesto, y de gentil persona. Samuel dijo: El Espiritu de Dios ha escogido a este para ser profeta en Israel: mas él quiere frustrar la intencion Divina.

Y Samuel condujo el mancebo a las montañas a una viña que estaba cerca de Ramah, y era la estacion en que florece la vid.

Samuel entonces alzó la voz, y dijo: Adonijah, ¿que estás viendo? Y Adonijah respondio: veo una viña, y percibo el olor delicioso de la vid, que el viento sacude, y lleva por todas partes.

Samuel dijo: acercate, y observa la flor de la vid.

Y el joven se acercó, y miró de cerca la flor, y dijo: es una flor pequeña, y delicada, que nada tiene de notable en su color, ni en su forma.

Samuel entonces volvio a tomar la palabra, y dijo: y con todo eso da un fruto que alegra el corazon del hombre, y reanima su sangre, y vigoriza sus fuerzas. Este precioso fruto viene

en pos de esa flor humilde, y modesta. Acuerdate de la flor de la vid, puesto que estás en la flor de la juventud.

Adonijah, hijo de Milcah, oyó estas palabras, y las fijó en su corazon, y desde entonces fue blando, y modesto, y sumiso a sus superiores. Los hombres amaban a Adonijah, y decian: El Espiritu de Dios está en ese mancebo.

Y Adonijah creció en gracia, y sabiduria, y llegó a ser como el pastor de Thekoah, y como Isaias, el hijo de Amos, y su nombre fue exaltado en Israel.

---

## LA ROSA MUSGOSA*.

El genio que vivifica las flores con su aliento, y que en el silencio de la noche las salpica de rocio, se recostó un dia hermoso de primavera a la sombra perfumada de un rosal.

Cuando se despertó, dijo con voz cariñosa: ¡o la mas linda, y la mas amable de mis hijas! te doi gracias por los aromas, y por la sombra con que has refrescado mi sueño. Pideme lo que mas apetescas, y yo te lo concedere.

* La rosa musgosa es una de las lindas variedades de esta flor. El tallo, las hojas, y sobre-todo el caliz estan cubiertas de un musgo espeso, y de un verde claro y agradable.

Dame un nuevo adorno, dijo la rosa. El Genio la cubrio de musgo.

La rosa musgosa es desde entonces la mas apreciada de todas las de su especie.

Jovenes modestas, sabed que los adornos mas sencillos son los que dan mas realce a la hermosura.

---

## EL ARROYO.

Un campesino estaba sentado a orillas de un arroyo que atravesaba su pradera, y contemplaba su ganado que estaba pastando la yerba menuda. Pero se entristecio al considerar que la yerba crecia poco, y que no habia bastante para mantener el rebaño durante la mitad del verano.

Se le acercó entonces un vecino, y viendolo tan abatido le preguntó la causa, y él le comunicó sus temores.

Pero el vecino respondio: haz lo que yo he hecho en mi prado, que tambien lo atraviesa ese mismo arroyo. Viendo que tenia poca yerba, y esa no mui frondosa, abri unos cauces a la corriente, y regué el prado, y ahora está cubierto de yerba alta, y espesa, y mi ganado no se morira de hambre.

El campesino aprobó este consejo, y tomó

trabajadores, y con ellos abrio muchos cauces al arroyo, y rompio en muchas partes sus orillas.

Pero he aqui que el agua se estendio por el prado, y lo cubrio, y dejó en su superficie muchas piedras, y gran cantidad de arena. El cuitado se arrancó los cabellos, y corrio a ver a su vecino, y lo injurio, echandole en cara su desventura.

Pero el prudente vecino respondio: Que! amigo mio ¿asi recompensas los buenos consejos? ¿por qué no te acusas a tí mismo, y a tu desacordada precipitacion? Deberias haber trazado zanjas angostas, y no abrir la puerta a toda la masa de las aguas. Una cosa es regar, y otra es inundar. El riego fecunda, y la inundacion pierde y destruye.

Lo mismo puede decirse de la verdad.

---

## EL RIN.

En el principio de los tiempos, cuando la Naturaleza echaba los profundos cimientos de los montes, y abria las vastas concavidades de los oceanos, salio ella misma de su encumbrada, y misteriosa habitacion, y acercandose al Gotardo *

* San Gothardo, nombre de uno de los montes mas elevados de Suiza, y de Europa.

dijo : conviene que la bondad, y la grandeza estén unidas, y que el fuerte tenga una esfera de accion correspondiente a su virtud. Tu estarás firme en tus inconmovibles fundamentos, pero yo te daré un hijo que estendera tu poder, y los bienes que has recibido del cielo, a paises remotos. Dijo, y el Rin brotó espumoso del seno de la montaña.

Gozoso y libre, lleno de energia, y vigor, bajó a la falda, y entró jugueteando en el hermoso lago de Constanza : mas el lago no pudo contenerlo en su estrecha margen. Rompio aquella valla, y su arrojado impetu lo llevó a un teatro mas digno de su magestad.

La Naturaleza le abria una carrera correspondiente a su destino, por valles magestuosos, y al pie de elevadas colinas. Por ella se lanzó rapidamente, coronando su frente altiva de pampanos frondosos. Las rocas que obstruian sus pasos no eran parte a contenerlo. Sobre-pujó todos los obstaculos, y esta lucha fue la tarea de su juventud.

Magnifica era su carrera. De todas partes acudian arroyos y rios a pagarle tributo, y a confundirse en sus olas : porque tal es el acendiente de la superioridad, que atrae a si todo cuanto puede aumentar su poder.

Desde entonces progresó con mas serenidad

y lentitud. Su raudal era mas tranquilo, pero no menos caudaloso. Y sin embargo, cuando la mano helada del invierno quiso encadenarlo, recobrando su antiguo vigor, rompio aquellos vinculos, y prosiguio marchando.

Mas adelante, su superficie mansa, y tersa como un espejo, reflejaba las doradas sementeras que se alzaban en sus orillas. Su espalda sostenia centenares de vageles cargados de riquezas.

Acercose a su termino, y ensanchandose en su ultimo progreso, cesó de existir, y entregó al oceano sus soberbias linfas.

Tal es el hombre grande; indomito, fuerte, vigoroso en la niñez, y en la juventud; amigo en esta de placeres utiles; imperterrito, igual, constante en su edad madura; provechoso en su vegez; y mas grande que nunca, en su muerte.

---

## EL SEMBRADO.

Lanzó Agosto sus rayos abrasadores, y dio la señal de los preciosos trabajos de la siega. Las auras oreaban las cargadas espigas, y el labrador fue a examinarlas, para saber si era ya tiempo de aplicar la segur. Limpió los graneros, apercibio los sacos, y ajustó la cuenta de los

provechos que podria sacar aquel año. Era rico, pero su corazon no estaba satisfecho, porque daba abrigo a cuidados livianos.

El sabio de la aldea lo encontró una tarde, y le dijo : la tierra ofrece este año una cosecha abundante. Las espigas estan hinchadas, y los segadores no tardarán en recoger esos tesoros.

Ciertamente, respondio el labrador, no se puede apetecer mas. La tierra pagará generosamente el grano que se le ha confiado.

El sabio continuó : ojalá que el que se apellida dueño de la tierra, imitase el egemplo que le da ese elemento inanimado : el cual recibe una pequeña cantidad de semilla, y devuelve diez, y aun veinte veces mas. El hombre por el contrario recibe mucho, y da poco.

Estas palabras hicieron una viva impresion en el labrador, el cual quedó avergonzado. Por que era sordido, y siempre lo aquejaba el temor del dia de mañana, y todo su afan era amontonar riquezas.

Disimulando sin embargo su bochorno, dijo al sabio : cada cual debe pensar en su mejora, pues no de otra manera podra hacer beneficios a los otros. Si el hombre trabaja con el sudor de su frente es para acrecer su bienestar.

Y el sabio dijo : ese sembrado que tienes a la

vista es producto de la tierra, que se ha despojado de sus jugos, para multiplicar los granos que se le confian. Pero vendra el año proximo y la tierra se despojará de otros jugos, y no por esto quedará imposibilitada de continuar sus fecundantes operaciones. Asi es el hombre caritativo; la Providencia le suministra los medios de satisfacer las nobles propensiones de su alma.

---

## EL COCODRILO.

En las primeras edades del mundo, salieron las gentes toscas e incultas de las grutas en que moraban, y se esparcieron en una region bañada por un rio caudaloso al cual llamáran Nilo. Prendados de aquella hermosa corriente, y de sus saludables aguas, labraron casas en sus orillas, y habitaron en ellas. Pero no tardaron en presentarse unos monstruos voraces llamados cocodrilos, los cuales devoraron muchos hombres, y llenaron a los otros de terror.

Y estos clamaron a su dios Osiris para libertarse de aquel azote, y Osiris respondio por boca de su sacerdote: ¿no os bastan la fuerza, y la inteligencia que os ha dado la divinidad? El que puede ayudarse a si mismo, en vano implora su asistencia.

Por tanto los hombres se armaron, y atacaron a los cocodrilos, y formaron diques, y abrieron fosos, y egecutaron muchas obras que antes les parecian de imposible egecucion. De este modo descubrieron las facultades que poseian, y pudieron hacer esfuerzos de que ellos mismos se admiraban. La necesidad los obligó a inventar muchos amaños, y artes, con cuyo ausilio alzaron despues esas piramides que se burlan de los siglos. Sin embargo carecian de los medios necesarios para atacar aquellos enemigos en su propio elemento, y lo mas que hacian era rechazarlos cuando salian a la orilla. Y con esto se contentaban.

Pero desmayó poco a poco aquella energia, y los cocodrilos se multiplicaban, y hacian estragos deplorables. Entonces aquel pueblo indolente y cobarde adoró al cocodrilo como a una divinidad, y le presentaba victimas cebadas, con lo que el dios engordaba, a medida que el pueblo caia en la degradacion, y en la miseria: porque la cobardia no puede dar de si otra cosa.

Osiris se compadecio de aquellos infelices, y por boca de su sacerdote los exitó a combatir de nuevo a la fiera. Empezaron de nuevo las hostilidades, y las aguas del rio se tiñeron con la sangre de los combatientes. Obstinado fue el conflicto, y viendo los hombres que no podian con-

trarrestar tan poderoso contrario, clamaron de nuevo a su antiguo dios, y este oyó benigno sus plegarias. Un animalillo llamado *tezerdah* * se presentó en la margen del Nilo, y el sacerdote dijo a los hombres: ved ahi el libertador que Osiris os envia. ¡Qué! gritó la turba: ¿te burlas de nosotros?

Aguardad, continuó el sacerdote, y confiad en el numen que os protege: porque en sus manos las cosas mas mezquinas son instrumentos de destruccion, y de venganza.

Poco a poco empezó a disminuir el numero de los cocodrilos. El pueblo miró al animalejo con admiracion, por que, con singular instinto, y destreza, buscaba los huevos de los cocodrilos, y en un instante destruia una generacion de tiranos.

Sirvaos esto de leccion, dijo el sacerdote. Para destruir un mal, es necesario atacarlo en sus principios, por que entonces basta un ligero impulso; pero si lo dejais crecer, en vano echareis mano de los esfuerzos mas prodigiosos.

---

## LA PRIMERA Y LA ULTIMA SONRISA.

Eva, la madre de los hombres, dio a luz con graves dolores su segundo hijo. El niño yacia

* El Ichneumon o raton de Faraon.

en sus brazos, sin ofrecer la menor señal de inteligencia: sus ahullidos eran las unicas señales que daba de existir.

¡ Ah ! dijo la madre suspirando, al compañero de su suerte; no solo estoi condenada a parir con dolor, sino al tormento de criar, y sobrellevar un ser tan imperfecto. Ni un rayo de esperanza consuela mi imaginacion en las largas noches que paso velando esa criatura. Cain por otro lado es adusto y feroz, y me representa a cada paso la imagen del pecado que hemos cometido. Los sonidos que salen de su boca son como los rugidos del leon, y cuando descansa a la sombra de los palmeros parece una bestia insensible. ¡ Cuan felices son los animales del campo, y las aves del aire comparadas conmigo! El cordero sigue a su madre por los prados, y a las orillas de los rios, y la gallina estiende sus alas, y ampara con ellas a los polluelas. Adan, los seres inferiores a nosotros nos echan en cara continuamente nuestra flaqueza.

Asi habló la madre, y llamó a su segundo hijo Abel, que significa el que llora, y la madre lloró por espacio de un mes. Pero Adan dijo: no llores, madre. El Señor tendra piedad de nosotros.

Entonces Jehovah se apiadó de la afligida

madre, y el angel del paraiso se acercó invisible, y tocó los labios del niño, cuando descansaba en el regazo materno. Y el niño abrio sus tiernos labios, y sus megillas se sonrojaron, y lucio en su rostro la primera sonrisa, y sus ojos se fijaron en los ojos de su madre. Esta vertio llanto de alegria, y llamó al padre del niño, y lo puso en sus brazos, y el niño sonrió segunda vez al ver a su padre.

Pero el padre alzó la voz, y dijo: Alabado sea el Señor! El Señor ha convertido nuestro duelo en alegria; ha exaltado a nuestro hijo sobre las bestias del campo, que inclinan la cabeza acia la tierra, y que no tienen espresion en la mirada. Pero el rostro de este niño es como el de los angeles del Señor, y se parece a Eva cuando esta tiene alegria en el corazon. Nuestros ojos han visto la señal de Jehovah: su espiritu está en Abel. El espiritu de Jehovah está en el rostro del niño, como el soplo de vida en la tierra, cuando viene la estacion de las flores. Bendito sea el dia en que el Señor se ha manifestado a nosotros, y alabado sea su nombre por siempre. Asi habló Adan, y besó al niño.

Eva criaba al niño, y dijo: he visto la señal de Dios en él, y lo criaré con esmero.

Crecio el niño en años, y en inteligencia, y en blandura, y Adan le dio un rebaño para que lo

apacentase, y el ganado se multiplicó, y los corderillos conocian a Abel, porque era dulce, y benigno.

Pero Cain estaba lleno de rencor, y la malicia, y la envidia se despertaron en su alma, porque Jehovah estaba con Abel, y el corazon de Cain era malvado desde su niñez, y el Señor no estaba con él.

Y el dia del aniversario de Abel, ofreció sacrificio al Señor, y le consagró los primogenitos del rebaño, y su alma estaba llena de alegria, y de gratitud. Pero Cain se irritó contra su hermano, y dandole un golpe en la cabeza lo dejó estendido en el suelo, y bañado en su sangre.

Entonces vinieron el padre, y la madre del joven, y lo vieron en aquel estado lastimoso, y Eva se arrodilló junto a él, y lloró amargamente.

Abel alzó la cabeza, y volvio los ojos a sus afligidos padres, y se vio una ligera sonrisa en sus labios, y en su rostro. Y despues inclinó la cabeza, y exaló el espiritu, y su aspecto quedó risueño despues de la muerte.

¡Ah! dijo Eva, tal fue su primera sonrisa cuando reposaba en mi regazo. Si esta es la muerte del inocente, es como la flor que reverdece segunda vez, para gozar de nueva existencia.

Asi habló la madre de los hombres, y ella y su esposo entregaron los restos de Abel a la tierra, llorando, y sollozando, y las ovejas balaban por su pastor, y nacieron flores sobre su sepulcro.

---

## EL GATO.

Dos filosofos, que habian pasado su vida en el estudio de la naturaleza, y en la observacion de sus obras, de modo que podian hablar acordadamente de cada una de ellas, estaban conversando un dia sobre los cuadrupedos, y los reptiles, los peces, y las aves, y sobre los arboles, y las plantas, desde el cedro del Libano, hasta el hisopo que crece en el muro. Los dos pensaban del mismo modo, y uno comentaba lo que el otro decia.

Pero sucedió que llegaron a hablar sobre la naturaleza, habitos y propiedades del gato, y sobre este asunto no estubieron de acuerdo, y disputaron amargamente. Porque el uno decia que el gato era el mas malvado, y peligroso de los animales; ratero, y traidor; tigre en indole, y en aspecto, aunque no en fuerza, ni en tamaño, y por esto ultimo debian dar gracias los hombres a la Providencia. El otro opinaba que el gato era semejante al leon

en sus movimientos, en su magnanimidad, y en la generosidad de su animo; aseado, y cariñoso, y enemigo del perro, animal inmundo, y ruidoso; en fin que era utilisimo en las casas, por lo que los hombres debian dar gracias al cielo.

El primero se irritó mucho al oir esto, por que era mui aficionado a perros, y en apoyo de su opinion citó el perro de Tobias, y el de Ulises, y el perro del gran monarca. Pero el otro alegó los gatos de un filosofo profundo, que penetró en la region de las esencias divinas, y sobrepujó a los otros en saber *.

Se separaron colericos, y el amigo de los perros volvio a su casa, y la encontró llena de ratones, y dijo: no es tan malo el gato como yo pensaba. Y el amigo de los gatos, vio que habian robado su jardin, y que nadie habia sentido al ladron, y dijo: no es tan malo el perro como yo creia.

* Leibnitz, filosofo Aleman, mui aficionado a gatos.

FIN.

LONDRES:
IMPRESO POR CARLOS WOOD,
Poppin's Court, Fleet Street.



# OBRAS ESPAÑOLAS

## PUBLICADAS POR EL SR. ACKERMANN,

Que se hallan

En su Repositorio de Artes, Strand, Londres,

y en su

Establecimiento de Megico; asimismo en Colombia, en Buenos Aires, Chile, Peru, y Guatemala.

---

EL MENSAGERO, por D. JOSE BLANCO WHITE. Toda la Coleccion.

MUSEO UNIVERSAL de CIENCIAS y ARTES, por J. J. DE MORA, redactado bajo un nuevo plan. Numero 10.

CORREO LITERARIO y POLITICO de LONDRES, Periodico Trimestre, particularmente destinado a la America que fue Española, en el cual se presenta un cuadro sucinto de Acaecimientos Politicos, y de Composiciones y Noticias relativas a la Literatura y a las Artes. Redactado por J. J. DE MORA.

NO ME OLVIDES, Coleccion de Composiciones por J. J. DE MORA. El tercer tomo.

VIAGE PINTORESCO a las Orillas del GANGES y del JUMNA, en la India.

CARTAS sobre la EDUCACION del BELLO SEXO.

MEMORIAS de la REVOLUCION de MEGICO, y de la Espedicion del General Mina.

GIMNASTICA del BELLO SEXO.

EL ESPAÑOL, por BLANCO WHITE.

TEOLOGIA NATURAL, por PALEY.

LA GASTRONOMIA, o los Placeres de la Mesa.

GRAMATICA INGLESA, por D. JOSE DE URCULLU.

CATECISMO de GRAMATICA LATINA, por J. J. DE MORA.

LA VENIDA DEL MESIAS en Gloria y Magestad, con varios Discursos en Defensa del Autor. En tres tomos, 8vo.

HISTORIA ANTIGUA de MEGICO, por CLAVIGERO, traducida del Italiano por J. J. DE MORA, con exelentes estampas y un mapa.

ELEMENTOS de la CIENCIA de HACIENDA, por D. JOSE CANGA ARGUELLES.

OBRAS LIRICAS de D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

OBRAS POSTUMAS de D. NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

DESCRIPCION ABREVIADA del MUNDO.

*Obras Españolas, publicadas por el Sr. Ackermann.*

CATECISMO de GEOGRAFIA.

——— QUIMICA.

——— AGRICULTURA.

——— INDUSTRIA RURAL Y ECONOMICA.

——— HISTORIA DE LOS IMPERIOS ANTIGUOS.

——— HISTORIA DE GRECIA.

——— HISTORIA ROMANA.

——— HISTORIA DEL BAJO IMPERIO.

——— HISTORIA MODERNA, Parte I.

——— HISTORIA MODERNA, Parte II.

——— ASTRONOMIA.

——— GRAMATICA CASTELLANA.

——— ECONOMIA POLITICA.

——— MITOLOGIA, por D. J. DE URCULLU.

——— ARITMETICA COMERCIAL, por el mismo.

——— HISTORIA NATURAL, por el mismo.

——— RETORICA, por el mismo.

——— MORAL, por el Dr. D. J. L. DE VILLANUEVA.

——— GEOMETRIA ELEMENTAL, por D. JOSE NUÑEZ ARENAS.

DE LA ADMINISTRACION de la JUSTICIA CRIMINAL en INGLATERRA, por M. COTTU. Traducida al Castellano por el Autor del Español y de las Variedades.

VIAGE PINTORESCO por las Orillas del SENA.

VIAGE PINTORESCO por las Orillas del RIN.

*Obras Españolas, publicadas por el Sr. Ackermann.*

NOTICIAS de las PROVINCIAS UNIDAS del RIO de la PLATA, por D. IGNACIO NUÑEZ.

IVANHOE, Novela por el Autor de Waverley y del Talisman.

EL TALISMAN, cuento del tiempo de las CRUZADAS, por el Autor de Waverley, Ivanhoe, &c.

CUENTOS de DUENDES y APARECIDOS: compuestos con el obgeto espreso de desterrar las preocupaciones vulgares de Apariciones. Adornados con seis estampas iluminadas. Traducidos del Ingles por D. JOSE DE URCULLU.

El PADRE NUESTRO del SUIZO, ilustrado con Estampas; y sus Esplicaciones.

DIOS ES EL AMOR MAS PURO, mi Oracion y mi Contemplacion. Con muchisimas Estampas, y Oraciones para la Misa. Traducido por D. JOSE DE URCULLU.

CUADROS de la HISTORIA de los ARABES. Dos Tomos en 12mo.

ELEMENTOS DE DIBUJO.

ELEMENTOS de PERSPECTIVA.

LA SOLEDAD, por YOUNG; traducida al Castellano.

MEDITACIONES POETICAS, por J. J. de MORA, con estampas.

MANUAL DE MEDICINA DOMESTICA, 12mo.

CURIOSIDADES para los ESTUDIOSOS.

ELEMENTOS de ESGRIMA.



*Obras Españolas, publicadas por el Sr. Ackermann.*

LECCIONES de MORAL, VIRTUD y URBANIDAD, por D. JOSE DE URCULLU.

TRESCIENTAS SENTENCIAS ARABES ; Quinientas Maximas y Pensamientos de los mas célebres Autores Antiguos y Modernos ; y Cincuenta Pensamientos Originales del que ha redactado los anteriores.

RECREACIONES GEOMETRICAS.

RECREACIONES ARQUITECTONICAS.

NUEVO SILABARIO de la LENGUA CASTELLANA.

LA BATALLA de JUNIN, Canto a Bolivar, por J. J. OLMEDO, con tres estampas.

LA NUEVA MUÑECA, con Seis Estampas.

MUESTRAS de LETRA INGLESA.

TRAGES de BODA de las Principales Naciones.

HIMNO a BOLIVAR, poesia de J. J. DE MORA, musica del Caballero Castelli.

HIMNO a VICTORIA, por los mismos.

HIMNO a BRAVO, por los mismos.

NO ME OLVIDES, Cancion por los mismos.

LA MARIPOSA, Cancion por los mismos.

AMOR ES MAR PROFUNDO, Bolero a duo, por los mismos.

EL PESCADOR, Cancion por los mismos.

VISTA de LIMA por el lado del Este.

VISTA de las MONTAÑAS PRINCIPALES del MUNDO.

*Obras Españolas, publicadas por el Sr. Ackermann.*

TRIUNFO de la INDEPENDENCIA AMERICANA.

REGISTROS para LIBROS, en 10 Estampas.

UN MAPA GRANDE de la REPUBLICA de MEGICO.

DOS VISTAS de MEGICO iluminadas.

## EN PRENSA.

DICCIONARIO LATINO-ESPAÑOL de VALBUENA, con muchas adiciones.

GRAMATICA LATINA, por YRIARTE.

ELEMENTOS de EQUITACION, que contienen un tratado sobre las diferentes castas de caballos, sus enfermedades, y proporciones.

CATECISMO de ALGEBRA, por D. Jose Nuñez Arenas.



LONDRES:
IMPRESO POR CARLOS WOOD,
Poppin's Court, Fleet Street.